World of Darkness - Mundo de Tinieblas:

GEHENA LA ULTIMA NOCHE

(Tríada: "La Hora del Juicio". Vol-1 "Vampiro")

Marmell Ari

Es la hora del juicio

Desde las noches de antaño, los no-muertos han acechado a los vivos, alimentándose de su sangre para sobrevivir. De acuerdo con los más antiguos relatos, estos vampiros descienden de Caín, el primer asesino bíblico. Transmitiendo su maldición siempre que escogen crear a otro de su especie, los Cainitas se han convertido en una cultura parásita que habita entre las sombras de la Historia. En las noches de la era moderna, merodean invisibles entre el ganado mortal, fundando sus propias sectas y sociedades. Desde hace siglos, la mayor de estas, la Camarilla, ha instado a todos respetar la Mascarada; una importante tradición que obliga a los no-muertos a actuar en secreto y con discreción. Incluso el Sabbat, la otra gran secta, instaurada bajo los preceptos de la supremacía vampírica, respeta su propia versión de la Mascarada para evitar que el ganado mortal se rebele y destruya a los parásitos que viven entre ellos.

Pero existen otras y más importantes amenazas en el horizonte de los no-muertos. Las mismas historias que narran la maldición de Caín, también lo hacen de su regreso y el de los Antediluvianos, los primeros y antiguos vampiros que concibió y que se alzarán para destruir a los jóvenes. El libro de Nod, el más elogiado entre todos los textos vampíricos arcanos, llama a este momento terrible Gehena y cita las señales que habrán de presagiar su llegada, acontecimientos que muchos dicen haber visto cumplidos.

Estas son las Noches Finales y, por fin, el juicio se sentenciará.

Cuestión de perspectiva...

Cada acto de la trilogía de La Hora del Juicio adopta el punto de vista de la criatura sobrenatural cuya historia narra. Los lectores más despiertos advertirán los pequeños guiños y referencias que se hacen del gran mundo sobrenatural, pero la mayoría de los vampiros, hombres lobo e incluso magos centran su atención exclusivamente en

sus propios problemas en estos terribles últimos días. Por ello, los tres episodios de la trilogía son, en realidad, tres facetas de un gran acontecimiento más que sucesos seguidos de una sola historia. Cada uno tiene relación con los demás, pero cuenta su propio relato.

Prólogo: Crepúsculo

¡Quieto! ¡Escucha del cuervo el lamento!

Y la quietud del viento, abrasadora,

se alza sobre las calles.

Las altas torres esconden la oscuridad del día.

Cuando se hagan realidad los sueños de Lasombra

el día en que la luna se deslice como sangre

y el sol se alce negro en el cielo:

este, sin duda, será el Día de los Condenados,

cuando se alzarán de Caín todos los hijos.

Y el mundo quedará frío,

Y el suelo escupirá, Hirviente, mugrientos entes;

grandes tormentas caerán, fuegos encenderá el rayo;

cubrirá a los animales una pléyade de úlceras;

sus cuerpos caerán quebrados.

—El Libro de Nod, “Crónica de los Secretos”.

Montañas Tauro

Sur-suroeste de Kayseri (y Monte Erciyes),

Turquía

Y, sobre todo, hacía calor.

No debería haberlo hecho. A aquella hora de la noche, la temperatura en las montañas y el desierto circundante debería haber bajado bastante. Esa noche, sin embargo, el calor ceñía con testarudez las laderas de la montaña, negándose a que el sol poniente se lo llevara consigo y los vientos del desierto tan solo lograban propagarlo en ráfagas aún más cálidas, en lugar de dispersarlo por completo.

El calor hacía mucho más difícil la tarea, ya de por sí complicada, y Beckett detuvo un instante sus preparativos para fruncirle el ceño a nadie en particular.

Beckett no resaltaría en medio de una multitud. Su cabello era castaño, con un corte solo un poco más largo de lo que estaba de moda en aquel momento; vestía vaqueros marrones, una cazadora blanca vaquera con botones desabrochados, botas de senderismo y una mochila lo bastante grande como para aplastar a un hombre que no se la colgara en el ángulo apropiado. La única característica inusual eran las gafas de sol que llevaba incluso en la hora más avanzada de la noche, un complemento llamativo que no se hubiera puesto si no sirviera al único propósito de ocultar sus ojos inhumanos de los observadores mortales. Por razones similares llevaba un par de guantes que escondían el tupido pelo y las largas uñas que tenían sus manos; un legado de la naturaleza bestial que había en su sangre.

Aun así, y pese a estas diferencias, aparentaba ser un senderista común, un viajero europeo que recorría el mundo para “encontrarse a sí mismo”. De hecho, Beckett sabía exactamente dónde se encontraba. Y estaba, por cierto, recorriendo el mundo para encontrar

algo o, desde no hacía mucho, a alguien.

El viento, que estaba sirviendo de poco para enfriar la zona, era mucho más eficiente a la hora de levantar el polvo y la arena que cubría la superficie de la ladera en la que se encontraba. Beckett había abandonado el todoterreno que había comprado en el mercado negro, un excedente del ejército turco (y que, si alguien se molestaba en rastrear su origen en el tiempo, posiblemente descubriera que se trataba de un excedente ruso) hacía unos cuantos kilómetros. Incluso un cuatro por cuatro en perfectas condiciones habría tenido problemas para superar algunas de las pendientes que él se había visto obligado a transitar en su camino y el todoterreno estaba lejos de encontrarse en su mejor condición. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de terminar lo que había venido a hacer y regresar a la civilización antes de que amaneciera. No obstante, conocía la zona. No tendría problemas para encontrar una cueva lo bastante profunda como para protegerlo de la letal inconveniencia que suponía el sol. Desde luego, en una emergencia, Beckett no necesitaría un cobijo; solo un pedazo de tierra lo suficientemente profundo como para poder hundirse en él. Ésa era una de las ventajas de su particular pedigrí de no-muerto, además de una justa compensación por sus rasgos inhumanos. Aun así, tendría que dejar todo su equipo a la intemperie y, aunque la posibilidad de que alguien transitara por allí era escasa, era un riesgo que no deseaba asumir.

En este momento, sin embargo, tenía en mente una cueva totalmente diferente. Habían transcurrido unos cuantos años desde su última visita, pero la ruta a seguir estaba grabada a fuego en su memoria. Con toda seguridad habría podido encontrarla con los ojos vendados.

El viento amainó mientras se acercaba, pero, al mirar hacia atrás unos pocos metros, vio que soplaba con fiereza. El lugar parecía, sin embargo, poder aislarse de lo peor de la furia de la naturaleza.

—Bueno —dijo Beckett, al mundo en general—, es conveniente.

Se detuvo un instante.

—Lo cierto es que no confío en lo conveniente.

Durante un buen rato, permaneció quieto, mucho más de lo que hubiera podido estarlo cualquier ser humano, permitiendo que lo que veía ante él se grabara en su memoria; solapando los recuerdos más vívidos con la realidad actual.

No había cambiado. Miró atentamente la entrada de la cueva que se abría en la ladera de la montaña como la boca de una inmensa bestia. Solo si Zeus hubiera enterrado al monstruoso Tifón bajo esta montaña en lugar de hacerlo bajo el Etna, podría haber explicado una hendidura de aquellas dimensiones. Una docena de personas de pie, codo con codo, podría haber caminado en su interior sin tocar ninguna de las paredes. En algún momento del pasado remoto, podrían haberlo hecho con los ojos vendados y percatándose de lo liso y llano del terreno bajo sus pies. Pero ni siquiera este lugar estaba a salvo del transcurso de los años y las piedras y otros desechos eran ahora obstáculos difíciles de sortear.

Desde aquí, un mortal sería incapaz de advertir la antigua inscripción escrita en el umbral de la cueva. Era demasiado pequeña y estaba muy desgastada por la arena que arrastraba el viento. Beckett, sin embargo, podía leerla tan claramente como si hubiera estado justo allí la noche que apareció.

De acuerdo con la leyenda, no habían sido manos humanas o sobrenaturales las que habían inscrito aquellas palabras; palabras escritas en una lengua que muy pocos vivos (o no-muertos) podían leer. Palabras que habían surgido, como cinceladas en la piedra, al mismo tiempo que el antiguo dueño del lugar las pronunciaba.

Que ningún chiquillo de Caín abandone el lugar por este pasaje. Que ningún hijo de Seth se adentre por él.

Beckett se detuvo, como tantas otras veces, frente a la entrada de Kaymakli; la antigua ciudad y arcana tumba de un clan largamente desaparecido.

Pero, en esta ocasión, pretendía hacer algo más que mirar. En aquel momento, desafiaría el poder de un olvidado Antediluviano por un vampiro llamado Okulos, un amigo o un compañero tan cerca de ser un amigo como lo permitía la naturaleza de los Vástagos.

Suponiendo que estuviera lo bastante loco como para poner en práctica el proceso.

Un año antes

Biblioteca de la princesa Carolina

Mónaco

Beckett no se sentía feliz de estar en Mónaco. El país entero le parecía una inmensa trampa para turistas. No había nada que explorar, ni importantes secretos culturales que descubrir. La nación contaba con una historia de cientos e incluso miles de años de antigüedad que se remontaba hasta la época de los fenicios, pero como los Vástagos apenas habían tenido qué ver en ella, tampoco había sentido especial interés por la ciudad.

Además, la mayoría de la gente hablaba en francés.

Pero era allí donde vivía Samir y donde había accedido a reunirse con él. Así que fue allí donde se encontraron.

Muhsin Samir (casi con toda seguridad aquel no era su verdadero nombre) era marroquí y no podría volver jamás a su hogar. Era Tremere, un brujo además de vampiro, y eso le hacía ser bastante impopular entre el clan Assamita, cuya influencia se extendía sobre todo Marruecos.

Era, asimismo, un conocido de Beckett, deseoso de comerciar con información, siempre que eso no interfiriera con los intereses de los Tremere. Había recurrido a él en más de una ocasión porque, a pesar de que su dominio de la magia de la sangre era mucho más completo que el de la mayoría, seguía palideciendo en comparación a los conocimientos de un auténtico estudiante de lo oculto.

Samir organizó la reunión, no como Beckett hubiera esperado en un lujoso hotel o casino como el de Montecarlo, sino en la Biblioteca Princesa Carolina, conocida por estar dedicada casi enteramente a la literatura infantil.

—Porque no parecerá inusual estar canjeando libros —se explicó

el Tremere, enfundado en unos levis americanos y una vieja camiseta de Garth Brooks, como respuesta a una pregunta que Beckett no había llegado a formular. Calló durante unos instantes y se hizo a un lado cuando un rebaño de niños pasó rozándolos lo bastante despacio como para que sus profesores no pudieran regañarlos por correr. Estaba claro que los chavales pensaban que necesitarían consultar otra sección antes de que la biblioteca cerrase sus puertas—. Y porque eso nos deja con muy poco tiempo para concluir nuestro intercambio, lo que no nos permitirá renegociar nada en el último minuto.

Beckett frunció el ceño pero decidió no contestar a aquel insulto implícito. En lugar de hacerlo, metió una mano en la mochila que pendía de uno de sus hombros, mochila que le había costado ocultar del equipo de seguridad que vigilaba la biblioteca, y sacó un libro. La cubierta estaba hecha de grueso cuero y, aunque estaba agrietada en algunos puntos, su estado era relativamente bueno.

—No me advertiste —le gruñó, tirando bruscamente del libro cuando Samir extendió la mano para cogerlo— de que sus propietarios se resistirían tanto a que yo me lo llevara.

—Es un tomo de magia Hermética, Beckett. ¿Qué esperabas?

—Pues, teniendo en cuenta lo que cierto vampiro me dijo, pensé que me encontraría con un templo abandonado. ¡Lo que no me esperaba era tener que abrirme paso haciendo pedazos a un brujo Hermético, mientras el resto de su capilla trataba de que se me cayera encima el techo, destrozaba mi coche o procuraba hacer estallar mi cabeza con varias de sus endemoniadas rimas!

—Sabes de sobra que los hechizos Herméticos no riman, Beckett.

—¿Quieres este maldito libro o no?

—¡Cuida tu lenguaje, Beckett! Hay niños presentes. —Al ver que su compañero comenzaba a encolerizarse, Samir decidió que había llegado el momento de dejar a un lado las bromas—. Muy bien. Te pido mis más sinceras disculpas. De verdad creí que el templo estaría vacío. No supe que la orden estaba intentando recuperar los textos

hasta que ya era demasiado tarde para contactar contigo. Ahora, ¿puedes por favor darme el libro?

Vaciló otro instante y finalmente tendió a Samir el trofeo.

—De todos modos, ¿para qué lo quieres? Pensaba que los Tremere ya contabais con toda la colección Hermética.

—Pues no. Existen todavía secretos que no… bueno, eso da igual. Nosotros lo queríamos y tú lo conseguiste. Muchas gracias.

—No me lo agradezcas, solo cumple tu parte del trato.

Samir miró en rededor para asegurarse de que ningún niño o adulto curioso pudiera oírlos.

—Beckett —susurró, y el tono de burla desapareció completamente de su voz—, me ha llevado varios años desenterrar este ritual. Es muy antiguo, mucho más que la mayoría de los miembros de mi clan. No quiero ofenderte, sé que tienes una habilidad mayor que otros que no han dedicado su vida a la práctica de lo oculto, pero tengo serias dudas de que poseas el poder y experiencia necesarios para invocar el ritual.

Beckett se inclinó hacia delante, como si estuviera preparándose para compartir un gran secreto con el brujo.

—Samir…

—¿Sí?

—Yo también lo dudo. —Sonrió entonces con una sonrisa sin alegría—. Supongo que acabaré descubriéndolo.

El Tremere se limitó a negar con un gesto.

—Como desees. Acompáñame fuera. Tengo el material en el coche.

El presente

Las montañas Tauro

Sur-suroeste de Kayseri (y Monte Erciyes),

Turquía

Y aquí estaba, de pie en el mismo borde del perpetuo cautiverio, mirando el interior de una cueva y más allá de una barrera invisible que había atrapado a solo Dios sabía cuántos Vástagos, incluidos dos de sus compañeros. Después de su encuentro con Samir, había tardado casi un año en reunir todos los componentes necesarios para el ritual. Lo cierto es que no era tan sencillo conseguir sangre de un hombre lobo o una llave fabricada por un hijo de la buena gente; y estos no eran los ingredientes más raros de la lista. Estaba claro que Samir no había exagerado respecto a la antigüedad o poder del ritual que Beckett pretendía llevar a cabo. El rito debía de haber sido creado en un período en el que la magia y el mundo eran muy diferentes.

Consultó la hora en su reloj. Necesitaría al menos una hora para preparar el ritual y otras tres para llevarlo a término. Y, suponiendo que funcionara, no tenía idea de cuánto tardaría en explorar lo que había detrás; posiblemente unas cuantas noches.

Si se esforzaba, tendría el tiempo justo antes del amanecer para romper la barrera.

Así que se esforzaría.

La mochila cayó en el suelo con un golpe sordo y levantó una nube de polvo y arena que salpicó en todas direcciones. Del interior extrajo dos bolsas más pequeñas que separaban su equipo mundano de sus posesiones esotéricas.

En la primera bolsa, la misma mochila que había pendido sobre su hombro y en la que había guardado el tomo de Samir, transportaba todo lo que debía llevar consigo un arqueólogo y explorador: una serie de diminutas y precisas herramientas entre las que se contaban cepillos, cinceles, papel y lápices de colores con los que hacer anotaciones; una Colt 45 de la Segunda Guerra Mundial con cuatro cargadores extra (Beckett tenía maneras más efectivas de deshacerse de otros Vástagos que se cruzaran en su camino y nunca había sido

muy aficionado a las armas, pero para tratar con grupos de mortales hostiles, todavía no había encontrado nada mejor que poner pies en polvorosa); una linterna grande y varias antorchas (él podía ver en la oscuridad pero a menudo viajaba con otros compañeros que no y había terminado acostumbrándose a llevarlas siempre consigo); una cámara de visión nocturna con la que poder sacar fotografías de algún descubrimiento importante sin exponerlo al violento resplandor de un flash; un modernísimo lector de GPS, capaz de ubicar al usuario más precisamente en su posición (un artilugio que Beckett hubiera deseado haber traído en el último viaje, tanto por él como, con mayor razón, sus compañeros); una pala —no en la mochila, pero sí atada a ella— con la punta del mango aparentemente rota por el uso (no obstante, que esta estuviera afilada no era una coincidencia). Como un tributo un tanto grotesco al pragmatismo, Beckett había incluido también un termo repleto de sangre fresca AB negativo. Lo que, por supuesto, no constaría en el inventario de un arqueólogo corriente. Todo esto lo llevaría consigo al atravesar la entrada de la cueva, suponiendo, pensó, que cuando hubiera quebrado la barrera, tuviera los huevos suficientes —y la falta de sentido común— como para dar ese importante paso.

De momento, sin embargo, el contenido de esta bolsa lo dejaría tras de sí porque no lo precisaría durante el ritual.

Suponiendo que pudiera hacer que el ritual funcionara.

Suponiendo que este no lo consumiera.

Suponiendo… Ah, a tomar por culo. Ha llegado el momento de dejar de suponer, Beckett, pensó sombrío. Hazlo o vete a casa.

Con la precisión de un cirujano, comenzó a dibujar símbolos en el polvo con el hueso del dedo índice de una mano cortada a su propietario como castigo por robar (en los días en los que aquella era una práctica generalizada). Después de eso, encendería unas velas, no todas ellas de cera, emplearía otros muchos e inusuales ingredientes y, por fin…

Por fin tendría que servirse de sus conocimientos mágicos para derribar una protección emplazada allí por el mismísimo Cappadocius; uno de los trece antepasados de la raza de Vástagos. Y, de pronto,

sus conocimientos le parecían demasiado limitados.

Las montañas Tauro

Sur-suroeste de Kayseri (y Monte Erciyes),

Turquía

Beckett no había necesitado respirar oxígeno desde hacía ya trescientos años pero, sin embargo, sus instintos, largamente dormidos mas no desaparecidos por completo, le obligaron a jadear por el esfuerzo. En lo más profundo de su alma (o lo que quiera que tuviera a estas alturas de su no-vida) pudo sentir cómo se abría camino el implacable sol hacia el horizonte. Amanecería en menos de una hora.

A su alrededor yacían los desperdicios de su ritual. Los charcos de cera, derretidos y luego vueltos a secar, formaban extraños diseños sobre la arena. Los vientos que habían surgido de ninguna parte hacia la mitad del proceso (y que todavía esperaba que fueran producto del éxito de su ejercicio y no meros obstáculos concebidos para desconcentrarlo en un momento crucial) habían borrado por completo los símbolos que tan cuidadosamente había dibujado en el polvo. La sangre de lupino había desaparecido, absorbida por la sólida roca contra la que la había salpicado obedeciendo el ritual; la llave forjada por las hadas estaba enterrada y la arena sobre ella estaba teñida de un color rojizo como el óxido. Él mismo estaba cubierto de una capa de sudor sanguinolento, con la camisa, que solía ser blanca, pegada contra el pecho y comenzando ya a secarse y agrietarse. Olía extrañamente, a contaminación, como si algo antinatural (mucho más de lo que era él) hubiera invadido su sistema.

Sin embargo, a pesar del viento, de la sangre, de los insólitos sucesos y demás peculiaridades, no vio señal alguna que indicara que el ritual había salido bien. No esperaba otra cosa. Algunas partes del ritual estaban escritas en lenguas que ni siquiera conocía y mucho menos comprendía. Samir había tenido la deferencia de anotarle el encantamiento fonéticamente, de forma que pudiera avanzar por el proceso chapurreando, pero aquello no lo ayudaba a saber qué demonios estaba haciendo.

Aun así, y pese a su habitual pesimismo, Beckett no pudo evitar sentirse decepcionado. Okulos había sido un buen compañero, uno de los pocos a los que, en el transcurso de tantos siglos, podría haber llamado amigo. Ignoraba si seguiría no-muerto o si estaría en estado de letargo, pero, en cualquier caso, se sentía obligado a realizar un último esfuerzo para cumplir con la promesa de encontrar la manera de que su amigo escapara de una trampa creada hacía siglos por un semidiós muerto.

—Lo siento, amigo mío.

Era la primera vez que se disculpaba desde hacía mucho y la primera vez en mucho más tiempo aún que realmente lo decía de corazón. Se inclinó para recoger los escasos ingredientes esotéricos que todavía pudieran servir de algo. No deseaba dejar constancia de su visita.

Cuando sus dedos rozaron el punto oxidado que había sobre la arena, sintió, a través de su cuerpo, como si un volcán en erupción acabara de surgir de la tierra. Una oleada de poder de una magnitud desconocida hasta entonces para él, lo levantó en vilo y lo arrojó a pocos metros de la entrada de la cueva. Beckett no pudo plantearse inmediatamente qué había sucedido; estaba demasiado ocupado intentando controlar a una Bestia que todavía no había decidido si sumirle en un frenesí o acatar las órdenes de sus instintos más básicos y salir huyendo a toda prisa de allí y de todo cuanto le recordara lo ocurrido. En una ocasión, Beckett había viajado en compañía de una mujer llamada Lucita. Era antigua en la sangre y una renegada para muchos de sus compañeros. Le contó cosas acerca del Sabbat y de cómo “coaccionaban” a aquellos que se negaban a revelarles la información que querían saber. Estaba particularmente impresionada, de una forma negativa, por la creatividad de un inquisidor que había desarrollado un método en el que empleaba alfileres candentes, agua azucarada y una colonia entera de hormigas rojas. En aquel momento, Beckett no era capaz de imaginar lo que se debía sentir al ser quemado a la vez que devorado desde el interior.

Ahora ya lo sabía.

Pero también sabía que si entraba en frenesí ahora o sucumbía

al miedo rojo, posiblemente no contara con la frialdad necesaria para encontrar un cobijo adecuado que lo guareciera del sol. Como la Bestia, también él quería escapar al dolor, pero no inmolándose y convirtiéndose en parte de aquel desierto.

Si no hubiera estado tan concentrado en sobrellevar su dolor y tormento interior, podría haber visto que las paredes pétreas de la cueva trepidaban como si no fueran otra cosa que un óleo pintado sobre el viento. Podría haber visto que las runas cinceladas sobre esa piedra resplandecían con una brillante luz roja que no podía ser consecuencia de ningún proceso natural y luego, una vez quebrado su poder de siglos de antigüedad, desaparecían de la vista.

Mas no pudo verlo. De modo que, solo cuando consiguió recuperar el control, cuando logró volver a ver el mundo que lo rodeaba sin aquella neblina roja nublándole la visión, solo entonces pudo mirar a la entrada de la cueva y darse cuenta de lo que había ocurrido. De alguna manera, contra toda esperanza y lógica, lo había conseguido. La protección había caído.

Beckett deseó, a pesar de su seguridad, poder tomarse el tiempo necesario para confirmarlo. Poder examinar el entorno con sus sentidos preternaturales, con rituales taumatúrgicos...

Pero no hizo ninguna de estas cosas. Con la fatiga atenazándole y el sol acechando tan cerca del horizonte del este que las nubes estaban teñidas de una tonalidad rosácea, se apresuró a reunir su equipo y sumergirse en las acogedoras sombras de Kaymakli justo antes de que el sopor lo dominara.

En otra parte...

Sobre Kaymakli brillaba la Estrella Roja.

La protección cayó, y mientras lo hacía, desencadenó una oleada de poder invisible que fluyó hacia afuera como una onda expansiva.

La Estrella Roja brillaba y, bajo ella, las barreras se debilitaron. La Estrella Roja resplandeció, como una luz infernal al final de un larguísimo túnel.

El colapso de la barrera de Cappadocius se escuchó por todas las montañas y desiertos de Turquía, hasta en el Lejano y Medio Oriente.

En una cueva profunda bajo las arenas; en un lugar que solo existía parcialmente en un universo que las mentes humanas o de los Vástagos podían comprender, el eco irrumpió en el sueño de algo que había estado dormido desde que el mundo era joven.

Esta cosa imposible, esta reliquia del pasado que hasta los monstruos temían, se había removido con anterioridad. Se había removido... pero nunca despertado.

Y despertó ahora. Despertó al mundo de la nada; consciente de nada, sin poder ver y siendo incapaz de sentir nada.

Nada salvo una hambruna tan voraz e intensa que no podía existir otra cosa fuera de ella... Pues, si lo había, debía ser a ella sacrificada.

Hambre y un único pensamiento racional entendido en unos términos imposibles de asimilar, de un tiempo y una lengua que habían dejado de existir.

Era, sin embargo, muy sencillo traducido al concepto mortal.

Es la hora.

Y, por encima de todo, brilló la Estrella Roja.

Kaymakli,

bajo las montañas Tauro

Este de Turquía

Beckett soñaba, protegido del sol, en la antesala en penumbras que conducía a la gran ciudad subterránea de Kaymakli...

Estaba allí, no dentro de la cueva, sino fuera. A unos cien metros, y con los rotores finalmente parados, estaba el helicóptero de

Industrias Bell (el mismo modelo vendido a los militares y fuerzas de la policía de todo el mundo, aunque sin algunas de las más interesantes modificaciones ofensivas) que los había traído hasta aquí.

En la extraña semi-consciencia que a menudo tienen los durmientes, Beckett deseó contar con ese medio de transporte y con la habilidad para pilotarlo en esta ocasión. Se preguntaba además por qué estaba soñando, pues estaba convencido de no haberlo hecho desde que perdió su condición de mortal.

No estaba solo, algo por lo que se sentía profundamente agradecido. Este... este podía ser el mayor descubrimiento arqueológico de la era moderna, al menos desde el punto de vista de los Vástagos. Beckett estaba contento de tener buenos compañeros con quienes compartir la emoción; sencillamente, algunas cosas lo superaban. No había mortales en varios kilómetros a la redonda, de forma que los Nosferatu que viajaban con él hacía tiempo que se habían desprendido de sus ilusorias máscaras de humanidad que tantos miembros de su clan llevaban para disfrazar sus rasgos monstruosos.

Koreanna, chiquilla de Okulos y, de alguna manera, ahijada de Beckett, no pudo reprimir un suspiro de deleite mientras traducía las palabras escritas en círculo encima de la entrada de la cueva.

—Es definitivamente esta, ¿no es así? —El tono de su voz era el de una niña que recibe el regalo que ansiaba por su cumpleaños o por Navidad—. Esta es la entrada de Kaymakli.

—Si no lo es —le respondió Okulos, al tiempo que guiñaba un ojo a Beckett—, es el trabajo más preciso que jamás he visto.

—Sin mencionar el más grande —añadió Beckett.

Los hijos de Caín habían buscado el lugar durante cientos de años. Habían hablado de él en algunas de sus más terroríficas leyendas, pero también lo habían descrito como una fuente de grandes conocimientos y, posiblemente, también de inmenso poder. Pues, si las leyendas eran ciertas, miles de vampiros habían quedado atrapados detrás de la protección creada por su progenitor. Con toda seguridad muchos habrían encontrado allí la muerte definitiva, pero

otros tantos podían seguir en estado de sopor, a la espera de que unos ambiciosos estudiantes del pasado los despertaran o que unos diabolistas avariciosos drenaran sus almas de sus cuerpos vacíos ya de sangre.

Cualquiera que hiciera un examen superficial a la historia de Kaymakli, a la de su ciudad hermana Derinkuyu y a la del clan Capadocio que las regentaba a ambas, podría averiguar la ubicación aproximada de la ciudad perdida. Por supuesto, eso mismo constituía ya un problema, puesto que muy pocos Vástagos en el mundo sabían lo suficiente de cualquiera de las dos ciudades o de los Capadocios como para plantearse la búsqueda seriamente. No obstante, Beckett y sus compañeros se movían en círculos muy selectos. En cualquier caso, nadie había logrado localizar la entrada.

—O, al menos —le había comentado Okulos una noche—, nadie dijo nunca haberla encontrado. Probablemente exista más de un Vástago que lo sepa y no tenga idea de qué hacer con esa información. Es incluso más posible que algunos de los Vástagos atrapados tras la barrera sean de épocas más modernas que los Capadocios.

Estaban decididos a no ser tan descuidados. Después de varios años de investigaciones, hallaron la clave que los llevaría a Kaymakli oculta en un manuscrito aparentemente insignificante, escrito por un vampiro loco que había vagabundeado por el Oriente Medio y Próximo diciendo ser la reencarnación de una de las esposas de Mahoma. El Vástago en cuestión había detallado todos sus viajes antes de tirarse de cabeza a una hoguera con la pretensión de quemar su exterior masculino y mostrar a la mujer que se escondía debajo. Pese a que todos se habían sentido muy excitados, estaban decididos a que la primera expedición sirviera solo para confirmar la ubicación de la cueva, estudiar la entrada y, si era posible, también la protección. Beckett tenía una idea aproximada, recogida a partir de sus estudios, de hasta dónde podrían entrar sin traspasar la barrera mística. No muy lejos, había sido su conclusión. Tenían la esperanza de encontrar la manera de probarlo sin ponerse en peligro.

Ahora que estaban aquí, les resultaba mucho más tentador zambullirse en la tarea de averiguar cuanto pudieran y sin preocuparse

por los riesgos. No obstante, procuraban mantener cierta calma profesional.

—Okulos —dijo Beckett—, ¿por qué no examináis Koreanna y tú la entrada de la cueva? Yo iré a tomar unas medidas en el exterior.

—Eh… Sí, Beckett, como desees.

¿Cómo? ¡No! Su sueño estaba de pronto equivocado. ¡No había ocurrido así! Okulos había insistido en examinar la entrada de la cueva. Él nunca hubiera querido…

En el momento en el que se encontraba midiendo la densidad y estimando la antigüedad y composición mineral de las piedras que rodeaban el lugar, escuchó un par de alaridos. El primero era femenino y agudo; un llanto de indecible agonía que terminó tan abruptamente como había empezado. El segundo era masculino y mucho más profundo; un gemido de dolor que continuó mucho después de que hubiera cesado el eco del primero.

Cuando Beckett regresó a toda prisa a la cueva, concentrando el poder de la sangre a través de sus ojos para poder ver claramente en el oscuro abismo, solo restaba allí una figura con la mano extendida en un gesto inútil.

—Beckett… —jadeó Okulos, casi sollozando—. ¡Koreanna ha desaparecido! ¡Debes haber juzgado mal la ubicación de la barrera! ¡Mi chiquilla está muerta! ¡Yo estoy atrapado! ¡Y todo es culpa tuya!

De nuevo, su ser protestó en silencio. ¡Nadie había dudado de sus cálculos! ¡Y, además, nunca dijo que fueran lo bastante precisos como para ser empleados como un criterio único! Los Nosferatu habían sido descuidados por impaciencia y debían haberse equivocado al leer sus anotaciones en el tenue haz de luz de sus linternas. ¡Nadie, ni siquiera Okulos, le había culpado por ello! ¡No había sido culpa suya!

Pero, en su sueño, Beckett se alejó de la entrada, extrajo un cuaderno anotado con frases y cálculos —cálculos que mostraban tenues marcas de goma de borrar y que habían sido escritos de nuevo—, y se regocijó.

Kaymakli, bajo las montañas Tauro

Al este de Turquía

Beckett no había sido nunca amigo de los clichés, de forma que no se despertó, chillando y como accionado por un resorte, de esa pesadilla. Aún así, sus emociones eran tan intensas que habría saltado directamente del sopor diurno a un enloquecido frenesí si no hubiera logrado mantener el control con un supremo acto de voluntad. Cuando recuperó la visión, advirtió los regueros de sangre que manaban, ensuciándole los brazos, desde sus puños cerrados. Su herencia Gangrel tenía sus ventajas, pero también sus desventajas. La principal era la desafortunada tendencia a adoptar rasgos bestiales cuando entraba en frenesí demasiado a menudo.

Casi has perdido el control dos veces en dos noches, Beckett. Más te vale tranquilizarte, a menos que quieras acabar pareciéndote a Marmaduke.

Un sorbo rápido del termo logró calmarle los nervios, aunque le costó no dejarlo vacío. Sintió un cosquilleo en los ojos cuando su cuerpo concentró el poder de la sangre que había en su interior. Al instante, la impenetrable cortina de oscuridad que lo rodeaba desapareció como una lánguida neblina y pudo ver. Sabía que los ojos de los demás Gangrel brillaban cuando hacían uso de su visión nocturna preternatural; los suyos permanecían así constantemente. Lo normal es que esto le preocupara porque permitiría a otros verlo cuando se les acercaba en la oscuridad y ésa era la razón por la que había traído consigo las estúpidas gafas de sol. Con ellas puestas, el resplandor de sus ojos quedaba disimulado hasta casi desaparecer pero, aun así, podía ver claramente su entorno.

Piedras. Paredes de piedra. Un techo cavernoso sobre su cabeza. El suelo de un pasadizo que, aunque posiblemente hubiera surgido de manera natural, había sido limpiado de forma artificial.

Con todo, no suponía un primer vistazo dramático al que quizá constituía el hallazgo más importante de su existencia.

Un examen más detenido le reveló que, lo que al principio había tomado por piedras sueltas, eran, sobre todo, huesos. La mayoría de

cerdo, algunos de perros, ovejas e incluso uno de ser humano.

Beckett sonrió con tristeza. Okulos era un maniático de la limpieza para casi todo, pero siempre había sido bastante descuidado con la comida. Él había estado regresando de manera regular y durante meses después de que Okulos quedara atrapado, para traer animales con los que su amigo pudiera alimentarse. Solo había dejado de hacerlo cuando Okulos dejó de aparecer en el túnel para pedirlos.

Puede que su amigo estuviera definitivamente muerto. Pero cabía la posibilidad de que yaciera en alguna parte, inconsciente por el hambre y en letargo, pero susceptible de revivir. Por lo tanto, estaba decidido a cumplir su promesa.

En primer lugar, sin embargo, y antes de continuar, tendría que asegurarse de que podía retroceder.

Su mano temblaba con algo muy parecido al terror instintivo que sienten los vampiros hacia el fuego. Beckett había llegado demasiado tarde como para ver a Koreanna inmolada por el gran sello, pero había podido oler en el aire los rastros de su destrucción. En cualquier caso, de una u otra manera, tendría que averiguarlo.

Subió un paso por el túnel, luego, un segundo y un tercero…

Y nada ocurrió. A pesar de sí mismo, Beckett permitió que una carcajada de alivio escapara de su garganta. De alguna forma, solo Dios sabía cómo, lo había conseguido. La protección había caído.

En cuanto al interior, no esperaba mucho. Los informes y rumores acerca de estos lugares solían ser bastante exagerados. Suponía que existiría una pequeña aldea, y no una extensa ciudad, y sospechaba que las leyendas habían convertido las posibles docenas de habitantes en miles de ellos. No obstante, estaba a punto de ver un lugar que muy pocos habían contemplado con sus ojos y que muchos menos aún habían sobrevivido para contarlo. Y quizá estaba también a punto de encontrar a su amigo. Con mucho mejor ánimo, Beckett se apresuró a descender por el túnel.

La alegría que le había provocado derribar el sello, desapareció rápidamente.

Todo empezó con un escalofrío. Las cuevas eran, por supuesto, algo más frías que el exterior y él estaba en peores condiciones que las acostumbradas. Por ello, esperaba un frío moderado. Pero esto era diferente. Beckett había soportado ventiscas que habrían aniquilado a un mortal en cuestión de minutos, pero ahora tenía frío. No lo sentía en su carne, sino que la sangre de su interior parecía estar congelándose y convirtiéndolo en un ser lento. Al darse cuenta de que era incapaz de concentrarse, dejó que transcurrieran varios minutos sin examinar lo que le rodeaba, lo que sin duda no lo beneficiaba ni para aprender, ni tampoco para cuidar por su seguridad. Sacudió la cabeza con violencia y deseó fervientemente poder centrarse en algo, algo que lo distrajera de aquel frío antinatural.

Debería haberlo sabido.

Sonaba como el eco del viento que soplaba por el pasaje tras él y se hacía oír por algún truco acústico. Era increíblemente tenue, casi inaudible incluso para su agudísimo oído. No estaba seguro de cuánto hacía que lo oía. Beckett se puso nervioso y las puntas de sus dedos empezaron a picarle cuando su cuerpo, instintivamente, transformó sus uñas inhumanas en las garras que eran su arma más potente.

Había voces en el viento.

Y pronto descubrió que no se trataba del viento, pues ya no solo se escuchaban a su espalda, sino en todas las direcciones. Las palabras, tan amortiguadas y distorsionadas que ni tan siquiera le permitían reconocer el idioma, crecieron y perdieron intensidad como si los hablantes pasaran a su lado por el pasadizo. Algunas eran masculinas, otras femeninas, y todas tenían el mismo timbre. Los hablantes, quienquiera o lo que fueran, estaban claramente confusos.

¿Tal vez por él?

—¿Hola? Si tenéis algo que preguntarme, hacedlo directamente.

Como esperaba, nadie respondió. Permitió que sus garras regresaran al interior de la carne y continuó andando más despacio y con mayor cautela.

Por lo menos ya no estaba centrado en el frío.

La caverna se ensanchaba más adelante y Beckett pudo ver las primeras señales de los antiguos inquilinos; aquí un pequeño nicho, casi como una diminuta habitación excavada en la piedra; allí, una cita de la Biblia, más específicamente el salmo noventa y uno: Tú que habitas al amparo del Altísimo, vives a la sombra del Omnipotente.

El pasadizo desembocó en una caverna mucho más grande de lo que jamás pudiera haber imaginado y Beckett admiró con incredulidad la maravilla —y el horror— subterráneo que constituía Kaymakli.

Las leyendas y rumores, las “exageraciones”, eran verdad. Allí, prolongándose ante sus ojos como una maqueta o un mapa, yacía una ciudad medieval al completo. Los edificios construidos de piedra y de la madera traída desde la superficie, ocupaban una vasta extensión del suelo de la caverna; estaban organizados en bloques desiguales aunque evidentes, creando una red de calles y caminos a su alrededor. La mayoría estaba en pésimas condiciones, prueba evidente de que la ciudad había estado abandonada desde hacía muchísimos años. Incluso desde donde se encontraba, Beckett podía ver la madera podrida y la paja quebrada. También las estructuras de piedra mostraban signos de envejecimiento porque, allí donde una vez habían estado las puertas y persianas, ahora solo quedaban los agujeros y las paredes desgastadas por los terremotos ocasionales.

En los extremos más alejados de la ciudad, casi tan lejos que su visión preternatural no podía verlo, yacía una estructura de piedra que, una vez, podría haber sido un acueducto. Beckett supuso que los antiguos habitantes traían el agua desde el exterior, almacenándola para cuando no pudieran viajar a la superficie.

Las voces se elevaron cuando entró en la primera de las angostas callejuelas. Pisó sobre las huellas de pies y de carretas que se habían preservado desde las noches arcanas. Los sonidos parecían provenir ahora de distintas puertas y ventanas, mas no había movimiento que acompañara a las voces. Una y solo una vez, Beckett se giró con brusquedad y se asomó por uno de los umbrales vacíos, decidido a encontrar la fuente del sonido. No encontró nada más que una mesa rota y una nube de polvo agitada por su inesperada visita.

No solo habían cobrado intensidad, también empezaban a sonar

furiosas. Bueno, no era la primera vez que trataba con fantasmas enojados y no estaba por la labor de volverse atrás ahora. Con mucha cautela se abrió paso a través de las impenetrables sombras que proyectaban los edificios, caminó…

¿Sombras?

Beckett se detuvo en seco y no movió más que los párpados. La caverna estaba completamente a oscuras; carecía del resplandor de una estrella o la llama de una vela que la iluminara. Él solo podía ver porque uno de sus rasgos familiares como Gangrel le permitía ver en la oscuridad más absoluta. Era imposible que hubiera sombras porque no alumbraba ninguna luz.

Sin embargo, cuando volvió a mirar, las sombras seguían allí. Reflejos oscuros y borrosos se extendían en la calle ante sus ojos, de la misma forma que lo harían si el sol brillara en las profundidades de la caverna. Casas, establos e incluso los restos de una enorme carreta mostraban sus sombras.

Todo tenía una sombra, todo salvo Beckett.

Y, al darse cuenta de ello, también se percató de otra cosa: las voces que oía no provenían de los edificios, sino de sus sombras.

Muy despacio, Beckett extendió la mano hacia su mochila y extrajo la potente linterna. Su visión podía ser más eficiente pero estaba claro que veía cosas que no podían ser y quería asegurarse de que todo existía bajo una luz “real”.

Beckett encendió la linterna y el mundo enloqueció.

De alguna forma, el escaso haz de luz de su linterna rebotó en las sombras circundantes, como si hubiera topado con algún tipo de barrera reflexiva, y regresó a sus ojos amenazando con cegarle incluso a pesar de llevar puestas las gafas de sol. La tierra bajo sus pies cambió del color marrón oscuro que había estado viendo con su visión nocturna a un rojo brillante. Sus botas ya no pisaban nada sólido, sino un barro espeso que empapaba el suelo y estaba claro que no era agua, sino cientos de litros de sangre. El hedor sanguinolento de un matadero lo asaltó y, aunque no tenía aliento,

penetró en sus fosas nasales, amenazando otra vez con liberar a la Bestia que había en él.

Beckett se tambaleó e intentó alejarse de la luz cegadora. Las voces se intensificaron a su alrededor; cada vez más vociferantes, ensordecedoras. Sus gritos eran ahora una mezcla de ira y pánico. Pedían compasión y perdón. Las figuras vagamente humanas se separaron de las sombras de los edificios y pasaron como un rayo a su lado y a través de él hacia la estrecha callejuela. Cada una de ellas pareció rasgar una parte de su alma. Los recuerdos lo abrumaron. Solo unos pocos eran suyos y estos estaban tan distorsionados como lo había estado su sueño.

Era una mujer joven, con apenas tres años como Cainita. ¡No había sido culpa suya! ¡No había tenido tiempo, ni la oportunidad para hacer algo de sí! No, por Dios, no. No lo dejes aquí, no en las tinieblas, no en…

Una furia, desconocida para él hasta entonces, lo invadió; fortaleciendo unos miembros que parecían los de un viejo. ¿Que él era un inútil? ¿Que no merecía pertenecer a la sangre? Se lo demostraría al arrogante y viejo bastardo, ¡se lo demostraría a todos ellos! Con la cantidad de poder que había aquí abajo… Lo podría tomar para sí y lo tomaría y… ¿Qué era ese súbito dolor en su pecho? ¿Y por qué no podía moverse? ¡No, maldición! Su alma no serviría para alimentar a algún jovenzuelo sinvergüenza, él…

Volvía a ser Beckett. Estaba en cuclillas junto al Malkavian rubio, aguardando al oráculo de los horrores y escuchando otra de sus cavilaciones sobre el Libro de Nod. Solo que, en esta ocasión, cuando Anatole se giró para marcharse, acompañando su desdén con alguno de sus gestos dramáticos, Beckett saltó hacia su garganta con las garras extendidas…

Él no era nadie, no podía recordar su nombre, ni su identidad, solo era capaz de sentir una turbadora claustrofobia mientras los cuerpos se apretaban contra él y el poderoso retumbar de la entrada de la cueva cerrándose hacía que su estómago se encogiera de terror…

—¿Mary? Mary, ¿dónde estás? Mary, no te puedo oír, todos

hablan demasiado alto. ¿Por qué se está cerrando la cueva? ¿Mary, qué hemos hecho mal?

Beckett chilló con la voz de un millar de almas malditas. Continuó mucho después de que un ser humano hubiera tenido que parar para recuperar el aliento; después incluso de que no quedara aire en sus pulmones y ningún sonido emergiera de su garganta.

Se derrumbó, sus rodillas golpearon el suelo empapado y fue el barro frío que le salpicó en la cara lo que lo salvó. El sabor de la vitae en la suciedad despertó a la Bestia de su interior, y cuando luchó instintivamente contra ella, cuando peleó por recuperar la calma, consiguió no solo aplacar a la Bestia, sino también controlar las imágenes y los recuerdos. A su alrededor continuó el desfile de fantasmas o recuerdos, o lo que quiera que fueran, pero, al menos durante un momento, volvió a ser él mismo. Miró en derredor, buscó un lugar donde poder refugiarse, y vio una diminuta callejuela entre dos casas y lo que, al principio, tomó por montones de leños apilados allí desde que Kaymakli fue abandonada…

Solo que los leños no tenían miembros y tampoco ojos. ¡Dios Santo, eran Vástagos! Antiguos Vástagos, tan hambrientos tras tantos años de letargo que sus cuerpos no tenían ni una sola gota de sangre en el interior. Eran, literalmente, nada más que huesos y piel tensa y momificada. Se preguntó, solo durante un instante, quién se habría tomado la molestia de apilarlos de aquella manera y luego decidió que posiblemente no quisiera saber la respuesta.

Beckett buscó a tientas en el barro que había a su lado, encontró la linterna que había tirado y tiró del interruptor con tanta violencia que el plástico crujió.

Al momento, todo quedó en silencio. Dotado solo de su visión nocturna preternatural, Kaymakli volvía a ser un lugar de insólitos movimientos y sombras imposibles, pero nada más. El suelo sobre el que estaba arrodillado estaba cubierto solo de polvo antiguo, mas no había rastro u olor de sangre derramada. Lo que fuera que habitaba allí, reaccionaba con mucha violencia a la luz, de modo que no lo alumbraría.

Dedicó unos minutos a calmarse, a recuperar fuerzas y a

convencerse de que no había nada acechándolo, cualquier cosa preparada para atormentar su mente. Ya no estaba situado en el lugar donde se había parado, sino en las profundidades de la ciudad. No pudo evitar preguntarse si un fantasma (o más) lo habría poseído temporalmente, pero no, porque todos habían huido de esta zona. Y supuso que tampoco podía haber sido fruto del frenesí porque sus instintos lo habrían alejado de la ciudad. Al menos deseó que fuera así. No sentía ningún interés en parecerse o actuar como los antiguos Gangrel que se dejaban llevar por sus Bestias internas. Como otros tantos de su clan, Beckett había aprendido técnicas de meditación que le permitirían purgar su cuerpo no-muerto de esas características bestiales, pero el método requería semanas e incluso meses de un esfuerzo que podía dedicarse a mejores fines. De cualquier forma, y como atestiguaban sus ojos y manos monstruosas, el sistema no carecía de defectos.

Solo le restaba pensar que había llegado hasta allí abriéndose camino a través del flujo de espíritus como lo haría un hombre ahogándose en la marea y que el esfuerzo mental que había mantenido contra ellos, había incitado a su cuerpo a moverse.

En todo caso, estaba en la esquina de una calle que no ofrecía pista alguna con la que pudiera orientarse. Desde la entrada de la cueva, y mirando hacia abajo, todas las calles le habían resultado muy parecidas las unas a las otras. Beckett tenía un sentido de la orientación infalible y, si hubiera sido consciente de su progreso por la ciudad, podría haber retrocedido sobre sus pasos. Pero, dada la situación…

Y sí, los fantasmas de aquel lugar podían trabajar en su beneficio. Cuando los había visto hacía solo un minuto, todos avanzaban en la misma dirección, como huyendo de algo, y lo que quiera que fuera, tenía que ser sin duda más intrigante que el lugar donde se encontraba ahora. Beckett decidió seguir la ruta que más se aproximaba a la senda por la que había fluido el torrente de espíritus.

Pronto pasó junto a dos de los edificios más grandes con los que se había encontrado allí. A primera vista parecían ser alguna clase de iglesia o templo y estaban construidos delante de una de las paredes de la caverna. Una segunda cueva, menor que aquella por la que

había entrado pero lo bastante grande para que pasara por ella un coche, se extendía amenazadora ante él. El área circundante estaba sembrada de pedazos de roca extrañamente lisos por dos de sus lados. Después de dedicar unos minutos a reunir los trozos como lo haría con un rompecabezas muy pesado, Beckett decidió que se trataba de un círculo enorme de piedra utilizado, con toda seguridad, para sellar la entrada de esa cueva. Lo que quiera que había dormido al otro lado, había terminado por abrirse paso, aunque luego no pudiera abandonar la ciudad por causa de la protección de Cappadocius.

Esta, entonces, debía ser la tumba. El metafórico comedor del llamado Banquete de la Locura. Miles de Capadocios fueron sepultados allí dentro por su progenitor y quedaron condenados al canibalismo y a la inevitable inanición por el pecado de no cumplir con sus ideales.

Así no le extrañaba que los fantasmas estuvieran cabreados.

Una luz parpadeaba en las profundidades de la pequeña cueva. No era lo bastante estable como para ser eléctrica. ¿Un fuego? Beckett se puso nervioso, y no por la presencia del fuego —tenía que estar muy cerca de una hoguera para que su instinto venciera a su control—, sino por la posibilidad de que alguien hubiera estado deambulando por allí el tiempo suficiente como para que el fuego continuara encendido.

Los fantasmas, por su parte, no parecían reaccionar ante esa luz como lo habían hecho con la suya. A lo mejor estaban acostumbrados a ella. Tal vez había algo en la luz “artificial” de la bombilla, y de lo que las llamas carecían, que los violentaba.

O quizá lo que se movía por allí dentro los asustaba.

Al cabo de unos pasos, se desvaneció su visión nocturna porque a sus otros sentidos aguzados les bastaba la tenue luz del fuego distante. Miró alrededor un instante y vio muebles de piedra rotos, manchas de sangre tan antigua y empapada en la piedra que había pasado a formar parte permanente de la decoración, otras pilas ordenadas de cuerpos disecados como leños, otros cuerpos diseminados como desechados por un niño rabioso…

Entonces, algo fuerte y pesado lo golpeó en el costado como un toro enardecido. Se tambaleó; apretó dolorosamente la mandíbula cuando sintió cómo los huesos de su brazo se separaban por el impacto inicial. El lateral de su cadera crujió al chocar contra el suelo. Solo su sobrenatural resistencia lo salvó de sufrir lesiones más graves.

Sus instintos marciales, perfeccionados en las mejores circunstancias (peleas callejeras y combates reales, en lugar de dojos o cuadriláteros), lo hicieron rodar después del primer golpe. Cuando sus hombros rozaron el polvo, empujó con un puntapié a su atacante. No contaba con el ángulo ni la posibilidad de enviarlo volando hacia atrás, pero pudo alejarlo lo bastante como para ponerse de pie. La sangre fluía por sus miembros, fortaleciendo su carne y tensando los músculos para obligar a los huesos a soldarse con un sonoro crujido. La carne de las yemas de sus dedos se rasgó para permitir que las uñas se alargaran varios centímetros y se endurecieran. Beckett se giró para enfrentarse a su atacante enseñando los dientes, con las manos levantadas y la Bestia acechando justo detrás de su mirada.

Y, entonces, se quedó boquiabierto.

—Oh, mierda. Okulos…

El Nosferatu era casi irreconocible. Su piel de color gris estaba más pálida de lo que él la hubiera visto jamás y le pendía de los huesos como algodón mojado. Las diversas cicatrices y manchas eran ahora más pronunciadas; en algunos casos, estaban abiertas y supuraban. Había perdido varios de los dientes retorcidos y desiguales; los demás sobresalían directamente del hueso porque la piel de las encías se había podrido por completo. Su pesado abrigo y los pantalones estaban hechos jirones, y la camisa había desaparecido salvo por el puño aún abotonado alrededor de su muñeca izquierda. La bandolera que colgaba de su hombro izquierdo era del mismo tipo que las que los piratas de antaño utilizaban para llevar consigo varias pistolas a la vez. Cuando Okulos desapareció por primera vez en las entrañas de Kaymakli, la bandolera había estado repleta de pistolas de bengalas. Eran las armas que Okulos prefería usar contra otros Vástagos. Ahora solo le quedaban dos, pero eran más que suficientes para causar a Beckett serias lesiones. Por suerte, si acaso aquella situación tenía algo de afortunada, su amigo parecía

estar demasiado dominado por la Bestia como para pensar en utilizarlas.

—Okulos, soy yo. ¿No te acuerdas de mí? No quiero hacerte daño. Y puedes estar seguro de que no quiero que me hagas daño. Yo…

Realmente no esperaba que su amigo, hambriento y en estado de frenesí, comprendiera sus palabras. De cualquier forma, apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado cuando Okulos chilló y saltó hacia él. Beckett retrocedió rápidamente e intentó encontrar la manera de protegerse sin destruir a la persona que había venido a salvar. Sabía que era más rápido que su amigo y capaz de absorber mucho más daño, pero Okulos era indudablemente el más fuerte de los dos. Bloqueó un golpe tras otro y, en cada ocasión, los brazos le dolieron como si estuviera siendo atacado por una taladradora. El hueso recientemente soldado del codo izquierdo volvió a quebrarse, y cuando el enloquecido Okulos le lanzó un puñetazo seguido de un rodillazo, Beckett sintió cómo se le rompían varias costillas, que se incrustaron en los órganos que, gracias a Dios, había dejado de utilizar hacía mucho tiempo.

Escupía sangre que no se podía permitir el lujo de malgastar y se mantenía en pie solo por su testarudez. Sabía que tendría que pasar a la ofensiva en no mucho tiempo. Pero, maldición, ¡no estaba dispuesto a destruir a aquel por lo que tanto había sufrido! En todo caso, sería inútil.

Sirviéndose de una maniobra que había aprendido de Lucita, tensó un hombro como si planeara ejecutar una embestida y luego, al tiempo que su enemigo se giraba para eludir el ataque, le propinó una devastadora patada giratoria con el talón desde la dirección opuesta. No era la técnica más precisa; cualquier oponente medianamente hábil podría esquivar o detener el golpe. Su intención, sin embargo, era la de hacer que su rival retrocediera uno o dos pasos, bien por causa del impacto o debido a su intento por evitarlo. Y, a pesar de que los poderosos brazos de Okulos absorbieron la mayor parte, el vampiro se tambaleó a un lado.

Eso le proporcionó a Beckett el espacio necesario para lanzarse

en picado hacia el suelo. Se dejó llevar por el ímpetu y se deslizó entre las piernas de Okulos. Hizo una mueca de dolor cuando las piedras y el polvo le arañaron el pecho.

Espero que puedas perdonarme por esto, pensó con tristeza al tiempo que lanzaba un ataque con sus garras hacia atrás y le trepanaba los tendones traseros de las rodillas.

El Nosferatu gritó por la agonía y la rabia infinita, y cayó de bruces. No supondría una lesión permanente para un vampiro, aunque propinada por las garras antinaturales de Beckett, Okulos tendría que dedicar muchas noches e ingerir varios litros de sangre para poder volver a caminar.

Fue por causa de su hambre desquiciada que tratara, pese a sus dos piernas inutilizadas, de arrastrarse detrás de él. Avanzaba con las manos, con el rostro desencajado y enseñando los colmillos. Beckett, por su parte, permitió que las uñas volvieran a hundírsele en la carne de las yemas de sus dedos, recogió la mochila que se le había caído cuando su amigo lo golpeó y sacó la pesada pala con el mango roto.

—Que te jodan, Okulos. Espero, de todos modos, que puedas disculparme por hacer esto.

El Nosferatu gimió cuando el mango de madera le traspasó por la espalda, rompiéndole las costillas en el proceso y penetrándole en el corazón. Entonces su cuerpo se quedó inerte, paralizado por la intrusión del mundo natural que atravesaba el núcleo de su poder.

Beckett, con el cuerpo completamente dolorido, se arrodilló cauteloso al lado de su amigo inmovilizado y acarició con sorprendente suavidad la cabeza gris y costrosa.

—Al fin y al cabo, vas a obligarme a arrastrarte fuera de aquí, perezoso bastardo.

—Ah, vos debéis de ser Beckett.

Se giró, incapaz de ocultar su sobresalto al escuchar el sonido de una voz donde no debería haber ninguna. Una de sus manos buscó la culata del Colt dentro de la mochila y se cerró en torno a ella. La otra

le empezó a picar cuando las garras volvieron a emerger de las puntas de sus dedos.

El recién llegado no parecía mucho más imponente que cualquier Vástago. Y Beckett no tenía dudas de que era un vampiro; aunque su presencia detrás del sello por el que “ningún hijo de Seth puede adentrarse” bastara para explicarlo, sus aguzados oídos no detectaban ningún rastro de aliento o ritmo cardíaco. El extraño, de aproximadamente poco más de metro sesenta de altura, era bajo. Su cabello era más oscuro y largo que el de Beckett. Tenía una barba tupida a la que le faltaba muy poco para merecer el calificativo de desastrada. Vestía una sencilla túnica que le llegaba hasta las rodillas, aparentemente fabricada con los materiales recuperados en la misma ciudad.

No, no parecía peligroso, pero él desconfiaba de las apariencias. El vampiro irradiaba un poder bajo control. Además, por sus rasgos se adivinaba que debía de haber sido Abrazado hacía ya bastante tiempo. Eran ligeramente distintos a los de un hombre moderno de una manera que ningún mortal y muy pocos Vástagos podrían advertir. Beckett mantuvo la vista fija en el cuello y la barbilla del otro porque temía encontrarse con sus ojos y que su voluntad quedara a merced de la mirada del antiguo.

—¿Quién demonios es usted y cómo sabe mi nombre?

—Mi nombre —dijo el vampiro bajo— es Kapaneus. Y sé de vos porque su amigo os mencionaba a menudo. Cuando —añadió con tristeza— todavía era capaz de hablar.

Kapaneus era un nombre griego, pero su acento no lo era. Beckett no conseguía ubicarlo; sonaba como una mezcla, adquirida posiblemente después de múltiples viajes. Aun así, el hecho de que estuviera hablando en inglés era lo más insólito.

—Okulos me enseñó su idioma —continuó Kapaneus, como si estuviera leyendo los pensamientos de Beckett—. Me habló de muchas de las maravillas de la era moderna que apenas puedo comprender y, menos aún, imaginar. Nos hicimos íntimos amigos en los años que compartimos aquí y sus compañeros son, por tanto, también los míos. No pretendo haceros daño. De hecho, tenía la

esperanza de que aparecierais.

Beckett soltó el arma pero se mantuvo alerta.

—¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Cuántos años lleva atrapado?

—Atravesé la protección de Cappadocius en el año 1401. Buscaba un lugar donde no pudieran turbarme las preocupaciones del mundo porque tenía mucho en qué pensar.

—¿¡Cómo!? —Beckett se quedó boquiabierto—. ¿Quedó atrapado aquí por su propia voluntad? —Y, de pronto, creyó entenderlo—. Oh, perfecto, justo lo que necesitaba. Otro más. Es usted Malkavian, ¿no es cierto?

Kapaneus rió entonces con una risa demasiado intensa y atronadora para ser alguien tan pequeño.

—No, no pertenezco a la prole de Malkav. Aunque, en ocasiones, desearía que fuera así. Estar loco y ver las cosas como uno desea debe hacer el mundo mucho más fácil.

Beckett pensó brevemente en Anatole, el profeta Malkavian de la Gehena con quien tan a menudo había viajado, de quien había aprendido y a quien, a veces, había considerado un sire adoptivo. Anatole había pasado muchos años vomitando profecías que nadie quería escuchar y había dedicado su existencia a encontrar unas respuestas que ni siquiera se hallaban en sus visiones.

—No esté tan seguro —susurró en voz baja. Luego preguntó en alto—. ¿Cómo ha logrado sobrevivir tanto tiempo aquí abajo?

—Convoco a los animales cuando lo necesito —respondió el antiguo—. Uno acaba por hartarse de las ratas, los lagartos y demás, pero sirven. Estuve sumido en el letargo durante bastante tiempo. Y he llegado a dominar ciertas técnicas que me permiten sobrevivir sin sustento más de lo normal, siempre y cuando tenga cuidado de conservar mis energías. Traté de enseñárselas a su amigo, pero a mí me llevó varias vidas mortales controlar incluso la más sencilla. Me temo que maese Okulos se perdió mucho antes de poder aprender siquiera la primera lección.

Beckett volvió a arrodillarse al lado de su amigo paralizado.

—No ha sido otra cosa que una bestia durante cierto tiempo —le informó Kapaneus— y mis poderes apenas me han servido para ocultarme de su locura. Quizá aún se pueda remediar su estado, pero yo no confiaría mucho en ello.

—Se puede remediar. —Beckett se levantó sosteniendo a Okulos entre sus brazos—. He logrado llegar hasta aquí y encontraré la manera de terminar el trabajo.

—Desde luego. —Kapaneus pareció reconsiderar la situación, luego sonrió—. Como habéis sido tan amable de romper el sello, quizá, con vuestro permiso, me permitáis acompañaros en el camino. De esa forma sabría en qué ha devenido el mundo y me aseguraría de que Maese Okulos se recupera por completo.

Efectivamente resultaría complicado. Kapaneus había admitido que no sabía nada del mundo actual. ¿¡Maldita sea, acaso sabía el antiguo algo acerca de la Mascarada!? Los vampiros que deseaban sobrevivir se mantenían escondidos en estas noches modernas.

Pero la oportunidad de hablar con alguien tan antiguo, de preguntarle a alguien que había sido testigo del transcurso de tantos años… La mayoría de los antiguos de la actualidad tenían motivos, entre otros, políticos, para negarse a responder o lo hacían con medias verdades. Por la posibilidad de hablar finalmente con Kapaneus valdría la pena asumir cualquier inconveniencia. ¡Joder, si significaba recibir respuestas a las preguntas que había estado formulando durante casi tres siglos, se atrevería a poner en peligro la mismísima Mascarada!

Además, aun en el caso de que lo deseara, Beckett estaba casi seguro de que impedir que los acompañara supondría un problema con el que no estaba dispuesto a lidiar. Sin mencionar el daño que un antiguo ignorante y sin ningún tipo de guía podría causar en el mundo.

De modo que se limitó a asentir y comenzó el largo recorrido de vuelta al cielo abierto.

Primera parte: Anochecer

Y si llega el día en que estén tan ciegos

o poseídos por una rabia celosa

que arrancarían la única verdad

de su jardín de malas hierbas

entonces serán sus almas las que destruyan.

—Los fragmentos de Erciyes, “Lamentaciones”

Motel Dew Drop, junto a la Autopista Interestatal 10

A las afueras de Los Ángeles, California

La habitación era tan genérica como la de otros moteles. Moqueta marrón raída, paredes del mismo color, un par de camas idénticas, un aparador y una televisión con un programa de películas con dos meses de antigüedad. Olía a limpiador de moquetas barato.

Los ocupantes de la habitación eran, de alguna forma, menos genéricos. Para empezar, ninguno de ellos estaba vivo.

El primero, un tipo alto y larguirucho que respondía al nombre de Ebert, llevaba gafas y vestía un traje gris a rayas abierto en el cuello.

Se estaba levantando tras haber pasado más de una hora arrodillado delante de una de las sillas mal tapizadas de la habitación.

El segundo, inclinado y mirando amenazante por encima del hombro de Ebert, era alto, con cabello castaño despeinado y una barba que había empezado a encanecer. Enfundado en sus pantalones anchos, con botas y una camisa de franela, parecía un maderero no-muerto.

Ambos miraban al tercer ocupante de la habitación, una mujer rubia, más o menos joven, que estaba sentada muy quieta en la silla, con la boca abierta y la mirada perdida.

—Eso debería bastar, Samuel —dijo Ebert. La fatiga se adivinaba en su voz.

—Necesito que estés absolutamente seguro —respondió Samuel—. Es una joven muy especial.

—¿Especial?

Samuel sonrió abiertamente.

—Pero no conoceréis a esta mujer —citó—, excepto por tener tatuada en su cuerpo la marca, la marca de la Luna: su rostro verá el dolor, el odio y la traición, pero en ella reside la última esperanza.

—Vale. —Ebert no estaba impresionado—. Libro de Nod. ¿De verdad te crees toda esa mierda? ¿Acaso crees que esta chica es un mesías?

—¿Una mesías? No, no exactamente. Pero viajará mucho, Ebert, y tendrá que lidiar con un montón de gente muy poderosa. No puedo permitirme el lujo de que alguien tropiece con algún rastro de tu trabajo.

Ebert frunció el ceño.

—Recurriste a mí porque soy el mejor, y lo sabes. Nadie encontrará pistas de lo que he hecho. No es algo evidente. No se va a enamorar de ti, ni tampoco reaccionará como si estuvierais vinculados.

Solo se va a sentir inclinada a escucharte con mucha atención.

—Muy bien, perfecto. ¿Y cuánto pasará hasta que despierte del trance?

—Por lo menos, una hora. Tendrás el tiempo suficiente para que tu ayudante llegue al punto de encuentro. Y creo que con esto concluye nuestro negocio. Me marcho.

Samuel levantó una mano.

—¿Podría retenerte solo un momento más?

Unos minutos después, Samuel, enfundado en su camisa de franela, abandonó el motel. Llevaba tendida sobre su hombro a una joven rubia. Todos los que los vieron en la calle subiéndose a un coche viejo y destartalado, pensaron que estaba borracha. Un joven incluso se ofreció a ayudarlo a meterla en el asiento trasero del coche de forma que ella estuviera cómoda.

Nadie encontró nunca señal alguna de Ebert, pero, a la mañana siguiente, las limpiadoras no pudieron evitar preguntarse cómo había llegado aquel montón de ceniza al suelo de la habitación.

Canal de embarcaciones de Houston

Houston, Texas

Texas. ¿Por qué tenía que ser Texas?

Federico di Padua, arconte leal a la Camarilla y agente del justicar Nosferatu Cock Robin, odiaba el sur de Estados Unidos con una vehemencia que solo podía describirse como “maldita”. Tenía todas las desventajas del lugar de Italia en el que había nacido —caluroso, veranos húmedos y con demasiados espacios abiertos y vacíos— y ninguno de los alicientes culturales. Era como una copia en blanco y negro de un Rembrandt.

Para colmo, hacía solo unos meses que había despertado del letargo. Había tenido la desgracia de enfrentarse al Cardenal Polonia durante la conquista de Nueva York por parte de la Camarilla en 1999

y el antiguo miembro del Sabbat había estado muy cerca de destruirlo. Incluso ahora, años después, seguía sintiendo una punzada ocasional en el pecho y una rigidez allí donde su cuello había sanado y cerrado la herida. Se preguntaba, además, si alguna vez conseguiría recuperar toda su fuerza.

Di Padua volvió a maldecir a su compañero arconte, Zack Shale, en cinco idiomas diferentes. Houston era su territorio, formaba parte de su área de operaciones, y los actuales rumores que hablaban de que una manada exploradora del Sabbat había entrado en Estados Unidos desde Méjico, debería haberlo concernido a él y no a Federico. Él debería seguir recuperándose, sirviendo en el entorno de Robin, o asumiendo tareas que no le obligaran a realizar grandes esfuerzos hasta haberse recobrado por completo.

Por desgracia, Shale había desaparecido. Los justicar estaban casi seguros de que no había sido asesinado. Parece que se había tomado el tiempo necesario para empaquetar sus cosas antes de marcharse. Incluso se había ocupado de mandar un mensaje codificado a través de una serie de llamadas telefónicas. Un mensaje que decía lo siguiente: No puedo completar la tarea. Enviad ayuda. Pero, después de eso, parecía haberse desvanecido de la faz de la tierra. Y, considerándolo, era toda una hazaña poder esconderse de las habilidades y conexiones de los justicar y sus arcontes.

Eso implicaba que alguien debía tomar el relevo allí donde Shale lo había abandonado y di Padua estaba, por desgracia, libre.

De modo que ahora estaba agachado en la cabina de mando de una inmensa grúa en el canal de embarcaciones de Houston. El poder de la sangre que había en su interior, sumado a las oscuras sombras de la cabina, lo convertían en un ser completamente invisible para los ojos de los mortales y también para los de la mayoría de los Vástagos. Las notas que Shale había dejado para él en una taquilla de la estación de autobuses y sus propias investigaciones le habían llevado a pensar que los miembros del Sabbat que habían cruzado la frontera planeaban recoger un cargamento desconocido de uno de los cargueros amarrados allí durante la noche. No tenía idea de qué era lo que esperaban y eso, combinado con el hecho de que quería saber con quién exactamente estaba tratando, lo había llevado hasta donde

estaba ahora.

Por desgracia, y aunque había advertido cierto movimiento junto a los barcos, no ocurría nada importante. Vio dos figuras. Creía que podía tratarse de dos Vástagos, pero no estaba seguro desde aquella distancia. Y nada más.

Cuando de pronto desaparecieron, y no como si se hubieran fundido con las sombras, como él acostumbraba a hacer, sino sencillamente desvaneciéndose, di Padua supo que tenía un problema.

Al aparecer el primer agujero en el parabrisas de la grúa, rodeado por un complejo diseño como de telaraña y acompañado por un sonoro crujido, supo que el problema inicial se había hecho mucho más grave.

Y cuando vio a más de media docena de figuras saltando o trepando desde los tejados más próximos y contenedores de cargamento, supo que estaba bien jodido.

Di Padua no había venido preparado para involucrarse en un tiroteo. Su estilo se basaba en el reconocimiento sigiloso, seguido por un brusco chaparrón de violencia. El arconte se lanzó desde la grúa, corrió a toda prisa por uno de los muelles con las balas levantando el polvo detrás de sus talones y se tiró de cabeza detrás de un contenedor. Miró por encima del parapeto y se agachó rápidamente cuando uno de los miembros del Sabbat que se aproximaba le lanzó…

¿Una piedra? ¿Por qué demonios me tiran una piedra?

La piedra golpeó el suelo detrás del contenedor y dos pensamientos cruzaron por la mente de di Padua a la vez.

En primer lugar, que la manada del Sabbat debía contar con la presencia de un Ravnos o alguien que hubiera llegado a dominar la capacidad que ese clan tenía para hacer creíbles las ilusiones. Era la manera más sencilla para explicar la súbita desaparición de las figuras en las que había estado fijándose durante tanto tiempo. Al parecer, eran meras distracciones.

Y dos, que la piedra no había emitido un sonido seco al chocar contra el suelo tras él, sino que había tintineado, como si estuviera hecha de metal.

Di Padua, al borde del pánico, envió sangre a todo su cuerpo. Pese a no ser muy hábil haciéndolo, tenía la capacidad de moverse a velocidades inhumanas. Debería bastarle para salir del alcance antes de que…

No ocurrió nada. No aconteció la súbita aceleración. No se movió con celeridad antinatural. La sangre fluyó por su cuerpo, pero no hubo respuesta.

Cuando Federico di Padua saltó por los aires por la explosión, con el cuerpo destrozado por la metralla y la carne quemada, no se preguntaba si tendría la fortaleza necesaria para curar las lesiones. Tampoco cómo escaparía de la manada que, con toda seguridad, debía estar acercándose a su cuerpo quebrado y sangrante.

No, solo un pensamiento reverberaba en su mente agonizante mientras aguardaba su inevitable fin. Sus habilidades, su invisibilidad y celeridad, le habían fallado. E ignoraba el porqué.

Fábrica de motores de los aliados (cerrada)

New Bedford, Massachussets

—¡Puede que hayas engañado a quienes han sido enviados a encontrarte! ¡Puede que te hayas alejado mucho de la zona donde cometiste tu pecado! ¡Pero no existen sombras a través de las cuales Dios no pueda ver! ¡No hay lugar donde puedas esconderte de su ira!

El látigo restalló y arrancó otro pedazo de carne de la espalda de uno de los condenados. Los ojos del vampiro conocido con el sobrenombre de Justo Empeño se iluminaron de regocijo al contemplar el espectáculo. Se había despojado del chaqué de su antiguo traje negro y se erguía detrás de los prisioneros, vestido solo con los pantalones y una camisa blanca arremangada. El sombrero de ala ancha, que insistía en llevar como recuerdo de su pasado “sagrado”, colgaba del sobresaliente espinazo de una de las criaturas inhumanas que lo acompañaban. Los szlachta —poderosos y

entrenados ghouls de guerra, creados y retorcidos por la capacidad que el clan Tzimisce tenía para moldear la carne— le servían como guardaespaldas e instrumentos en tareas como aquella.

Las brujas y el cazador convivían juntos desde los días más oscuros de Salem. Desde su Abrazo, Justo Empeño no había abandonado ni su fe, ni el amor que sentía por la “confesión” de los herejes y pecadores. Al convertirse en sacerdote e inquisidor informal a las órdenes del Sabbat, no había tenido que cambiar apenas sus principios.

Los cuatro neonatos arrodillados ante él eran solo los últimos “pecadores” con quienes debía lidiar. Se les había encomendado la tarea de averiguar con qué fuerzas contaba la Camarilla en las ciudades más pequeñas que rodeaban a Nueva York. Se habían encontrado, sin embargo, con una sheriff y con sus cardenales preparados ya para su llegada. Habían pactado con la Camarilla y desvelaron secretos del Sabbat para poder sobrevivir. Era una infracción muy grave ante los ojos de los superiores y hacía poco que los habían capturado. La habitación en la que debían enfrentarse a su destino estaba prácticamente vacía. Constaba de cuatro paredes de hormigón y un suelo de cemento al que estaban unidas sus cadenas. El aire estaba cargado con el sabor de la sangre, sudado por los poros y sangrado de las heridas de los Vástagos. Hedía, literalmente, a agonía.

—¡Somos instrumentos del Todopoderoso! —continuó Justo Empeño, haciendo restallar el látigo una y otra vez—. ¡Somos sus manos! —¡Crack!—. ¡Somos su rabia! —¡Crack!—. La venganza será mía, decía el Señor, ¡y nosotros seremos esa venganza! ¡La espada de Caín es la del Señor y Dios no perdona una herramienta que se rompe!

¡Crack!

Los neonatos gritaron de dolor, pero no hicieron ademán de esquivar las correas de cuero con fragmentos de cristal engarzado. No es que fueran incapaces de hacerlo. Las cadenas que los apresaban eran débiles; poco más que un símbolo ceremonial. No era que temieran a los szlachta, porque una muerte rápida en sus garras era

preferible a la tortura infinita que les dispensaba el predicador chiflado con su látigo. No, era el aura del sacerdote; irradiaba una sensación de poder, maldad y temeridad casi palpables, como un espejismo ardiente que los obligaba a arrodillarse, con los ojos clavados al suelo, y que paralizaba sus miembros. No podrían haberse enfrentado a Justo Empeño, como tampoco podrían haber detenido el amanecer.

—¡Sois imperfectos! —¡Crack!—. ¡Sois débiles! —¡Crack!—. ¡Estáis malditos, como todos nosotros, pero os negáis a aceptarlo! ¡Huís de vuestra condición! ¡Huís del dolor y la muerte y, por lo tanto, huís de vuestra obligación de prestar servicio a Dios! —¡Crack!—. ¡Le habéis dado la espalda! ¡Lo habéis despreciado! ¡Y lo habéis enfurecido! —¡Crack!—. ¡Recoged lo que habéis sembrado, pues yo soy el brazo derecho del Señor, soy la venganza del Señor y de la espada de Caín, y os digo que vosotros estáis doblemente malditos!

»Miembros de la manada del Martillo de Plata —continuó el sacerdote con formalidad, enrollando el látigo sin preocuparse de limpiar la sangre y trozos de piel que había en él—, os encuentro culpables de herejía contra la palabra de Dios y las leyes del Sabbat. A mis ojos y a los del Señor, ya estáis muertos. En su nombre, lo llevaré a cabo.

—Acabad con ellos.

Al mismo tiempo que los szlachta se deslizaban hacia delante, Justo Empeño recogió bruscamente su sombrero y se giró, esperando con regocijo poder escuchar el sonido de los pecadores descuartizados miembro a miembro.

Y, desde luego, escuchó unos sonidos… pero no los que él esperaba.

El predicador se giró, con los ojos muy abiertos, a tiempo de ver a sus queridos ghouls de guerra revolcándose por el suelo como si los hubieran envenenado. El más grande de los dos se estremeció una y dos veces antes de morir. El otro sufrió un destino mucho peor, como si los poderes que lo habían convertido en algo que era a la vez más y menos que humano hubieran enloquecido. Sus miembros se alargaron y encogieron, se retorcieron y deformaron. Se le abrieron heridas de las que emergieron pedazos protuberantes de carne como lo harían

las lenguas de las bocas abiertas.

Justo Empeño se quedó boquiabierto y sin habla. ¿Cómo podía estar ocurriendo aquello?

—¿Qué… qué…?

—¡Esto, santurrón hijo de puta!

El predicador se tambaleó y cayó al suelo. El cráneo le dolía de forma agónica. Miró hacia arriba y vio a uno de sus prisioneros con las cadenas, que le habían vinculado a la pared, ahora pendiendo de las muñecas. Muchos eslabones estaban bañados en sangre.

¡Aquello no era posible! Su poder, el peso de su presencia sobrenatural, debería haberlos mantenido acobardados como a niños pese a la muerte de sus guardias. Bueno, estaban a punto de aprender cuál era el peligro de interferir en los planes del Señor.

Justo Empeño se puso rígido, permitiendo que la furia de Los Ángeles más sanguinarios de Dios fluyera por él. Debería haberlo transformado en una criatura temible, en un demonio del abismo, con espinas, piel verde y manos capaces de traspasar el hormigón tan fácilmente como si fuera carne débil.

En lugar de ello, el poderoso cazador de brujas Tzimisce cayó de rodillas mientras su cuerpo empezaba a purgarse de la sangre que fluía en su interior. La vomitó con tremendos espasmos, hasta que su boca no bastó para liberarla y manó por la nariz e incluso por los lagrimales.

—Mi Señor —jadeó con una voz casi ininteligible por causa de la sangre—, ¿por qué me has… —otro jadeo— abandonado?

—Posiblemente —escuchó decir al neonato que se erguía por encima de él. En su voz había ira y odio evidentes— porque estará tan cansado de tu mierda como lo estamos nosotros.

Para cuando la manada del Martillo de Plata se hubo aburrido de su entretenimiento y eligió rematarlo bebiéndose lo que quedaba de su alma, Justo Empeño solo pudo agradecer a Dios que todo hubiera

terminado.

Hotel Hilton Airport, aeropuerto internacional de Los Ángeles

Los Ángeles, California

La Vástago, conocida solo como Tara, antigua líder de los anarquistas y ahora príncipe respaldada por la Camarilla, no estaba teniendo un buen año. Con todo, preferiría estar de vuelta en su hogar, en San Diego, su auténtico dominio, a pesar de los diversos problemas y catástrofes nocturnas.

En lugar de ello, estaba a punto de empezar el tercer mes como “regente” de Los Ángeles. Los Catayanos, aquellos extraños vampiros asiáticos que habían reclamado para sí la mayor parte de la costa oeste, se habían retirado de pronto y en Los Ángeles había quedado un número muy reducido. Los antiguos de la Camarilla no sabían si habían sido destruidos, habían regresado a casa o qué… Y, lo cierto es que les traía sin cuidado. Ya había diversas facciones anarquistas viajando a la ciudad para apropiarse de lo que había sido el centro neurálgico de los llamados Estados Libres Anarquistas. La Camarilla tampoco quería eso. Los justicar no estaban dispuestos a permitir que otra facción hostil se agrupara en torno a Los Ángeles ni a dejarla libre para los Catayanos si acaso estos regresaban.

Por esa razón, cuando el Príncipe LaCroix fue asesinado al mismo tiempo que los vampiros asiáticos comenzaban a desaparecer, necesitaron que alguien ocupara su lugar. Alguien experimentado, que conociera la zona y también a los anarquistas.

Siendo como era príncipe con una ciudad propia, no podían obligar a Tara a hacerlo. Pero ella sabía bien que podrían hacer que su existencia fuera un infierno nocturno si se oponía. De modo que sus chiquillos estaban encargados de cuidar de San Diego y les había prometido toda clase de tormentos eternos si no le devolvían el mando tal y como lo entregó cuando regresara. Entre tanto, hacía juegos malabares para lidiar con las numerosas facciones de la ciudad.

—Raymond, necesito que envíes un mensaje —dijo, hablándole al auricular de un viejo teléfono. Aunque había poco rastro de ello en su voz, salvo algún temblor ocasional en una u otra palabra, la

expresión de su rostro bastaba para adivinar lo disgustada que estaba con lo que tenía que hacer—. Ten la gentileza de informar a Cuatro Vientos Conspiran —Dios, cómo odiaba decir en alto los nombres catayanos; la hacía sentir tan estúpida— que, después de reflexionar cuidadosamente, el dominio soberano de Los Ángeles acepta la última propuesta planteada por sus señores. Pagaremos un tributo de no menos de cinco millones de dólares a la Nueva Promesa del Mandarinato de Los Ángeles. A cambio, la NPM prometerá dejar de interferir en nuestra lucha contra el elemento anarquista; entiéndase con esto a los llamados MacNeil y a los sangre diluida de Cross. Dile que espero la confirmación de que sus superiores entienden y aceptan el acuerdo en el plazo de un mes.

Tara colgó antes de que su ghoul pudiera responder. El plástico del auricular se quebró en su puño mientras su rabia amenazaba con liberar a su Bestia interna. Los MacNeils, quienes habían adoptado su nombre del líder anarquista Jeremy MacNeil, asesinado en la conquista de San Francisco por los Catayanos en el año 2000, eran la facción principal de LA y todavía mareaban al agotado partido anarquista con ideales como abolir los principados y sectas y vivir libremente sus existencias. ¡Como si supieran cómo hacerlo! Eran muchos y estaban bien armados, pero no eran sutiles en absoluto. Si solo se hubiera tenido que enfrentarse a ellos, Tara sabía que habría acabado por vencerlos.

Pero ahora tenía a estos otros anarquistas deambulando por allí. Estos sangre diluida, vampiros tan alejados de la vitae de Caín que apenas eran algo más que mortales, suponían un fenómeno reciente hablando en términos de Vástagos y no habían sido más que una curiosidad hasta hacía poco.

—¿Príncipe Tara? —Aunque estaba evidentemente contrariada por tener que acercarse a su líder en las presentes circunstancias, la única vampiro que había en la habitación aparte de ella (la senescal de Tara, también una antigua anarquista, que la había acompañado desde San Diego) dio un paso al frente—. ¿Estás segura de que esto es aconsejable? Una de las razones de que estemos aquí es para impedir que los Catayanos recuperen…

—¿Acaso crees que no lo sé? —Tara se levantó, como

accionada por un resorte, con los puños cerrados. Los protuberantes bultos de sus colmillos hinchaban horriblemente los rasgos, habitualmente redondeados y suaves, de su rostro y mandíbula. La otra vampiro que, de hecho, era su bisnieta, retrocedió varios pasos y se aplastó contra la pared—. ¡Maldita sea, Dionne y maldita seas tú también! ¡Ya lo sé! —La príncipe caminó airada hacia delante, hasta que la Vástago más joven sintió que el poder de la ira de Tara, manifestándose a través de su naturaleza antinatural, conseguiría hacerla traspasar la pared—. ¡Sé lo que he hecho! Sé que si los Catayanos regresan en mayor número, dispondrán de un hermoso centro de operaciones desde el que recuperar sus intereses. ¡Sé que voy a tener que lamerle el culo a esos feos bastardos comemierdas, desde ahora hasta la Gehena si no tengo muchísima suerte!

»Tú dirás qué coño puedo hacer si no. Los MacNeils prendieron fuego al refugio de Rodríguez hace dos noches. ¡Jenna Cross y sus jodidos lacayos han asesinado a dos de mis ciudadanos y tomado otros nueve vecindarios en los últimos tres meses! Apenas puedo librar una guerra en los dos frentes con los recursos de que dispongo, Dionne. ¡Es evidente que no podría hacerlo en tres! ¡Y los todopoderosos miembros de la Camarilla, después de pedirme con toda corrección que apacigüe la situación en LA hasta que puedan nombrar a un príncipe permanente, no pueden preocuparse de mandar refuerzos! Demasiados acontecimientos inexplicables en otras partes del mundo. Solo puedo encargarme de un enemigo a la vez. Sé que puedo lidiar con los MacNeils; sé cómo piensan, cómo operan. De modo que, mi preocupación más inmediata es el “ejército de los oprimidos” de Cross.

—Hubo un tiempo —empezó Dionne con suavidad—, en que tú formabas parte de esos oprimidos.

Tara rechinó los dientes. Una de sus manos se levantó, casi con voluntad propia, en busca del cuello de Dionne y, solo mediante un gran esfuerzo, pudo la príncipe dominar la necesidad que sentía de aplastarle la laringe a su senescal. No supondría un daño permanente para un vampiro, pero, al menos, la mantendría callada durante algún tiempo.

—Sí, lo hubo —gruñó la príncipe—. Y luego, crecí. Convoca a lo

que quede de la primogenitura —le ordenó—. Quiero al consejo al completo reunido a principios de la semana que viene. Y no me importa qué tengan que dejar de lado para acudir. Tenemos que encargarnos de Cross y tenemos que hacerlo ahora.

Dionne se quedó quieta, mirando a la puerta, mucho después de que Tara hubiera salido dando un portazo que hizo retumbar el dintel. Luego, exhalando un suspiro muy humano, sacó un teléfono móvil (pagado, desechable e imposible de rastrear) del bolsillo interior de la chaqueta de su traje. Marcó una serie de números, que ya venían siendo bastante familiares desde los últimos meses, sin mirar siquiera el teclado.

—Soy yo —anunció al micrófono—. La reunión está convocada para la semana que viene. Sí, me encargaré de ello. Estáis seguros de que estáis preparados para… Vale, es asunto tuyo. ¿Entiendes que, si esto sale mal, seré la primera en reclamar tu cabeza? Bien, entonces, hasta ahora, todo está claro. Buena suerte a ti también, Jenna. Te veré dentro de una semana.

Palacio de la Aljafería

Zaragoza, España

—Lo lamento, el Cardenal Mysancta no puede hablar con usted en este momento.

—Sí —Lucita, antigua Lasombra, azote de innumerables Vástagos a lo largo de sus varios siglos de existencia y relativamente reciente Arzobispo de Aragón, casi siseó al altavoz que reposaba en la pesada mesa de caoba—, eso me ha dicho en múltiples ocasiones. Pero me gustaría saber por qué no puede…

—Lo lamento, el Cardenal Mysancta no puede hablar con…

Un zarcillo de pura oscuridad, una sombra deslizante que se movía independientemente de la luz ambiental, emergió de la penumbra que había detrás de Lucita. Solo al final consiguió recuperar el control lo suficiente como para que el filamento de la no-existencia que había conjurado cortara la comunicación en lugar de reducir el altavoz (y, posiblemente, también la mesa) a astillas.

Le costó mucho más de lo que cabría pensar. La manifestación de este tentáculo, uno de los conocidos como Brazos del Abismo, era una maniobra sencilla para alguien tan versado en el control de las sombras como ella. Y, sin embargo, Lucita se sentía un poco cansada, como si hubiera llevado a cabo una tarea relativamente complicada.

No era la primera vez, en el pasado reciente, que experimentaba una variación semejante en su poder. Hacía no muchos años, se había enfrentado a un enemigo capaz de realizar mayores hazañas que ella al convocar al Abismo, y lo había vencido con muchas dificultades. Había estado, además, capacitado para interferir en la facultad que otros tenían para hacer lo mismo. No obstante, esto no era lo mismo. Entonces había advertido la interferencia activa que paralizaba su esfuerzo. En esta ocasión, y en muchas otras desde hacía unas cuantas semanas, se sentía como si estuviera intentando levantar una carga ligeramente más pesada de lo esperado. Nadie estaba interfiriendo con su poder. Era, más bien, como si las mismas sombras se opusieran a su control.

Eso, por sí solo, bastaba para importunarla, pero no para preocuparla demasiado. El Abismo era un lugar extraño, una entidad insólita, ni siquiera comprendida del todo por aquellos que dominaban el poder que extraían de él. El que las corrientes, ideas y conceptos que más se acercaban a la representación física del Abismo estuvieran cambiando (especialmente a raíz de lo ocurrido hacía unos años), no resultaba tan sorprendente.

Pero las recientes irregularidades no se limitaban solo a que una Lasombra estuviera viendo mermado su poder sobre las tinieblas. Lucita se servía de su condición de arzobispo para mantenerse al tanto de lo que ocurría en los territorios reclamados o deseados por el Sabbat. Habían empezado a llegar informes de Cainitas que experimentaban debilidades o fallos completos de sus habilidades. Si hubieran sido más esporádicos, Lucita los hubiera desdeñado creyendo que se trataban de tonterías porque era muy posible que algunos vampiros hubieran intentado grandes cosas después de llevar mucho tiempo sin poner en práctica sus conocimientos o tras haber pasado demasiado tiempo sin alimentarse. O también podrían haber sido el producto de algunos imbéciles que hubieran terminado creyéndose sus propias exageraciones.

No obstante, los rumores no estaban dotados de ese carácter casual. De hecho, un análisis más exhaustivo le había llevado a pensar que aquello se repetía de forma alarmante. Los vampiros antiguos sufrían variaciones más frecuentes y severas que los jóvenes. Eso bastó, junto con sus propios problemas, para incitarla a informar a los cardenales del Sabbat acerca de sus recientes descubrimientos.

El fracaso en su intento de contactar con algunos de ellos estaba llevándola a pensar cosas mucho peores; más concretamente, que varios líderes del Sabbat habían desaparecido. No todos ellos, ni siquiera, la mayoría; pero, en las últimas noches, Lucita había topado con las negativas de suficientes sicarios que, claramente, no tenían idea de dónde andaban sus jefes y que estaban desesperados por ocultarlo, como para llegar a la conclusión de que algo iba rematadamente mal.

Y, esta noche, las cosas habían empeorado mucho más. Los comunicados se sucedían, a cuál más grave, por fax, teléfono y mensajero. Informaban de una gran violencia entre sus filas. Eso, por sí solo, no era inusual; la doctrina de fuerza y poder del Sabbat propiciaba que muchos de los conflictos internos terminaran con derramamiento de sangre y la destrucción de unos cuantos. Lo preocupante era, en esta ocasión, lo elevado de su número. Aparentemente, manadas enteras se habían eliminado las unas a las otras y varios obispos y arzobispos capullos se habían declarado la guerra, y habían puesto en práctica unos ataques reservados solo para las ciudades ocupadas por la Camarilla.

Hummm… violencia inusitada. Antiguos que desaparecen. De pronto, se le ocurrió una idea y decidió comprobarla. Aunque hubiera podido hacerlo de forma manual, estaba decidida a mantener todo su control sobre sus poderes, aun cuando esto implicara volver a aprender a manejarlos desde el principio, por lo que se sirvió del zarcillo de sombra para apretar el botón del intercomunicador que había en el altavoz.

—Ponme con Aajav Kahn.

Durante un momento no recibió por respuesta más que el

silencio. Luego:

—Excelencia, ¿podría, eh… repetirlo, por favor?

—Me has oído perfectamente. Serafín Aajav Kahn de la Mano Negra.

—Excelencia, no estoy seguro de saber cómo…

—Entonces aprende y rápido. —Lucita apagó el intercomunicador.

La subsecta militante y clandestina del Sabbat llamada la Mano Negra no era fácil de encontrar, menos aún que a esos cardenales que empleaban docenas de capas de transferencias secretas, datos encriptados y múltiples códigos solo para responder a una llamada de teléfono. Pero sabía que alguien en la jerarquía sabría cómo llegar hasta los líderes. Y si alguien podía hacerlo, ella lo haría también.

Pasaron varias horas en las cuales alternó la lectura de los últimos informes con la práctica del control sobre las sombras; a veces, ambos a un tiempo. Procuraba emplear diminutos zarcillos de oscuridad para pasar las páginas. Era bien entrada la medianoche cuando sonó el intercomunicador.

—¿Lo has encontrado? —inquirió Lucita, sin darle tiempo al otro a hablar.

—Me… me temo que no, Excelencia. Entre nuestros contactos, muy pocos se mostraron de acuerdo en divulgar información del serafín. Y las escasas conexiones que pude seguir me llevaron todas a un callejón sin salida. O bien ninguna de mis pistas era acertada o Aajav Kahn no está disponible en este momento. Para nadie. Lo lamento, Excelencia.

Lucita casi siseó.

—Deberías haber podido hacer algo más que disculparte. Hazlo mejor la próxima vez.

Aun así, no podía culpar a su asistente. Ella misma había tenido

serias dificultades para contactar con otras personas recientemente.

Estaba claro que algo estaba ocurriendo; algo que, casi con toda seguridad, tendría repercusiones a largo plazo. Había caminado por la tierra demasiado tiempo y había sido testigo de tantos movimientos en la Yihad como para considerar que los acontecimientos actuales, el extraño contagio de la debilidad de la sangre entre los antiguos, la oleada de violencia en la secta y la desaparición de varios líderes del Sabbat, fuera solo fruto de la coincidencia. Alguien iba a tener que ocuparse de ello y, a pesar de que había pasado bastante tiempo intentando encontrar alguna alternativa, Lucita conocía solo a una persona en quien confiara lo suficiente para llevar la investigación.

Y, qué demonios. Había deseado tener la oportunidad de practicar un poco más…

Volvió a accionar el botón del intercomunicador.

—Por favor, haz las gestiones pertinentes y prepara el lugar para mi prolongada ausencia. Tengo la intención de irme de viaje.

Hotel Granite Steps

Savannah, Georgia

—Te darás cuenta, claro —dijo con calma Anatole, mientras levantaba la taza de café hacia sus labios—, de que esto no puede estar pasando.

—Oh, ya lo sé —respondió Beckett, dando un sorbo a su taza. Miró alrededor, a las mesas vacías. Su profético amigo y él eran los únicos sentados en el café al aire libre. Parecía parisino pero, por alguna razón, no podía ver el resto de la calle para confirmar su ubicación—. No obstante, no sé muy bien por qué lo sé. ¿Por qué no puede estar pasando?

—Porque es prácticamente imposible encontrar un café decente abierto a estas horas —le explicó Anatole. La taza que sostenía en la mano se había transformado en un cáliz, del tipo que se utilizaba para la comunión en las iglesias más acaudaladas de la Edad Media—. Y, aunque lo intentaras, tu bebida nunca llegaría a terminarse.

—Ah. —Beckett dio otro sorbo. Todavía le sabía a café, pero el líquido de su taza (no cáliz) era denso y rojo—. ¿Sabes? Pareces diferente.

—Eso es lo que hace la muerte. Nunca he conocido a nadie que hable de la misma forma después de estar muerto.

—Supongo que eso tiene sentido.

—Sabes que estás metido en líos, ¿no?

—Sí, no hay leche.

—Estoy hablando en serio. Mira.

Beckett se giró y se percató de que no era que no pudiera ver el resto de la calle; sencillamente, el resto no existía. Incluso mientras miraba, la nada se adelantó unos centímetros. La acompañaba un sonido como el que haría una persona al mascar.

—¿Qué demonios es eso?

—Te lo diría, pero estoy muerto.

Beckett despertó.

—Eso —murmuró al cuarto de baño vacío del hotel— ha sido escalofriante.

Durante unos instantes, simplemente yació tumbado en la bañera. La seguridad añadida de una pared entre cualquier ventana y él, sin mencionar el cerrojo extra de la puerta, hacía que un desagradable despertar encajonado entre porcelana mereciera la pena. Meditó. El último sueño se alejaba bastante del que había tenido recientemente. No era parecido siquiera al primero en el que había soñado con su amigo y mentor, Anatole. Beckett estaba confuso. Y, aunque nunca lo admitiría delante de otros, empezaba a preocuparse. Durante su existencia como no-muerto, había pasado el día sumido en un sopor sin sueños o, si había soñado, los sueños no habían sido lo bastante importantes como para que él pudiera recordarlos después de que el sol se hubiera puesto. Los últimos meses, sin embargo,

desde aquella noche que pasó en Kaymakli, Beckett había soñado al menos dos veces por semana, y a veces, incluso, una vez al día. Al principio, había llegado a la conclusión de que los sueños eran producto de los recuerdos alborotados y transformados por los fantasmas subterráneos, pero había esperado que fueran desapareciendo. Y el hecho de que no lo hubieran hecho, lo incomodaba. Había visto a demasiados profetas y profecías como para no creer en los augurios. No obstante, le desagradaban enormemente los que parecía estar experimentando él ahora.

El súbito sonido agudo del teléfono satélite lo despertó de lo que prometía ser una noche de continuas evocaciones. El timbre se lo había asignado a un individuo específico.

Beckett dibujó una sonrisa en sus labios cuando descolgó el aparato.

—¿Cómo te encuentras, viejo?

—Soy mayor que tú —le informó Okulos, con exagerada pomposidad— por menos de una década.

—Bien, ¿y cómo te encuentras, viejo?

La voz al otro extremo de la línea, rió.

—Mejor, gracias. Las lesiones físicas hace tiempo que sanaron. Incluidas —añadió en tono irónico— unas brechas bastante desagradables detrás de mis rodillas.

—Ten en cuenta que la alternativa podría haber sido tu estómago o la garganta.

—Eh, bueno, sí. Las lesiones físicas están curadas. Todavía estoy… cansado. Drenado. No recuerdo cuánto tiempo estuve indispuesto…

Beckett sonrió ante su elección de palabras. A Okulos no le gustaba pensar que había perdido el control, de modo que rara vez utilizaba la palabra frenesí, a no ser que se estuviera refiriendo a otros.

—… pero debe de haber sido mucho tiempo, tanto como para dejarme en este estado —concluyó Okulos.

Beckett estaba de acuerdo, aunque no pensaba decirlo. De acuerdo con lo que Kapaneus le había contado, el Nosferatu había estado atrapado en las garras de la Bestia durante meses. Estaba, de hecho, bastante impresionado de que su amigo tuviera la fuerza de voluntad necesaria para recuperar su humanidad.

—Creo —continuó Okulos— que me recuperaría con mayor prontitud si pudiera descansar bien; si estos malditos sueños no me mantuvieran despierto la mitad del día.

¿Sueños? Otra vez Beckett sintió deseos de decir algo, pero se mordió la lengua. No estaba preparado para confiarle sus sueños a nadie, al menos no hasta que hubiera averiguado qué significaban, si es que tenían algún sentido.

—Pero dejemos de escuchar las quejas de un viejo —rió Okulos entre dientes—, ¿qué tal te fue en El Cairo?

—Fue decepcionante y peligroso. Algo está ocurriendo allí. La guerra fría entre los Assamitas y los Setitas parece haberse caldeado, y ninguno de los bandos parece interesado en tratar con los extranjeros.

—Entiendo. Pero, ¿cómo que decepcionante? No he estado en El Cairo tan a menudo como tú, pero nunca lo he encontrado así.

—Bueno, a Kapaneus pareció gustarle —reconoció Beckett.

—¿Todavía viaja contigo? —Había sorpresa en esa pregunta.

—Sí, está en la habitación de al lado —respondió, frunciendo el ceño—. Debo decir, sin embargo, que no estoy seguro de por qué sigue acompañándome. Tiene una manera muy irritante de no responder a ninguna de las preguntas que le formulo sobre el pasado y es bastante superficial en las que sí responde. Pero, cada vez que me doy la vuelta, me hace preguntas sobre el mundo moderno y las contesto sin pensarlo dos veces. No entiendo por qué demonios lo aguanto.

Lo cierto es que eso no era completamente cierto. Beckett estaba bastante seguro de saber por qué lo hacía, y no era solo su persistente esperanza de sonsacarle información a Kapaneus. Últimamente, no se había preocupado de hacer grandes investigaciones en nada que no fueran sus sueños, pero tenía la sospecha de que la verdadera respuesta era que se sentía solo. Le quedaban ya pocos compañeros de viaje y le resultaba agradable tener a alguien con quien compartir la noche; aunque esa persona formulara más preguntas que un niño de tres años.

(Y parte de él se preguntaba si, haciendo un cálculo aproximado de la edad que Kapaneus debía tener, podría obligarlo a marcharse cuando lo decidiera).

—En cualquier caso, el descubrimiento era inútil —explicó, volviendo al tema de Egipto y a una excavación que había estado investigando en el desierto—. Solo uno de los objetos contaba con la “misteriosa escritura” y era solo un pasaje común del Libro de Nod. Uno que ya tengo en otras tres versiones. Es un hallazgo valioso; no te puedes imaginar cuánto estaba dispuesta Ash a pagar por él para sumarlo a su colección. Pero bastante inservible para mis investigaciones.

—Ah, la encantadora Victoria Ash. Me preguntaba por qué estarías perdiendo el tiempo en la América sureña. ¿Debo deducir que te marcharás esta noche?

—Mañana. —Beckett frunció el ceño por lo que aún le quedaba por hacer—. Antes de abandonar sus oficinas, Ash recibió una llamada en la que preguntaban por mí. Se supone que debo reunirme con el holandés lameculos esta noche. Al parecer, la Camarilla necesita de mi “experiencia” para no sé qué.

Okulos tardó unos minutos en dejar de reírse.

—¿Sabe Pieterzoon que opinas así de él?

—Jan Pieterzoon es un pelota, un pelele y un fanático de la Camarilla de la peor especie. Si todavía no sabe lo que opino de él, me sentiré muy feliz de poder comunicárselo.

—Entonces, ¿por qué has accedido a encontrarte con él?

Beckett sintió una necesidad muy humana de suspirar.

—Porque también es un agente del Círculo Interno de la Camarilla y uno de los chiquillos de Hardestadt, uno de los fundadores de la secta; y me resulta más conveniente ceder unas cuantas horas al mal humor, que pasarme unos cuantos años esperando que su enojo, por creerse desairado, me estalle en las narices.

—Es razonable.

—Así soy yo, razonable. De hecho, lo soy tanto que ya llego tarde. Hablaremos más tarde, Okulos. Me alegro de que te encuentres mejor.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

Beckett salió del Land Rover alquilado y examinó su destino con mirada experta. La mansión se erguía al final de un paseo flanqueado a ambos lados por una línea de árboles y estaba situada en el centro de una propiedad enorme. Estaba claro que era anterior a la Guerra Civil. Estaba casi seguro de que la Fundación Histórica de Savannah había restaurado el edificio en los cincuenta. La estructura principal era lo bastante grande como para cobijar a una familia de unos cincuenta miembros y suponía que habrían transformado los cuartos de los esclavos en alguna clase de modernas casitas de invitados.

Un guardia de seguridad, que no parecía otra cosa que un hombre negro, mayor y con barba blanca, estaba sentado en una silla plegable junto a la puerta enrejada, jugando una partida de solitario sobre una mesita portátil. Estaba seguro de que aquel hombre era más de lo que aparentaba, por lo que se acercó con las manos perfectamente visibles.

—Beckett, para ver a la señorita Ash. Me espera.

El hombre, en apariencia, viejo (que, por lo que pudo comprobar, no era un vampiro) lo miró con atención. Había visto y ejecutado los

suficientes análisis con sentidos de los que carecía la raza humana común, como para darse cuenta de lo minuciosamente que estaba siendo examinado.

—Bien, es usted el señor Beckett —afirmó el guardia al cabo de un rato. Pulsó con rapidez una secuencia de números en un teclado oculto en la pared detrás de él y la verja se abrió—. Por favor, aparque en el edificio principal. Alguien se encargará de recoger allí su vehículo. Entre usted directamente.

Condujo por el paseo en dirección a la casa. Durante el trayecto advirtió que varios jardineros deambulaban por la propiedad cuidando de los jardines florecientes a pesar de lo avanzado de la hora. No pudo evitar preguntarse si serían ghouls o empleados a sueldo. Un tramo ancho de escalones de piedra conducía a la puerta (mucho más alta de lo necesario) de la casa. Escuchó el tintineo de una campanilla al abrir la puerta.

El interior era mucho más opulento que el exterior. Una alfombra gruesa marcaba el camino a seguir desde la puerta principal, por debajo de una serie de gigantescas arañas de cristal, hasta una escalera dividida en dos secciones que se curvaban para encontrarse en un rellano abalconado en el segundo piso. Había pinturas y otras obras de arte colgadas adornando las paredes, y nichos aislados ocupados por estatuas. La disposición era tan precisa que solo podía haberla llevado a cabo un auténtico conocedor del arte. Con todo, la casa estaba dotada de una sensación de abandono temporal; como si los habitantes, a pesar de la belleza y comodidad del lugar, no quisieran quedarse allí mucho tiempo. Aunque Beckett no hubiera sabido quién moraba allí, lo podría haber adivinado al echar un primer vistazo al vestíbulo.

—Tiene un hermoso hogar, señorita Ash —le comentó a su anfitriona, mientras ella descendía por la escalera de la izquierda—. Me complace mucho estar aquí.

Sentía, asimismo, una gran curiosidad por el motivo que lo había llevado hasta allí porque los negocios que habían tratado en noches anteriores se habían llevado a cabo en su oficina. ¿Por qué había preparado Pieterzoon la reunión en aquel refugio particular? O bien

estaba tratando de impresionarlo, lo que, por mucho que le desagradara Pieterzoon, tenía que reconocer que estaba consiguiendo o Ash procuraba congraciarse con él poniendo a su disposición todas las comodidades.

—Oh, por favor, llámeme Victoria. Y, muchas gracias. —Llevaba el cabello pelirrojo oscuro y a capas, recogido en un moño que era un reflejo moderno del estilo que una belleza sureña hubiera lucido para dar la bienvenida a sus visitantes en esta misma mansión hace dos siglos. Su vestido, de un color rojo intenso, dejaba al descubierto sus hombros desnudos. Vestía, además, un chal negro—. Me alegro de que haya venido, Beckett —le dijo, guiándolo por las escaleras—. Quizá pueda ayudarme a encontrar un lugar apropiado para las piezas que le acabo de comprar.

—Estoy convencido de que no cuento con su mismo buen gusto, Victoria —respondió Beckett, disfrutando del juego a pesar de sí mismo. Victoria y él se habían encontrado unas cuantas veces, especialmente hacía un siglo en Londres. Aquel negocio no había terminado bien para ninguna de las dos partes—. O su talento para la estética.

»En cualquier caso —continuó, al llegar al primer piso y seguir a su anfitriona hacia una puerta de roble que probablemente condujera a un despacho—, si puedo dar por zanjada mi reunión con Pieterzoon en el mínimo tiempo indispensable, quizá podamos examinar…

—No va a encontrarse con Jan Pieterzoon.

Beckett advirtió un leve temblor en la voz de Ash. Se quedó paralizado con una mano extendida que buscaba ya el picaporte. Se giró lentamente para mirarla, sin parpadear. Ahora que lo pensaba, parecía algo más pálida de lo normal, incluso dada su condición de no-muerta.

La sospecha y la Bestia empezaron a palpitarle en la sien. ¿Acaso lo habían traicionado? ¿Era aquel encuentro una trampa de algún tipo?

—Victoria —empezó a decir en voz baja—, ¿qué está ocurriendo?

—Lo que está ocurriendo —explicó una nueva voz, mientras se abría la puerta desde el interior del despacho— es que mi chiquillo no ha podido atender esta reunión. Creo, sin embargo, que yo podré ocupar su lugar en este asunto. ¿No está de acuerdo, señor Beckett?

Pudo sentir cómo su rostro palidecía. Aquella era la consecuencia de una reacción instintiva de la fisiología vampírica; así se concentraba toda la sangre del cuerpo y se anticipaba a la necesidad de pelear o de huir. Obligó, no obstante, al color a regresar a sus mejillas. Había oído antes aquella extraña voz germánica pero carente de acento alemán. Sabía, incluso antes de girarse para mirar el umbral, a quién vería allí. Aun así, se tomó unos instantes para conseguir que su rostro recuperase el escaso color que solía tener y de este modo no parecer tan sorprendido como lo estaba.

El hombre que estaba delante era unos centímetros más bajo que él, aunque se le consideraba bastante alto en el tiempo en el que fue Abrazado. Con el cabello azabache, ojos azules, una barbilla lo bastante cuadrada como para parecer una escuadra, un traje de chaqueta europeo negro de precio desorbitado, una camisa malva debajo… y un aura de autoridad tan poderosa que Beckett casi sintió la necesidad de entrecerrar los ojos.

—Le saludo de nuevo, señor Beckett.

Deseó con todo su ser que el otro no se diera cuenta de que tragaba saliva con dificultad antes de decir:

—Hola, Hardestadt.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

Ahora estaban solos en el despacho. El Fundador había despedido rápidamente a la anfitriona con un brusco:

—Estos asuntos no la conciernen, señorita Ash.

Y, aunque la Toreador podría haberse sentido furiosa o insultada por recibir ese desaire en su propio hogar, no tenía la menor intención

de discutir con el ofensor. El despacho estaba amueblado con varias sillas con cojines, una mesa grande y unos cuantos bloques de librerías. Todo ello parecía tan antiguo como la casa, pero ni él ni Hardestadt sentían la necesidad de sentarse.

Beckett estaba de pie, tan quieto como la piedra, rezando para que el Fundador no se percatara de la inquietud que sentía. Su disgusto por los mandatarios de ambas sectas (todos ellos eran, a su entender, una pandilla de santurrones egoístas que no se preocupaban más que de sus intereses) chocaba con la saludable dosis de nerviosismo (se engañaba a sí mismo no llamándolo miedo) que todo Vástago coherente siente al tratar con una figura tan poderosa como aquella. Sabía, también, que buena parte de su desasosiego estaba provocado por el aura emocional y antinatural del Ventrue, pero el saberlo no lo hacía sentirse mejor. Beckett encadenó a la Bestia en las profundidades de su mente y de su alma.

—Muy bien, Hardestadt, ¿a qué viene todo esto? Me halaga que hayas recorrido toda esta distancia para verme, pero…

—¿Te halaga? —El Fundador enarcó, incrédulo, una ceja—. ¿De verdad?

—Bueno, quizá no tanto como me irrita.

¿Qué demonios estás haciendo, Beckett?, sintió que una parte de sí le preguntaba a la otra. Y, lo cierto, es que no tenía respuesta. La diferencia entre ocultar su temor y demostrar un exceso de fanfarronería era muy escasa y todavía estaba demasiado desconcertado para apreciar la diferencia.

Por fortuna, aparte de un ligero temblor en uno de sus ojos, el Fundador parecía inclinado a dejar que el insulto pasara inadvertido.

—Dime, Beckett —continuó, tomando asiento finalmente en una de las sillas. Cruzó las piernas, apoyando el tobillo sobre la otra rodilla en una postura que irradiaba una sensación de tranquilidad y bienestar que ambos Vástagos sabían que era pura fachada—, ¿has notado algo inusual en los últimos meses?

Beckett frunció el ceño y apoyó las manos en el respaldo de otra

de las sillas, aunque optó por permanecer de pie. No le perjudicaría admitir dónde había estado recientemente. Después de todo, Ash ya lo sabía.

—He estado en El Cairo durante bastante tiempo. Esa ciudad es siempre un poco inusual. Pero sí, he visto señales de cosas que no eran del todo habituales. Los diferentes bandos parecen haberse declarado finalmente la guerra abierta. Y creo haber escuchado uno o dos rumores sobre una debilidad en la sangre de unos cuantos antiguos. No obstante, no he tenido tiempo de comprobarlo personalmente.

Ni siquiera estaba seguro de querer disponer de él. Todavía recordaba con horror la última vez que apareció una enfermedad de la sangre capaz de infectar a los vampiros, que se contagió por toda la comunidad, y la violencia y pánico que ésta engendró.

—Entiendo —asintió Hardestadt—. La verdad es que es algo más grave que eso. Esta “debilidad de la sangre” como tú la llamas, no solo ha afectado a algunos antiguos. Parece haberse extendido bastante. Tampoco está limitada a aquellos de una cierta edad, aunque parece afectarlos a ellos con más fuerza. Corren rumores, Beckett, y lo hacen con rapidez. Si has permanecido un tiempo razonable en los dominios de la Camarilla, e, imagino, incluso en los del Sabbat —Hardestadt casi escupió la palabra— estoy convencido entonces de que los habrás oído tú mismo.

»Y no es solo esto. La violencia, tanto entre las sectas como dentro de ellas, se está incrementando peligrosamente. En dos meses hemos recibido no menos de once informes sobre escaramuzas en los territorios que bordean los dominios del Sabbat; al menos tres guerras declaradas entre príncipes rivales de la Camarilla, y nuestros espías nos han dado a entender que los antiguos del Sabbat se han escondido o han desaparecido sin más. Los casos más recientes han ocurrido aquí, en las Américas, pero está aconteciendo por todo el mundo.

»Para terminar, Beckett, te diré que algunos de nuestros místicos nos han asegurado que la Estrella Roja ha empezado a titilar con mayor intensidad cuando se la examina con algo más que los

habituales sentidos humanos.

De pronto, comprendió hacia dónde se dirigía la conversación, pero no pudo creerlo.

—Hardestadt, ¿pero tú? Uno de los grandes fundadores de la Camarilla, que se ha pasado los últimos cinco siglos y medio arguyendo que todo era un mito, ¿de pronto está asustado de la Gehena?

—No seas absurdo, desde luego que esto no es la Gehena. Como iba diciendo, por desgracia los rumores se propagan con rapidez. Y, muchos de los que los escuchan, no son tan coherentes como yo.

—Muy bien, ¿y por qué me cuentas a mí todo esto? No soy precisamente un experto en relaciones públicas.

Hardestadt hizo una mueca.

—Necesito a gente, afamada, respetada y experta en el campo, para convencer a las masas de que esto no es un apocalipsis pseudo-mítico, sino sencillamente una fiebre contagiosa de la sangre, combinada quizá con un período de alucinaciones e histeria por la Gehena. Los Tremere parecen no ser capaces de darme una explicación verosímil.

—Si ellos no pueden —interrumpió Beckett—, no estoy seguro de qué…

—De modo que estoy consultando a otros ocultistas y nodistas reconocidos —continuó Hardestadt, sin prestar atención a los comentarios del Gangrel—. Por desgracia, eso no es tarea fácil porque los mejores expertos tienen la mala costumbre de desaparecer. Anatole, el Malkavian, está muerto. He encargado a mi gente que busque a tu compañero Aristotle de Laurent, pero todavía no lo hemos encontrado.

—Antiguo compañero —gruñó Beckett desde las profundidades de su garganta. Todavía no había perdonado a Aristotle por intentar robarle una de las reliquias que Okulos le había dado mientras estuvo

atrapado en Kaymakli, antes de dejar de comunicarse a través del sello.

—Calebros ha accedido a ayudarnos, pero su reputación es todavía escasa. Su palabra tiene menos peso del que necesito. Y así, Beckett, erudito de lo oculto, arqueólogo y esforzado nodista, llegamos hasta ti.

Beckett sintió crujir la madera de la silla debajo de sus puños tensos. Aquí llega…

—Vamos a ver, para que quede claro, ¿qué es exactamente lo que esperas que haga?

—Solo que difundas la idea de que lo que está ocurriendo no es el antecedente de la Gehena. Que tranquilices a la gente. Que viajes conmigo un tiempo. Que hables con los que yo te diga que debes hablar. Al hacerlo, prevendrás que se propague el pánico, sin mencionar que esa estupidez podría exponernos a la atención de los mortales. Aquellos que sucumben al miedo tienen la mala costumbre de no respetar nuestras tradiciones de la Mascarada.

—Pero yo no pertenezco a vuestro club de hombres ilustres, Hardestadt. Aunque quieras que yo me encargue de esto, ¿por qué iba a colaborar yo?

—Todos los Vástagos son uno…

—Oh, guárdate eso para los neonatos. Si vuelvo a oír toda esa mierda de que todos los Vástagos son uno con la Camarilla, lo sepan o no, juro a Dios que le pegaré una paliza a alguien hasta dejarlo en letargo.

Oh, mierda, ¿por qué habré dicho eso?

Los ojos de Hardestadt llamearon mientras se ponía de pie. Pese a ser el más alto de los dos, Beckett se sintió, de repente, como si estuviera mirando hacia arriba. El Fundador irradiaba una temible majestad y una ira justificada, y pareció aumentar, no solo en tamaño físico, sino también en poder; de pronto pareció más real y todo cuanto lo rodeaba quedó relegado a un segundo plano. El aire de la

habitación se concentró y presionó sobre los hombros de Beckett, una carga con la que parecía imposible moverse en otra dirección que no fuera hacia abajo. Antes había temido la posibilidad de quedar sobrecogido por la extraordinaria presencia del Fundador y, de hecho, ahora había sucumbido a ella. Su cuerpo tembló mientras luchaba contra la necesidad de tirarse al suelo y dejar su garganta al descubierto.

No permitas que se dé cuenta de que tienes miedo. No se lo permitas. No le dejes saber cómo te tiene…

—¡Está —le espetó Hardestadt, casi rugiendo. Sus palabras, con la fuerza de una ráfaga de disparos, obligaron a Beckett a retroceder, un paso tras otro, hacia la pared— mostrando una peligrosa falta de respeto hacia sus mayores, señor!

Una parte muy importante de él deseaba rendirse a lo que Hardestadt esperaba que hiciera. Quería tragarse su orgullo, mostrar su temor abiertamente, disculparse e incluso, si hacía falta, arrastrarse. Era, indudablemente, la mejor opción.

Pero, en lugar de ello, Beckett escuchó a sus bien entrenados instintos que le aconsejaban que nunca cediera a la dominación, particularmente por parte de un miembro de la jerarquía de una de las grandes sectas. Esos mismos instintos le advertían de que su temor era artificial y que solo la voz de Hardestadt opinaba que rendirse era la opción más acertada. De modo que, en lugar de disculparse, Beckett dijo algo desagradablemente parecido a firmar su sentencia de muerte.

—No me sacas tantos años como quieres hacer creer a la gente, Hardestadt.

La habitación quedó en un silencio mortal. El peso de la personalidad del Fundador sobre sus hombros cobró, de repente, una intensidad gélida. Beckett no sabía con seguridad si era ésta la explicación de que un escalofrío recorriera su cuerpo de no-muerto o si era porque se acababa de dar cuenta de la imperdonable tontería que acababa de cometer.

Era algo que había averiguado hacía muchos años, porque tenía

acceso a innumerables versiones históricas e incluso a informes de primerísima mano cuya existencia muchos ignoraban incluso. Oficialmente, Hardestadt había sobrevivido a un intento de homicidio por parte de una revolucionaria llamado Tyler, durante la Revuelta Anarquista; una guerra entre Vástagos en la época renacentista que había dado lugar, indirectamente, a las sectas de la Camarilla y del Sabbat. Beckett, sin embargo, había reunido los fragmentos de la verdad; una verdad conocida solo por unos cuantos entre los rangos más selectos y elevados de la Camarilla. Hardestadt el Antiguo, había, de hecho, muerto a manos de Tyler. Era su chiquillo, Hardestadt el Joven, quien había sobrevivido a aquella noche y ocupado la posición de su difunto sire.

Era un secreto por el que, con toda seguridad, habría matado en más de una ocasión. Y Beckett, a menos que hiciera algo rápidamente, acabaría por engrosar la lista de desaparecidos.

Casi sintió deseos de ponerse de rodillas para dar gracias cuando Ash escogió ese momento para abrir la puerta.

—Espero que puedan disculparme por la interrupción —dijo con calma y educación, casi como si realmente lo sintiera—, pero sea lo que sea lo que están haciendo aquí arriba, puedo percibirlo por toda la casa. Este es mi hogar y me gusta que mis invitados se comporten con corrección.

Hardestadt le lanzó una mirada enojada, pero Beckett sintió que el peso de la presencia del Fundador se aligeraba un poco.

—Escucha, Hardestadt —dijo con rapidez y con la esperanza de que su voz no sonara tan desesperada como se sentía en realidad—, sencillamente no puedo actuar como el portavoz de tu propaganda. Sin haber examinado las circunstancias con rigor no pareceré creíble, por lo menos, no para aquellos que tengan una ligera idea de lo que estoy hablando.

»No obstante, déjame que te ofrezca lo siguiente. Estudiaré lo que está ocurriendo. Demonios, probablemente lo hubiera hecho en cuanto hubiera oído alguno de los rumores de que me hablas. Te informaré de mis conclusiones y podremos, perdón, podrás decidir qué hacer a partir de entonces.

Durante varios minutos eternos, los más largos y quizá últimos de la existencia de Beckett, el Fundador continuó observándolo con atención. La presión emocional que golpeaba su mente, su corazón y su alma, volvió a intensificarse. Luego, después de echar una sola mirada a Victoria, Hardestadt retrocedió un paso. Al hacerlo, pareció menguar y el aire en la habitación se dispersó casi de forma palpable.

—Muy bien, Beckett. Desde luego, tengo a mi propia gente investigando los acontecimientos, pero imagino que podemos tener en cuenta la opinión de un experto. Encárgate de ello. Cuéntame lo que está ocurriendo; si se trata de una enfermedad de la sangre, de una maldición o si hay algo más.

»Pero… cualquier cosa que averigües deberás decírmela inmediatamente. Si me entero de que has omitido cualquier detalle o que le has revelado la información a otro, te aseguro que pasarás el resto de tu existencia rezando para que acontezca realmente la Gehena.

Beckett no solía dejarse impresionar por las amenazas, pero sabía que Hardestadt era muy capaz de cumplir lo que había prometido. Asintió.

—¿Cómo puedo contactar contigo?

—Estaré de viaje durante bastante tiempo. ¿Llevas… eh… un teléfono móvil contigo?

Aparentemente, Hardestadt, como tantos otros antiguos, no se sentía cómodo con la tecnología moderna.

—Sí, claro. ¿Existe algún número en el que te pueda localizar?

—No. Cuando tengas noticias, déjale el recado a la señorita Ash. Ella me lo dirá y yo contactaré contigo. —Se volvió—. Confío en que esto no suponga una molestia para ti.

La anfitriona asintió.

—Lo haré encantada.

Y, así, Beckett se encontró trabajando para la Camarilla. Se preguntó si no hubiera sido mejor permitir que Hardestadt lo matara.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

—¿Qué quería?

Beckett no supo qué contestar a eso. Ya tenía bastantes problemas como para arriesgarse a romper la confianza que el Fundador había depositado en él.

—Estuviste allí en lo más importante, Victoria. De todos modos, creí que sabías todo cuanto ocurría bajo tu techo.

Le sonrió con amargura.

—Qué equivocado estás, Beckett. ¿Qué dijisteis acerca de los Tremere?

Se sentía muy confuso. Trataría, sin embargo, de guardar las apariencias.

—No mucho. Lo estaban ayudando en este asunto. Bueno, la verdad es que no pudieron hacerlo.

—¿Y no te parece extraño que ningún Tremere haya podido ayudarlo en lo que sea que lo ha traído hasta aquí?

—Yo no he dicho eso, Victoria. —Tenía la sensación de que quería contarle algo. Podía percibirlo—. Creo, sencillamente, que le dieron una versión oficial, aunque no completamente cierta. Es, en realidad, una conducta bastante habitual en ellos.

Victoria calló durante un largo rato y Beckett no quiso romper el silencio. Debía de estar sopesando los pros y los contras; intentando decidir cuál era su ventaja. Dejaría que lo pensara el tiempo que necesitara.

Finalmente, habló.

—Beckett, no puedo encontrar a los Tremere. A ninguno. Y dudo que él haya podido.

Se quedó perplejo. Los Vástagos no eran muy numerosos y los Tremere eran solo una pequeña fracción, pero había capillas en todas las grandes ciudades del mundo. Había cientos, quizá miles, de ellas.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que se han escondido?

—No. Beckett, los Tremere no “se han escondido”. Había tres hechiceros de la sangre en Savannah y cuando advertí su ausencia, empecé a hacer preguntas. Según lo que me han contado mis amistades, han desaparecido por completo. No he encontrado rastro de ellos aquí o en cualquiera de las ciudades en las que todavía tengo contactos.

Beckett se inclinó hacia delante.

—¿Han desaparecido? ¿Todos?

—Eso parece. ¿Qué está pasando?

—Cuando lo averigüe, serás la primera en saberlo.

Hotel Granite Steps

Savannah, Georgia

—Pareces tener prisa.

Beckett, con las manos enterradas en una inmensa mochila de lona en la que estaba guardando sus pertenencias, dio un respingo.

—¡Maldito seas, Kapaneus, deja de hacer eso!

El vampiro antiguo, vestido ahora con una túnica y unos pantalones de algodón egipcios (porque, al parecer, no llegaba a sentirse cómodo vestido con ropa moderna), apoyaba una mano en el dintel de la puerta de la habitación de Beckett.

—¿Nos vamos a algún sitio?

—Yo sí. Y no es que tenga prisa por llegar a algún lugar, sino por marcharme de aquí. He conseguido meterme en un buen lío, Kapaneus. Y, por lo visto, hay otro aún mayor ahí fuera.

Le repitió brevemente la información que Hardestadt y Victoria le habían dado. Kapaneus puso cara de preocupación.

—Lo que me cuentas se asemeja muchísimo a las profecías, Beckett. Llegará un tiempo, cuando la Maldición de Aquel en lo Alto no será tolerada, cuando el linaje de Caín se acabará. Cuando la sangre de Caín sea débil…

—Sé lo que dicen las profecías, Kapaneus. El Libro de Nod es uno de mis pasatiempos preferidos y he vivido lo suficiente como para ser testigo múltiples veces de la supuesta llegada de la Gehena que, al final, terminó en nada. Pero sé que algo extraño está pasando y, llegados a este nivel de rareza, no se me ocurre otro punto mejor que los Tremere para iniciar mis investigaciones.

—Pero tanto Hardestadt como Ash te dieron a entender que todos los Usurpadores habían desaparecido.

Los Usurpadores. A veces Beckett olvidaba lo viejo que debía ser Kapaneus. Maldita sea, con él como compañero, quizá no tuviera que preocuparse tanto por Hardestadt.

—Así es. No tengo ni idea de qué está pasando y eso me inquieta. Y mucho. Cuando los Tremere corren a esconderse, algo malo está a punto de ocurrir. En cualquier caso, tengo a Okulos tratando de obtener información de sus contactos y, entre tanto, conozco un lugar donde estoy casi seguro de que todavía podremos encontrar a un brujo.

—Ah, de forma que volvemos a ser “nosotros”. Perfecto. Egipto era fascinante, pero aún me gustaría ver más cosas de esta nueva era. ¿Adónde vamos?

—A un pequeño país llamado Mónaco.

En el muelle, dentro del buque mercante Salimah

Estambul, Turquía

Su nombre era Jibril, el del arcángel Gabriel en la lengua arábiga. Si había tenido otro nombre, ya lo había olvidado durante sus varios siglos de no-vida; y su tez, casi negra, era la prueba de su larga existencia.

Jibril se consideraba el más Assamita entre los Assamitas. Lo cierto es que el clan era más complejo y variopinto de lo que sugería su reputación. La mayoría de los intrusos pensaban que no eran más que un grupo de asesinos hambrientos de sangre y caníbales. En su opinión, tenían razón. Él solo amaba la caza, solo adoraba matar. Cuando el antiguo Ur-Shulgi se levantó y exigió a todos los Assamitas que abandonaran sus creencias mortales para adorar únicamente a Haqim, su fundador, un buen número de miembros del clan escogieron seguir su propio camino como asesinos a sueldo, uniéndose a la Camarilla o al Sabbat. Jibril permaneció leal y prometió dar muerte a los traidores. No lo hacía por amor a Ur-Shulgi y, ni siquiera, por Haqim, sino por la oportunidad de matar. La tradición Assamita prohibía la violencia no autorizada dentro del clan, pero Jibril tenía ahora una excusa para dar caza a las mejores presas.

Por ello había llegado hasta Turquía de forma clandestina ya que en Estambul encontraron refugio gran parte de sus hermanos más débiles; aquellos que se habían unido a la Camarilla. Acabaría con ellos uno a uno y gozaría con…

Era imposible que allí, en aquel camarote diminuto en el puente del barco, una brisa cálida barriera la habitación. Le recordó a la brisa del desierto, que llevaba consigo el sabor de la arena.

Le siguió inmediatamente un aroma abrumador a sangre. Tan intenso era el olor que el camarote hedía como un matadero. Jibril se dio cuenta de que sus colmillos se alargaban con voluntad propia. El hambre que se despertó en él era tan aguda que empezó a sudar. La brisa y el olor cobraron fuerza.

Y, luego, hubo más. A pesar de que no veía nada y que no sentía otra cosa que la brisa, Jibril percibía una presencia en la habitación. Algo oculto.

Algo terrible.

—¿Quién…?

Cuando empezó a hablar, estaba bien, quizá algo nervioso. Al finalizar la primera palabra, estaba cayéndose al suelo, con el cuerpo completamente drenado de sangre; su alma había servido para alimentar a alguna cosa arcana. Después no fue más que polvo, disperso por el camarote durante un minuto antes de que la brisa desapareciera, llevándose el hedor a sangre con ella.

Transcurrieron otros minutos y entonces se abrió la puerta con un crujido. La mujer que estaba de pie en el umbral tenía también la tez oscura, y tal como había sucedido en el caso de Jibril, el color no era producto del tinte de la melanina, sino la marca de la edad avanzada que sufrían los Assamitas. Sus rasgos eran finos, afilados y, sin embargo, era atractiva. Vestía prendas holgadas; un par de pantalones y una camisa que no entorpecieran sus movimientos. Llevaba el cabello recogido y protegido por un pañuelo, y transportaba no menos de seis espadas ocultas en diferentes lugares de su cuerpo.

Su nombre era Fatima al-Faqadi e iba a la caza de algo que rezaba a Alá para no encontrarse. Durante varios meses había percibido una presencia, cada vez más poderosa, en su mente; el peso o eco de algo que se movía por el mundo. En ocasiones, lo adivinaba acercándose, solo para perderlo un momento después. Acudía, cada vez, rápidamente al lugar donde lo sentía con mayor intensidad, para encontrarse luego con escenas como ésta; pruebas de que alguien que había sobrevivido a la muerte, había caído finalmente.

Ante lo que quiera que fuera. Aunque tenía sus miedos y sus teorías, Fatima no se sentía preparada para llegar a una conclusión hasta haber obtenido otras evidencias.

Había llegado el momento, sin embargo, de dejar de seguirle la pista a su presa. Intentaría adelantarse a su próximo movimiento. Si los vampiros estaban pereciendo de forma repentina y violenta, quizá fuera necesario hablar con quienes estaban especializados en matarlos.

Fatima abandonó el Salimah tan silenciosamente como lo había abordado e hizo los arreglos pertinentes para partir de inmediato hacia Juárez, Méjico.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

—Debería de haberlo matado.

Hardestadt estaba sentado en la misma silla, detrás de la misma mesa, en el despacho de la mansión de Ash. Estaba solo; Victoria era una anfitriona lo bastante educada como para proporcionar intimidad a sus invitados siempre que estos se lo pidieran. Además, la mayoría de los Vástagos cuerdos estarían demasiado asustados de las consecuencias como para arriesgarse a espiar al Fundador. Le hablaba a su sire tiempo ha desaparecido, al auténtico Hardestadt. Lo hacía a menudo, cuando meditaba sobre qué hacer y siempre que no le oían. Era una costumbre que había adoptado antes de que se hubiera cumplido un año del ataque de Tyler.

—Pero hubiera levantado demasiadas sospechas, al menos por parte de Victoria. Y ella representa a muchos otros. Estoy intentando prevenir la maldita histeria. Si me involucrara directamente en la muerte de un nodista tan famoso como Beckett… Lo último que necesito es que los demás piensen que oculto algo. Lo mejor es dejarle viajar; que esté lejos de todo aquello que tenga relación conmigo.

¡Maldita sea, la visión de Beckett sobre los acontecimientos recientes podría ser fascinante! Quizá incluso podría ayudarle a determinar qué estaba sucediendo realmente. Su instinto le decía que debía culpar a los Tremere; asumir que habían traicionado a la Camarilla o que la magia había escapado a su control. Pero no serían otra cosa que teorías hasta haber obtenido una evidencia sólida. Beckett habría podido serle de utilidad para reunir las citadas pruebas.

Por otro lado, Beckett era un ocultista y un creyente en las señales y los presagios. Era perfectamente posible que estuviera afectado por el clima de pánico y que, incluso, hubiera empezado a creer en esa tontería de la Gehena. Y como, al igual que él, el Círculo

Interno y los justicar estaban teniendo muchos problemas para evitar que los rumores se extendieran, lo último que necesitaba era que un erudito respetado añadiera más leña al fuego.

Además, Beckett sabía ya demasiado sobre él.

Le iba a resultar difícil encontrar a alguien lo bastante leal y fuerte para eliminar al Gangrel. La mayoría de los arcontes de la Camarilla estaban ocupados tratando de mantener los rumores a raya y, en algunos casos, en silenciar a aquellos que los difundían a voz en grito. Pero esta era una prioridad.

Hardestadt localizó el teléfono en el despacho y, sin embargo, decidió no llamar desde allí porque no podía confiar hasta ese punto en la buena educación de Ash. Con un gesto de auténtico disgusto, extrajo un modelo antiguo de teléfono móvil de uno de los bolsillos de su abrigo. No sabía, y tampoco le importaba, que el número que marcaba pasaba por más de una docena de transmisiones, y era convertido y reconvertido mediante una tecnología de encriptación que ni la CIA conocía. Solo sabía que sus consejeros le habían dicho que era seguro y eso le bastaba.

—Soy Hardestadt. Necesito el servicio de uno de tus arcontes para una cuestión de suma importancia para el Círculo Interno y, en realidad, para toda la Camarilla. Sí, ya sé que estáis ocupados. De todos modos, búscame a alguien. ¿Cómo? —El Fundador no pudo evitar que una gran sonrisa se dibujara en sus labios de estatua—. Sí, claro. Él servirá perfectamente. Dile que contacte conmigo y le diré qué debe hacer.

Hardestadt apagó el pequeño artefacto repulsivo con un sonoro chasquido. Beckett podía darse por muerto.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

Aquella era la décima noche que Victoria se sentaba delante de su tocador y, con la ayuda de un pequeño espejo, se examinaba la piel de la mandíbula, en el lado izquierdo justo por encima del cuello. En los últimos cuatro años había evitado escrupulosamente mirar ahí y se

había peinado de tal manera que el cabello ocultara ese pequeño lugar. Durante la caída de Atlanta a manos del Sabbat, había sido capturada y entregada a una criatura monstruosa llamada Elford que la había marcado. Elford —¡ojalá se pudra en el infierno!— era un torturador prometedor y entusiasta del terrible arte de moldear la carne. Como muchos otros miembros de su clan, los Tzimisce, podía modelar el hueso y la carne como si fueran barro. Victoria se sentía incapaz de recordar sus ministerios sin verse sobrecogida por una oleada de rabia, miedo y asco. El hecho de que Elford no hubiera sobrevivido a su encuentro le servía de poco consuelo porque la arruga de carne levantada que le había dejado en el cuello sí que lo había hecho. Como una serpiente mordiéndose su cola, el círculo de piel antinatural era un recordatorio constante de que nunca podría escapar completamente a lo sucedido aquellas noches, después de que su ciudad cayera en manos de la llamada Espada de Caín. La marca era, por tanto, tan imperecedera como ella.

Hasta ahora.

Durante las últimas diez noches, había visto cómo esta cosa (que más que una marca le parecía un tumor) se convertía en una ampolla, se agrietaba y, finalmente, sangraba. Ahora tenía una herida abierta y supurante que, a pesar de sus muchos esfuerzos, se negaba a sanar. Solo mediante el uso de pequeñas compresas, que se cambiaba varias veces en una noche, había conseguido mantenerla en secreto.

Se había dignado a recurrir a los Tremere para que la ayudaran, pero esto la había llevado a otro preocupante descubrimiento.

—Buena suerte, Beckett —dijo y dejó a un lado el pequeño espejo.

Hotel Hilton del aeropuerto,

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles

Los Ángeles, California

La Príncipe Tara meditaba, con el ceño fruncido, al mismo tiempo que entraba en la sala de reuniones en la quinta planta del hotel Hilton del aeropuerto. Al estar tan absorta en las futuras tácticas que

emplearía en su, cada vez más intensa campaña contra Jenna Cross y sus inadaptados, sin mencionar su preocupación por la destrucción provocada por los MacNeils y las dramáticas maniobras diplomáticas que había tenido que hacer con los restantes Catayanos, tardó unos segundos en darse cuenta de que no todo estaba bien dentro de la habitación.

Era, en muchos aspectos, un ejemplo típico; una sala de reuniones con una ventana grande (equipada con pesadas cortinas, por si Tara o uno de los primogénitos se veía forzado a residir en la habitación durante el día), una larga mesa de madera (de roble pulido) y una serie de sillas (ninguna de ellas con patas de madera). La moqueta era muy gruesa, y las paredes y el techo estaban insonorizados. Un inmenso mueble de madera, que yacía en un extremo de la sala, cobijaba una televisión y un aparato de vídeo. En la pared de la izquierda, una puerta, cercana a la ventana, conducía a una habitación más pequeña donde se podían mantener conversaciones privadas.

Todo estaba como se suponía que debía estar. El problema era que todas las sillas, salvo en la que se sentaba Dionne, estaban vacías.

—¿Dónde están todos? —inquirió Tara, con voz pausada.

—Me temo que la primogenitura no va a acudir a esta reunión, Príncipe Tara —se disculpó Dionne.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que por diversas razones, aunque la principal es porque les dije que el evento era mañana.

—Entiendo. —Tara avanzó despacio pero con paso firme alrededor de la mesa y en dirección a su descarriada senescal—. Participas de un juego peligroso, Dionne. Y, créeme, no tienes la menor posibilidad de ganar.

—Tara —empezó Dionne, levantándose y caminando también alrededor de la mesa (y no por casualidad lejos del alcance de la príncipe)—, no hagas esto. Fuiste una de las más grandes líderes

anarquistas. Sabías lo que la sociedad de los Vástagos debía ser. Deberías de estar trabajando con los sangre-débil y no…

—Oh, ya estamos —gruñó la príncipe, enseñando sus colmillos—. ¡Maldita sea, Dionne, creí que eras diferente! Al principio, cuando ocupé el puesto de príncipe, todos los demás oficiales de la Camarilla de la región me advirtieron de que no confiara en una Caitiff para servirme como consejera. Me dijeron que nunca me serías tan leal como lo fuiste cuando todavía soñaba con esa quimera sin sentido. Les dije que se equivocaban. ¡Les juré que se equivocaban! ¡Maldita seas! —Golpeó la dura mesa provocando el mismo sonido que emitiría un disparo. La madera que rodeaba a su puño crujió y se quebró.

Tara era capaz, como la mayoría de los Vástagos, de aumentar su fuerza física y de bombear sangre a sus miembros para mejorar su potencia y velocidad. El único problema es que no había puesto en práctica ese método y, con su fuerza habitual, no debería de haber podido dañar la mesa de esa manera.

Estaba, sin embargo, demasiado ocupada tratando de controlar el frenesí y preguntándose si debería importarle dejarse llevar por él, para darse cuenta. Advirtió la repentina mirada de temor de Dionne y la atribuyó a su evidente rabia. No obstante, si se hubiera percatado del daño que había infligido a la mesa, habría estado, al menos, tan confundida como lo parecía estar su senescal.

—Tara —continuó Dionne, desesperada—, puedes hacerlo. Puedes dejar la ciudad abierta a los sangre-débil y a los demás parias. Lograrías que este fuera un refugio seguro para ellos. Con todo el caos y los extraños acontecimientos que están teniendo lugar ahora mismo en el mundo, la Camarilla no podría tomarse la molestia de interferir de una forma tajante. ¡Joder, podrían incluso llegar a acostumbrarse… Al menos, no sería territorio catayano!

La príncipe soltó un único alarido de rabia primitiva; agarró la silla más próxima y la arrojó por encima de la mesa. Su movimiento fue tan rápido, y el tiro tan enérgico, que Dionne no pudo quitarse completamente de en medio a tiempo. El pie de una de las patas la golpeó en la frente y la hizo caer de bruces al suelo.

—¿Por esa razón hiciste que nos reuniéramos a solas? —rugió, caminando airada alrededor de la mesa con los puños cerrados que, teniendo en cuenta su creciente fortaleza aquella noche, parecían capaces de destrozar briquetas—. ¿Para poder “hacerme entrar en razón”? ¿O es que tenías ganas de morir?

—Ninguna de ellas. —La puerta de la habitación contigua se abrió y Tara se giró para observar los cañones de media docena de armas—. Lo hizo para preparar tu muerte. Solo esperaba, la muy imbécil, que no fuera necesario.

La mujer que había hablado lideraba el grupo. A primera vista podría tomársela fácilmente por una aspirante a American Idol, de no ser por su manera desenvuelta de empuñar la Tec-9 negro mate. Su largo cabello, que le caía enmarcándole la cara, estaba evidentemente teñido de rubio. Vestía una camiseta morada, ajustada y pespunteada, y unos vaqueros de talle tan bajo que parecían estar a punto de caérsele en cualquier momento.

Un observador más atento, que mirara en el abismo llameante de su mirada o que advirtiera la presencia de una extraña marca con forma de luna creciente en uno de sus hombros, que bien podía ser un tatuaje o una marca de nacimiento, sabría qué esperar de ella aunque no llevara consigo el arma.

Los sentidos preternaturales de la Príncipe Tara, a menudo la ponían sobre aviso mucho antes que a un ser humano corriente. Esta noche, sin embargo, o bien su intuición la había fallado o, como creía ella misma, había estado demasiado centrada en la traición de Dionne para prestar atención a otra cosa. ¡Pero que una pandilla de mocosos la cogiera desprevenida era algo inadmisible!

Por suerte, aún se podía solucionar. Jenna Cross podía ser muchas cosas, pero, al igual que la mayoría de sus seguidores, eran bastante inexpertos. Todavía pensaban como mortales y no llegaban a asimilar todo lo que un vampiro podía hacer.

Tara se lanzó hacia atrás, a varias veces la velocidad que alcanzaría el mortal mejor entrenado, mientras las primeras balas emergían rugientes de los cañones. En lugar de impactarle en la cabeza o el pecho, lo que no la habría matado permanentemente, pero

sí la habría incapacitado el tiempo suficiente como para que otros pudieran terminar la faena, la mayoría de los proyectiles ni la rozaron y acabaron incrustados en la pared. Desde luego, la insonorización de la habitación no podría, de ninguna forma, disimular lo que estaba ocurriendo. Solo contaban con unos minutos antes de que alguien subiera a averiguar qué pasaba.

No obstante, algunas de las balas sí dieron en el blanco. Atravesaron su brazo y hombro derechos, sembrando el suelo de salpicaduras de sangre y carne muerta hace años. Sintió que una se alojaba en el hueso de su hombro y apretó los dientes para evitar lanzar un grito de agonía. Instintivamente, su cuerpo empezó a bombear sangre para sanar la herida; tras un instante de concentración, Tara logró detener el proceso. Podría soportar el dolor por ahora y quizá necesitara esa sangre antes de que todo hubiera acabado.

La príncipe golpeó el suelo y rodó hasta debajo de la mesa, al tiempo que los últimos proyectiles se estrellaban contra la pared. Disponía de pocos segundos antes de que otro enjambre de balas acudiera a su encuentro. Oyó a los sangre-débil entrando por la puerta e incluso pudo oír cómo se tiraba uno de ellos al suelo para tenerla más a tiro. La sangre fluía por su cuerpo a una velocidad inhumana y las venas le hervían. Se dio la vuelta y pegó una patada con las dos piernas.

Su intención era volcar la mesa para disponer de un parapeto que la protegiera de las balas. En lugar de ello, el mueble se quebró casi completamente por la mitad. La pesada monstruosidad de madera dio la vuelta y voló por la habitación, lanzando por los aires, y a través de la puerta, a Jenna Cross y a uno de sus sangre-débil. El chiquillo que se había tirado al suelo para disparar por debajo de la mesa, tuvo solo un instante para gritar antes de que varios cientos de kilos de roble aterrizaran de canto sobre su columna vertebral.

Un vampiro podría, con tiempo y sangre, recuperarse de una herida como esa. Tara no se lo permitió. Se puso de pie, pateó con firmeza una sola vez la cabeza del sangre-débil lisiado, casi sin advertir las salpicaduras de hueso y masa cerebral que mojaban sus tobillos, y recogió el arma; una Mac-10 convertida en automática.

Disparó una ráfaga, a ciegas, por encima de la mesa y hacia la puerta. Su objetivo no era dar a alguien concreto (aunque no le importaba hacer blanco), sino mantener a los sangre-débil a raya durante un momento.

Allí. Dionne intentaba en vano acurrucarse en una esquina para permanecer oculta. Al instante, Tara estaba sobre ella, levantándola con una mano férrea que oprimía su garganta.

—Esperabas que ya estuviera muerta, ¿verdad, puta?

—Tara, por favor, yo…

Disparó una rápida ráfaga a su estómago para acallarla y dejarla inmovilizada temporalmente. Luego, después de desdeñar el arma y sujetar a la Caitiff con ambas manos, Tara cargó hacia delante, al tiempo que Cross saltaba por encima de la mesa y abría fuego.

El cuerpo de Dionne se estremeció una sola vez al golpear la lámina de cristal de la ventana. El sonido de los huesos quebrándose fue casi tan alto como el de los disparos y el cristal rompiéndose. Fragmentos de cristal cayeron a la calle quince metros más abajo. Tara y Dionne fueron detrás.

Hotel Hilton del aeropuerto,

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles

Los Ángeles, California

—¡Mierda!

Jenna Cross corrió a la ventana y disparó unas ráfagas rápidas hacia abajo, a pesar de que sabía que serían inútiles. Aunque se había herido al caer y estaba cojeando, la Príncipe Tara había llegado ya al extremo más alejado del edificio y se disponía a doblar la esquina a una velocidad increíble. Varios transeúntes observaron horrorizados el cuerpo que yacía destrozado sobre la calzada. Quizá Dionne no estuviera muerta definitivamente, pero no podría despertar antes de varios meses o incluso años.

—¿Qué hacemos, Jenna? —preguntó uno detrás de ella—. Esto está completamente jodido.

—No tanto, Laurence. —Jenna Cross se apartó de la ventana—. Es cierto que la puta ha escapado. Pero, estando sola y herida, no conseguirá nada ahí fuera. Contamos con unas cuantas noches antes de que pueda venir a por nosotros. Dionne me dio las direcciones de los refugios de los antiguos. Tendremos que asegurarnos de que Tara no puede recurrir a nadie cuando se haya curado. Que alguien llame a Samuel, le explique lo que está ocurriendo y organice una reunión.

Los sangre-débil limpiaron rápidamente las armas, por si habían dejado alguna huella (cosa bastante improbable, ya que los vampiros carecen de secreciones en la piel, pero posible) y las tiraron. Después se limitaron a echar a correr, fingiendo estar al borde del pánico, mezclándose con el ganado que había oído el tiroteo, para salir del edificio.

Lo siento por Dionne, pensó Cross mientras corría al lado de un contable gordo en baja forma. Podría habernos sido útil. Pero, aún siendo Caitiff, no era una “sangre-débil”, así que tampoco podemos sentirnos como si hubiéramos perdido a una de los nuestros.

Jenna miró de reojo una callejuela que había junto al edificio y se llevó consigo al contable hasta allí. Se alimentó de él para celebrar y prepararse para lo que aún estaba por llegar. En primer lugar, tendría que encargarse de la primogenitura y de los antiguos a los que Tara podría recurrir. Después, empezaría a repartir a su gente por la ciudad e intentaría, otra vez, negociar con los MacNeils. No estaba segura de con qué refuerzos podría contar Tara cuando supiera que su base de operaciones había sido destruida, pero, en cualquier caso, quería estar lista para lo que fuera.

Plaza de Trafalgar

Londres, Inglaterra

—¡Pero es el fin! ¡El fin está aquí!

—Tiene razón, señor. Estoy convencido de que es el fin. —El policía, divertido, negó con un gesto de la cabeza, al mismo tiempo

que empujaba con su porra insistente y suavemente al tipo desaliñado—. Me temo, sin embargo, que va a tener que ser el fin en otra parte. Está armando un buen revuelo, señor, y ya hemos tenido bastantes profetas últimamente. ¿Por qué no se han dado ya por vencidos con el cambio de milenio? No entiendo…

En el mismo instante en que las luces de la plaza quedaron a su espalda, el chiflado (vestido solo con unos vaqueros desteñidos, viejas zapatillas Converse y un abrigo), se volvió, le propinó un golpe a la porra con tanta fuerza que le rompió el brazo al policía y se agarró a su garganta. Durante varios minutos eternos, mientras se movían a trompicones en las sombras proyectadas por las farolas de la calle, el único sonido que se oyó fue un desagradable y horrendo gorgoteo.

—Buenas tardes, Rufus.

El vampiro harapiento, que tenía la barbilla manchada por un chorrito de sangre al que no había prestado atención hasta ese momento, se giró al escuchar su nombre. En la callejuela que estaba detrás de él, iluminada solo por el tenue fulgor de su cigarrillo, había una mujer que tenía pinta de entregarse a cualquier estibador por dinero. Llevaba el pelo recogido en un moño tirante y vestía pantalones vaqueros y una camisa de franela de hombre. Rufus no podía verlo, pero estaba convencido de que llevaría consigo la porra que había heredado de su padre (uno de los primeros policías metropolitanos de Londres) hacía muchos años. El arma, que había afilado hasta dejar uno de los extremos acabado en punta, se había hecho con una reputación salvaje entre los Vástagos que habitaban bajo el suelo londinense.

—¿Qué quieres, Liza?

—Voy a tener que llevarte conmigo, Rufus. La reina Anne y el sheriff no están contentos con lo que has estado haciendo últimamente.

—¿Con qué? ¿Con esto? —Rufus dejó caer el cuerpo del policía—. Vivirá, ¿no lo ves? Todavía respira. Pensará que lo dejé inconsciente al tratar de huir.

—No es por el policía, Rufus.

El vampiro pestañeó. ¡No había hecho nada más! ¡No había hecho nada en las últimas noches que no hubiera hecho siempre! Rufus se consideraba un profeta y había creído que su deber era informar a sus compañeros Vástagos de la llegada de la Gehena; haciéndolo siempre, claro está, en unos términos que no revelaran ningún secreto al ganado. No le escuchaban, pero él los advertía igualmente. Y, en estas últimas noches, cuando los vampiros estaban actuando de una manera tan insólita y la Estrella Roja brillaba tanto, él se había limitado solo a aumentar…

Oh, Dios. Lo perseguían porque lo sabía. ¡Debía de estar en lo cierto! Y, si ese era el caso, ¡no podía permitir que lo acallaran ahora!

Hay que decir en su favor que obligó a la matona del sheriff a esforzarse. Consiguió recorrer tres bloques de pisos y ascender la mitad de una escalera de incendios antes de que el impacto de la porra en su espalda lo hiciera caer con un alarido de dolor. No chilló durante mucho tiempo. Al mismo tiempo que rodaba por el suelo, el extremo afilado del arma penetró entre sus costillas y le llegó hasta el corazón.

Quizá le hubiera hecho sentir mejor saber que no era el primer Vástago en desaparecer de las calles de una ciudad controlada por la Camarilla y que estaba muy lejos de ser el último.

Podría… pero, posiblemente, no.

Un almacén en Midtown

Houston, Texas

—Ah, arconte di Padua. Cuánto me alegro de verlo levantado y en movimiento.

La que así hablaba, Karen Suadela, tenía el aspecto de una fría mujer de negocios de unos cuarenta años. Llevaba el cabello oscuro recogido en la nuca y vestía un traje de chaqueta con pantalones muy ajustados de un profundo color azul. Durante varias décadas, Suadela había sido una de las influencias preponderantes en la primogenitura de Houston. Tenía la pujanza necesaria para desafiar al Príncipe Lucas Halton y hacerse con el principado; pero se había conformado

con permanecer en un segundo plano.

No obstante, todo había cambiado hacía unas cuantas semanas, después de que desaparecieran de la ciudad el Príncipe Halton y los demás Tremere. Suadela, percatándose de que la oportunidad era demasiado buena para desperdiciarla y preocupada también de que otro príncipe no fuera tan manejable como Halton, no perdió el tiempo y reclamó la posición para sí. Ninguno de los demás primogénitos opuso resistencia.

Resultó, por tanto, muy oportuno que Halton desapareciera cuando lo hizo. Suadela, de todos modos, no le creía capaz de llevar a cabo lo que tenía que hacerse.

Di Padua, por su parte, respondió al saludo con un gesto de asentimiento bastante rígido. Se arrastró hasta la habitación; caminaba con los pasos cortos e inseguros de un hombre herido que cojea de las dos piernas. Sus brazos estaban todavía sembrados de heridas abiertas de las que no manaba ya sangre, y su rostro y hombros tenían aún las quemaduras y laceraciones causadas por el estallido de la granada. Había transcurrido ya una semana desde el incidente y no había sido capaz de curarse ni siquiera la menor de sus heridas. Sencillamente, su sangre había dejado de ser tan potente como antes; lo que, en caso de ser verdad, explicaría también por qué fallaron sus habilidades cuando se enfrentó a la manada del Sabbat. Si no hubiera informado con antelación a la Príncipe Suadela y al sheriff Reno de sus actividades, y si estos no hubieran enviado a su gente para respaldarlo, el Sabbat habría acabado con él. Tal y como habían ido las cosas, Reno y los suyos apenas habían tenido tiempo de recogerlo cuando uno de aquellos bastardos se disponía a meterle un machete entre la cabeza y los hombros.

Los vampiros menos entendidos podrían considerarlo afortunado porque Suadela acudiera en su ayuda y le buscara un refugio seguro para su convalecencia. Ahora, de forma inesperada, había enviado a uno de sus ghouls en una limusina junto con una “invitación” para que se reunieran en aquel almacén abandonado. Lo habían guiado por un piso de escaleras y se encontraba, en ese momento, en un balcón (o más bien una pasarela ancha) que miraba hacia el suelo del edificio.

—Levantado sí, Príncipe Suadela. Pero a esto yo no lo consideraría “en movimiento”. Si se me permite preguntar, ¿qué estoy…?

Di Padua miraba una escena típica de una pesadilla dantesca. Un puñado de Vástagos fuertemente armados estaban de pie, alertas, o patrullaban por el almacén vacío de cualquier cosa que se asemejara a una mercancía. En su lugar, había pequeñas filas ordenadas de vampiros tirados en el suelo. Todos estaban quietos, paralizados por estacas de madera (improvisadas con palos de escoba, gruesas ramas, flechas e incluso algunas maderas talladas con el único propósito aparente de servir como arma) que les sobresalían del pecho.

—Príncipe Suadela, ¿qué significa esto?

—Son criminales, arconte di Padua; todos y cada uno de ellos. Se les ha encontrado culpables de violar las tradiciones y de actos de sedición en contra de mi reinado y el de la Camarilla.

—¿Qué es lo que han hecho exactamente? —Técnicamente, di Padua no tenía derecho a pedir explicaciones. Este era, después de todo, un asunto local que afectaba solo a la ley del príncipe. Pero sentía curiosidad.

—En la mayoría de los casos, difundir mentiras acerca de la llegada de la Gehena y del despertar de los Antediluvianos. Teniendo en cuenta el contagio de la extraña enfermedad de la sangre que ha surgido recientemente, y de la que usted parece ser víctima, arconte di Padua, no me puedo permitir el lujo de que pretendidos profetas alienten el pánico. La mayoría de los neonatos son lo bastante crédulos para dar crédito a sus embustes.

—Entiendo. Pero están aquí en lugar de haber sido condenados al exilio, al vínculo de sangre o a ser expuestos al sol… ¿por qué?

—Acompáñeme, Federico. —Di Padua advirtió el repentino cambio hacia su nombre cristiano, pero decidió no mencionarlo. La siguió, agradeciendo en silencio a que Suadela mantuviera un paso lo bastante lento para que él pudiera bajar a su lado los escalones que conducían al primer piso—. No es la única víctima de la maldición,

enfermedad o lo que quiera que haya afligido a mi ciudad. Varios individuos cercanos a mí también la están sufriendo.

Aquello significaba, probablemente, que ella misma la padecía. O, al menos, eso se figuró di Padua, aunque prefirió guardarse de nuevo el comentario.

—Y hemos hallado el remedio, Federico.

En cuanto sus pies tocaron el suelo, le asaltó el olor inminente de la sangre de los Vástagos, que manaba de las heridas causadas por las estacas que los inmovilizaban. Lo sobrecogió como ninguna hambruna lo había hecho jamás. Su Bestia interna no se limitó a removerse, sino que conquistó la vanguardia de su alma sin previo aviso. La persona que era Federico di Padua se ensombreció de pronto. Cuando recuperó mínimamente la visión; cuando pudo volver a ver el mundo aunque fuera a través de una neblina de sangre, rabia y necesidad infinitas, estaba arrodillado junto al primero de los criminales estacados. Se estremeció por el deseo que sentía de zambullirse en las profundidades de la carne expuesta del vampiro indefenso.

¡Pero aquello no estaba bien! La diablerie, el canibalismo vampírico, era el peor de todos los pecados. Era todo lo que un arconte como di Padua debía repudiar. Federico no se veía capaz de sobrevivir sabiendo que había destruido, no el cuerpo de otro, ¡sino su alma!

Con los ojos muy abiertos, y los labios y la mandíbula temblando, giró la cabeza para mirar a Karen Suadela, que estaba de pie junto a él.

—Es la única manera, Federico. ¡Recupera tu poder! ¡Siente la sangre fluyendo por tu cuerpo como debería ser! Si no consigues recuperarte, no podrás ayudarnos a enfrentarnos a lo que aún está por llegar. La Camarilla te necesita, Federico.

Con el alma retorciéndose en su interior, Federico di Padua miró al Vástago indefenso que estaba en el suelo, junto a él. Y despacio, muy despacio, se inclinó hacia delante.

Tenía que hacerse y si tenía que hacerse, encontraría la manera de sobrellevarlo y seguir delante. Solo lo haría en esta ocasión…

En alguna parte sobre el océano Atlántico

A primera vista, el avión parecía bastante corriente. El General Dynamics Gulfstream modelo 400 era el preferido por los ricos y los hombres de negocios que necesitaban hacer viajes transatlánticos sin tener que depender de las aerolíneas comerciales. Su capacidad normal era para ocho pasajeros, pero este G-400 en particular había sufrido unas modificaciones internas que minimizaba el espacio para los pasajeros y lo hacía más cómodo para su propietario. La mitad de la parte trasera del compartimiento de viajeros estaba completamente sellada mediante una gruesa pared a prueba de balas y de una pesada puerta que se cerraba desde el interior. Este espacio carecía de ventanas pero estaba equipado con todo lo que un viajero entendido podía desear; contaba incluso con un teléfono vía satélite y conexión a Internet. Las diversas sillas, el sofá, una mesa de trabajo con un ordenador personal hecho a medida daban a la habitación la apariencia de un despacho. La pequeña nevera y la televisión le otorgaban un toque más personal, aunque las bolsas de sangre que se enfriaban en el refrigerador resultaban inesperadas. Un ataúd de metal con el interior acolchado, del tipo que se utiliza para transportar los cadáveres al extranjero, descansaba contra la pared trasera, junto con un saco de dormir para el invitado de Beckett.

A Beckett le desagradaba el dramatismo de dormir en un ataúd. En realidad, prefería un colchón de látex con zonas de descanso independientes o un entrañable pedazo de tierra. No obstante, si el avión sufría un accidente durante las horas de luz, le gustaba contar con algún medio para evitar el sol (si acaso tenía la posibilidad remota de sobrevivir al impacto) y una caja sellada de metal era sencillamente la mejor opción. No estaba dispuesto a invertir miles de millones en un avión sin tomar las debidas precauciones.

Para empezar, no había querido gastar todo ese dinero. Aunque no era pobre, Beckett no contaba con los recursos que otros Vástagos de su edad tenían. Había estado demasiado ocupado con su particular cruzada para preocuparse de jugar a la bolsa o manipular empresas. A pesar de sus diversas cuentas en bancos suizos, había tenido que

invertir muchísimo dinero en el avión y eso le pesaba. Todavía seguía vendiendo algunas de las piezas que había encontrado en sus excursiones arqueológicas para recuperarse de las pérdidas. En cualquier caso, y teniendo en cuenta la cantidad de veces que pasaba de un continente a otro, tenía que hacer algo. Sus dos pies (o cuatro, o dos alas, dependiendo de la forma que adquiriera) bastaban para viajar de un país a otro, pero no para cruzar grandes océanos. Un vuelo comercial no era una opción para alguien como él; lo único que necesitaba era un retraso que mantuviera su avión en el aire hasta el amanecer para acarrearle toda una serie variadísima de problemas. Y los barcos, aunque eran más seguros, no eran lo bastante rápidos. Hacía unos años, por tanto, había decidido conseguirse un medio de transporte.

El intercomunicador zumbó una vez como un abejorro asustado. Beckett se acercó y apretó el botón.

—¿Qué ocurre, Cesare?

—Signore, me pidió que se lo notificara cuando las autoridades encontrasen a los mozos. Ya lo han hecho.

Beckett asintió y recordó, de pronto, que el ghoul no podía verlo desde la cabina. Kapaneus y él habían desangrado y escondido a tres mozos en el armario de la limpieza en el aeropuerto Internacional de Savannah. Les había robado las carteras para hacer que todo pareciera un poco más natural. Cuando los hombres se hubieran recuperado, contarían que alguien los atacó por la espalda y los dejó inconscientes.

Si se recuperaban, se corrigió rápidamente sintiendo una punzada de remordimiento. Había perdido la cabeza mientras bebía del tercer hombre y es posible que se hubiera excedido. Siempre era arriesgado alimentarse en un lugar público como un aeropuerto porque, si encontraban los cuerpos antes de haber despegado, quizá se les denegara el permiso para viajar. En cualquier caso, era todavía más peligroso embarcarse en un vuelo de larga distancia estando hambriento, sin nadie del que poder alimentarse salvo el piloto. Por supuesto, siempre podía recurrir al alijo de emergencia que llevaba en la nevera pero, ¿por qué gastarlo sin necesidad?

Sin duda el aeropuerto cerraría durante varias horas; las que las autoridades se tomaran para asegurarse de que aquello no formaba parte de algún tipo de acto terrorista. Beckett había ordenado a Cesare que escuchara las informaciones que se daban por la radio del aeropuerto (y bendito fuera el amigo de Okulos que les había vendido el equipo de escucha de larga distancia que utilizaban ahora) por si alguien relacionaba el ataque con el vuelo privado que había despegado hacía más de dos horas. No era probable, pero a Beckett le gustaba tener en cuenta todas las posibilidades.

—Muy bien, Cesare. Ya me contarás si hay alguna noticia nueva.

—Desde luego, Signore.

Frunció el ceño al apagar la conexión. Nunca había querido tener un ghoul. La idea en sí (el que un ser humano se convirtiera en un esclavo mediante el consumo de sangre vampírica) le parecía algo asqueroso. Era un depredador y lo había aceptado hacía ya varios siglos. Matar a seres humanos, aunque procuraba hacerlo lo menos posible, formaba parte de su naturaleza. No había desarrollado, sin embargo, la tendencia que tenían tantos otros Vástagos de controlarlos.

En cualquier caso, cuando compró el avión, se dio perfecta cuenta de que necesitaba a alguien que lo pilotara. Cesare era un piloto sin trabajo con el que se tropezó en Venecia mientras intentaba (sin mucho éxito) comprar un texto herético de la colección de un tal Pietro Giovanni. El hombre tenía talento pero era, sin embargo, esclavo de la botella. Beckett pensó que si el piloto estaba dispuesto a esclavizarse, lo mejor sería que fuera útil entre tanto. Había abandonado su dependencia del alcohol por otra adicción mucho menos habitual. A Beckett le desagradaba la necesidad, le disgustaban las obligaciones que esa urgencia acarreaba y, francamente, tampoco sentía afinidad personal con Cesare, pero seguía siendo la mejor entre una serie de malas opciones.

—Me estabas hablando —dijo, de pronto, Kapaneus cuando advirtió que Beckett estaba ensimismado en sus pensamientos— de Hardestadt y de por qué habías accedido a trabajar para él.

Beckett parpadeó y sonrió con una sonrisa carente de alegría.

—“Accedido” me temo que no es la palabra correcta, Kapaneus. No he tenido más remedio.

—¿Porque Hardestadt es un miembro poderoso de esa Camarilla de la que me has hablado?

—¿Poderoso? Hardestadt fue uno de los fundadores de la Camarilla —le explicó—. Es, casi con toda seguridad, miembro del Círculo Interior. Y, si no lo es, mueve los hilos de muchos de los que sí pertenecen a él. Francamente, preferiría arrancarme los colmillos con unos alicates que trabajar para él, pero fui bastante brusco cuando hablamos. Lo mejor que puedo hacer es mantenerlo contento y si eso significa jugar a ser el chico de los recados durante un tiempo, que así sea.

Si Kapaneus tenía algún problema con las metáforas modernas, lo disimulaba muy bien.

—¿Y por qué no te limitaste a esconderte? Su alcance no puede ser infinito.

—No, infinito no, pero casi. Para esconderme de él tendría que ir a algún lugar oscuro y permanecer allí de forma indefinida. Y si tuviera que hacerlo, no podría llevar a cabo mis investigaciones.

—Ah. —Kapaneus se recostó en su asiento. Su expresión sugería que aquella era la cuestión a la que había querido llegar—. Así que no lo haces solo porque él te lo ha pedido. Esta búsqueda forma parte de la que iniciaste en Egipto, ¿no es así?

Búsqueda. Una interesante elección de palabras. Beckett no pudo evitar sonreír de nuevo. Bastante acertada, no obstante.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Por qué lo haces entonces? Obviamente, no eres uno de sus muchos agentes. ¿Por qué has iniciado esta búsqueda, por qué el viaje? ¿Qué esperas averiguar?

¿Acaso pretende que responda a sus preguntas? Habían sido compañeros de viaje durante varios meses, pero eso no los convertía

en amigos. Eran Vástagos y el concepto de amistad era tan ajeno a ellos como tomar el sol.

Aun así, rara vez tenía la oportunidad de explicar sus motivos a alguien. Contarlo ayudaría a mantenerlo todo ordenado en su mente.

—Principalmente —empezó, jugando de manera despreocupada y muy humana con las gafas de sol que tenía en la mano izquierda— es la resolución del problema lo que me atrae. Juntar las piezas del rompecabezas. Encuentro el estímulo intelectual y emocional tan gratificante como una buena comida. Me mantiene alerta y alejado del hastío. —Cambió la expresión de su rostro—. Me hace sentir útil. De tal manera que no creo estar malgastando mi inmortalidad.

Kapaneus sonrió.

—Una necesidad siempre digna de reconocimiento. Pero esa no es la única razón, ¿verdad?

Beckett se tomó un momento para maravillarse del vampiro que estaba sentado delante de él. Pese a sentirse atado a las normas de los mortales, Kapaneus era mucho más vehemente que cualquier otro Vástago antiguo. De hecho, la mayoría de ellos terminaba por parecer inhumano, no debido a cambios físicos, sino por sus acciones. Dejaban de hacer todos esos gestos casuales que los humanos hacen; dejaban, entre otras cosas, de juguetear con las cosas y de parpadear. Algunos incluso perdían toda expresión facial.

Beckett, por su parte, tenía más hábitos de mortal que la mayoría de los vampiros de su edad. Los practicaba de forma consciente para contrarrestar los rasgos y costumbres inhumanas que había adquirido con el paso de los años. Pero Kapaneus era casi tan expresivo como él y, sin embargo, era mucho mayor.

—Así es —respondió finalmente, despertando de su ensimismamiento—. Esa no es la única razón de mi proceder. Busco la verdad de nuestro pasado, de nuestros orígenes. Quisiera poder comprender a nuestra raza. En realidad, quisiera poder comprender qué soy.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo podría ayudarte esto a entender a

Caín o a la Tercera Generación?

—Creo —continuó Beckett, inclinándose hacia delante mientras avanzaba por la cuestión— que “Caín”, tal como los Vástagos lo conocen, nunca existió. Sospecho que las historias que hablan de él y de Abel son todas apócrifas. Mitos y metáforas.

Kapaneus abrió los ojos como platos.

—En mi tiempo, nadie se hubiera atrevido a pensar semejante cosa. Nuestra historia, relatada en el Libro de Nod y por nuestros pálidos sacerdotes, era tan segura como el próximo amanecer.

—Es cierto. Y ese es el problema. Los Vástagos que creen esos hechos, confían en que pertenecen a nuestra historia. Nadie se detiene a preguntarse qué significan.

—Y tú deseas saber qué significan.

Beckett asintió.

—Quizá no crea que descendemos de un granjero homicida, pero sé que tuvimos un origen, y teniendo en cuenta lo inusual de nuestras habilidades, estoy segurísimo de que no tiene que ver con la evolución o la selección natural. Algo nos creó. Quizá fuera Dios. Tal vez otra cosa. No lo sé. Sé, sin embargo, que tiene que existir un propósito. Que fuimos creados por una razón y tiene que ser algo más importante que para servir como azote de los humanos pecadores en nombre de una deidad enfurecida.

»Tengo que comprender de dónde venimos, Kapaneus, porque solo así podré entender por qué somos. Creo sinceramente que esta falta de entendimiento es parcialmente responsable de nuestra incapacidad para cooperar los unos con los otros; culpable de las constantes maquinaciones, tramas y guerras ideadas por personas como Hardestadt. La inmortalidad sin un propósito es la mayor de las maldiciones posible y una de la que pretendo zafarme y, si prestan atención, también podrán hacerlo el resto de los Vástagos.

»Sin entendimiento, Kapaneus, todo es ceniza y vacío.

La respuesta que el antiguo podría haberle dado fue bruscamente interrumpida por el súbito letargo que los invadió a ambos. Apenas tuvieron tiempo de arrastrarse a sus camas (Beckett en el ataúd y Kapaneus en el saco de dormir) antes de que el sol en el horizonte los sumiera en el sopor.

Castillo Sforza

Milán, Italia

La que antaño era una fortaleza preparada para repeler casi cualquier ataque, estaba ahora sitiada por una multitud diferente: los turistas. Agrupaba diversos museos y bibliotecas, incluido el famoso Museo d'Arte Antica. En sus suelos pétreos reverberaban, desde el amanecer hasta el anochecer, los pasos de los que trabajaban allí y de otras miles de personas que habían viajado hasta allí para admirar las reliquias de épocas pasadas.

Por la noche, claro, el Castillo Sforza estaba cerrado al público. Los que estaban dentro de las galerías de elevadísimos techos no formaban parte de ese "público". En una noche normal, varios de los Vástagos de Milán vagarían por los pasillos fingiendo deleitarse con el arte y las esculturas para impresionar a sus hermanos de sangre con su buen gusto y cultura. Se le había declarado Elíseo, uno de tantos en la ciudad. Era un lugar donde los Vástagos podían reunirse sin temer un arranque de violencia u hostilidad, al menos, de naturaleza abierta. No era allí donde el Príncipe Giangaleazzo tenía emplazada la corte, pero era el segundo lugar más importante donde se reunían los vampiros que aspiraban a ascender en la escala social.

Aquella noche estaba vacío. Giangaleazzo había convocado una asamblea de la corte a medianoche en otro lugar y los Vástagos más renombrados de la ciudad aprovechaban las horas preliminares para prepararse. Eso dejaba al príncipe con el tiempo suficiente de acudir al castillo para mantener una reunión privada. Se encontraba en una de las galerías inferiores, sembrada casi completamente de bustos y otras pequeñas esculturas del pasado italiano erguidas en sus pedestales y dispersas con un orden aleatorio. Su disposición interfería en los andares frenéticos de Giangaleazzo, pero consiguió mantener un ritmo regular.

El príncipe era el epítome de la aristocracia italiana. Llevaba el oscuro cabello recogido hacia atrás, vestía un traje de finísima seda de color azul marino y, como único adorno, un anillo engarzado con un ónice que brillaba incluso bajo la tenue luz de la habitación.

El otro ocupante de la galería, que miraba con ansia las rótulas del vampiro regente y fantaseaba con rompérselas, no podría parecer estar más fuera de lugar. Estaba embutido en unos vaqueros, zapatillas deportivas y una chaqueta de cuero (en honor a lo formal de la reunión había reemplazado su habitual chaqueta de motorista por otra de sport). Por la misma razón, se había quitado su gorra de béisbol, y se sentía desnudo sin ella. Sobre su hombro pendía una bolsa de deporte de tela. Sencillamente, había cosas que siempre llevaba consigo.

Al cabo de un rato ya no pudo soportar más el silencio y los andares rítmicos del príncipe.

—Un ritmo muy sugerente —dijo, poniéndose en el camino de Giangaleazzo—, pero no puedo bailarlo.

—Dime, arconte Bell —escupió el regente, deteniéndose en seco para evitar chocar contra el vampiro, que era de mayor tamaño que él—, ¿qué van a hacer tus superiores?

Theo Bell, arconte del justicar Jaroslav Pascek y, al parecer, (por lo menos en las últimas noches) recadero de la Camarilla, tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no decir “clases de música”. En lugar de ello, recordándose siempre que debía mantener la corrección y la diplomacia, sonrió fugazmente.

—Mis superiores se están ocupando de la cuestión. Otras veces hemos tratado con maldiciones y enfermedades de la sangre, y en esta ocasión no debería de…

—¡Ahórrate los tópicos, arconte! ¡No soy un neonato al que puedas engañar con promesas vacías de curas milagrosas o que crea las historias de plagas y pestilencias! ¡Este no es un simple contagio y el Círculo Interno lo sabe!

Dios, ya estamos…

—¿Y qué cree que está ocurriendo, Príncipe Giangaleazzo? —inquirió Bell entre dientes.

—¿De verdad estás tan ciego, arconte Bell? Todas las señales apuntan a lo mismo. Los antiguos de la sangre desaparecen noche tras noche y, si los rumores son ciertos, solo la sangre de otros Vástagos mitiga las debilidades. La Estrella Roja resplandece, más que eso, según me han contado los bendecidos con una visión superior, pero incluso a mí me resulta evidente. ¿De verdad no te das cuenta de que ha llegado la Gehena?

—La Gehena es un mito, alteza. Estamos ante una gran agitación. Le garantizo que…

—Bell, abandoné el Sabbat porque no podía digerir en qué se había convertido y en lo que me estaba obligando a convertirme. Supuse, sin embargo, que tus superiores estarían preparados para lidiar con los antiguos cuando despertaran. Creí que sus afirmaciones sobre que todo era producto del mito y de la leyenda servían solo al propósito de calmar a las generaciones más jóvenes. Si no es así, si el Círculo Interno va a esconder la cabeza incluso a pesar de la descarada evidencia, quizá debería reconsiderar mi anterior decisión. Al menos, la Espada de Caín tiene ojos.

Bell parpadeó una sola vez, despacio, intentando hacerle ver que estaba meditando lo que acababa de oír. Al cabo de un momento, e igualmente despacio, se adelantó unos pasos hasta que estuvo casi rozando la nariz de Giangaleazzo.

—Príncipe —dijo, en voz baja—, yo no quería estar aquí esta noche. Me he pasado varios meses atrapado en el núcleo de una tormenta de mierda de proporciones épicas. Me enviaron a Europa y no tenía la menor idea de cuál sería mi tarea, me pidieron que aguardara sus putas instrucciones y luego me dijeron que debía venir a Milán a soportar sus quejas. Me pidieron que intentara calmar sus preocupaciones. Bueno, después de lo que he oído, no tengo la menor intención de “calmar” nada.

»Estoy cansado. Me siento como si el sol hubiera salido ya. Joder, no sé ni por qué estoy a este lado del océano, salvo porque, al parecer, el maldito arconte de aquí estaba demasiado ocupado para

hacer lo que sea que estoy haciendo yo. Y, de pronto, tengo a un príncipe de la Camarilla contándome que está contemplando la posibilidad de cambiar de opinión.

»Así que déjeme decirle esto, Príncipe. Supuso un gran triunfo para la Camarilla que usted cambiara de bando y se llevara consigo a su ciudad. Sería aún más interesante que los justicar descubrieran que todo formaba parte de una estratagema del Sabbat y que usted debería ser castigado por traidor. Muchos perderían su credibilidad. Pero, y aquí es donde la cosa se pone divertida, eso sería menos increíble que si realmente llegara a regresar junto al Sabbat.

»¿Ha quedado todo claro, coño?

—Tú… ¡tú no puedes hablarme así! —Giangaleazzo balbuceaba; algo completamente inusual en un vampiro de su edad, que habitualmente era imperturbable. Este era el antiguo que, con tranquilidad, había vuelto su ciudad en contra de una secta enemiga y que había obligado a sus súbditos a asesinar a todos los leales al Sabbat que moraban en Milán. Para que estuviera tan nervioso, se percató Bell, tenía que creer realmente que estaba teniendo lugar el fin del mundo.

O eso o también se ha contagiado de esa mierda de enfermedad de la sangre que circula por ahí. En cualquier caso, creo que todavía no ha comprendido la cuestión.

—Puedo y acabo de hacerlo. Puesto que voy a hacerle un favor pretendiendo no haber oído esta conversación, a menos que haga algo estúpido más adelante que me lo recuerde, creo que debería restarle importancia al trato que le doy.

Bell retrocedió dos pasos, alejándose así del príncipe pasmado.

—Bien —continuó—, le aseguro que la Camarilla está ocupándose muy seriamente del tema y aprecian la preocupación que demuestra el leal y digno de confianza príncipe de Milán. Le mantendremos informado y si averigua algo que pueda ser de utilidad a las investigaciones actuales, le pido que nos lo comunique cuanto antes.

Giangaleazzo bufó una vez antes de girar sobre sus talones y marcharse airado por la salida más cercana, dejando a Bell meditando si realmente aquella había sido la mejor manera de manejar el problema.

Que lo follen. Era la única forma de lidiar con la situación. Si quieren modales, ¡que se busquen a otro! Yo tengo cosas mejores que…

Solo alguien que lo mirara con mucha atención podría haberse dado cuenta de que Bell había entornado los ojos, preso de una súbita tensión. Se movió con despreocupación entre los bustos y esculturas, y se detuvo a examinar una en particular. Se arrodilló para dejar la bolsa en el suelo y…

Y la sala tembló con el sonido del trueno artificial, mientras se ponía de pie con una pistola SPAS-15 semi automática en la mano. El arma vomitó una nube de balas al techo. Saltaron esquirlas de piedra que dejaron tras de sí desconchones en el techo y en algunas estatuas. Bell tenía la esperanza de que pudieran restaurarse, pero no iba a permitir que el temor a dañar las obras de arte lo frenara. Por lo menos, no cuando se enfrentaba a ella.

El manto de sombras que había proporcionado invisibilidad a la mujer de cabello oscuro se evaporó cuando saltó desde la esquina, donde unos zarcillos de sombra la habían mantenido a varios metros por encima del suelo y alejada de la nube de balas. Cayó rodando sobre la alfombra y se puso en pie al instante. Levantó las manos en actitud defensiva. Las sombras remolineaban entre sus brazos y su cuerpo, haciendo casi imposible encontrar un blanco específico en su figura.

—Encantada de conocerle, arconte Bell.

—Estese quieta, Arzobispo.

Lucita maldijo para sus adentros, aunque no se reflejó en su rostro, cuando volvió a saltar alejándose de la ráfaga que Bell había lanzado en su dirección. Conocía al arconte por su reputación (el llamado “Killa-B” era muy afamado entre las filas del Sabbat americano y los rumores que hablaban de sus habilidades

incomparables habían llegado hasta Aragón). En cualquier caso, estaba casi segura de que no debería de haber sido capaz de detectarla estando oculta bajo su manto de invisibilidad. Aquella solo podía ser otra prueba de que sus habilidades estaban fallando. Bell era bueno para su edad, posiblemente el mejor, pero ella había visto seis veces más años que él. No le cabía duda de que, esforzándose al máximo, pese a que no sería una batalla fácil, acabaría por vencerlo. Sin embargo, teniendo en cuenta sus dificultades actuales, estaba metida en graves problemas.

Bell, por su parte, había oído demasiado acerca de la temida Lucita como para tomarse a la ligera cualquier detalle. La mujer era casi una leyenda entre los arcontes; una jugadora independiente en la guerra entre las sectas y una asesina fría como la piedra. Cuando finalmente había decidido unirse al Sabbat, su decisión había sido acogida con cierto grado de odio y temor. Bell sabía que si le daba un segundo de ventaja, estaría muerto. Sabía también que su arma no bastaría para destruir a la Lasombra, aunque tener el pecho o la cabeza repleta de impactos de bala ralentizaría a cualquiera. Mientras disparaba por tercera vez al rápido pedazo de oscuridad que era cuanto podía ver de la arzobispo, echó a correr y se abrió camino por la sala. El poder de su sangre lo aceleraba a velocidades inimaginables para los simples mortales. Lucita, no obstante, era casi tan rápida como él y uno de los pedestales a su espalda se desintegró casi al recibir el impacto de una bala.

Bell se giró para disparar otra vez, pero, de pronto, ella estaba sobre él, sujeta en el aire por sus zarcillos de sombra. Uno de ellos se desprendió del resto y se enroscó en torno al arma. El sonido de la fatiga del metal reverberó en la sala cuando la pistola empezó a comprimirse y doblarse por la mitad.

—Veamos cómo se las arregla sin sus juguetes, arconte Bell.

—Muy bien.

Habitualmente Theo Bell era varias veces más fuerte que cualquier mortal. Ahora, sumido en el combate y con la sangre fluyéndole por los miembros, era aún más poderoso. Sin tensarse lo suficiente como para que ella pudiera adivinar cuáles eran sus

intenciones, Bell tiró del arma y Lucita, que todavía estaba unida a ella por uno de los zarcillos, no pudo soltarla con bastante rapidez y se precipitó contra él. Con la fuerza de un pistón lanzó un puñetazo hacia arriba, y la golpeó en pleno cráneo.

El hueso crujió a pesar de la resistencia preternatural del cuerpo no-muerto de Lucita. El mundo que la rodeaba pareció dar vueltas y parpadear como si Dios estuviera apagando y encendiendo las luces a gran velocidad. Sintió el suelo bajo su espalda cuando cayó. Percibió que perdía el control sobre las sombras y que estas se desvanecían. La última vez que alguien la había atacado con tanta fiereza, había sido un Leviatán, una criatura del Abismo que moraba bajo el refugio de su sire, el Cardenal Monçada. No estaba segura, pero creía que ningún otro vampiro la había golpeado jamás con tanta fuerza.

En cualquier caso, Lucita tenía demasiada experiencia y entrenamiento a sus espaldas como para permitir que aquel dolor y confusión la desorientaran. A la vez que el arconte se inclinaba amenazante sobre ella, con un fragmento de un pedestal de madera en una de las manos, ella rodó hacia atrás, lanzándole una patada a la barbilla con los dos pies y tomó impulso para levantarse. Aterrizó con las piernas flexionadas y las manos levantadas por encima de la cabeza. Bell se tambaleó al recibir aquel golpe, casi tan fuerte como había sido el suyo, pero se recuperó con la misma rapidez y se irguió delante de ella con la estaca y el puño preparados.

Lucita empezó a avanzar y se detuvo en seco, sobrecogida por una súbita náusea que no había sentido desde sus días como mortal. Pasó casi tan deprisa como había llegado, pero la asustó más que cualquier cosa que Bell pudiera hacerle. Evidentemente su enfermedad, la que fuera, se estaba agravando si podía manifestarse de semejante manera en el fragor de la batalla. En aquella circunstancia, no se veía capaz de luchar contra un enemigo con tanto talento como el arconte. Al menos, no hasta que supiera qué le estaba ocurriendo.

Había llegado el momento de emplear una táctica inusual. Decir la verdad.

—Escúcheme, Bell. Esto no es necesario. No estoy aquí como

una rival.

—Desde luego, es solo casualidad que la mejor asesina del Sabbat esté en la ciudad del hombre que la secta considera el mayor traidor. No sé lo que habrá oído acerca de mí, pero no soy tan idiota.

Antes de haber terminado la frase, Bell se abalanzó hacia ella, al tiempo que lanzaba un puñetazo lateral contra la cabeza de Lucita. En realidad, no tenía intención de golpearla ahí. Si ella se hubiera girado, como cabría esperar de cualquier otro, para bloquear el ataque, habría dejado desprotegido su pecho para que él clavara la estaca, que lanzó hacia delante casi en el mismo instante.

Pero Lucita era una de los mejores y había advertido la finta antes casi de que Bell la ejecutara. En lugar de bloquear el primer ataque, se escurrió entre ambos y se revolvió girando las piernas. Bell aterrizó con dureza sobre su espalda pero se puso en pie al segundo mediante un movimiento que, aunque no tan grácil como el de ella, sí fue igual de eficaz. Esperaba tener que protegerse de otra embestida al levantarse y se sorprendió al ver que Lucita no se había movido para aprovechar su ventaja. De hecho, había retrocedido unos pasos.

—Bell, escúcheme. No estoy aquí por Giangaleazzo.

Lo que era verdad en parte. La ejecución del príncipe traidor no era su objetivo principal en Milán. Había considerado la posibilidad de matarlo para recordar el viaje con agrado, pero no estaba dispuesta a mencionar ese detalle.

Si hubiera tenido que confiar solo en la palabra de la mujer, habría lanzado ya un nuevo ataque. Pero no le había pasado inadvertida la ventaja que estaba teniendo en el combate. Si lo recordaba bien, y así era, Lucita llevaba en esto varios miles de años. Debería estar malherido ya y, sin embargo, no era así. Y si aquello significaba lo que creía, era vital que averiguara más. No dejó de estar alerta ni un solo instante, pero sí que se detuvo.

—Muy bien. ¿Y por qué está aquí?

Lucita reflexionó si debía o no decírselo, pero decidió que no le perjudicaría contarlo. Aunque él no supiera personalmente lo que

estaba a punto de decirle, sus superiores con toda probabilidad sí. Al margen de lo que se dijera de la Camarilla, ella sabía que sus espías eran muy competentes.

—Varios antiguos del Sabbat han desaparecido en las últimas semanas. Otros están debilitados, como si algo los estuviera atacando desde el interior. Pensé que se debía a un ataque de la Camarilla, quizá al resultado de un maldito ritual Tremere. Y, si eso fuera verdad, estaba convencida de que su gente estaría en contacto con Giangaleazzo para que les informara de las fortalezas europeas del Sabbat. Estoy buscando información, Bell, nada más.

—¿Y la todopoderosa Arzobispo de Aragón no tiene sicarios de confianza que se ocupen de asuntos de tanta importancia…?

Bell frunció el ceño. No quería creerla. Quería que aquello fuera otro truco que escondiera el hecho de que la debilidad de la sangre que afectaba a los antiguos de la Camarilla era, en realidad, una estratagema del Sabbat. No obstante, Lucita no solo afirmaba que los antiguos de su secta habían contraído la enfermedad; ella misma parecía sufrir algunos de los síntomas. Por insólita que le pareciera la posibilidad, tenía el horrible presentimiento de que estaba diciéndole la verdad o, al menos, parte de ella. De modo que, si la Camarilla no era la responsable (y estaba bastante seguro de que no era así) y el Sabbat tampoco (y ese parecía ser el caso), ¿en qué quedaba todo aquello?

Las facultades de Lucita se debilitaban, pero todavía eran formidables. Y, lo que era aún más importante, todavía sabía sacar ventaja de las distracciones del enemigo. Mientras Bell abría la boca para formular otra pregunta, las sombras envolvieron a la mujer como un manto.

Cuando desaparecieron, Bell estaba solo, en un museo muy castigado y con mucho que explicar.

En el exterior del Museo de Antropología Prehistórica

Mónaco

En Mónaco solo llovía, por término medio, sesenta días al año.

Aquella noche era uno de esos días. Torrentes de agua caían de los cielos como si alguien hubiera dado la vuelta al mundo y el Mediterráneo estuviera ahora encima de la ciudad en lugar de estar debajo. Los paseantes, en su mayoría turistas, pero también algunos monegascos, se apresuraban a sus hoteles y hogares, cubriéndose la cabeza con paraguas y con los sempiternos periódicos; todos ellos protecciones bastante inútiles bajo aquel inusitado diluvio.

Incluso ahora, más de una hora después de la puesta de sol, emergían del museo algunas personas dispersas, sobre todo miembros de la plantilla, que regresaban rápidamente a sus hogares después de haber terminado sus obligaciones diarias. Todos ignoraban que ellos, y no las reliquias de las que cuidaban, eran objeto de examen.

Al otro lado de la calle, con dos pequeños ojos redondos que no parpadeaban, había un enorme murciélago negro observando a los que salían de la biblioteca. Colgaba de la rama de un árbol y estaba casi completamente quieto, salvo por algún movimiento ocasional para deshacerse del agua que empapaba su piel.

Era en momentos como aquel cuando Beckett deseaba que los vampiros fueran tan resistentes al agua como lo eran al calor y al frío. La piel le ayudaba, como también lo hacía el no poder sentir el frío de la lluvia, pero eso no evitaba que se sintiera miserable. En la mayoría de las circunstancias, se habría dado por vencido haría un buen rato; habría optado por continuar con sus objetivos alguna otra noche.

Pero Kapaneus y él habían estado en Mónaco durante casi dos semanas, siguiendo pistas que no llevaban a ninguna parte. No encontraban a Samir en ningún lugar; ni en su refugio, ni en los sitios que frecuentaba o, al menos, aquellos que Beckett conocía. Y tampoco había tenido más suerte buscando a otros Tremere. No había que olvidar que, la última vez que había hablado con Samir, quedaban solo tres en el país. Pero en un país mucho más pequeño que la mayoría de las ciudades grandes, encontrar a uno de entre tres vampiros específicos no debería resultar imposible.

Al final, Beckett se había topado con otro vampiro que, a cambio de unos cientos de fichas para el casino, le había informado de que

otro de los Tremere monagescos tenía un ghoul (cuyo apellido era Rheveaux, aunque desconocía el nombre) que trabajaba en el Museo de Antropología Prehistórica. Si alguien en el país sabía dónde encontrar a los brujos desaparecidos era él, suponiendo que no hubiera desaparecido también.

De modo que ahora Beckett, el murciélago, observaba a la plantilla del museo; sus rostros estaban ocultos bajo los paraguas y otros métodos de protección. Trataba de encontrar a un hombre del que no tenía siquiera una descripción física fiable. Beckett tuvo que dominar la súbita necesidad de aletear hasta allí abajo, transformarse delante de todos, y anunciar, al estilo de Bela Lugosi:

—He venido a por Rheveaux.

Soltó un gorjeo que equivalía a una risa.

Y entonces, como si nada, apareció detrás de una pequeña procesión de trabajadores que abandonaban el museo. Rheveaux era un tipo del montón. Tenía el lacio y castaño cabello pegado a la cabeza por la lluvia, llevaba gafas y un traje barato. Beckett no se hubiera fijado en él de no advertir lo extraño de su actitud y esa mirada furtiva y desesperada. Miraba hacia delante y atrás como buscando un lugar por el que escapar y entornaba los ojos al mirar en la dirección contra la que soplaba el viento y la lluvia. Tenía los ojos inyectados en sangre, los hombros hundidos y arrastraba los pies como si acabara de sobreponerse a una enfermedad. Podía ser, sencillamente, que el hombre estuviera enfermo, pero Beckett lo dudaba. Parecía un hombre tratando de superar un vicio, y no solo el de la droga.

El vampiro lo siguió, aleteando por el cielo nocturno. La lluvia complicaba e interfería en su capacidad para ubicar las cosas, y el agua, además, le pesaba en las alas. Por suerte, el hombre no tenía que ir muy lejos. Al cabo de unos cuantos bloques de viviendas, Rheveaux se volvió hacia uno de apariencia barata (al menos, para Mónaco). Dos minutos después, se encendieron las luces en una de las habitaciones del cuarto piso.

Las ventanas estaban firmemente cerradas para impedir el paso de la lluvia y no había espacio por el que el murciélago pudiera entrar. Pero, en cualquier caso, Beckett no estaba tan limitado como cabría

esperar en una situación así. Aleteó hasta otra de las ventanas, una que daba paso a una habitación todavía a oscuras, y se concentró. El esfuerzo que requería adoptar aquella forma en particular, a tanta velocidad, lo cansó bastante. Empezó a sudar, si es que era capaz de hacerlo con este aspecto, y comprendió que tendría que alimentarse antes de que transcurriera otra noche. El mundo se hizo gris y se desvaneció en la nada cuando su visión quedó reemplazada por un sentido menos evidente y más táctil.

Rheveaux, sentado en su sillón reclinable y viendo un anuncio en la televisión, no reparó en el banco de niebla que se colaba de forma antinatural por la ventana de su dormitorio. Tampoco oyó acercarse las suaves pisadas de Beckett sobre la moqueta. Y, solo al sentir las afiladas garras apretadas contra su garganta, se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación.

—Buenas noches —le saludó Beckett en un francés perfecto—. ¿Dónde está la capilla?

En el Bulevar des Moulins

Montecarlo, Mónaco

Después de recoger su mochila en la habitación del hotel, y completamente saciado con la sangre del ghoul, Beckett se dirigió a una casa en las afueras de Montecarlo. La verja de entrada al recinto estaba abierta y ni una sola luz brillaba en sus ventanas. La lluvia torrencial había amainado hasta convertirse en una llovizna irritante, pero los relámpagos y los truenos seguían iluminando el cielo cada poco rato.

Claro, pensó Beckett. No podemos tener una casa encantada y abandonada sin el escenario de una “noche de tormenta”, ¿no es así?

Agradeció brevemente que los Tremere tuvieran varios setos crecidos cerca de la verja. Le permitiría montar el tenderete en el césped sin temor a que lo vieran desde la calle. Tenía la sospecha de que la capilla estaba protegida por una serie de defensas mágicas y no era tan idiota como para entrar dentro sin tratar de desconectarlas primero.

No obstante, un examen más a fondo le reveló que no existían dichas defensas. Estudió la casa con todos sus sentidos preternaturales, incluso con su habilidad para leer auras. Se tomó unos minutos para buscar marcas místicas en el suelo, sellos; cualquier símbolo u otra cosa que estuviera fuera de lugar y que pudiera sugerir que existía una protección. Finalmente, se quedó quieto como una estatua y miró la casa que había frente a él. O bien el ghoul le había mentido sobre la ubicación de la capilla (lo que no era muy probable dada su desesperación aunque solo fuera por probar una gota de la vitae de Vástago que Beckett había llevado consigo) o los Tremere habían dejado el lugar sin protección.

O eso o alguien se le había adelantado y limpiado el lugar.

Se maldijo en voz alta. ¿Por qué demonios no lo había pensado antes? La Camarilla sabía que los Tremere habían desaparecido, ¡Hardestadt había sido el primero en decirlo, por Dios Santo! ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que vendrían a limpiar cualquier rastro y evidencia que hubieran dejado los brujos antes de que el Sabbat, o alguien mucho peor, algún mortal intrépido, irrumpiera en el lugar?

Las posibilidades de encontrar alguna pista que le indicara dónde estaban Samir o los otros Tremere eran casi inexistentes en aquel momento. Aun así, era el mejor camino que podía seguir. Podría, al menos, seguirlo para ver adónde lo conducía.

Indeciso, sin parpadear y olfateando el aire en busca de algún rastro intruso, se acercó a la puerta principal de la casa. Experimentó un momento de pánico cuando creyó haber desencadenado los efectos de alguna protección mística que no había detectado. Las manos empezaron a picarle terriblemente y se desgarró los guantes con el desánimo de vérselas quemadas, descoloridas, pudriéndose o algo peor. Estaban, sin embargo, en su condición normal; bueno, siempre que cubiertas de pelo y con garras pudiera considerarse una situación “corriente”. El picor cesó casi tan repentinamente como había empezado. Dejó pasar unos cuantos minutos sin sufrir la misma sensación, de modo que se encogió de hombros y continuó.

La puerta principal estaba cerrada con un pestillo sencillo que no

supuso ningún obstáculo para sus ganzúas. Una seguridad de pacotilla. Supuso que los Tremere contarían con defensas mucho más potentes cuando habitaban allí. Aun así, le sorprendía que el equipo de limpieza de la Camarilla hubiera dejado un acceso tan fácil a la casa, cuando existía la posibilidad de que hubieran pasado por alto cosas que otros podrían encontrar. Algo fallaba en todo aquello.

La puerta se abrió con un crujido de sus goznes, permitiéndole la entrada a un pasillo estrecho. No estaba enmoquetado y las paredes estaban desnudas salvo por un cuadro abstracto. Las formas eran casi hipnóticas y Beckett se percató de que, cuando uno lo miraba por el rabillo del ojo, en lugar de hacerlo directamente, los extraños colores y formas se unían en un sello triangular, cuadrado y ovalado que era la marca del clan Tremere. Muy bonito.

Había puertas tanto en el lado derecho como en el izquierdo, pero ninguna enfrente. Beckett supuso que la construcción estaba deliberadamente concebida para la defensa, de forma que, en un espacio estrecho como aquel, un intruso no podría moverse, mientras que los defensores…

¡¡¡AL SUELO!!!

Hacía mucho que había aprendido a confiar en sus instintos. Eran tan agudos, y además habían mejorado con sus habilidades de no-muerto, que, a menudo, lo advertían de los peligros que ni siquiera su visión nocturna y sus sentidos preternaturales podían detectar. De modo que, cuando su interior le instó a que se tirara al suelo, él no lo dudó.

Al mismo tiempo que su rostro caía sobre los azulejos, el pasillo tembló con un trueno elevadísimo y algo pasó como un rayo por encima de su cabeza e hizo un agujero enorme en la puerta que había detrás de él. Con los ojos llameando con un brillo más intenso que el acostumbrado, levantó la mirada.

—Bell.

Había pasado algún tiempo desde la última vez que coincidiera con el arconte, y entonces solo había sido de forma fugaz, pero el tipo era difícil de olvidar.

Theo Bell, vestido nuevamente con su gorra de béisbol y su cazadora de cuero, hizo girar el cargador de su pistola de calibre doce para disparar de nuevo. Beckett no sabía, y tampoco le importaba, que Bell llevaba ese arma porque no había sido capaz de arreglar la que Lucita había destruido. Desde su punto de vista, el arma parecía bastante amenazadora.

En su cabeza se sucedieron una serie de pensamientos en cuestión de pocos segundos. En primer lugar, Hardestadt debía considerarlo una gran amenaza, aunque no estaba seguro de si era por lo que ya sabía o por lo que podría averiguar. Segundo, si Bell había empezado disparando contra él, aquello significaba que no tenía intención de capturarlo, lo que probablemente era una sabia decisión teniendo en cuenta sus habilidades. Y, tres…

Beckett no tenía ningún lugar al que acudir. No podía correr; aunque pudiera evitar recibir un balazo de camino hacia la salida, albergaba pocas dudas de que Bell era más rápido que él. Todavía no había llegado a las puertas junto a las que estaba el arconte, de modo que no podría dirigirse hacia ninguna de esas direcciones.

Eso le dejaba solo la opción de ir hacia delante. Maldita sea, esto me va a doler…

Con la sangre bombeándole por los miembros para obtener mayor velocidad y agilidad, Beckett se puso en pie y se lanzó hacia delante. En lugar de moverse siguiendo una línea recta, se precipitó contra la pared izquierda, lo que le hizo rebotar en la derecha.

Como había esperado, el primer disparo de Bell abrió un profundo surco en la pared izquierda donde había estado un momento antes. Por desgracia, el segundo disparo lo alcanzó en el hombro izquierdo.

Aquella no era la primera vez que recibía un impacto de bala, pero con un arma tan poderosa y a una distancia tan corta, ni siquiera su dura piel pudo repeler el ataque. Tuvo que apretar los dientes al sentir cómo penetraban los fragmentos de metal en su carne. La Bestia luchó por emerger desde las profundidades de su alma. La necesidad de huir de aquella agonía casi lo sobrecogió. Sintió cómo se estremecían sus piernas al moverse, pero la urgencia de manifestar en

cada miembro aquel dolor era mucho más fuerte. Un rugido profundo y bestial salió de su garganta y, en algún momento, las garras habían despedazado ya las puntas de los dedos de sus guantes. Arconte o no, ¿cómo se atrevía aquella criatura arrogante a desafiarlo? ¡A él! ¡A un antiguo que le doblaba la edad!

Al mismo tiempo que batallaba para controlar a la Bestia (enfrentándose contra un enemigo como Theo Bell, iba a necesitar toda su astucia), saltó hacia delante. El arma volvió a dispararse, e hizo diana justo a la izquierda de donde había estado, y entonces Beckett arremetió contra el arconte. Oyó el estruendo del arma cayendo y resbalando por el suelo, y luego no vio ni oyó nada que no fuera al rival que tenía frente a sí.

Gracias a su rapidez, Bell pudo esquivar casi por completo el ataque. Se echó hacia atrás, de forma que las garras que podrían haberle arrancado el corazón, solo le causaron una brecha sangrante en el pecho. Beckett sabía que la herida tenía que dolerle bastante, pero, si era así, el arconte no lo demostró. Bell empezó a lanzar devastadores aunque rapidísimos golpes con los puños, los codos y las rodillas. Era, desde luego, más rápido y fuerte que el Gangrel, pero este podía soportar muchísimo daño. Maldita sea, solo la herida del hombro bastaría para dejar fuera de combate a muchos Vástagos. Beckett sabía que aquello era una carrera contrarreloj para asestarle un golpe certero con sus garras antes de que Bell lo sumiera en la inconsciencia, el letargo o algo peor.

Se sentía como si estuviera bajo una tormenta de granizo; con granizos del tamaño de camiones de basura. Todo su cuerpo temblaba y sus huesos aullaban con cada golpe que el arconte le propinaba a una velocidad que Beckett no creía poder bloquear o eludir. Lo único que podía hacer era protegerse con los brazos el pecho y la cara a la espera de poder encontrar un hueco en su guardia.

Pensó en escapar, de nuevo, pero con la Bestia batallando en su interior y el aporreo en el exterior, sencillamente no se veía capaz de concentrarse lo bastante para cambiar a una forma más apropiada para volar. En lugar de ello, se giró de repente y lo golpeó con el hombro sano rompiendo así el ritmo de su ataque. Esperaba que

aquello le diera la oportunidad de lanzar un golpe, pero mientras Bell trastabillaba, sujetó a Beckett con una mano rodeándole el cuello y la otra por el cinturón, y lo arrojó contra el techo. Sobre ellos llovieron fragmentos de una viga y láminas de piedra y de fibra de vidrio. El Gangrel sintió que la presa alrededor de su garganta se tensaba y no pudo evitar preguntarse si Bell tenía la fuerza suficiente para arrancarle la cabeza o si sencillamente planeaba quebrar su cuerpo en dos estrellándolo contra una de sus rodillas.

No estaba dispuesto a esperar para averiguarlo. Se estiró y lo cogió por ambos brazos con las garras. Sus dedos gordos e índices se encontraron entre los huesos de los antebrazos de Bell.

El arconte gritó y lanzó a Beckett hacia abajo, al pasillo, sin otro pensamiento que el que tenía la Bestia de parar aquella agonía que infligía en su carne las garras antinaturales. Se estrelló contra el suelo con un doloroso golpe sordo y resbaló la mayor parte del camino hasta la puerta. Mientras aterrizaba, extendió la mano. Si tan solo hubiera prestado atención al lugar en el que había caído…

Bell se dirigía ya hacia él, con una mirada asesina en los ojos y la Bestia patente en su rostro. Beckett rodó hasta quedar medio sentado y recogió el arma de donde había caído. En lugar de tomarse el tiempo y concentrarse para retraer sus garras, Beckett levantó el pestillo de seguridad, se tomó un instante para disfrutar de la cara de sorpresa de Bell al ver cómo se le apuntaba con su propia arma, y luego disparó. Y otra vez. Y otra. Tan rápido y tantas veces como pudo hacerlo.

Lo cierto es que Beckett no era, ni mucho menos, un buen tirador. Recurría solo a las pistolas cuando se enfrentaba a grupos grandes de mortales, pero prefería sus armas innatas cuando lo hacía contra enemigos no-muertos. En cualquier caso, estando tan cerca y no contando con espacio tras el que resguardarse, incluso Bell tuvo dificultades para esquivar un solo disparo y, mucho más, un cargador entero. El arconte cayó de rodillas cuando un trozo de su muslo izquierdo se desintegró por el impacto de la tormenta de balas.

Beckett se levantó utilizando el arma como bastón. Todo su cuerpo temblaba y sus garras hervían con la necesidad de desgarrar la carne del enemigo, de bañarse en su sangre.

Pero el Gangrel, pese a saberse un depredador, no estaba dispuesto a ser una mera herramienta en manos de la Bestia. Es más, aunque sabía que Hardestadt lo quería muerto y que no podría llegar a estar en peores problemas, reducir a cenizas a un arconte, desde luego, no lo ayudaría.

—No quiero destruirte, Bell —dijo en voz baja, a pesar de que una parte importante de sí mismo quería hacerlo—, pero te prometo que si me…

Beckett calló cuando el arconte levantó la cabeza para mirarlo y tuvo que controlar la necesidad de tragar. No restaba nada coherente en las facciones bestiales de Bell. Sus ojos se habían entrecerrado y creyó ver un destello parecido al suyo en las cuencas de su rival. Tenía la boca abierta y los colmillos a la luz. Un ruido sordo y profundo emergía de su pecho y garganta. Y despacio, como si el dolor fuera una simple inconveniencia en lugar de la agonía que Beckett creía que era, el arconte se levantó.

—Oh, mierda.

Muy bien, la lógica había dejado de ser una opción, y no estaba dispuesto de ninguna manera a enfrentarse a un vampiro tan poderoso como este, que estaba además sumido en el frenesí. Durante un segundo, y mientras manoseaba el arma que tenía entre las manos, pensó que, a aquella distancia, una ráfaga bastaría para acabar incluso con un vampiro tan duro como Theo Bell. Luego, tras proferir una maldición en voz baja, Beckett vació lo que restaba del cargador en la pierna herida del arconte. Con toda seguridad, aquello lo frenaría aún más. Tiró el arma con el cargador vacío a los pies de Bell y echó a correr. El arconte era incapaz de sentir dolor en aquellos momentos, pero el daño que había recibido su pierna evitaría que pudiera correr a su máxima velocidad durante unos minutos, por mucha sangre que bombeara al miembro afectado. Beckett, por su parte, sentía muchísimo dolor (el hombro le ardía como si se estuviera quemando) pero tenía las piernas perfectamente. Ahora que el arma había salido de escena, solo tenía que alejarse lo suficiente para que Bell no pudiera atraparlo durante su transformación en murciélago y podría desaparecer.

A la velocidad a la que se movía, sus pisadas sonaban como las ráfagas de una ametralladora. Beckett se abrió paso por el jardín principal y salió por la verja, sin importarle si alguien lo había visto. Podía oír al arconte gruñendo enfurecido detrás de él y supo que aún no existía la necesaria distancia entre ellos como para iniciar la transformación. Giró y corrió rápidamente por la acera, desviándose con brusquedad para esquivar a los escasos paseantes nocturnos que los miraban horrorizados, y rezando para no resbalar en alguno de los charcos que la llovizna había creado.

Un zumbido repentino sonó en la calle que había a sus espaldas, el sonido enfermizo y ensordecedor de las sirenas de los coches de policía europeos. El automóvil diminuto dobló la esquina y se detuvo sobre la acera, obstaculizando el avance de los vampiros.

—¡Bien! —gritó en francés uno de los dos agentes que se bajaron del vehículo—. Que alguien me diga qué…

Bell atacó al primero de los policías y lanzó un aullido de rabia que casi logró ahogar el grito de dolor y terror del hombre. El otro agente, con los ojos abiertos como platos, desenfundó el arma y rodeó el coche. Durante un momento, nadie miró a Beckett y eso era todo lo que necesitaba.

Podría haber intervenido. Tal vez debería haberlo hecho. Quizá debería haber vaciado un cargador en la cabeza de Bell cuando tuvo la ocasión.

No lo hizo entonces y tampoco ahora. Ignoró el dolor de su hombro y, con mayor dificultad, los gritos de los policías; saltó a la pared más próxima, una de piedra que rodeaba otra pequeña propiedad, y desapareció. Si alguien estaba mirando, posiblemente vería un enorme murciélago aleteando para alejarse de la propiedad; con un vuelo desigual por tener herida el ala izquierda.

En el Bulevar Princesse Charlotte

Montecarlo, Mónaco

Lentamente, Bell recobró el control al sentir cómo caía la sangre caliente por su garganta y, con ella, cómo empezaban las primeras

punzadas de sus heridas al cerrarse. Recobró despacio la visión y el martilleo de su cráneo fue menguando hasta que pudo volver a pensar con lógica. Sin embargo, sus ojos parecían no querer enfocar y, de cuando en cuando, seguía viendo destellos. Le llevó un momento darse cuenta de que esto ocurría porque estaba mirando fijamente a las luces de la sirena en el techo del coche de policía.

—Oh, mierda.

Bell miró hacia abajo. Estaba cubierto de sangre de los pies a la cabeza. Uno de los agentes, con el cuello separado de la columna vertebral, pendía de sus brazos. El otro, con el cuerpo quebrado, yacía en el bordillo. Sus brazos lacerados y la pierna malherida le dolían de forma inimaginable y, sin embargo, pudo, al menos durante unos minutos, ignorarlo.

Aquello… aquello estaba mal. Bell tenía más autocontrol que la mayoría de sus enojadizos compañeros Brujah, pero también experimentaba sus frenesíes por causa de una rabia enloquecida y salvaje. ¿Pero esto? Nunca antes había sufrido un frenesí en el que no solo no fuera capaz de controlar sus acciones, sino que además no supiera ni qué estaba haciendo. Solo recordaba algunas imágenes desde el momento en el que Beckett le había disparado hasta ahora. No recordaba cómo había llegado hasta allí y solo conservaba recuerdos sangrientos de la masacre que había cometido con los agentes.

Había algo rematadamente mal en él y no estaba dispuesto a ir detrás de alguien tan peligroso como Beckett hasta que supiera con seguridad qué le estaba ocurriendo.

Cuando llegaron más policías, acompañados por los paramédicos que ya no tenían otra cosa que hacer que no fuera limpiar, Bell y el coche de policía habían desaparecido. La policía monagesca encontró el vehículo abandonado a varias manzanas de distancia, pero aunque mantuvieron el caso abierto durante meses, nunca encontraron al asesino de policías.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

Pese a que había un piso entre medias y, sobre el suelo, una alfombra tupida, podían escuchar los sonidos de muchos Vástagos arremolinándose en torno al comedor a la espera de que hicieran su aparición. Era una reunión que Hardestadt había convocado personalmente y a la que debían acudir todos los vampiros importantes o poderosos de la Camarilla en un radio de 800 kilómetros a la redonda. Ninguno de ellos sabía exactamente qué se iba a debatir, aunque las teorías iban desde una nueva ofensiva contra el Sabbat (Savannah había repelido una incursión de la secta rival hacía un año y muchos la veían como un centro de operaciones desde el que poder recuperar Atlanta), hasta la enfermedad de la sangre (el "marchitar" como lo llamaban algunos) que estaba causando bajas importantes entre los de alto rango.

Estas dos últimas teorías eran, en realidad, los asuntos que se iban a discutir. Hardestadt tenía, desde luego, la intención de informar de los recientes acontecimientos. Varias ciudades, entre las que estaban Londres, Houston, Glasgow, Niza y otras tantas, habían dado con una solución tanto para el problema del marchitar como el de los problemáticos profetas que clamaban que había llegado el tiempo de la Gehena. El Fundador pretendía llevar a la práctica dicha solución, tomándola como política oficial de la Camarilla, con la ayuda de los arcontes y sheriff locales.

Pero todo aquello lo debatiría más tarde. Hardestadt tenía ahora otros asuntos en mente.

No estaba solo en la habitación, el mismo despacho en el que había hablado con Beckett unas semanas atrás. Frente a él, sentada en una de las sillas, estaba la propietaria de la casa, Victoria Ash, enfundada en un sencillo vestido negro como requería la seriedad del encuentro.

—¿Qué ocurrió cuando se reunieron, señorita Ash? —inquirió Hardestadt.

Victoria dejó de pensar en la siguiente reunión y se centró en la pregunta que le había formulado.

—Compré las reliquias al precio que habíamos acordado y se marchó. Hubiera sido la última vez que lo veía si no hubiera escogido

mi mansión para reunirse con él.

—¿Y eso fue todo? —Hardestadt parecía escéptico—. ¿No trató de explicarle el significado de las reliquias o qué tenían que ver con los conocimientos y mitología de los Vástagos?

Ash frunció el ceño.

—Desde mi punto de vista, Hardestadt, no tenían que ver con nuestros conocimientos y mitología. Esa es la razón de que quisiera venderlas.

—Quizá sea verdad —murmuró el Fundador, como si hablara para sí. Pero Ash no se dejó engañar; si hablaba en voz alta en su presencia era porque quería que lo oyera—. Beckett no se desharía de algo que creyera contenía alguna de las respuestas que ambicionaba. Sin embargo, eso no significa que no se los dejara a alguien en quien confiara.

—No lo conozco tanto. Me vendió algunas chucherías que me gustaron y eso fue todo. Ni siquiera nosotros podemos ser tan paranoicos como para pensar que eso forma parte de una conspiración.

Hardestadt asintió.

—Tiene razón, claro. Vamos, no deberíamos hacer esperar a nuestros invitados más tiempo.

Pero, a pesar de su conformidad, la suspicacia era evidente en su mirada.

Victoria Ash tembló una vez ante la posibilidad de tener a Hardestadt como enemigo y se preguntó qué podía haber hecho Beckett para convertirse en pocas semanas en alguien tan peligroso para el Fundador Ventrue.

Hotel de París

Montecarlo, Mónaco

Kapaneus levantó la mirada cuando un murciélago entró volando a trompicones por la ventana abierta, se transformó en Beckett, herido y quemado, y se dejó caer sobre el suelo.

—¿Nos vamos? —preguntó impasible.

—Kapaneus, no tienes idea de lo rápido que nos vamos.

Poniendo mucho cuidado en su hombro izquierdo, empezó a poner sobre la cama sus pertenencias. Al instante, se detuvo en seco.

—¡Mierda! —Beckett se sentó con brusquedad sobre la cama, sin prestar atención a si había tirado al suelo lo que acababa de sacar—. Me he dejado la mochila.

Kapaneus parecía preocupado.

—¿Había en ella algo que necesitáramos?

—No, solo algunos ingredientes taumatúrgicos básicos. Puedo reemplazarlos. Lo que pasa es que me gustaba la puta mochila.

Oh, bueno, tendría que conseguir una nueva para el camino. Pensó en salir y alimentarse, pero se dio cuenta de que, a pesar de toda la sangre que había quemado aquella noche, no tenía hambre. Se sentía casi como si la Bestia estuviera desmayada y no albergara interés alguno por sus necesidades básicas.

Antes de poder continuar reflexionando sobre aquel fenómeno, su línea de pensamiento se vio interrumpida.

—Beckett, ¿adónde vamos?

Esa era la cuestión, ¿verdad? Tenía los primeros atisbos de una idea que aún estaba formándose, pero lo cierto es que no le gustaba adónde lo conducía. En lugar de responder a Kapaneus directamente, consultó primero la hora en su reloj; sí, ya era lo bastante tarde para que el sol se hubiera puesto donde quería llamar, así que cogió su teléfono vía satélite.

—Beckett —la voz de Okulos lo saludó después de una serie de

tonos—, ¿cómo te van las cosas?

—Fatal y con este término no estoy haciendo justicia a la realidad, Okulos. ¿Y a ti, qué tal te va?

—La cosa se está poniendo fea. Esta enfermedad, maldición o lo que quiera que sea, se está extendiendo con rapidez. La Camarilla se está reuniendo para debatirlo.

—Maldita sea.

—Así es. Se está volviendo impredecible. Algunas víctimas dicen que su fuerza aumenta antes de empezar a debilitarse, pero siempre es temporal. Y ya no afecta solo a los mayores. También algunos Ancianos están enfermando. Entre tanto, todos los vampiros parecen tener una teoría para explicar por qué está ocurriendo. Puedes apostar a que los Tremere encabezan la lista de sospechosos, pero la Gehena ocupa el segundo lugar. Según cuentan los rumores, el Sabbat está practicando todos los rituales que se citan en alguna de las profecías… Ya sabes, toda esa basura de: “¿dónde está vuestro orgullo, dónde está vuestra fuerza, cuál será la rabia que perdurará?”.

—Por Dios Santo, Okulos. Esto no es la Gehena. ¿Cómo pueden ser todos tan crédulos?

—Eh, a mí no me preguntes. No soy yo el que anda citando el Libro de Nod. Por desgracia, los neonatos están empezando a escuchar a los que sí lo hacen. La Camarilla se está volviendo loca para intentar evitarlo.

Beckett se puso rígido. Teniendo en cuenta la predilección de su amigo por los significados ocultos…

—Okulos, ¿qué están haciendo?

—Bueno… piensa que son solo rumores, pero la mayoría de los oradores que otorgan credibilidad a la teoría de la Gehena, están desapareciendo como por arte de magia.

—¿Los han ejecutado?

—Quizá algo peor. Abundan los rumores que dicen que la sangre de Vástago alivia temporalmente los síntomas de la enfermedad, Beckett. No la cura, pero devuelve la fortaleza perdida. Nadie que realmente conozca la verdad habla, pero he oído susurros sobre almacenes y viejos edificios de oficinas convertidos en centros de internamiento y buffets. Y la violencia en las calles está alcanzando cotas insospechadas.

Joder, maldita sea. Beckett no tenía dudas de que los rumores eran exagerados, solían serlo, pero si se hablaba de esas cosas era porque algo gordo estaba pasando.

—¿Qué hay de lo que te pedí? ¿Has averiguado algo?

—Depende. He encontrado una gran cantidad de confusión, una medida importante de consternación y una pizca de aturdimiento.

—Si querías decir que no, podrías haberte limitado a decirlo de una forma más sencilla.

—Lo lamento, Beckett. He mirado en todos los lugares que conocía. He llamado a todos los contactos que tengo y a los que ellos tienen. Las capillas están vacías y los refugios abandonados. De hecho, si no hubiera conocido a algunos personalmente a lo largo de mi existencia, pensaría que los Tremere jamás existieron.

Beckett maldijo varias veces en diversas lenguas muertas.

—Tengo que hablar con los brujos, Okulos. La enfermedad de la sangre, los extraños acontecimientos, los augurios apocalípticos… Todo parece ser obra de los Tremere.

—Con toda seguridad debe de haber otros místicos con los que puedas hablar de ello.

¿Los había? Beckett conocía a unos cuantos practicantes de las artes mágicas. Algunos eran Vástagos que, como él, habían desarrollado sus talentos taumatúrgicos ajenos a la tutela de los Tremere. Otros clanes contaban con sus propios rituales de magia de sangre y esos, aunque no tan manejables como la taumaturgia, no eran menos potentes. Contaba incluso con varios contactos entre los

magos mortales como, por ejemplo, Nola Spier en Los Ángeles o Josef Ravid en Tel Aviv.

Pero no, dudaba que ellos pudieran, de improviso, conseguirle la información que andaba buscando. Nadie poseía conocimientos auténticos sobre la magia de la sangre y, más concretamente, los estudios e investigaciones que poseían los Tremere. Además, si ellos eran los responsables, nadie más podría confirmarlo. Si Beckett tenía que consultar a fuentes secundarias, lo haría, pero no hasta haber agotado todas las opciones.

En cualquier caso, tampoco estaba ansioso por comprobar la última de ellas.

—Okulos —dijo, después de un momento de silencio—, no tengo acceso a un ordenador en este momento. —Había llegado la hora de dejar de buscar evasivas y de comprarse un portátil. Otra cosa que tendría que conseguir mañana—. ¿Podrías hacerme el favor de mirar los horarios de los trenes para mí?

—Desde luego. —El oído ultra sensible de Beckett captó fácilmente el sonido del golpeteo de unas teclas—. ¿Adónde quieres ir?

El Gangrel cerró los ojos.

—A Viena.

En la azotea del edificio del Banco Sanwa

Los Ángeles, California

La brisa nocturna acarició el rostro de la Príncipe Tara. Desde el elevadísimo tejado de uno de los innumerables rascacielos de Los Ángeles, contemplaba la ciudad que había intentado, de momento sin éxito, pacificar. Ahora, completamente recuperada de las lesiones que había sufrido a manos de Jenna Cross y sus lacayos, había procurado pasar inadvertida y mantenerse atenta al devenir de los acontecimientos.

No eran prometedores. Se estaba convirtiendo rápidamente en

una guerra de guerrillas similar a la de cualquier cruzada del Sabbat, donde varios antiguos peleaban desde sus refugios ocultos, pero donde la mayoría de los miembros de la primogenitura y la aristocracia de la ciudad habían sido masacrados, acorralados en sus moradas o cazados como perros. Noche tras noche llegaban Vástagos de sangre-débil de otras partes del país, atraídos aparentemente por la noción de que allí había una facción entera de los de su clase. Los Ángeles era ya el hogar de más vampiros de los que Tara jamás había visto reunidos en un solo sitio y no estaba segura de cómo podría soportar la población humana una afluencia semejante de depredadores. En otras circunstancias, podría haber resultado ser un experimento sociológico interesante, pero ahora era un fastidio.

Su plan inicial había sido el de unirse a los antiguos de la ciudad, pero ya no eran suficientes para repeler a la horda creciente. Había pedido ayuda a los príncipes de las ciudades colindantes y a toda la Camarilla. Ahora estaban enviando ayuda porque no podían permitir que toda una ciudad sucumbiera al dominio de otros que no fueran ellos. No obstante, ignoraba cuándo llegarían los refuerzos. Tampoco sabía con seguridad si estas fuerzas le permitirían jugar un papel activo en la reconquista de la ciudad y, si no lo hacían, si al final fallaba aquí, no sabía por cuánto tiempo podría mantener su principado en San Diego. Los Vástagos no permitían que los fracasados permanecieran en el poder.

Su único consuelo era que Cross y los MacNeils continuaban luchando los unos contra los otros tan salvajemente como acostumbraban. Al parecer, los antiguos anarquistas despreciaban a los sangre-débil tanto como los demás. Pero, aunque pudieran debilitarse mutuamente, no era probable que alguna de las dos facciones derrotara a la otra sin ayuda. De modo que, pese a que aquello había supuesto un gran varapalo para su dignidad, había recurrido a la otra única fuerza que podría ayudarla.

—Gracias por venir —dijo por encima de su hombro, sintiéndose incapaz de mirar al rostro de aquel hombre, de esa cosa, que estaba detrás de ella.

Cuatro Vientos Conspiran, miembro sobresaliente de la Nueva Promesa del Mandarinato, hizo una reverencia que ella no pudo ver.

—Me siento honrado por serle de utilidad.

Era un hombre alto, tanto que rayaba lo imposible, y delgado. Estaba recién afeitado y vestía un traje a rayas azul marino de Armani que no le sentaba bien. Si hubiera sido mortal, Tara hubiera pensado que debía rondar los cuarenta. Como Catayano (Kuei-jin, como se hacían llamar ellos), criaturas parecidas pero no completamente iguales a los Vástagos, podía tener cualquier edad.

—¿Ha tenido en cuenta el Mandarinato mi oferta? Sé que la mayoría de sus parientes ha abandonado Los Ángeles, pero cualquiera de los suyos es más que tres de los mejores anarquistas.

De mala gana había accedido a doblar la cifra del tributo inicial (pese a que diez millones de dólares no era una cantidad de la que pudiera prescindir sin más), si los Catayanos la ayudaban a recuperar la ciudad.

—Lo han hecho.

—¿Y cuál ha sido su decisión?

—Desgraciadamente, Príncipe Tara, decidieron que, como probablemente nos reuniremos con nuestros hermanos dentro de poco, es preferible aceptar cinco millones por no hacer nada que coger diez por meterse en otro conflicto.

Tara arrugó el gesto y se giró furiosa.

—¡Puto imbécil! ¡Si no recuperamos la ciudad, no recibiréis ningún tributo! Vosotros…

Y, de pronto, lo comprendió. Cuatro Vientos Conspiran sonrió de una manera que ningún humano (o Vástago) podría imitar, al mismo tiempo que se abría tras él la puerta que daba a la escalera y esa puta, Cross, y al menos una docena de sus lacayos, salían a la azotea.

—¡Hijo de puta!

Cuatro Vientos Conspiran se limitó a encogerse de hombros,

inclinó la cabeza ante Jenna Cross y bajó por las escaleras hasta perderse de vista.

Bueno, había vencido a los bastardos en una ocasión; una en la que además no tenía espacio para maniobrar. ¡Ya era hora de que supieran de qué era capaz una antigua! La Príncipe Tara empezó a correr y esquivarlos a una velocidad inaudita. Permitió que su poder y rabia fluyeran desde ella, generando una fuerza emocional que hubiera hecho caer de rodillas a los Vástagos más jóvenes.

Quedó confusa después de los cuatro primeros pasos. No parecía moverse tan rápido como debía…

Al séptimo, la primera bala la alcanzó en el hombro y la hizo girar. La siguiente docena la impactó, atravesándole la cara, el cuello, las costillas y las caderas. Cada herida conllevaba una agonía que nunca debería haber sufrido.

Curiosamente, su último pensamiento fue tranquilo y racional. Qué extraño, pensó, que la última vez que me enfrenté a ellos estuviera tan fuerte, y tan débil esta noche. Esta enfermedad no tiene sentido.

Y, entonces, las ráfagas la obligaron a saltar por la cornisa. Pasaron unos segundos y, después, la Príncipe Tara dejó de pensar.

En la azotea del edificio del Banco Sanwa

Los Ángeles, California

Jenna Cross se asomó por la cornisa. Tuvo que luchar contra una sensación fugaz de vértigo.

—Dudo que siquiera una antigua pudiera sobrevivir a una caída así —les comunicó a los que estaban detrás de ella—, pero llamad abajo y decidles a Toby y a Chris que echen un vistazo a los restos y se aseguren. Daos prisa, antes de que se congregue una multitud.

La mayoría de los presentes regresó a las escaleras, hasta que Cross se quedó a solas con dos de sus compañeros. Ambos llevaban barba pero, salvo por ese detalle, eran muy diferentes. El primero era

un hombre recio; de hombros anchos, rasgos afilados, con el cabello negro y largo, y una barba espesa pero bien rasurada. Antaño había sido una figura importante, cuando había alentado el cambio y la anarquía entre los Vástagos. Fue una leyenda en su tiempo. Ahora vestía unos pantalones harapientos y un incómodo blusón de lana manchado de sangre por sus numerosas cacerías; el equivalente moderno de las cenizas y la arpillera. No es que no pudiera asearse. Estaba, sencillamente, más preocupado por otros asuntos que por su apariencia.

La barba del segundo estaba aún mejor cuidada. Vestía botas y una camisa de franela. Su nombre era Samuel y conocía a Jenna desde hacía más tiempo que ella a él.

—Joder, qué bien, hija —dijo, el más desaliñado de los dos—. Lo has conseguido. Has mandado a la mierda a otra que podría habernos jodido.

Jenna frunció el ceño.

—No soy tu hija, tío Jack. Ya te he pedido que dejaras de llamármelo.

—También podrías pedirle al sol que dejara de salir, preciosa. Esas cosas no dejan de pasar porque a ti te dé la gana.

La mujer suspiró.

—Vamos, tío. No queremos quedarnos atrás.

Jenna Cross, la nueva espina en el costado de la Camarilla, y el hombre llamado Jack Sonrisas, antiguo líder anarquista convertido en profeta de la Gehena, abandonaron juntos la azotea. Samuel los miró mientras se marchaban y, luego, los siguió despacio.

Una casa aislada

Ciudad Juárez, Méjico

Lucita salió deslizándose de la casa a las afueras de la ciudad. Pasaría algún tiempo antes de que alguien encontrara a los

propietarios. Caminó a un ritmo engañosamente tranquilo por la carretera en mal estado. Los sonidos diarios no se habían apagado todavía. No había pasado ni una hora desde la puesta de sol. Se había obligado a levantarse temprano para retomar la búsqueda lo antes posible.

Su teoría sobre Giangaleazzo no había prosperado y, para colmo, casi la había matado. Tampoco había tenido éxito con ninguna de las pistas que había seguido durante las últimas semanas. Lucita era paciente, una virtud que había aprendido en sus muchos siglos de rastrear a presas que otros querían ver muertas, pero aún no se había acostumbrado a este nivel de fracaso. No contaba con nada salvo con sus conclusiones iniciales y una idea más acertada de lo que la debilidad de la sangre y el enardecimiento previo no eran.

Al final decidió seguir su instinto y hablar con Aajav Khan, el actual Serafín supremo de la Mano Negra. La Mano era algo más que el brazo militar del Sabbat. Eran fanáticos; sectarios entrenados para evitar o sobrevivir a la Gehena y que no marchaban al son que imponían los tambores del Sabbat. Lucita dudaba de que fueran los responsables de la maldición (o de lo que ella tenía), ¿pero cuál era el origen de esa violencia salvaje y de las extrañas desapariciones? La Mano Negra tenía que saberlo.

De modo que, si nadie la iba a ayudar a contactar con Jalan-Aajav por teléfono, tendría que visitarlo personalmente. Y si aquello significaba revisar cada uno de los edificios de Juárez (puesto que lo único que sabía es que él había establecido su refugio y sede en aquella ciudad), bueno, lo haría.

Esta noche era solo el principio; una noche de búsqueda y reconocimiento. Localizaría a unos cuantos Cainitas y les haría saber quién era y lo que había venido a hacer. Alguno de ellos le diría lo que quería o la Mano acabaría por encontrarla. En cualquier caso, ella…

—Sabía que vendrías, Lucita.

Lucita era una antigua que rondaba los mil años de edad. Había perdido todo atisbo de humanidad hacía varios años y estaba orgullosa de su progreso en la Senda de la Noche. Y, sin embargo, le resultó complicado ahogar un jadeo de sorpresa al escuchar el sonido

de una voz, esa voz, que pensó que nunca volvería a oír.

—Fatima…

La Assamita surgió silenciosa de las sombras e invitó a Lucita a acompañarla por una amplia callejuela que serpenteaba entre dos casas derruidas. Con la mirada alerta por si había alguna trampa, aunque realmente dudaba que la hubiera, Lucita la siguió.

No tenía idea de qué pensar acerca de este encuentro. Con el transcurso de los años, Fatima y ella habían estado próximas la una a la otra de maneras muy diferentes. Habían sido amigas. Habían sido enemigas. Se habían amado como dos seres inmortales atrapados en la misma maldición; de una manera que los mortales, aquejados por su lujuria, jamás podrían entender.

Su último encuentro fue en el refugio oculto de Fatima en el desierto que se extiende al noroeste de Medina, en Arabia Saudita. Y este no había llegado a buen término.

—Has cambiado desde la última vez que hablamos, Lucita. Esta… esta no pareces tú.

La sorpresa de la arzobispo dio paso al desdén y, después, al enojo.

—Esta soy yo. Por primera vez desde que ese bastardo me introdujo en este mundo, ¡soy yo misma! ¿Y tú qué sabes? ¡La última vez que hablamos me pusiste entre la espada y la pared para que decidiera cuáles eran mis principios, a favor de quién estaba, mientras tú aguardabas sentada en la arena y en las piedras algún gran designio de Alá que te indicara qué hacer!

—Yo me limito a observar, Lucita. No juzgo. Podrías tener la cortesía de hacer lo mismo.

Lucita gruñó y se abrió pasó a empujones.

—Apártate de mi camino, Fatima.

—No. El pasado puede ser irreparable. Sin embargo, en honor a

lo que una vez fuimos, he venido a advertirte. La Mano Negra no te ayudará, Lucita. No los busques.

La Lasombra dio un paso atrás y solo una luchadora tan experimentada como Fatima podría haberse dado cuenta de que sus músculos se tensaban ligeramente.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso acudió Alá a decirte al desierto —cuando todavía no había terminado la frase, Lucita lanzó una patada hacia los tobillos de Fatima; la Assamita lo esquivó sin mayores dificultades y respondió al ataque con otra patada a la cabeza de Lucita; esta reculó— que estaba perdiendo el tiempo?

—Después de que te fueras de mi casa —explicó Fatima, lanzando una serie de puñetazos y codazos que hubieran hecho pedazos a la mayoría de sus contrincantes—, me di cuenta de que tu llegada era la señal que había estado esperando. Era hora de regresar al mundo.

Lucita esquivó dos de los puñetazos, bloqueó los codazos con una serie de movimientos rápidos con los brazos y a continuación cogió el brazo extendido de Fatima, que se disponía a asestarle otro puñetazo, lo retorció y la arrojó con una llave por encima de su hombro.

—¿Yo soy una señal de Dios? —se mofó—. Lo que dices no tiene precio, Fatima. El calor del desierto debe de haberte cocido el cerebro.

Fatima extendió una pierna antes de estrellarse contra el hormigón de la calle. Con la otra pierna golpeó a Lucita en la frente. La arzobispo se tambaleó hacia atrás y Fatima, desde el que parecía un ángulo imposible, se incorporó.

—¿Tú crees? ¿Acaso no es verdad que tu Senda de la Noche dice que sirves a un propósito muy específico en los designios divinos?

—¿Cómo puedes saber…?

—Desde que salí del desierto —continuó Fatima, bloqueando

fácilmente un diminuto zarcillo de sombra que trataba de cogerle los tobillos desde atrás— he dedicado todos mis esfuerzos a incrementar y asentar mis relaciones con aquellos que podrían ser mis aliados contra el poder de Alamut.

Fatima era una de esos Assamitas que habían decidido seguir su propio camino, en lugar de abandonar su fe y obedecer las órdenes de Ur-Shulgi. Calló y esperó. Lucita atacó, golpeándola en la cabeza con ambas manos, y los tobillos y rodillas con una serie de patadas rápidas. Al ser incapaz de bloquear la embestida, Fatima se encontró reculando.

—Espero que no estés intentando decirme que te has unido a la Mano Negra. Porque…

Lucita no pudo acabar la frase porque la Assamita se inclinó de pronto hacia delante, llevándose un golpe fuerte en el hombro en el proceso, y lanzó un ataque con los dedos estirados que impactó en el plexo solar de la Lasombra. El dolor se propagó por el pecho de la arzobispo y el aire que había inspirado para hablar escapó de sus pulmones con un elevado gruñido.

—Desde luego que no. —Se tambaleó hacia atrás cuando Lucita, que había estado doblada hacia delante por el dolor que le había provocado el último ataque, la golpeó con la cabeza, acertando a la Assamita en la barbilla. Se detuvo un momento para asegurarse de que la mandíbula no se le había desprendido—. Aunque he estado en contacto con ellos —continuó, con la boca llena de su propia sangre—. Los he ayudado en algunas cosas, como también he hecho con la Camarilla. Necesito aliados, Lucita, refugios a los que poder acudir sin previo aviso si Ur-Shulgi envía a su gente a por mí.

—La Mano Negra no confía en los que son ajenos a ellos.

Fatima atrapó el puño de Lucita en una mano y la muñeca contraria en la otra.

—En estas noches tumultuosas, suelen preferir a los intrusos honestos que a los traidores del Sabbat… Traidores con los que tendrán que lidiar antes del fin.

Lucita rodó hacia atrás, llevándose consigo a la Assamita, y lanzó una patada. Fatima aterrizó con brusquedad sobre la acera y la arzobispo volvió a ponerse en pie.

—¿Me estás diciendo que la Mano Negra es la responsable de la desaparición de los antiguos?

Fatima retorció las piernas como un sacacorchos y se puso en pie de un salto, manteniendo las piernas bastante separadas la una de la otra y flexionadas.

—De algunos, sí. Otros han desaparecido por… otras causas. Pero, cuando la debilidad de la sangre empezó a extenderse, varios antiguos del Sabbat temieron la llegada de la Gehena y decidieron intentar localizar y pactar con los agentes de los Ancianos que despertaban, en lugar de pelear contra ellos. Estos antiguos han sido eliminados por el bien de la secta.

—¿Y qué problema tendría la Mano para contármelo o para ayudarme a encontrar el origen de la debilidad o a esos que realmente están desaparecidos?

—Que no confían en ti, Lucita. Has formado parte del Sabbat solo durante unos pocos años, pero has sido su enemiga durante varios siglos. La Mano ignora si eres leal o te cambiarás de chaqueta a la menor ocasión. —Al advertir la rabia en el gesto de la Lasombra, Fatima añadió con rapidez—: Son ellos los que dudan, no yo.

—Entonces tendré que convencer a Aajav Khan —dijo Lucita, lanzándole después una patada al estómago a Fatima.

La Assamita bloqueó el golpe.

—Jalan Aajav también ha desaparecido, Lucita.

La arzobispo emitió un leve gruñido, se enderezó y dejó caer los brazos a los costados. Fatima hizo lo mismo y, durante un momento, se limitaron a mirarse la una a la otra.

—¿Estábamos peleando? —preguntó Lucita, de pronto—. ¿O solo entrenando?

—No estoy segura. Si hubiera intentado propinarte un golpe mortal, ¿lo habrías correspondido?

Lucita no pudo responder y Fatima tampoco esperaba que lo hiciera.

En su lugar, continuó hablando.

—La Mano Negra no te hubiera recibido, si lo hubiera podido evitar. No te habría ayudado, si hubiera podido no hacerlo. Y, si tú hubieras insistido, lo más probable es que hubieran terminado pensando que eras una amenaza. Ahora que su serafín supremo ha desaparecido están más paranoicos que nunca.

»Puedo decirte, sin embargo, que sus consejos te hubieran servido de poco. Tienen sus teorías, claro, pero no saben más de los acontecimientos recientes que tú.

—¿Y tú? ¿Tú qué crees?

Fatima arrugó el gesto y la Lasombra se sorprendió al ver que había miedo en sus ojos.

—Algo ha despertado, Lucita. Lo he sentido moverse por el mundo durante varias semanas y allí donde va, mueren los nuestros. No sé con seguridad si es algún anciano Matusalén como Ur-Shulgi. Ignoró si es o no Cainita. Que Alá nos proteja. Ni siquiera sé si es uno de la Tercera Generación que viene a anunciar el fin de las noches. Solo sé que está aquí. Que tengo conexión con él aunque ignore la razón. Y que él, y otros acontecimientos, han asustado incluso a la poderosa Mano Negra.

»Y sé —dijo, acercándose a ella— que no quiero verte caer ante él o entre aquellos que lucharán para combatirlo.

Se detuvo solo cuando estuvo delante de su vieja amiga. Ambas podían matar desde esa distancia, y con un solo movimiento, a un rival tan resistente como un vampiro. Ninguna de ellas se movió.

—¿Así que has venido a advertirme?

—He venido a despedirme, Lucita. Dudo que alguna de las dos sobreviva a lo que está por llegar. Y no importa en lo que nos hayamos convertido o lo que seamos en el futuro, no podía permitir que nuestro último encuentro fuera el último.

Lucita, paralizada por las emociones contradictorias que estaba sintiendo, solo pudo mirar cuando Fatima se inclinó y la besó una sola vez en la frente.

—Hasta la vista, Lucita de Aragón, chiquilla del conquistador Monçada. Siempre fuiste más que la hija de tu padre.

Y, diciendo aquello, Fatima volvió a perderse en la oscuridad.

Una callejuela sin nombre

Ciudad Juárez, Méjico

Durante varios minutos muy largos, Lucita miró, sin ver, entre las sombras de la callejuela. Estaba decidida a controlar las lágrimas sangrientas que querían derramarse por sus mejillas y las emociones que las provocaban.

¡No eres una simple y débil mortal que llora por un amor perdido! ¡Eres una Cainita! ¡Un vampiro! ¡Caminas por la Senda de la Noche y esta otra no eres tú!

Al final, logró enterrar sus sentimientos en las profundidades del abismo desde donde obtenía las sombras que manipulaba. Se preguntó, de manera fugaz, si aquello sería aconsejable.

Le molestaba tener que admitirlo, pero iba a necesitar ayuda. En una situación normal, pedir ayuda violaba su recién adquirido, y todavía endeble, código de conducta. Pero podría justificarlo, aunque solo fuera un poco, porque lo hacía en beneficio de la secta y no en el suyo propio.

¿Pero a quién podría acercarse? La Mano Negra no la ayudaría. Fatima, obviamente, no estaba preparada para viajar con ella o se hubiera quedado. Y quizá fuera mejor así, dada la volatilidad de la naturaleza de su relación. Tampoco podía confiar en el Sabbat si

había traidores entre sus filas. Además, como Fatima había señalado, teniendo en cuenta que era una conversa reciente, muy pocos la ayudarían. Podría contactar con el Obispo Andrew y con su manada en Aragón, pero entonces no quedaría nadie para cuidar de sus dominios mientras estuviera fuera.

Muy bien, si no podía encontrar aliados dentro de la secta, tendría que buscarlos fuera. Y se dio cuenta de pronto, con una risilla irónica, que sabía exactamente a quién recurrir.

Posada La Misión

Riverside, California

Theo Bell no estaba ni un poco sorprendido de que la vanguardia de Cainitas que pretendía recuperar Los Ángeles para la Camarilla hubiera escogido aquel lugar como base de operaciones principal. Se encontraba a menos de noventa kilómetros de la ciudad y a bastante menos de cualquiera de las zonas residenciales situadas en las afueras. Estaba lo suficientemente cerca como para evaluar el estado de la ciudad y para poner en práctica cualquier plan e incluso, si la situación lo requiriese, para que aquellos que orquestaban el asalto pudieran entrar en Los Ángeles y reconquistarla personalmente, pero al mismo tiempo estaba lo bastante lejos como para que no estuvieran en primera línea de fuego.

Es más, la Posada La Misión haría sentirse como en casa a la mayoría de los antiguos. Era una estructura enorme que abarcaba una manzana entera y estaba construida, al menos de manera parcial, imitando el estilo de los antiguos fuertes españoles. Aquello por sí solo bastaría para crear la atmósfera marcial de la que necesitaban contagiarse los Vástagos que moraban en su interior, y los cientos de habitaciones que contenían les ofrecían la posibilidad de ocupar varias suites contiguas en las que informarse y planear sin temor a ser descubiertos.

Bell, por su parte, no tenía interés alguno en participar en aquella operación. Tenía ya demasiada experiencia en lo que al asedio de una ciudad se refiere. Con la reconquista de Nueva York hacía unos años había tenido más que suficiente. Por supuesto, si alguien le ordenase que participara en el conflicto contra los sangre-débil (¿y de dónde

coño habían salido tantos?) lo haría, pero no sería de motu proprio.

Bell tenía otras preocupaciones. El viaje desde Mónaco le había permitido reflexionar, pero aún no comprendía qué había fallado en él. Nunca había perdido el control de esa manera, desde luego, no hasta ese punto. ¿Acaso estaba perdiendo su humanidad? ¿La cordura? ¿O era aquello un síntoma de lo mismo que padecían los antiguos? ¿Se había abierto paso la enfermedad hasta uno que todavía no había cumplido su bicentenario? Tenía la esperanza de que Hardestadt, que con toda seguridad no estaría contento por su fallido intento de eliminar a Beckett, escuchara al menos sus razones y quizá pudiera responder a algunas de sus preguntas.

La habitación en la que entró era un caos ordenado. Media docena de Vástagos y al menos el doble de humanos (Bell asumió que serían ghouls) ocupaban la inmensa alcoba. La mayoría de los ghouls estaban sentados frente a los ordenadores, respondiendo al teléfono, escuchando la radio, viendo la televisión, retransmitiendo órdenes y tomando nota de los últimos informes. Los vampiros, Hardestadt entre ellos (con el traje un poco arrugado después de varias horas de viaje en avión), examinaban los informes y los comparaban en un mapa desplegado de la zona metropolitana de Los Ángeles. Había una pequeña pila de papeles junto a él. Bell sabía por experiencia que aquellos debían de ser los informes acerca de Jenna Cross y otros líderes de los sangre-débil a los que la Camarilla conocía por sus nombres, así como de los miembros de la otra facción anarquista, los MacNeils. Le sorprendió ver el nombre de Jack Sonrisas encima del montón de la sangre-débil y no del otro.

Los vampiros se giraron cuando oyeron que se acercaba y él inclinó la cabeza a modo de saludo respetuoso. Además de a Hardestadt, reconoció al arconte Federico di Padua; con una rápida sonrisa le expresó al otro arconte sus felicitaciones por haber sobrevivido a los peligros durante su estancia en el Estado de la Estrella Solitaria. Entre otras cosas, Bell observó que di Padua tenía mejor aspecto que cuando estuvieron juntos durante el asalto contra las fuerzas del Sabbat en Nueva York, hacía ya varios años. Al igual que sus compañeros de clan, Federico tenía un semblante retorcido y sencillamente repugnante, pero aquella noche parecía tener incluso elegancia. Parecía solo feo, en lugar de absolutamente vomitivo. Bell

se encogió de hombros. A menudo los Nosferatu se disfrazaban con rostros creados a partir de ilusiones. Aquello era probablemente lo que di Padua estaba haciendo. Al echar un vistazo a otro de los vampiros que rodeaba la mesa, confirmó sus impresiones. Reconoció al justicar Nosferatu Cock Robin con una de sus máscaras preferidas. Volvió a inclinar la cabeza con respeto.

Cuando se acercaba, uno de los ghouls se separó de la radio y dijo en voz alta:

—Están llegando los informes de la policía. Cito textualmente: algún tipo de disturbios entre bandas en el centro de la ciudad.

Di Padua tomó nota del comunicado, esperó que le dieran una dirección específica y, cuando esta llegó un momento después, situó una marca roja (una que implicaba que existía un conflicto activo) en el mapa. Bell advirtió que había varias de ellas sobre el papel. De momento, solo había una marca verde (territorio conquistado) y se sorprendió al comprobar que estaba sobre el aeropuerto.

—Una fuga de gas y un incendio en la cocina obligó a evacuar el Hilton hacia las diez de la mañana —explicó di Padua al ver la expresión en el rostro de Bell—. Entre los equipos de salvamento y nuestros ghouls, ninguno de los lacayos de Cross que pudiera haberse refugiado en el antiguo Elíseo de Tara pudo haber sobrevivido a la luz del sol.

—Buen trabajo. Aun así, me sorprende no ver más puntos verdes en el mapa.

—No hemos tenido tanto tiempo para coordinar este asalto como lo tuvimos para el de Nueva York, Bell. Además, hay muchísimos más sangre-débil aquí que Sabbat había allí en aquel momento. Teníamos planeado que algunos de los nuestros participaran en una redada de drogas en uno de los refugios que creemos que Jenna Cross podría tener, pero “un accidente” en la interestatal 101 nos impidió llegar a tiempo.

—¿No cree que ha sido un accidente?

—Demasiado conveniente para Cross.

Hardestadt se levantó de improviso.

—No está aquí para discutir nuestras tácticas, arconte Bell. Está aquí para responder por su fracaso en la tarea que se le asignó.

Bell miró en rededor.

—¿Hablaremos de esto delante de colaboradores? —preguntó sarcástico, señalando a los ghouls.

—Tenga la amabilidad de explicarnos —continuó Hardestadt, recostándose en su silla y entrechocando las yemas de sus dedos contra las de los dedos de la mano contraria— qué ocurrió.

Bell se encogió de hombros mentalmente e hizo lo que se le pedía. Había enviado un informe sobre los acontecimientos ocurridos en el Castillo Sforza, de modo que obvió aquello y pasó directamente a lo sucedido en Mónaco. No dejó ningún detalle sin mencionar.

—¿Está tratando de decirnos, arconte Bell —empezó el justicar Robin, con la voz gangosa por causa de una deformidad en la boca—, que dejó escapar a su presa porque le daba miedo herir al ganado?

—No. Fue porque, cuando por fin me hube recuperado, lo había perdido de vista. Y, sobre todo, porque no estaba dispuesto a enfrentarme a alguien tan peligroso como Beckett sin estar en plenas facultades.

»En caso de que no me haya hecho entender —continuó, mientras Hardestadt abría la boca para hablar—, esta no era solo una rabieta temporal como la que ustedes creen que los Brujah padecemos. Era una completa enajenación. La Bestia en la cabeza, los ojos inyectados en sangre y el deseo de acabar con cualquiera que se te ponga por delante. La única vez que he visto una conducta similar fue tratando de dar caza a un hombre lobo y les puedo asegurar que nunca creí que yo pudiera llegar a ese extremo.

—Entiendo —respondió Hardestadt, aunque claramente contrariado porque se le hubiera interrumpido—. No, nadie lo creería. —Y, como si Bell hubiera dejado de estar presente, se volvió a los demás y les preguntó—: ¿Qué opináis?

—Podría ser un síntoma —respondió di Padua, meditabundo—. Yo no me sentí presa del frenesí, solo debilitado. Pero hemos visto que la enfermedad afecta a diferentes Vástagos, de distintos clanes y de diversas maneras.

—También podría ser una excusa —añadió Robin— para justificar su fracaso en el cumplimiento de una tarea muy sencilla. —Miró con desdén a Bell—. ¡Yo no aceptaría tales pretextos de uno de mis arcontes!

Theo Bell tensó la mandíbula para evitar que emergiera de sus labios cualquier comentario. Contestar de mala manera a un justicar era una de las cosas que figuraban en la lista de lo que no debía hacerse en ningún caso. Di Padua se encontró con su mirada y se encogió de hombros muy fugazmente, como disculpándose por la actitud de su superior.

—Muy bien —sentenció Hardestadt, al fin—. Si el arconte Bell es otra víctima de la enfermedad, no le haremos sentirse mal por ello.

Joder, muchísimas gracias. Pero Bell volvió a callarse lo que pensaba.

—¡Nigel! —llamó Hardestadt a uno de los ghouls—. Conduce a Bell a la zona de detención y déjale que escoja un remedio. —Se giró hacia el arconte—. Una vez que se haya recuperado por completo, vuelva para que podamos discutir su siguiente paso.

Bell pestañeó. ¿Zona de detención? ¿Remedios? Al mismo tiempo que asentía y se daba la vuelta para seguir al mortal fuera de la habitación, se apoderó de él una sensación de inquietud.

En los límites de la ciudad

Riverside, California

Era peor de lo que había imaginado. El hedor de la sangre, tanto fresca como seca, lo sobrecogió cuando el ghoul abrió la puerta que conducía al garaje. Desde el exterior, la casa era como cualquier otra en un vecindario suburbano. Y en el interior, todo parecía normal (si es que podía ignorarse la ausencia total de habitantes mortales). Pero

dentro del garaje para dos plazas, con las paredes acolchadas con toallas y mantas que amortiguaran los sonidos…

Había once vampiros en el interior, vigilados por otros dos equipados con armas pesadas y algo que parecía un hacha de bombero. Algunos yacían tumbados en el suelo, estacados y recostados de cualquier manera; uno de ellos había caído sobre el bate quebrado que le había penetrado en el corazón y que le había abierto un agujero en el pecho. Otros colgaban del techo; algunos por las muñecas y otros por los lazos corredizos atados en las cuerdas que rodeaban sus cuellos. Estos últimos no estaban estacados. Los intentos de sus cuerpos por sanar las columnas quebradas, mientras las cuerdas continuaban presionando en las heridas, los mantenía incapacitados.

—¿Qué cojones es esto? —inquirió Bell. La voz le temblaba y la Bestia amenazaba con volver a tomar el control.

—Prisioneros de guerra —le informó el ghoul—. Agentes y espías anarquistas de Los Ángeles y de los sangre-débil.

Sí, claro… Y una mierda. Bell ya había oído aquello con anterioridad. Este es un espía. Ese otro un agitador. Había oído rumores acerca de jóvenes Vástagos que desaparecían de las calles en las últimas semanas y estaba seguro de que mucho de ello tenía que ver con los esfuerzos de la Camarilla por acallar los rumores de la Gehena. ¡Pero nunca hubiera imaginado que llegarían hasta este punto!

—¿Cómo? ¿Es que solo hay once espías? —El sarcasmo de su voz era tan evidente que casi goteó al suelo para formar un charco junto a la sangre—. Me cuesta creer que no haya más. Debéis estar fallando.

—Oh, desde luego que hay más. Es solo que no queríamos sobrecargar ningún área. Contamos con otras dos casas y hay un almacén en el centro de la ciudad que…

Bell rugió una vez; era el grito de un animal enfurecido. Dependiendo de la eficacia de la insonorización improvisada, puede que los vecinos oyeran o no el sonido de los gritos, las ráfagas de las

pistolas, el crujido de los huesos quebrándose bajo el hacha. Fue violento, fue brutal, pero su frenesí no era ni vagamente parecido al que había sufrido en Mónaco. Bell sabía exactamente lo que estaba haciendo. Lo disfrutó.

Cuando todo terminó, un ghoul muerto yacía junto a dos montones de carne en rápido proceso de descomposición que no serían otra cosa que ceniza en cuestión de pocos minutos. En el otro extremo de la habitación, descansaba sobre el suelo de una esquina, una pila de estacas y cuerda rota. Once neonatos malheridos miraban atentamente al fornido Brujah. El miedo, la confusión y algo de esperanza asomaban en sus ojos.

—Salid de aquí a toda hostia —les ordenó Bell con dureza—. Y no me refiero al garaje, sino a esta puta ciudad. Vuestros culos no valdrán una mierda cuando el sol se ponga mañana por la noche en Riverside.

No necesitaron que se lo repitiera una segunda vez. Los que podían, corrieron; los que no, cojearon. Todos huyeron, dejando a Bell a solas y rodeado por una carnicería.

Miró alrededor; al suelo manchado de sangre, a las estacas y la cuerda.

—Esto —bufó a la habitación vacía— no es a lo que me apunté. De ninguna manera, joder.

¿En qué coño se estaba convirtiendo la Camarilla? ¿Era aquello lo que les esperaba? ¿Los antiguos manteniendo cautivos a los vampiros más jóvenes en cárceles improvisadas, alimentándose de ellos para obtener una tregua fugaz de una enfermedad que ni tan siquiera podían identificar? ¡Joder, deberían dedicar sus esfuerzos a encontrar el origen de la debilidad, de la enfermedad, de la maldición o de lo que quiera que fuera, y no preocuparse de recuperar sus fuerzas y atajar los rumores que hablaban del fin del mundo!

Pero eso era todo lo que hacían los antiguos, ¿no es cierto? Preocuparse por ellos mismos y por salvaguardar lo que tenían a cualquier precio. Bueno, ¡pues no continuaría siendo así! Bell no estaba dispuesto a permitir que el ideal de sociedad ordenada por el

que siempre había luchado, por muy imperfecta que fuera, quedara sometida bajo el frenesí del canibalismo. Alguien tenía que hacer algo y, si los antiguos no estaban dispuestos a tomar medidas, joder, él sí.

No obstante, no podría llevarlo a cabo por sí solo. Tendría que pedir ayuda… a alguien ajeno a las filas de la Camarilla, puesto que pasaría a convertirse en un fugitivo en cuanto se supiera lo que había ocurrido allí. De modo que… ¿en quién podría confiar?

Bell se echó a reír de repente. Sí, de alguna manera y considerando todas sus posibilidades, tenía sentido. Ahora tendría que ponerse a buscarla.

En un tren

A las afueras de Viena, Austria

Les había llevado unos cuantos días (que habían pasado refugiados en sendos cajones de embalaje) y varios cambios de tren, pero por fin estaban casi allí. Podrían haber viajado más cómodamente y en menos tiempo en avión, pero Beckett no quería que quedara constancia de su llegada a Viena y, aunque dudaba de que cualquier Vástago se hubiera tomado la molestia de apuntar el número de su Gulfstream para identificarlo, tampoco estaba por la labor de arriesgarse.

Además, había tenido la esperanza de que, en las noches que iban a pasar viajando, a Okulos o a él se les ocurriera algo mejor que lo que tenía en mente. No había sido así.

Beckett se sentó encima de un cajón abierto, se rascó con fuerza la mano derecha e ignoró el paisaje bañado por la luz de la luna que pasaba a toda prisa. Esta era la tercera o cuarta vez que una o ambas manos le picaban como si hubiera estado manipulando hiedra venenosa. Al principio, lo había atribuido a los restos de alguna protección taumatúrgica, pero ahora… Ahora estaba preocupado. Se rascó tan fuerte que se arrancó varios mechones de pelo de la piel. Aun así, y examinándolas de cerca, no podía ver ningún problema en sus manos. Tenían el mismo aspecto de siempre, salvo por los surcos que acababa de hacerse en el espeso pelaje. Lenta y espontáneamente el picor cesó. Solía hacerlo después de unos

minutos.

Beckett se levantó y meditó acerca de la posibilidad de informar a Kapaneus pero, en lugar de hacerlo, paseó por el tren para estirar las piernas.

Kapaneus lo esperaba en el exterior.

—Mira ahí —dijo, a modo de saludo, y señaló hacia la cabecera del vagón, por encima de los pasajeros sentados.

Beckett vio solo a un hombre o quizá a un vampiro; era difícil saberlo a tanta distancia. Tenía una cabellera castaña gruesa y una barba que empezaba a encanecer. Su aspecto era vagamente desaliñado y vestía una camisa de franela. El hombre miró despreocupadamente en dirección a Beckett y luego cambió de vagón.

—¿Cuál es el problema, Kapaneus?

—Ese hombre ha estado vigilando durante largo rato la entrada al vagón de carga. Creo que también estuvo vigilándonos anoche.

—Muy bien, veamos quién es.

Beckett y Kapaneus anduvieron por el tren desde la locomotora hasta el vagón de carga y otra vez de vuelta hasta que los primeros rayos de luz asomaron en el cielo del este. No encontraron ningún rastro del hombre con barba.

—Tenemos el tiempo justo para alimentarnos antes de que salga el sol —le informó Kapaneus cuando caminaban de vuelta al vagón de carga—. Tendremos que tener cuidado, pero creo que podré asegurarme de que nadie recuerde…

—Adelántate tú, Kapaneus. Esta noche no tengo hambre.

El antiguo se detuvo.

—Beckett, ¿cuándo fue la última vez que te alimentaste?

El Gangrel reflexionó.

—Oh, fue solo… —Sus ojos se abrieron como platos a medida que contaba mentalmente las noches—. ¿Por qué demonios no estoy famélico? Quiero decir, tampoco voy a morirme de hambre, pero en muy pocas ocasiones aguanto tanto tiempo sin… ¿Qué quiere decir todo esto?

Kapaneus abrió la boca para responder, pero Beckett lo interrumpió.

—No, ni siquiera lo menciones.

El antiguo enarcó una ceja.

—Beckett, los Vástagos se están debilitando, las sectas están sumidas en el caos y ahora incluso tú estás viviendo experiencias inusuales. ¿No podrías considerar al menos…?

—No es la Gehena.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque la Gehena es un mito.

—¿Por qué —inquirió Kapaneus en el mismo tono— estás tan seguro?

Beckett deseó poder decirle: porque tengo que estarlo. Porque, si estoy equivocado y el Libro de Nod, la Gehena y todo lo demás es real, significará que no solo no he encontrado las respuestas que estaba buscando, sino que además, todo lo que he hecho, todo aquello en lo que creo, es mentira. Ya es bastante malo no haber averiguado las respuestas. Me niego a aceptar que, durante casi trescientos años, he estado formulando las preguntas equivocadas.

Pero no fue eso lo que dijo. Le costaba admitir algunas cosas delante de sí mismo, y mucho más hacerlo frente a un conocido relativamente reciente. En lugar de ello, se alejó caminando y regresó a su cajón de embalaje para pasar otro día sumido en la inconsciencia.

En el exterior de la Biblioteca Fortschritt

Fachada pública de la casa madre Tremere

Viena, Austria

Había pasado una noche desde su llegada, y Beckett y Kapaneus estaban ahora próximos a la zona de la antigua Viena conocida como el Mölker-Bastei, en un edificio que solo podía describirse como imponente. En sus orígenes se había pensado convertirlo en iglesia, pero fue adquirido y concluido como Biblioteca Fortschritt a mediados del siglo XIX. Elevadísimas agujas, arquerías góticas y cristaleras emplomadas miraban a las calles de Viena. Había muchísimas gárgolas (después de un rápido examen, Beckett concluyó que eran de la variedad habitual de piedra y no del tipo empleado por algunos Tremere para servirles como soldados o guardianes) sentadas en los alféizares. Las escaleras que conducían a la entrada describían un ángulo desde el nivel de la tierra hasta la puerta, hundida casi por debajo de la tierra. Dos gárgolas grandes y solemnes, con los ojos bañados por la luz de la luna, vigilaban eternamente a ambos lados de las escaleras.

Curiosamente, la calle que conducía directamente a Fortschritt estaba bloqueada por varias barreras policiales de madera y había algunos escombros pétreos también. Beckett preguntó a un solitario paseante (que le proporcionó un necesario sustento además de algunas respuestas), y este le informó de que la calle llevaba cerrada casi dos días como resultado del derrumbe de la punta de una de las agujas.

—¿Crees que podría ser por causa de la antigüedad? —preguntó Kapaneus, sin creerlo realmente.

—De ninguna forma. Casi con toda seguridad los Tremere habrán protegido el lugar con varios hechizos de preservación. Los suficientes como para conseguir que el edificio sobreviva a la Gehena en perfecto estado. No, si está derrumbándose, quiere decir que algo falla en la magia del interior y ese no es un buen presagio, lo mires por donde lo mires.

La pareja, después de examinar el entorno buscando a otros paseantes, se abrió paso a través de las barreras y bajó hacia la puerta principal. Durante un instante, Beckett creyó ver al hombre de

la barba, mirándolos desde la esquina del edificio, pero desapareció antes de que pudiera fijarse con mayor atención.

Bueno, que le jodan. Si el hombre del tren los estaba espiando, ¿qué podía hacer? No creía que tuviera los huevos necesarios para seguirlos hasta las profundidades de la Biblioteca Fortschritt.

Beckett esperaba tener que enfrentarse con algún tipo de protección o defensa que les bloqueara la entrada, pero la puerta estaba cerrada por algo tan arcano como un buen cerrojo. Sacó sus ganzúas de la nueva mochila y lo abrió sin dificultades. Miró el enorme anillo de hierro y pensó en llamar, pero optó por no hacerlo. A los Tremere no les gustaría una visita inesperada, pero si había allí cualquier otra cosa, Beckett no quería que supiera de antemano que estaban allí.

—Yo he estado aquí antes —le dijo Kapaneus, con una mano en el picaporte—. Pero fue hace mucho tiempo y nunca vi mucho más que las áreas destinadas al uso público. Se supone que el lugar posee ciertos niveles subterráneos por los que quizá tengamos que deambular si no encontramos antes a alguien que responda a nuestras preguntas.

Beckett empujó la puerta para abrirla y se quedó de piedra.

La entrada de la Biblioteca Fortschritt era un pasillo amplio y de elevadísimo techo que conducía directamente a una sala inmensa que, en sus orígenes, estaba destinada casi con toda seguridad a ser la nave principal de la iglesia. Estaba enmoquetada y las paredes estaban adornadas con preciosos murales de contenido religioso.

Aquella noche estaba, además, adornada con motivos sangrientos que harían palidecer incluso a un depredador como Beckett. La sangre manchaba los murales, no a rayas, sino a salpicaduras. Varios trajes que hedían a sangre estancada y descomposición se encontraban dispersos por el pasillo de entrada. Un rápido análisis confirmó a Beckett que sus antiguos propietarios estaban aún dentro, pero estos no eran unos restos de Vástagos que él hubiera visto antes. En lugar de haberse convertido en ceniza, las víctimas habían dejado tras de sí, en algunos casos, extraños charcos de vísceras líquidas y, en otros, pedazos de carne disecados y

momificados. Beckett encontró algunos miembros intactos. Algunos se hacían papilla o se licuaban en cuanto los tocaba, mientras que otros estaban momificados y carecían de sangre o cualquier otro líquido. Uno en particular, un brazo, parecía el producto de una mutación. Los dedos se enroscaban sobre sí mismos y poseía una articulación adicional a pocos centímetros por encima de la muñeca.

—Bueno —dijo Beckett despacio. La repugnancia que sentía era evidente en su tono de voz—, sabemos, por lo menos, lo que ha ocurrido con algunos Tremere…

—¿Qué significado tiene este odioso espectáculo? —Era la primera vez que Beckett veía a Kapaneus inquieto de verdad y eso le preocupó.

—No lo sé. Parece que estos pobres diablos explotaron o alguien les chupó la sangre hasta dejarlos secos.

—¿Podría ser este el resultado de esa magia de sangre de la que me hablaste? ¿De la taumaturgia Tremere?

—Podría. Un ritual que hubiera fallado o quizá algún tipo de veneno de los Vástagos… —pero sus ojos continuaban examinando el brazo mutado y había algo en su teoría que no parecía acertado. Se tomó un instante para estudiar más atentamente el miembro combado—. Esto guarda cierta semejanza con algo que podría hacer un Tzimisce —murmuró, refiriéndose a las terroríficas facultades para moldear la carne que poseía ese clan y también al odio que sentían sus miembros hacia los Tremere—, pero no puedo creerme que pudieran atacar la casa madre.

Sin la esperanza de recibir respuestas a sus preguntas, la pareja se adentró un poco más en las entrañas de la iglesia convertida en biblioteca. La nave se había transformado en un almacén de una clase de libros jamás imaginados cuando el edificio se construyó. Los bancos, el altar y todo lo demás habían quedado sustituidos por las sillas, las mesas y varias filas de estanterías rebosantes de libros. Algunos llegaban casi hasta el techo en apuntado, por lo que había que hacer uso de escaleras con ruedas para alcanzar los tomos más altos. También esta sala estaba sembrada de restos, los pedazos restantes de los Vástagos que parecían haber sido asesinados y

drenados desde el interior. El hedor era tan sobrecogedor que los ojos de Beckett se hubieran llenado de lágrimas de haber podido hacerlo. Se preguntó si todo el clan yacía muerto allí, diseminado por la casa madre, pero decidió que era poco probable. Ciertamente había visto varias docenas de cuerpos, mas no los suficientes como para que se tratara de un clan completo. Por otro lado, los restos (lo poco que aún se podía analizar de ellos) sugerían que solían ser personas de diversas culturas y países a lo largo y ancho del globo. Estaba claro que un gran número de Tremere se había reunido en Fortschritt, presumiblemente congregado por el Consejo de los Siete: los brujos en la cúspide de la jerarquía piramidal del clan. ¿Habían convocado a todo el clan para esconderse en algún lugar de las proximidades? ¿Quién había matado a tantos de ellos y qué había sido del resto? Beckett lo ignoraba. ¿Tenía esto algo que ver con la debilidad de la sangre? ¿Era acaso la causa?

Beckett estaba confuso. Sabía que aquí, en el área pública de la capilla, las posibilidades de encontrar alguna información sobre lo que les había ocurrido a los Tremere o acerca de los orígenes de la enfermedad eran casi nulas. En cualquier caso, una parte de él se negaba a dar la espalda a estos libros sin tan siquiera echar una ojeada a sus páginas. Transigió consigo mismo y decidió que volvería para estudiar los volúmenes si su búsqueda en las profundidades no resolvía ninguna de sus dudas. Él…

—¡¡Beckett, muévete!!

No titubeó; sencillamente se tiró al suelo. Sus oídos se llenaron con el sonido de la piedra quebrándose y, al mismo tiempo que resbalaba por el suelo y se ocultaba bajo una mesa, miró hacia atrás para ver cómo un enorme pedazo de techo, con la lámpara de araña todavía sujeta a él, se precipitaba hacia el lugar que acababa de abandonar. Fragmentos de piedra y cristal volaron en todas las direcciones y Beckett se protegió los ojos con el antebrazo. Cuando volvió a mirar, no pudo ver otra cosa que una inmensa nube de polvo que se había levantado por el impacto contra el suelo. Despacio, Beckett emergió de debajo de su refugio improvisado y se puso de pie, esperando que la nube de polvo se disipara…

Y lo hizo, para descubrir un suelo intacto y ningún rastro de

escombros. Beckett miró hacia arriba y vio que el techo estaba en perfectas condiciones, sin siquiera una grieta que indicara una debilidad estructural.

—Creo que no me importa un pimiento el destino que sufra este lugar —murmuró sombrío.

—Beckett, si la magia que rezuma esta estructura está despareciendo, como has sugerido antes, quizá pueda responder a lo que acaba de suceder.

De modo que buscaron cualquier entrada a las habitaciones ocultas y a los niveles inferiores que el Gangrel sabía que existían. Peinaron la biblioteca, examinando cada rincón y escondrijo, buscando incluso detrás de las librerías que se erguían apoyadas sobre las paredes. Revisaron las oficinas y salas de lectura, las antiguas celdas y salas de reunión de los sacerdotes. Pasaron las horas y Beckett agradeció que hubieran empezado pronto. No estaba por la labor de pasar las horas del día durmiendo en aquel lugar.

¡Maldita sea! No podía comprenderlo. Conocía todas las técnicas y trucos para esconder y localizar pasadizos secretos. Y no solo eso, él había estado allí, había estado al menos en una de las salas que ahora no era capaz de encontrar. ¿Qué demonios estaba pasando?

Calculó las diferencias horarias durante un instante y sacó su teléfono vía satélite de la mochila.

—¿Okulos? Soy Beckett. Necesito un poco de ayuda…

Pasaron los minutos. Kapaneus vagó por la biblioteca, echando algún que otro vistazo a los libros. Beckett se limitó a apoyarse contra la pared. Cada poco rato formulaba una pregunta al auricular del teléfono, sin recibir nunca la respuesta que esperaba.

—No estoy seguro de lo que esperas de mí, Beckett —le informó Okulos, al final—. Ninguno de mis contactos conoce Fortschritt mejor que tú, y los Tremere no se dedican a poner los planos de sus capillas en Internet. Tengo los planos de la iglesia y de las zonas abiertas al público, pero me temo que ninguno de ellos cuenta con un cartel de “entrada secreta”. ¿Estás seguro de que has mirado por todas partes?

Beckett gruñó una respuesta afirmativa. Escuchó las teclas mientras Okulos le enviaba las imágenes que tenía en su ordenador.

—Tenéis la entrada principal por la que obviamente entrasteis. ¿Habéis registrado todas las paredes y el suelo de la catedral?

—Sí.

—¿Las salas de lectura que hay a la izquierda y los despachos que están a la derecha?

—Sí.

—¿Qué hay del pequeño almacén situado detrás del altar?

—Bueno, no. En la puerta ponía: “privado”.

El otro lado de la línea quedó sumido en un prolongado silencio.

—¿Okulos? ¿Estás todavía ahí?

—Beckett… por favor repite lo que acabas de decir.

—He dicho que no entré porque hay un cartel en la puerta que reza “privado”.

—De modo que las maldiciones arcanas, las prohibiciones religiosas y la casi certeza de enfrentarte a tu Muerte Final no te disuaden, ¿pero sí un cartel de “privado”?

Beckett sintió que algo cedía en su mente, no completamente diferente al taponamiento de los oídos ante un cambio de la presión. Si aún poseyera reacciones humanas, se habría ruborizado.

—Me han hechizado con algún tipo de encantamiento de rechazo o protección, ¿no es así?

—A menos que hayas desarrollado una repentina obsesión por la privacidad de las personas, creo que tienes razón.

Beckett suspiró.

—Gracias, Okulos. Negociaremos más tarde lo que me costará que mantengas esto en secreto.

—Tráete la chequera.

Beckett colgó y se dirigió hacia la puerta en el extremo más alejado de la sala. Incluso ahora, sabiendo que había un hechizo en ella, todavía sentía la necesidad de darse la vuelta y buscar en otro lugar. Necesitó un supremo acto de voluntad para apoyar la mano en el picaporte pero, tan pronto como lo hizo, la sensación se desvaneció.

Miró hacia atrás, a Kapaneus.

—¿Por qué no me avisaste de que no habíamos buscado aquí?

El antiguo enarcó una ceja.

—Fuiste tan evidente en tus intentos por eludir esta puerta que supuse que tendrías una muy buena razón para hacerlo.

—Kapaneus… la próxima vez, pregunta.

Beckett empujó la puerta y esta se abrió.

Fortschritt, la casa madre de los Tremere

Viena, Austria

Beckett odiaba admitirlo pero Fortschritt estaba empezando a aburrirle sobremanera.

El pretendido almacén de libros era, desde luego, un pasadizo que bajaba a las profundidades de la tierra y que estaba sembrado con los restos de otros tantos Tremere. Desde allí, Beckett y Kapaneus habían salido a una inmensa biblioteca rodeada por varios entresuelos y balcones. El Gangrel la reconoció como una de las escasas salas interiores que había visto la última vez que estuvo allí. La otra salida conducía a un pequeño pero confuso complejo de habitaciones de piedra y pasadizos.

Desde luego, recorrer aquellos pasillos no había estado exento

de problemas.

—¿Kapaneus —le preguntó Beckett suavemente, cuando llegaron a una cuarta intersección de pasillos—, no hemos pasado junto a esta pintura hace escasos momentos? —Señaló una oscura acuarela que representaba una ventana que daba a un páramo acariciado por el viento.

Los ojos del antiguo se achinaron.

—Debe parecérsele, Beckett. No hemos girado por ningún recodo.

El Gangrel se acercó al cuadro.

—No, es el mismo. Reconozco el arañazo que hay en el marco.

—Eso significaría que el pasillo en el que estamos se cruza a sí mismo y lo hace sin girar.

—Sí, eso parece. Odio este lugar.

Se volvió entonces, retrocedió un paso hacia Kapaneus y, sencillamente, el suelo bajo sus pies dejó de ser sólido. No había una trampilla, ni un panel que se deslizara; el suelo dejó de existir.

Beckett hubiera caído al destino que lo aguardaba abajo si no hubiera sido porque sus reflejos, entrenados tras varios siglos de exploraciones, lo evitaron. Antes siquiera de darse cuenta, sacó las garras, las hundió en la pared más próxima y colgó de las puntas de sus dedos.

Fue en ese momento cuando sus manos volvieron a picarle. Más que nunca hasta entonces. Beckett sintió cómo temblaban sus dedos, sintió cómo caía…

Y luego una presa firme pero reconfortante en torno a sus muñecas. Kapaneus tiró de él hacia arriba y lo condujo a un lugar seguro. Beckett se encontró de pie junto a su compañero, temblando y con la Bestia merodeando por la superficie de su mente y queriendo escapar de su prisión.

¿Pero por qué? Beckett había estado más próximo a la muerte en otras ocasiones que en esa estúpida trampa. ¿Acaso estaba la naturaleza sobrenatural del lugar afectando a la Bestia? ¿O había algo más, algo que tenía que ver con el picor de sus manos y su falta de hambre?

Todavía con la mirada un tanto salvaje, decidió que no quería conocer la respuesta. Asintió a modo de agradecimiento hacia Kapaneus y, con cierta inquietud, continuaron hacia delante.

Este y otros acontecimientos de similar extrañeza fueron los puntos culminantes en una búsqueda lenta que les llevó casi la mitad de la noche. No encontraron nada de valor en ninguna de las habitaciones, laboratorios, celdas o bibliotecas. A pesar de haber comenzado pronto con sus indagaciones, ya solo quedaban un par de horas para el amanecer.

Ahora se encontraban en una inmensa sala con forma octogonal. El aire era bastante más cálido que en los pasillos circundantes, hasta tal punto que incluso dos vampiros como Beckett y Kapaneus se sentían levemente incómodos. Las paredes estaban empapeladas, desde el techo hasta el suelo, con largas tiras de papel, cada una de ellas cubierta por cientos de líneas de escritura. La mayoría estaba escrita en latín o en griego antiguo, pero algunas lo estaban en lenguas más esotéricas como el sánscrito, el babilónico, la lengua de Enoch, e incluso algo que Beckett reconoció como minoico lineal A. El Gangrel describió su tercer recorrido de la habitación, sosteniendo el teléfono vía satélite frente a él y sacando fotos frecuentemente con la cámara que tenía en el interior. Kapaneus lo observaba desde el costado, en silencio.

—¿Lo recibes todo bien? —le preguntó Beckett a Okulos después de llevarse el auricular de nuevo hacia la oreja.

—Creo que sí. Me sorprende, sin embargo, que necesites ayuda en la traducción.

Beckett se encogió de hombros aunque Okulos no podía verlo.

—No tengo problemas con el sánscrito o la lengua de Enoch, pero ya estoy algo oxidado con el minoico.

—Ah.

Siguió un silencio solo quebrado por el sonido de un teclado. Beckett se apoyó contra la pared; la mano (que, ¡maldita sea!, volvía a picarle) estaba entre su cuerpo y las tiras escritas. ¡Dios, hacía tanto calor allí dentro!

—Me temo que es más de lo mismo —le informó Okulos un momento después—. Como el latín, consiste casi por completo de textos y teorías Herméticas. Algunos principios taumatúrgicos fascinantes, pero nada referente a lo que andáis buscando.

—Es lo que me temía. Tendremos que seguir… yo… supongo…

Beckett sintió humedad en sus dedos, separó el teléfono de su cabeza y se miró los nudillos. Sangre. Se palpó la cara con la mano libre y también esta quedó bañada por la sangre. Estaba sudando y no era una reacción vampírica al calor, por muy intenso que este fuera.

—Kapaneus —empezó, luchando por aplacar un pánico repentino…

Y entonces lo sobrecogió el dolor. Beckett se sintió como si alguien hubiera prendido una cerilla en su interior, un infierno salvaje que lo consumiría de dentro hacia fuera. La Bestia rugió en su mente, aterrorizada por aquel extraño tormento. El Miedo Rojo lo inundó y fue todo lo que pudo hacer para no salir despavorido de la habitación. Con toda seguridad su sangre debía estar hirviendo en su interior…

Pero, claro...

—¡Kapaneus! —volvió a gritar. Una parte de sí estaba mórbidamente fascinada por el hilillo rosáceo que manaba de su boca al hablar—. ¡Sal de la habitación!

No tuvo que decírselo dos veces al antiguo. Kapaneus saltó hacia la puerta antes de que Beckett hubiera terminado de hablar. El Gangrel lo siguió un momento después.

En el mismo instante en que sus pies pisaron el umbral de la puerta, su sangre empezó a enfriarse. En cuestión de pocos segundos

se sintió mejor, aunque estaba seguro de que aún lo pasaría mal unas cuantas noches. Miró hacia atrás, a la habitación octogonal, a tiempo de ver cómo salía humo de las tiras de papel y cómo se prendían; observó, sin poder hacer nada, las finísimas líneas de llamas que se abrían camino hacia arriba, destruyendo secretos irremplazables de magia antigua.

—¿¡Beckett!? ¿¡Beckett!?

Finalmente oyó la vocecilla que emergía desde su teléfono. Se dio cuenta de que Okulos debía llevar cierto tiempo gritándole.

—Estoy aquí —respondió, sorprendido por lo ronco de su voz y por el temblor de su mano.

—¿Qué ha pasado?

Beckett bufó una vez, golpeando furioso con el puño la pared más próxima.

—Era una trampa taumatúrgica —dijo, con voz áspera—. ¡Los brujos lanzaron un hechizo de sangre hirviente en la habitación! —Negó con un gesto al observar las cenizas que caían al suelo—. Parece que hubiera escapado a su control, puesto que dudo que quisieran destruir sus escritos. ¿Tienes idea de lo importante que esas páginas podían ser? ¡¿La historia que había en ellas?!

—Es una pena, ¿estás seguro de que estáis bien?

—No, pero nos las arreglaremos. Estaremos en contacto. —Beckett cortó la conexión antes de que Okulos pudiera protestar. Miró a Kapaneus, volvió a negar con un gesto y continuó bajando por el pasillo.

No tuvo que desplazarse demasiado. Enseguida desembocaba en otra habitación, cuyas paredes estaban adornadas con murales que representaban la historia de los Tremere. El que estaba a la derecha retrataba a un hombre alto y regio que miraba hacia abajo, a un sarcófago. El de la izquierda mostraba a varios brujos sobre una colina, dirigiendo a un rebaño de gárgolas contra un enemigo invisible. La puerta del final estaba grabada con un diseño abstracto y complejo

que, visto desde cerca, era una repetición constante del cuadrado-círculo, símbolo de la casa y del clan Tremere.

—Bueno, creo que vamos por buen camino —afirmó Beckett, extendiendo la mano para agarrar el picaporte—. Tenemos que estar cerca del centro y… ¡Por Dios Santo!

Había una armadura junto al umbral de la puerta. Carecía de movilidad, como las gárgolas del exterior, pero un par de ojos diminutos lo miraron a hurtadillas desde cada uno de los agujeros vacíos del yelmo.

La visera se abrió con un chasquido y, después de emitir un chillido altísimo que los ensordeció, un auténtico torrente de minúsculos homúnculos salieron en tropel del interior de la armadura. Los seres tenían el tamaño de pequeñas ratas y el aspecto de hombres sin rasgos, como si hubieran sido esculpidos a partir del barro. Se arremolinaron en torno a los pies y piernas de los intrusos. Su tacto era como el barrido de una aleta de un gobio o la caricia de la lengua de una serpiente. A pesar de que vestía unos pantalones gruesos, la piel no-muerta de Beckett se sacudía nerviosa, como si tratara de alejarse de aquel enjambre.

Y mordían. Lo hacían con dientes que, casi con toda seguridad, no eran de barro. Beckett dio una patada y aplastó al primero contra la pared, pero tras él aguardaba una docena más. Luchar contra ellos no era una opción, aún en el caso de que el Gangrel pudiera superar la repugnancia que le inspiraban aquellos seres. El dolor en su pierna sugería que los colmillos y garras, aunque de menor tamaño que los de Beckett, no eran menos potentes; las heridas que producían dolían mucho más de lo que cabría imaginar por su tamaño. Quizá fueran fáciles de matar, pero eran muchos y muy rápidos, y no creía poder aplastar a un número importante antes de que ellos le causaran un daño severo. La idea de ser arrollado o morir ahogado bajo una marea de aquellos bichejos infectos, y de ser devorado mordisquito a mordisquito, bastó para hacerle temblar. Podría convertirse en un murciélago y volar por encima de ellos, pero entonces no podría abrir las puertas, ni consultar los libros. Si lo siguieran…

Espera. Tal vez…

—¡Kapaneus! —gritó Beckett, sin siquiera volverse para ver cómo se defendía su amigo de aquella horda—. ¡Vamos!

Corrió deshaciendo el camino por el que habían llegado. Con las prisas, tiró la armadura, que cayó al suelo con un estruendo ensordecedor. Corrió y escuchó las pisadas de Kapaneus tras él y los chillidos agudos de los homúnculos detrás de sus talones.

Al llegar a la antecámara, giró de pronto y empujó a Kapaneus al guardarropa, dando luego un portazo.

—¡Quédate ahí! —dijo, a voz en grito. Y se marchó de nuevo.

Dudaba de que las pequeñas criaturas fueran capaces de abrir las puertas, lo que implicaba que todas irían tras él…

Aumentó la velocidad de su carrera y volvió a la habitación octogonal. Las cenizas, que eran cuanto restaban de los escritos, se arremolinaron en torno a sus pies. Al instante empezó a sentir el calor, pero se obligó a esperar, permitiendo que los homúnculos entrasen en la habitación detrás de él como un torrente.

Y luego, aunque no podía permitirse el lujo de gastar la sangre que requería una transformación tan rápida, Beckett se desvaneció, su cuerpo perdió cohesión y se convirtió en un banco de neblina muy fina. Se sintió mejor al momento, puesto que aquella forma carecía de sangre que el encantamiento de la habitación pudiera hervir.

Los homúnculos, con sus pequeñas mentes confusas por la súbita desaparición de su presa, vacilaron y miraron alrededor. Aunque el Gangrel no podía ver en aquella forma, sí que podía sentir, y percibió cómo, las minúsculas formas que lo rodeaban y que estaban en su interior, se convulsionaban y comenzaban, una a una, a derrumbarse y transformarse en charquitos burbujeantes que rezumaban. La habitación hedía a sangre y barro tostado. Las pocas que quedaban fuera de la habitación cuando salió de ella y recuperó su forma física fueron muy fáciles de aniquilar.

Beckett se encaminó al guardarropa, hambriento, agotado, dolorido, pero sonriente. Kapaneus y él aún tenían mucho que hacer.

Fortschritt, la casa madre Tremere

Viena, Austria

O quizá no tanto.

Beckett examinó el laboratorio taumatúrgico. Las mesas llenas a rebosar de frascos y quemadores salidos del sueño erótico de un científico chiflado estaban al lado de los braseros repletos de incienso, los círculos de invocación, las fórmulas de alquimia cinceladas en la piedra y de las jaulas en las que solían haber animales o personas encerradas. Incluso ahora, solo Dios sabía después de cuánto sin usar, el lugar olía a productos químicos y a azufre.

No tenía más puerta de salida que la que habían utilizado para entrar.

—Esto no puede estar bien —comentó Beckett y no por primera vez—. Tiene que haber más de lo que hemos visto. Hemos debido de pasar por alto alguna puerta o escalera. —Empezó a recorrer las paredes, golpeando sobre la piedra con los nudillos y examinando las instalaciones de la habitación.

—Beckett —empezó Kapaneus, tratando de calmar a su frustrado amigo—, si hay un pasadizo oculto, dudo que esté aquí. Puesto que aquellos que debían usarlo, interrumpirían el trabajo de sus compañeros para llegar hasta él.

El Gangrel se detuvo y frunció el ceño. El antiguo debía tener razón, ¡maldita sea! Él mismo hubiera llegado a idéntica conclusión de no ser porque estaba exhausto y dolorido. En cualquier caso, se negaba a desandar el camino sin haber rastreado a fondo.

—Jodidos brujos, ¿por qué demonios tenían que hacer el lugar tan complicado? Parece poco probable que un invasor pudiera haber llegado hasta aquí cuando todavía vivían todos ellos y las protecciones estaban activas. —Murmurando todavía, Beckett salió del laboratorio y se dirigió al pasillo, Kapaneus lo seguía de cerca.

Las paredes trepidaron.

Beckett miró atentamente, con los ojos abiertos como platos, mientras los dos laterales del pasillo se movían muy despacio, como las ondas en la superficie de un lago. Gotas de lo que solía ser piedra sólida, cayeron de pronto sobre la alfombra. ¿Era esta otra señal de que la magia que protegía la capilla estaba fallando? ¿O era acaso otra trampa?

Y, francamente, ¿qué demonios importaba? Beckett y Kapaneus corrieron al tiempo que las paredes se derrumbaron tras ellos, emitiendo un sonoro chapoteo, y empezaban a fluir, viscosas e inexorables, tras ellos. El pasillo estaba ya rebosante de piedra líquida, que les llegaba hasta los tobillos y los ralentizaba en su huida, ya que debían abrirse paso por la pesada sustancia. Varios huesos y cráneos amarillentos pasaron flotando a su lado en la marea creciente de piedra líquida. Una mano esquelética casi parecía quererlos atrapar entre sus dedos huesudos mientras se dejaba arrastrar junto a ellos. Beckett solo podía sentir lástima por las pobres almas atrapadas en aquella terrorífica inundación y sospechaba que él estaba a punto de convertirse en una más.

Llevaban solo un paso de delantera a la marea y era una ventaja que no podrían mantener durante mucho tiempo. Cuando se aproximaban a una de las puertas por las que habían entrado, Kapaneus saltó, propulsado por una fuerza bastante mayor que la de Beckett. Se precipitó contra su compañero desde atrás, levantándolo de la pegajosa piedra y atravesando con él el umbral. La presión de la piedra cerró la entrada de un portazo detrás de ellos.

Pese a que las costillas y la espalda le dolían por el impacto, Beckett agradeció, con un gesto de la cabeza, a Kapaneus su rescate. Ya no les quedaba otra cosa que hacer mas que esperar. Aprovecharon el momento para limpiarse la piedra líquida de los pies y los tobillos antes de que se secara y escucharon los sonidos de chapoteo que se adivinaban tras la puerta.

—¿He dicho ya cuánto odio este lugar, verdad? —preguntó Beckett.

—De verdad que no puedo imaginar por qué.

Varios minutos después de que los sonidos detrás de la puerta

hubieran cesado, Beckett decidió que había llegado el momento de ver qué estaba ocurriendo. La puerta no se abriría debido a la piedra que había al otro lado, pero Beckett se abrió camino con las garras por la parte superior de la madera.

El pasillo que estaba detrás de la puerta tenía alrededor de un metro de piedra solidificada en extraños patrones ondulantes. Algunas piezas del mobiliario asomaban aquí y allí, como también lo hacían los huesos que habían visto antes. Beckett se encogió de hombros y empezó a gatear por encima de la piedra, siempre alerta por si el mineral volvía a ablandarse.

Un poco más adelante, se encontraron con pedazos del equipo que recordaban haber visto en el laboratorio. Estaba claro que las paredes líquidas, como tantas otras protecciones del lugar, se habían excedido en su función. Beckett dudaba de que la piedra tuviera que extenderse más allá del pasillo que daba paso al laboratorio.

Al final, sin embargo, había actuado en su beneficio, pues el pasillo donde había empezado todo, había perdido la piedra que constituía sus paredes. Y, en algunas zonas, también el suelo. Tendrían que abrirse paso con mucho esfuerzo, pero los exploradores podrían servirse del mayor de los huecos para llegar hasta el nivel inferior, sin tener que molestarse en encontrar el camino “principal”.

Beckett se dejó caer el primero y se quedó de pie frente a un umbral enorme, el doble de grande que el pasillo que acababa de dejar atrás.

No podía ver las runas grabadas en el suelo bajo sus pies. No percibía las energías arcanas arremolinándose y nunca sabría lo cerca que estaba, en ese instante, de su muerte definitiva.

Kapaneus cayó detrás de Beckett; entornó la mirada. A la espalda de su compañero, levantó una mano fugazmente, como si estuviera espantando a un tábano.

—Muy bien —dijo el Gangrel y miró hacia atrás—, tenemos… ¡Por Dios Santo! —Miró el sello que no había visto y empalideció más que de costumbre—. ¡Menos mal que esta protección no estaba activada, Kapaneus! Nos hubiera achicharrado por completo.

—¿De verdad? —preguntó Kapaneus en un tono indefinido—. Entonces debemos estar agradecidos.

Beckett se detuvo bajo el umbral, sintiéndose repentinamente inseguro y sin deseos de entrar.

—Kapaneus —dijo, con suavidad—, si este es el corazón de Fortschritt…

—¿Sí?

—Cuenta la leyenda que Tremere duerme aquí abajo.

Durante un momento, ninguno de los dos habló. Luego Kapaneus dijo:

—Ya lo sabías antes de que llegáramos hasta aquí, ¿no es cierto?

—Pues sí, pero…

—Así que nada ha cambiado. Hemos llegado hasta aquí, a pesar de lo que sabías. ¿Por qué dar la vuelta ahora?

—Puedo darte unas cuantas razones —murmuró Beckett, aunque traspasó el umbral y supo, sin lugar a dudas, que estaba en el núcleo de la capilla Fortschritt.

La cámara era enorme; tenía un techo abovedado que debía de levantarse por detrás del laboratorio, pues era obviamente más alto que el siguiente nivel. Docenas o incluso cientos de símbolos y runas tan complicadas que Beckett no podía seguir ninguna de ellas se entrelazaban las unas con las otras por todo el suelo. Varias estanterías pendían alineadas de las paredes, algunas repletas de volúmenes polvorientos, otras con un surtido extraño de objetos que el Gangrel supuso debían de ser los componentes necesarios para llevar a cabo diversos rituales. Muchos de los restos combados estaban diseminados por el suelo; había cientos de ellos, quizá incluso miles. Aun así, Beckett no estaba convencido de que pertenecieran a todo el clan, pero tampoco estaba seguro de que no lo fueran. De modo que, si había supervivientes, ¿dónde estaban? ¿Y qué demonios habían

estado haciendo todos aquí?

Estaba claro que la habitación estaba preparada para un ritual, pero uno del que Beckett jamás había oído hablar. Un único e inmenso símbolo dotado del rojo más intenso y de una complejidad capaz de volver loco al más paciente, estaba pintado en el techo. Era el único elemento “habitual” en un ritual. En la pared de la derecha había un mural enorme que representaba el amanecer, tan real que Beckett no pudo evitar encogerse al ver el sol asomando por el horizonte artificial. En el centro de la habitación había un par de candelabros altos y el que las velas aún estuvieran encendidas bastaba para saber que la llama no podía ser natural. La pared más alejada estaba decorada con un bosque de hojas color verde intenso. Las flores brotaban alrededor de los troncos y los rayos de sol se filtraban por el denso dosel arbóreo. Beckett se giró para mirar tras de sí y sus ojos se abrieron como platos. Junto a la puerta por la que habían entrado había una cuna a la izquierda y un ataúd a la derecha. Sobre la pared estaba dibujado un enorme crucifijo, rodeado por la estrella de David, una luna creciente y docenas de otros símbolos religiosos de todo el mundo. Al lado de la cuna yacía una oveja muerta que, evidentemente, había muerto de hambre después del ritual.

Solo la pared de la derecha estaba vacía y en ella había una única puerta (abierta) que conducía a una empinada escalera de caracol que descendía. Incluso desde donde él se encontraba, el aura que manaba de las profundidades provocaba escalofríos al Gangrel. Fueran o no ciertas las leyendas de Tremere, había algo horrible durmiendo bajo aquellas escaleras. Aún temblando, volvió a centrar su atención en la habitación.

—Beckett —le preguntó Kapaneus despacio—, ¿qué ha ocurrido aquí?

—No lo sé —Beckett examinó fugazmente la sala—. El simbolismo es, sin embargo, inconfundible. —Empezó a gesticular—. Sol. Fuego. Fe. Nacimiento. Crecimiento. Todo lo opuesto a la naturaleza vampírica. —Se detuvo junto al cadáver del animal—. Incluso la oveja… Abel era pastor.

—Sí, eso se nos ha dicho.

—Lo que quiera que los Tremere hicieran aquí tenía como objetivo la esencia de lo que somos.

Kapaneus frunció el ceño.

—¿Podría haber sido esta la causa? ¿Podría ser el ritual el responsable de la debilidad de la sangre?

Beckett se arrodilló para estudiar los símbolos que había en el suelo.

—Bueno —dijo, después de reflexionar unos instantes—, no lo creo. Este ritual está muy lejos de mi entendimiento; en realidad, está lejos del entendimiento de cualquiera que yo haya conocido, pero reconozco algunos de los principios. El hechizo tenía como destino a los que estaban dentro de la habitación y no fuera. Teniendo en cuenta lo que hemos visto fuera, no pondría la mano en el fuego para asegurar lo que digo, pero no creo que esta sea la causa.

—¿Una protección frente a la debilidad entonces?

—Es posible, pero esto parece más complejo que un hechizo de protección. Mira de nuevo los símbolos. Estaban tratando de hacer algún tipo de cambio fundamental en sus naturalezas, aunque no puedo imaginar qué…

Beckett no terminó la frase. Paseó por la habitación. Había una mesa junto a la puerta en la que descansaban varios volúmenes, pero nada que pareciera servir de utilidad inmediata. La habitación sembraba aún más dudas, pero no ofrecía ninguna de las respuestas que andaba buscando.

Despacio, su mirada se encontró con la de Kapaneus y entonces ambos miraron a las escaleras que conducían hacia abajo.

—Lo que quiera que hubiera ahí abajo —empezó Beckett con lentitud— debe de haberse marchado. Lo digo porque todo lo demás está muerto.

—Probablemente —coincidió Kapaneus.

—Así que, en teoría, no deberíamos de tener problemas mientras estemos ahí abajo.

—No debe ser más peligroso que el resto del lugar.

—Genial… ¿quieres ser el primero en bajar?

La habitación más profunda de Fortschritt,

La casa madre Tremere

Viena, Austria

Los peldaños de piedra que conducían hacia abajo, y la cámara en la que desembocaban, estaban fríos; no del modo que suele ser habitual en invierno, sino de una forma parecida a la que Beckett experimentó en Kaymakli. Asimismo, estaba vacía, pero de una manera diferente a la antigua ciudad Capadocia. Si alguna vez hubo allí espíritus, ahora habían desaparecido.

Aun así, Beckett no pudo controlar un escalofrío de alivio cuando, al llegar hasta el fondo, descubrieron un enorme féretro de piedra, vacío del todo salvo por una estaca negra rota que yacía sobre él.

Algo había ocurrido allí, eso estaba claro. Beckett podía ver siluetas quemadas en las paredes de aquella cueva. Le recordaban a las fotografías que había visto de las consecuencias de Hiroshima, aunque sabía que ninguna energía natural o elemento fabricado por el hombre había sido la causa de que esas figuras aparecieran. Había en el aire un lánguido hedor a carne quemada. Estaba tan ocupado estudiando las imágenes, tratando de otorgarles algún sentido (estaba bastante seguro de que allí había tenido lugar algún conflicto, a juzgar por las posturas de las siluetas), que no se percató de lo que estaba haciendo su compañero hasta que le oyó decir su nombre.

—Beckett —dijo Kapaneus con suavidad, inclinándose para examinar algo que había visto en el suelo—, mira esto.

El Gangrel fue hasta allí y miró hacia abajo. Junto al féretro, oculto casi por completo entre las sombras, había un libro. Sus ojos se abrieron cuando reconoció el sello personal que había en la tapa.

Era la escritura de Etrius, el brujo más importante del Consejo de los Siete y senescal del mismísimo Tremere.

Beckett lo abrió por la última página. Estaba escrito en latín. Leyó.

… no me queda ya ninguna duda, o esperanza, de que nuestras conclusiones iniciales eran equívocas. No sufrimos ninguna enfermedad, y si es una maldición, está más allá de lo que nuestro Padre podría dispensarnos. Lo que nos convierte en Vástagos se nos está arrebatando poco a poco, quizá por el mundo al completo; pues esta debilidad no está limitada solo al clan Tremere. Esto, me temo, responde a por qué los antiguos son las primeras víctimas. Ellos tienen más poder que perder. Nuestra magia falla. Nuestras naturalezas mismas se corrompen.

Nuestros adivinadores encuentran señales y augurios allá donde miran. La Estrella Roja arde. Los presagios reverberan por todo el globo. Poderes que no deberían existir deambulan por la tierra; podemos sentirlos y, lo que es peor, percibimos cómo escapa nuestra fuerza hacia ellos. Las barreras se debilitan; entre los mundos, entre las criaturas, entre la naturaleza de las cosas.

Y quizá sea esta debilidad nuestra única esperanza, pues si la línea entre lo que somos y lo que éramos se desvanece, quizá podamos cruzarla nuevamente. Es un sueño absurdo, la esperanza de un chiflado, pero debemos intentarlo. Nuestro Padre es poderoso, pero no tanto como ellos. No puede protegernos. Cuando vengan, no debemos ser lo que buscan.

Ya es la hora. Dios mío, si tus oídos escuchan aún las súplicas lastimeras de alguien como yo, por favor, ten piedad.

Con las manos todavía temblando, Beckett depositó el diario, aunque quizá “dejó caer” sería más acertado, sobre el féretro. El estómago se le hizo un nudo; como nunca le había ocurrido siendo mortal, y cayó de rodillas, con el cuerpo convulso a mitad de camino entre el llanto y la necesidad de vomitar.

—¿Beckett? —Kapaneus estaba de pie junto a él—. ¿Beckett, qué te ocurre?

—Es real, es real. Todo es real. —No parecía querer responder a la pregunta de su compañero, de hecho, ni siquiera parecía darse cuenta de que había otro vampiro allí.

—¿Qué es lo que es real, Beckett?

Las barreras caían… Dios Santo, ¿era esa la razón por la que había podido rescatar a Okulos? ¿Había comenzado todo entonces?

—Los Ancianos caminan, robándonos lo que nos convierte en Vástagos. ¿Qué más podría ser? Oh, Dios, pero ahora no. No tan pronto. Todavía no sé, aún no he descubierto…

Las manos empezaron a picarle como nunca antes. Arrancó con brusquedad los restos y jirones que quedaban de sus guantes. Como un diminuto temporal de nieve, el vello flotó con suavidad desde los guantes hasta quedar esparcido por el suelo. Casi no se atrevía a mirar hacia abajo. Estaba convencido de lo que iba a ver.

Lo que nos convierte en Vástagos se nos está arrebatando poco a poco…

Beckett se miró las manos. Sus manos absolutamente normales, carentes de vello y de garras.

—La Gehena —murmuró—. Ha llegado la hora. Ha empezado y ni siquiera sé por qué.

Las lágrimas sangrientas surcaban su rostro, pero él estaba ausente y no se las limpió.

—Beckett —empezó Kapaneus, apoyando una de sus manos sobre el hombro de su compañero—, esto quizá no sea…

Toda su existencia se había puesto del revés en cuestión de diez minutos. Había malgastado su no-vida buscando unas respuestas que nunca encontraría.

Gritó de dolor, rabia y una desesperación que le paralizaba las ideas, y se dejó ir. Sin pensar de manera coherente, la sangre fluyó a sus manos, y a pesar de que sus uñas y vello habían desaparecido,

eran capaces aún de transformarse en unas garras mortíferas. Y la Bestia de su interior despertó con un gruñido y le desgarró la garganta a Kapaneus.

Catedral de Nuestra Señora de la Almudena

Madrid, España

Empezada en el siglo XVI, construida tramo a tramo durante el curso de los siguientes trescientos años, la Almudena no parecía tan antigua y no era, además, especialmente impresionante. Era un edificio sencillo, construido sin pretensiones de ningún tipo y cuyo exterior resultaba casi aburrido.

El interior era, sin embargo, otro cantar. Las lámparas diseminadas iluminaban las numerosísimas pinturas y estatuas que ocupaban los nichos a lo largo de todas las paredes y que recorrían la basílica al completo. Luces más brillantes alumbraban las imágenes que había sobre el altar, despidiendo, además, una luminiscencia dorada por toda la nave. Los arbotantes soportaban el peso de los techos arqueados decorados con azulejos blancos. A lo largo de sus muchos años de uso, la catedral había absorbido el aroma de la devoción, del humo de las velas y el olor combinado de miles de personas.

Bajo la catedral había una catacumba con habitaciones de techos bajos y abovedados; muchas de ellas ocupadas por tumbas más antiguas que la Almudena. Aquí, las grietas del techo ofrecían las primeras pistas de que algo no estaba bien, aunque el daño había sido reparado casi por completo, por lo menos, en este nivel.

Y debajo de las catacumbas estaba el auténtico corazón putrefacto, marchito y muerto de un dominio que Lucifer se hubiera sentido orgulloso de reclamar como suyo.

Y aquí, donde había diversos pasadizos que convergían hasta formar un patrón que solo conocía el propietario de la catedral, había estado la guarida del Arzobispo Ambrosio Luis Monçada, antiguo Cainita, sire de Lucita de Aragón y modelo de fe para todos los miembros del Sabbat. Era un seguidor fanático de su propia línea de cristianos, que mantenía que era deber de todos los Cainitas

reconocer, gozar y ganarse la maldición que ya había caído sobre ellos. Monçada había sido un monstruo entre los monstruos. Rara vez, si acaso lo hacía alguna, abandonaba su guarida. Había gobernado su dominio hasta un punto difícil de conseguir por los vampiros en el mundo moderno. Se servía de sus apoderados para dictar órdenes que sabía que sus súbditos no osarían desafiar. Incluso algunos cardenales se inclinaban ante su experiencia o acudían a él para confesarse y se decía que Monçada representaba el alma misma (si acaso tal cosa existía) del Sabbat europeo.

Podría haber estado aún mejor si hubiera concentrado sus energías en otras obsesiones distintas de las de intentar controlar a su indisciplinada chiquilla Lucita. Finalmente había caído hacía varios años, al enfrentarse y ser consumido por una criatura Abisal que había intentado manipular en contra de su chiquilla y su compañera Assamita.

Desde entonces, y a pesar de haber sido mancillado por los saqueadores de tumbas, los peregrinos y por la misma Lucita, su refugio seguía estando igual que en las horas inmediatamente posteriores a su muerte. Los escombros ensuciaban todas las esquinas de la habitación y bloqueaban la salida a la mayoría de los pasadizos que conducían a la superficie. Fragmentos de cristal, algunos del tamaño de espadas, yacían por todas partes, pues Monçada, a pesar de carecer de reflejo, se había sentido siempre fascinado por los espejos. Los pedazos de las estatuas combinados con las astillas de las librerías caídas, convertían al suelo de la habitación en una trampa mortal; con una punta o una esquina en cualquiera de los ángulos. El polvo y las telarañas lo cubrían todo. Había transcurrido ya cierto tiempo desde que el más desesperado entre los creyentes del Sabbat, el más decidido entre los historiadores Vástagos, pisara aquel lugar.

En el vacío, entre las sombras, algo se removió.

Parecía no ser nada porque carecía de toda sustancia. Parecía una sombra cambiante, una corriente de oscuridad, una ilusión creada por la luz, en un lugar donde no brillaba ninguna.

De alguna forma, en una habitación completamente sumida en

las tinieblas, un punto en el suelo cobró una negrura aún mayor. Si alguien hubiera estado presente, se habría dado cuenta de que apareció en el mismo lugar en el que el Leviatán se había desvanecido en el Abismo después de reclamar para sí a Monçada. Podría haber advertido que se extendía siguiendo la dirección donde solía estar el confesionario del arzobispo; donde escuchaba los pecados de miles de vampiros y los incitaba a que cometieran muchos más.

No se deslizaba como una serpiente. Aquel zarcillo de sombras se prolongaba y ensanchaba como una grieta en la misma superficie de la tierra. A través de ella, empezó a soplar un vendaval extraño e inesperado. El viento era muy silencioso, como si no quisiera molestar al aire que ya había quedado atrapado dentro de la ráfaga. No transportaba ningún aroma consigo. Incluso las bacterias, los hongos y el moho que saturaban la habitación se desvanecían al entrar en contacto con él. Era frío, y no de la manera brutal en que lo es una ventisca o el ardiente frío del hielo, sino como el vacío más definitivo: el escalofrío de un mundo donde el concepto de calidez era algo desconocido.

La grieta se ensanchó más aún. Los escombros, pedazos de piedra quebrada y de viejos volúmenes, caían y desaparecían en su interior. Quedaban para siempre proscritos de esta realidad. Y dentro de aquella oscuridad infinita, algo se movió.

Emergió despacio a este mundo, con indecisión, poco a poco. Una voluta de sombra, como un miembro explorador o la lengua vacilante de un reptil poniendo a prueba su entorno, girada hacia arriba. La siguió, momentos después, una enorme columna de pura y total oscuridad.

Y siguió. Y siguió. El antiguo refugio del Arzobispo Monçada, rebosante de unas tinieblas más densas que la misma noche; y todavía continuó, siguió arrastrando su forma, si acaso se le podía llamar así, fuera del Abismo.

Hacía unos años, una cábala de místicos había intentado invocar desde las profundidades la esencia de su fundador, el Padre de la Noche, el dios que caminaba con aspecto de Vástago y cuyo nombre era Lasombra. Habían, sin embargo, convocado a una criatura del

Abismo que adquirió la forma que adivinó en sus pensamientos y deseos. Había sido, evidentemente, creada a partir de las sombras, pero era, sin embargo, artificial y fabricada por el hombre.

Esta… esta cosa no lo estaba. La imaginación de ningún mortal o alguien que una vez lo hubiera sido, podría haberla soñado; ninguna mirada viva o no-muerta podría haberlo abarcada. Era pura. Era la nada. Era el Abismo.

Y, en otra ocasión, había estado dotado de nombre.

La oscuridad fluyó hacia arriba por los pasadizos de la Almudena; a través de las puertas y ventanas de la catedral. Se encogía frente a la luz que manaba de las estrellas, la luna y las luces de la ciudad, porque venía de un lugar en el que la luminosidad era una intrusa.

No le gustaba, de modo que no tuvo más remedio que lidiar con ella.

En un vecindario de Madrid, en una noche que ninguno de los que allí vivían olvidaría, murieron todas las luces. Las farolas se apagaron. La misma luna y las estrellas dejaron de brillar, todas ellas a excepción de una sola estrella roja que ninguno de los habitantes de la ciudad había visto con anterioridad.

Y la oscuridad se extendió por España como una nube, dejando a los mortales aterrorizados y dando gracias de rodillas cuando las luces regresaron. Se desvaneció, de pronto, en la orilla del Mediterráneo.

Y tras ella, ahora evidente para los Vástagos y el ganado, titiló la Estrella Roja.

Segunda parte: Medianoche

Llegará un tiempo

en que una Antigua Oscuridad

se agitará

bajo una ciudad que ha olvidado

y sorprenderá al antiguo,

su chiquillo.

De esos signos, sabréis

que ha llegado el momento

de exigir la seguridad

de tu Clan. Y de luchar contra

el Padre Oscuro.

—El Libro de Nod, “La Crónica de los Secretos”

La hoguera rugiente, alimentada con los muebles de madera, copias irremplazables de los escritos del Sabbat y las prendas de aquellos que habían sido arrojados, gritando, a las llamas, proyectaba sombras bailarinas en las paredes y suelo de la inmensa sala pétrea. La habitación se estaba llenando rápidamente de humo, lo que hubiera sido un problema si alguno de sus ocupantes necesitase respirar. La mayoría de esos ocupantes bailaba alrededor (y, en algunos casos, a través) del fuego, cantando melodías sangrientas, peleándose los unos contra los otros e insultando a los que la multitud había hecho prisioneros.

—¡Traidor!

—¡Colaborador!

—¡Cabrón!

La sangre había salpicado el suelo de piedra y se había secado entre las grietas para formar algo parecido a una capa de argamasa.

Varios prisioneros habían quedado ya reducidos a cenizas por haber sido el combustible que alimentaba las llamas del fuego. Los demás aguardaban en fila; algunos estacados y otros encadenados. La miserable procesión, flanqueada por jóvenes Cainitas con espadas desenvainadas y pistolas preparadas para disparar, avanzaba, paso a paso, hacia el centro de la habitación. Allí, donde antes se erigía un podio desde el que los cardenales del Sabbat hablaban a sus compañeros, había ahora una guillotina (una auténtica reliquia del Reinado del Terror). La ceniza que se amontonaba en el banco y en el pedazo de suelo inmediatamente contiguo al artefacto, ofrecía un testimonio mudo del número de vampiros que habían perecido ya bajo

la hoja.

Si algo no cambiaba rápidamente, el cardenal Lasombra (conocido solo como Galgo) sería el siguiente. Contaba con muy poco tiempo para idear un plan de huida. Estaba el tercero en la fila, detrás de una pareja de Tzimisce que discutían acaloradamente en español. Los neonatos los matarían y él sería el próximo si no…

El Tzimisce, que estaba justo delante de él, gritó. Emitió un gemido agudo que no sonaba ni remotamente humano. La segunda lo hizo un instante después, con un alarido que fue quizá una octava más agudo que el primero. Se derrumbaron el uno sobre la otra, como si sus huesos no fueran ya capaces de sostenerlos y quedaron entrelazados en algunos puntos donde no existía unión posible. Su carne comenzó a mezclarse y soldarse y, en cuestión de escasos segundos, resultó imposible distinguir si eran uno o dos seres. Rápidamente se derrumbaron hasta formar una masa indescriptible de líquidos, jirones de carne y algún miembro ocasional combado y mutado hasta volverse casi irreconocible. Habían, o eso parecía, sido víctimas de su propia habilidad para moldear la carne y no eran los primeros Tzimisce que sucumbían a esta versión particular del marchitar; en cuestión de pocos meses, el clan se había visto reducido a su décima parte.

Y, según el punto de vista de Galgo, habían escogido un momento pésimo para morir.

El cardenal, que, como solía ser habitual en él, estaba desnudo salvo por los diversos trofeos sustraídos a sus enemigos, se vio empujado como cualquier joven cainita atrapado en las cadenas. Volvió a esforzarse para romper las ataduras, intentó subyugar a sus captores con la fuerza de su voluntad y trató de imponerles sus pensamientos y necesidades. Y, una vez más, falló, tal y como había ocurrido la última vez que lo intentó y la vez anterior a esa. Era débil. Impotente. Eso lo molestaba más que el hecho de saber que su muerte estaba muy próxima.

Solo necesitaba algo más de tiempo.

No se le leyeron sus cargos. No tuvo oportunidad de defenderse, de explicarse o de apelar. En algún momento las masas del Sabbat

habían decidido que algunos antiguos habían traicionado a la secta, uniéndose a la Camarilla o a otros antiguos, debido a la proliferación del caos y a la llegada de la Gehena. Puede que algunos lo hubieran hecho, pero, en este momento, la histeria estaba tan extendida que la Espada de Caín había barrido las filas del Sabbat de arriba a abajo. A excepción de unos pocos, ningún cainita que tuviera más de unos cientos de años estaba a salvo. Aterrorizados por lo que estaba por llegar y animados por los augurios que parecían presagiar el fin, los vampiros más jóvenes se habían rebelado contra todos los antiguos; desesperados por eliminar a cualquier posible agente de los Antediluvianos antes de que estos despertasen. Docenas de antiguos se habían encontrado con sus muertes definitivas a lo largo de las últimas semanas, en lugares como este pero en una puesta en escena de alcance mundial, y todavía quedaban muchos por perecer. No ayudaba mucho el hecho de que aún más antiguos hubieran muerto, no a manos de sus chiquillos, sino por las de sus propios compañeros, porque los vampiros de todo el mundo habían descubierto que la sangre de los de su raza podía aliviar los síntomas del marchitar.

Después de gozar con una sangre tan potente como la de Galgo, los neonatos se sintieron mucho mejor.

Un almacén en Midtown

Houston, Texas

El suelo de cemento ya no estaba vacío; varias filas de pesadas torres eléctricas de metal se apoyaban en él. De las columnas sobresalían gruesas estacas y docenas de Vástagos pendían paralizados de ellas como trozos de carne. Jaulas estrechas, que no contaban con el espacio necesario para girarse, estaban alineadas contra la pared del fondo. Los prisioneros enjaulados estaban sucios, apaleados y eran alimentados con una dieta a base de sangre de perro y cerdo servida con cucharón todas las noches. Sobre unas pasarelas, vigilando entre las filas de jaulas y pilares, había una docena de ghouls armados con poderosas armas de fuego, machetes y pesadas estacas, y un pequeño grupo de vampiros que supervisaba la operación. Cada pocas noches, uno de los antiguos de Houston acudía allí para buscar algo que aliviara su debilidad. Acompañado por un guardia armado, seleccionaba a uno entre el “ganado” para que

solucionara momentáneamente su problema.

Aquella no era la única instalación de aquel tipo. En todo el mundo y, sobre todo, en las ciudades ocupadas por la Camarilla, los “centros de encarcelamiento” estaban convirtiéndose en algo habitual. En su versión oficial, los príncipes y arcontes mantenían que era necesario atajar el malestar creciente y poner en práctica medidas de prevención que serían empleadas únicamente contra aquellos que incitaran a la desobediencia o que perturbasen la paz de alguna manera.

La verdad era, sin embargo, que se habían transformado en campos de concentración en pocas semanas. Los sheriffs y otros “guardianes del orden” apresaban a los neonatos y extraños en las calles a la menor provocación y, a menudo, sin que la hubiera. No obstante, de cara al público, aseguraban que su tarea consistía en salvaguardar la paz y garantizar de la preservación de la sociedad ideada por la Camarilla.

En privado su mandato era mucho más fácil de explicar. Se preocupaban únicamente de mantener a los antiguos alimentados, así como de garantizar que conservaran su fortaleza, y se ocupaban de que los centros de encarcelamiento estuvieran siempre repletos. Y no importaba qué tuvieran que hacer para conseguirlo.

Su elección predilecta eran los neonatos recientemente Abrazados, los Caitiff, los sangre-débil, los extranjeros y recién llegados a la ciudad y, desde luego, cualquiera que fuera encontrado culpable de cometer un crimen. Hablar en público de la Gehena era el cargo más recurrente y muchos de los que estaban bajo custodia eran, ciertamente, culpables de ser unos grandísimos bocazas. En cualquier caso, todos los Vástagos lo bastante débiles para ser secuestrados con facilidad y que carecieran de aliados poderosos que advirtieran su ausencia estaban en peligro. En ocasiones, los príncipes de los dominios más grandes enviaban a su gente a otras comunidades, sobre todo las vecinas, para conquistar nuevos territorios donde obtener una fuente mayor de suministro. Las fuerzas de seguridad mundiales informaban de un grave aumento de los crímenes pasionales, las actividades terroristas, las guerras entre bandas, las revueltas y otros incidentes violentos.

Algunos antiguos intentaban Abrazar rebaños enteros con el fin de crear uno propio. Por desgracia, el Abrazo también había sufrido los efectos del marchitar y, a menudo, sus intentos terminaban con un sinnúmero de cadáveres en lugar de vampiros.

Aquella noche, la príncipe Suadela había llamado con antelación para informar a Jack Fowler de que los visitaría bien entrada la noche. Durante una hora, después de la llamada, tuvo a sus guardias revolviendo el lugar. No le preocupaba la limpieza. Los antiguos conocían e incluso aprobaban las condiciones miserables en las que se mantenía a los prisioneros, pero se desataría el peor de los infiernos si Karen Suadela o cualquiera de los miembros de su séquito descubría aunque solo fuera el más pequeño fallo en la seguridad. Por ello, se comprobaron todos los cerrojos y candados, se aseguraron las estacas en los pechos de los vampiros que pendían de las torres, se volvieron a sincronizar las cámaras de vídeo y se cargaron las armas.

Todo estaba preparado cuando oyeron el rugido de un motor acercándose al muelle de carga que estaba detrás del almacén. Con una sonrisa aduladora en su rostro desaliñado de comadreja, Fowler salió afuera.

Se quedó helado al ver una furgoneta Chevy roja bastante antigua. La Príncipe viajaba siempre en una limusina.

Fowler se dio cuenta inmediatamente de que algo no iba bien. No en vano le habían nombrado supervisor del centro de detención. No perdió el tiempo preguntándose cómo había logrado la furgoneta burlar los controles que había en el perímetro o qué había sido de la Príncipe. Al momento, tenía la Glock en la mano y se tiró de cabeza hacia uno de los muchos botones de pánico que habían instalado en todas las puertas y en otros puntos dentro del recinto.

No lo consiguió. Desde la esquina del tejado, que estaba sobre su cabeza, le cayó una cortina de sombras tan eficaz como una red y que detuvo su avance. Unos brazos de oscuridad lo agarraron y tiraron de él hacia atrás. Fowler salió a trompicones de aquellas tinieblas y regresó por donde había venido hasta tropezar con algo grande e inflexible.

Theo Bell no le dejó volverse. Sencillamente cogió su cabeza

entre las manos y la retorció con dureza y con todas su fuerzas. No estaba seguro de que fuera a funcionar. Desde hacía algún tiempo, su rendimiento físico era bastante impredecible. Había noches en las que se despertaba sintiéndose el más fuerte; capaz de conquistar el mundo con una mano atada a la espalda. Sin embargo, en otras ocasiones, no se juzgaba mucho más capaz de lo que lo había sido en vida.

Aquella noche, por suerte, era una de las primeras. La columna de Fowler se rompió como el cristal. Bell dejó caer el cuerpo y a continuación, para terminar el trabajo, le aplastó el cráneo de un taconazo.

—Eso no ha sido muy hábil por tu parte, Bell. —Lucita se deslizó por una cuerda de sombra desde el tejado. Su descenso fue más tembloroso e inseguro de lo que solía—. Podría habernos sido de utilidad.

—Perdona, Lucita. No lo había pensado. El primero al que podamos drenar ahí dentro será tuyo.

Desde la entrada principal al almacén les llegó el estruendo de las ametralladoras automáticas.

—Si es que queda alguien vivo —añadió Bell. Luego se giró y chilló hacia la furgoneta—. ¡Vamos!

Media docena de Vástagos de todas las edades, credos y clanes salieron como un torrente por la puerta corrediza de la camioneta. Algunos iban armados con pistolas, otros con cuchillos, pero todos tenían armas en las manos y fuego en la mirada. Cada uno de ellos, los seis que había en el vehículo y los otros ocho que estaban atacando la fachada principal, habían sido también prisioneros, como los de dentro, y cualquier posibilidad de devolverle la jugada a la Camarilla era bien recibida. Bell, con una nueva (aunque ya muy usada) SPAS-15 en la mano, los siguió hacia el interior, yéndose luego a la izquierda y buscando refugio una vez estuvo cerca de la puerta. Lucita saltó, se tiró de cabeza, atravesó una de las ventanas superiores y aterrizó encima de uno de los guardias del interior.

No les llevó mucho tiempo. Los bandos estaban equilibrados en

número, pero los defensores eran, sobre todo, ghouls (obstinados pero fáciles de matar) y los Vástagos habían perdido a su líder. Los atacantes, por su parte, eran vampiros del primero al último y contaban con dos de los mejores expertos en escaramuzas que descendían de Caín. Lucita aplastó limpiamente la laringe del hombre sobre el que había caído y rodó hacia delante, esquivando la ráfaga de balas que otro de los guardias dirigía contra ella. De una patada, le arrebató el arma al hombre y además le rompió tres dedos. El ghoul gritó y se dobló hacia delante cuando Lucita le propinó un fuerte puñetazo en el plexo solar. Cogió el arma de donde había caído y, con tranquilidad, disparó sendas balas a la cabeza de un tercer guardia que estaba encima de una de las pasarelas. Se tomó un instante para agradecer que sus rivales fueran solo ghouls (teniendo en cuenta lo despacio que se movía aquella noche, alguien más fuerte hubiera supuesto un grave problema) y se deslizó en busca de nuevos contrincantes.

Por su parte, Bell se limitó a deshacerse de aquellos que lo rodeaban; con la pistola en una mano y la otra con un puño cerrado que propinaba unos golpes que, al menos esta noche, eran más poderosos que de costumbre. La SPAS-15 disparó dos ráfagas y le arrancó la cabeza completamente a uno de los vampiros que custodiaba el almacén. Bell se giró, encogiéndose pero no aminorando, al sentir que una bala impactaba contra su cadera. Lanzó un puñetazo a un ghoul y le destrozó la clavícula. Luego, atraído por el sonido de las armas, cargó contra una pequeña habitación lateral, con la pistola a punto y disparando.

Cuando los disparos cesaron, el humo se disipó y la sangre empezó a secarse, pudieron comprobar que solo dos atacantes habían caído y ambos eran recuperables con la suficiente cantidad de sangre. En cambio, ni uno de los defensores permanecía en pie.

—¡Muy bien, chicos, ya sabéis lo que tenéis que hacer! —gritó Bell—. Malik, llévate a Azure y a Ben, y empezad a apilar los cuerpos en el centro de la habitación. Joseph, hazte con tres pares de ojos y vigilad bien el perímetro. Si alguien aparece, quiero saberlo antes de que tengan siquiera tiempo para pensar. El resto, abrid esas jaulas y bajad a esos chicos de ahí.

Bell y Lucita contemplaron impasibles cómo, los vampiros que habían estado paralizados durante solo Dios sabía cuánto tiempo, se veían liberados de las estacas y se les permitía yacer tranquilos en el suelo. Los otros prisioneros salieron dando traspiés de sus jaulas, gateando ansiosos hacia los cuerpos repletos de sangre, pero un grito de Bell los detuvo.

—¡Joder, esperaréis hasta que los demás se muevan! —dijo, señalando a los Vástagos con agujeros en sus pechos, que solo ahora habían empezado a dar señales de no-vida—. No pienso permitir que se despierten sin nada que llevarse a la boca.

Aquello no era bondad por su parte, solo sentido común. No tenía sentido liberarlos si luego les tenían que asesinar para protegerse de su hambriento frenesí.

—¡Muy bien, escuchad! —volvió a gritar, un minuto después, cuando todos los que tenían que despertar ya lo habían hecho. Todos habían logrado aliviar, en mayor o menor medida, su hambre. Se habían alimentado de los cuerpos y empezaban a mirarse los unos a los otros con ojos siniestros y hambrientos. Bueno, ya iba siendo hora de ponerle punto y final a eso.

—Todos sabéis en qué se está convirtiendo la Camarilla. De hecho, lo sabéis mejor que nadie —continuó Bell—. También nosotros lo sabemos —gesticuló hacia aquellos que lo acompañaban—. Todos lo hemos visto. La mayoría de nosotros ha estado allí, como vosotros. Y estamos haciendo algo para ponerle remedio.

Así era. Desde hacía meses, incluso mientras la Camarilla se hacía más fuerte, violenta y opresora, varias células de lo que se había dado en llamar la resistencia, se habían levantado contra ella. El grupo de refugiados rescatados por Bell y Lucita era solo uno entre muchos, pero era ya de los más numerosos. Contaba con casi cien miembros entre la zona continental de los Estados Unidos y algunas áreas de Canadá. No era mucho, teniendo en cuenta lo que estaba ocurriendo en ambas sectas, pero, por el momento, era todo lo que podían hacer para contrarrestarlo. Se decía que el propio chiquillo de Hardestadt, Jan Pieterzoon, estaba reuniendo una secta más formal con la que oponerse a la Camarilla, pero, hasta donde Theo sabía,

Pieterzoon había desaparecido de la faz de la tierra. Ninguno de los antiguos confiaba en que se pudiera crear una fuerza lo bastante grande como para poderse enfrentar directamente a cualquiera de las dos sectas. Su único objetivo a estas alturas era poder reunir un grupo lo suficientemente numeroso para poder sobrevivir hasta que las sectas recuperasen la coherencia o cayeran bajo el peso de sus acciones. Suponiendo que sobrevivieran y que Dios los ayudase a superar la Gehena, si es que realmente estaba por llegar, tendrían una base para empezar de nuevo.

Desde luego, Bell y Lucita tenían ideas muy diferentes sobre cómo crear esa sociedad novel, si es que llegaba la ocasión. Pero, por el momento, habían acordado de manera tácita no hablar del tema a menos que fuera necesario.

Bell no se lo dijo a los nuevos prisioneros liberados. Sencillamente les ofreció un discurso enardecedor, que no elocuente, sobre las perversiones que estaba cometiendo la Camarilla en las últimas noches, sobre cómo él, antiguo defensor a ultranza de la secta, se erigía ahora en su contra. Lucita sí era una oradora locuaz, pero habían decidido desde el principio que una antigua arzobispo del Sabbat no resultaría tan convincente. En caso de que empezaran a operar en el territorio del Sabbat, entonces sí podría hablar ella.

Como siempre, Bell terminó con una invitación. Y, como de costumbre, solo la cuarta parte de los prisioneros expresaron su intención de unirse. El resto escogió seguir su camino tan pronto como se estuvo seguro de que Bell no los detendría.

—La mitad estarán muertos o volverán a ser prisioneros en un mes —le murmuró a Lucita, mientras los veían alejarse—. Malditos idiotas.

—Ahora son libres. Es todo lo que podemos hacer por ellos —afirmó Lucita, con el ceño fruncido.

Iba contra su instinto y su código moral ayudar a las personas sin esperar recibir a cambio algo importante. Sabía, sin embargo, que estaba haciendo lo que debía, pero había dedicado los últimos cuatro años a convencerse de que, en su fuero interno, era, ante todo, una agente de la condenación y no de la salvación. Sí, estas incursiones

servían a su propósito de desbaratar las operaciones de sus enemigos y reclutar a nuevos miembros. Pero, a pesar de ello, seguía sin sentirse a gusto en su papel de liberadora o compañera. Había aprendido a enfrentarse sola al duro mundo. Hacer algo diferente ahora, creerlo incluso posible, la llevaría a lamentar ciertas cosas que podrían, a la larga, hundirla. Y, si todo continuaba así durante cierto tiempo, eso es precisamente lo que acabaría ocurriéndole.

—Tenemos que irnos —dijo uno de los enjaulados; un joven Nosferatu con un bigote al estilo del viejo oeste que le disimulaba el rostro descarnado, curtido y de color oliváceo—. Los guardias andaban de un lado para otro preparándose para no sé qué. Vamos a tener compañía dentro de poco.

Bell pensó durante unos instantes en aguardar; quería expresarle su malestar a quien quiera que llegase. Al final decidió que no merecía la pena.

—Muy bien, chicos —anunció a los que ya estaban en su grupo y a los que se unían ahora—, vámonos. Tenemos que recorrer un buen trecho y la noche no espera por nosotros.

Mientras que se escoltaba a los nuevos reclutas afuera y se los conducía a una furgoneta de mayores dimensiones (la que estaba aparcada en la entrada principal), Bell y unos cuantos de sus soldados se tomaron su tiempo para poner unas cuantas cargas y rociar el lugar con gasolina. La mayor parte del edificio era de hormigón pero, al menos, podrían retrasar que se volviera a utilizar como campamento de alimentación.

Cuando las primeras volutas de humo se elevaron hacia el cielo, ellos ya habían partido.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

Jenna Cross, ataviada con una de sus camisetas de tirantes anchos, unos vaqueros cortos y su ya habitual pistolera bajo la axila, había modificado su estilo de pretendida roquera por el de heroína de videojuego. Aun así, el hecho de que aún estuviera no-muerta y

pateando traseros y, lo que era todavía más importante, de que la mayor parte del condado de Los Ángeles fuera suyo en lugar de serlo de la Camarilla, le otorgaba el respeto que su vestimenta no parecía merecer. Eso y la luna creciente de su hombro. Cuando había empezado todo aquello con un grupo minúsculo de sangre-débil y el apoyo de un famoso líder anarquista, la mayoría de los que la conocían la desdeñaron. Ahora, con todo lo que había conseguido hacer contra la Camarilla y todo el caos que gobernaba el mundo, su gente (y todos los sangre-débil que habían oído rumores acerca de sus operaciones) empezaba a tomarla en serio. Ignoraba cuántas veces había oído citar El Libro de Nod y todas esas tonterías acerca de los huérfanos y las ciudades regentadas por los sangre-débil en el fin de los tiempos. Francamente, teniendo en cuenta lo que sabía sobre la religión vampírica, todo aquello la asustaba sobremanera.

Bebió un sorbo de su café endulzado en exceso; la cafeína y el azúcar ya no la satisfacían como antes pero, a diferencia de los vampiros “de sangre fuerte” (aquellos que la querían ver muerta definitivamente), todavía podía saborear las cosas. Miró con el ceño fruncido a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa. No le agradaba lo que estaba oyendo.

—¿Cómo nos han encontrado, Rob?

—No tengo ni idea. Solo sé que nuestra gente acababa de llegar a Riverside cuando algunos perros de la Camarilla se les echaron encima como las moscas a la mierda —calló y su labio inferior tembló.

Oh, mierda. Jenna sabía lo que eso significaba.

—¿No pudieron escapar todos?

Rob negó con un gesto.

—Perdimos a Moose y a Laurence.

—Joder…

—Tenían, al menos, a un arconte con ellos, Jenna. A los demás les faltó tiempo para salir de ese infierno. La verdad, no iban con la intención de hacer prisioneros.

—¡Es que, para empezar, ni siquiera deberían haber tenido la posibilidad de ir contra nosotros! —Miró a la pared contra la que había lanzado la taza sin siquiera percatarse. El goteo del café por la pared empapelada la tranquilizó—. Muy bien, no haremos más incursiones en Riverside durante algún tiempo. ¿Cómo están nuestras defensas?

—Eso va un poco mejor —replicó una mujer de cabello oscuro llamada Tabitha—. Todavía no hemos conseguido recuperar Pasadena, pero ya estamos bien asentados en el este de Los Ángeles. Hemos quemado el motel en el que se reunían y también hemos descubierto a uno de sus espías. Chris y Toby le están dando caza en estos momentos y no tardarán mucho en deshacerse de él.

—¿Qué hay de las escaramuzas en el centro de la ciudad?

—Creemos que la primera fue solo una avanzadilla. La mayoría eran ghouls y algunos exploradores de las alcantarillas. Perdimos a unos cuantos allí, pero el enemigo no conquistó ningún territorio.

»La segunda no tenía nada que ver con la Camarilla. Rodeamos a otro grupo de MacNeils pero no accedieron al desarme, así que tuvimos que ocuparnos de ellos.

Jenna suspiró. Los informes eran, básicamente, los mismos que los del día anterior. Y que los de la semana pasada. E iguales a los del mes en curso. Cada noche llegaban a Los Ángeles más sangre-débil desde otras ciudades, e incluso desde otros países, para perseguir su sueño de hacer de una ciudad un refugio seguro para todos los de su clase. Pero, a pesar del continuo goteo de refuerzos, nunca parecían llevar la ventaja. Mantenían a la Camarilla en, más o menos, los mismos lugares que desde el momento en el que dieron comienzo las auténticas refriegas. El que todavía contaran con los efectivos necesarios para mantenerlos en jaque era casi un milagro y se explicaba porque la Camarilla tenía demasiadas cosas de las que preocuparse como para poder enviar los recursos necesarios para librar aquella guerra. Pero una guerra de desgaste no acabaría con ellos. Si los sangre-débil no podían ganar una batalla decisiva, entonces quizá pudieran conformarse con el mismo sistema que habían puesto en práctica los Catayanos antes que ellos; es decir, lograr que para la Camarilla terminara resultando más sencillo

tolerarlos que pelear en su contra. Pero, en cualquier caso, sería solo cuestión de tiempo que pudieran prestarles la atención necesaria. Y cuando eso sucediera, el peso casi infinito de la secta aplastaría a los sangre-débil como una avalancha.

Además tenían que ocuparse de los jodidos MacNeils. Cross había tenido la esperanza de que, ahora que la Camarilla no era la fuerza dominante en Los Ángeles, los demás anarquistas y ella pudieran llegar a algún tipo de acuerdo. No obstante, los MacNeils habían dejado bien claro que no estaban dispuestos a permitir que un don nadie asumiera el mando. Hasta la fecha no habían participado demasiado en el conflicto, pues habían quedado muy debilitados por la guerra contra la Príncipe Tara y luego por la ofensiva inicial de la Camarilla. Pero su costumbre de intervenir de cuando en cuando y de eliminar a todo Vástago que no perteneciera a su círculo social convertía la actual situación de caos en algo mucho más enloquecedor.

—Muchas gracias a todos —les agradeció, finalmente—. Ahora, por favor, dejadme sola.

Solo cuando la habitación estuvo vacía, salvo por la “Última Hija”, esto es, ella misma, pudo oír cómo se abría la puerta que conducía al sótano y las pisadas que avanzaban por la cocina. Ni siquiera se molestó en mirar cuando Samuel cogió una silla y se sentó.

—¿Te has enterado?

—Sí. Lo has hecho bien. Has conseguido mantener alejada a la Camarilla durante bastante tiempo.

—No lo bastante, Samuel. Tampoco he logrado que retrocedieran.

El recién llegado se inclinó hacia delante.

—Quizá podrías intentar acercarte de nuevo a los MacNeils. Tal vez si no insistes en permanecer al mando…

—¡Y una mierda! Yo soy la que consigue que todo permanezca unido. Yo fui quien le pateó el culo a la Príncipe Tara. Yo soy la razón

de que mis hermanos y hermanas vengan a Los Ángeles. ¿Y crees que voy a permitir que otro se aproveche de mis logros?

—Eso es encomiable, Jenna, pero no olvides que tú tienes más que perder que los demás. La Camarilla es una entidad pragmática. Si nos vencen aquí, ejecutarán a unos pocos anarquistas para dar ejemplo y a los demás se les permitirá conservar la no-vida siempre y cuando juren lealtad a la secta. Pero tú… —miró a su hombro y a la marca que lo adornaba—. Puede que la Camarilla esté asegurando en público que la Gehena es un mito, pero muchos antiguos se lo creen. ¿Por qué te crees que están acallando a todos los que hablan de ella? No es solo para atajar la histeria, también lo hacen porque están asustados. Si alguien de la Camarilla decide que eres parte del próximo apocalipsis, pondrán todos los medios a su alcance para deshacerse de ti. Te perseguirán y, si tienes suerte, te matarán. Si no es así, te… examinarán.

Jenna se estremeció, la piel, bajo su marca en forma de luna creciente, se le puso de gallina. En su cabeza oía, una y otra vez, a Samuel citando El Libro de Nod, uno de entre las docenas de pasajes que hablaban de la “Última Hija”, la mujer con la marca de luna creciente. Lo cierto era que Jenna no quería salvar a nadie, excepto a sus compañeros sangre-débil. Y estaba absolutamente segura de no querer verse envuelta en ningún frenesí religioso.

—No soy la única que tiene esa marca —repuso ella.

Algunos de sus seguidores tenían la horrible costumbre de buscar a niñas con cicatrices y marcas de nacimiento con la forma de una luna creciente. Solo en Los Ángeles habían encontrado ya a una docena.

—Cierto —estuvo de acuerdo Samuel—, pero eres la única que ya ha crecido, que forma parte de la sangre-débil y que lidera una revuelta contra la autoridad de la Camarilla. Supongo que, al que crea en la llegada de la Gehena, decidirá que eres la Última Hija.

—Pero…

—No olvides —la interrumpió Samuel— que tus mayores enemigos son aquellos interesados en que tú seas el símbolo de su

arcana religión, no esos que aspiran a arrebatarte tus calles y tu ganado.

No mencionó su nombre en esta ocasión, pero ya la había advertido más de una vez que el más insistente y peor de sus cazadores sería Beckett.

Volvió a estremecerse al pensarlo.

—Eso es —continuó él—, creo que hablaré con mis contactos entre la gente de Hardestadt. Entre todos extenderemos el rumor de que estás a punto de pactar una alianza con los MacNeils, a ver si así la Camarilla concentra sus esfuerzos en evitarlo y te dan un respiro.

Por primera vez aquella tarde, Jenna Cross sonrió.

—Muchas gracias, Samuel.

—Como siempre, Jenna, es un placer.

Fortschritt, la casa madre Tremere

Viena, Austria

—Beckett… Tienes que despertar. Tienes cosas que hacer… Caminos que recorrer.

No. No quería despertar. Le gustaba estar allí. En silencio. Dejándose mecer por el olvido. Sin complicaciones. Allí fuera… Fuera todo era malo.

—Sí, es malo. Y se va a poner peor. ¿De verdad quieres perdértelo?

En el sueño, si es que lo era, Beckett abrió los ojos. Por alguna razón, no se sorprendió al ver el rostro del Malkavian, enmarcado por su cabello rubio desgarbado.

—¿Entonces estoy muerto? —Beckett reflexionó sobre el concepto—. No es tan grave.

—Me temo que aún no. Aunque he visto algunos cadáveres que tenían mejor aspecto y olían mejor que tú.

—Debo estar soñando.

—Muy bien, ¿y lo haces siempre a medianoche? A menos que hayas decidido hacer un cambio dramático en tu vida y que ahora te dediques a trabajar durante el día, eso que dices no me parece probable.

Beckett frunció el ceño.

—No… Había algo…

Empezó a recordar lo sucedido a la inversa. Se vio a sí mismo corriendo enloquecido por los pasillos que se extendían bajo la biblioteca Fortschritt, rompiendo el mobiliario y los libros hasta que se derrumbó. Se vio huyendo de la cámara central, donde habían realizado el ritual Tremere. Se vio lanzándose hacia Kapaneus, contempló cómo lo lanzaba el antiguo al otro extremo de la habitación como si fuera un niño enfurecido. Vio el diario frente a él y recordó las terribles revelaciones que contenía.

—Oh, Dios… —Beckett cerró los ojos con firmeza—. Déjame tranquilo, Anatole.

—No puedo, tienes que despertar.

—¡Me niego a hacerlo! ¡Es la Gehena, Anatole! Tenías razón desde el principio. Este es el fin.

—Desde luego estamos llegando. El león todavía no yace con la oveja, pero la ha emborrachado y ha llamado a un taxi.

Beckett volvió a abrir los ojos.

—¿Te he dicho ya que no pareces tú?

—Te sorprendería saber lo que la muerte hace con el sentido del humor. —Anatole se arrodilló a su lado—. Beckett, escúchame. Di mi vida a cambio de respuestas, o eso pensaba yo. Recuerdo haberme

hundido en la masa rítmica de la Catedral de la Carne y le di la bienvenida. Pero, justo al final sentí una llamada (supongo que podría definirlo así, aunque no era nada tan mundano como un ruido). Era casi como un suspiro de añoranza, una melancolía. Lo seguí o, al menos, parte de mí lo hizo.

»Ya has oído los rumores acerca de mi clan. Ya sabes, eso que dicen, que estamos todos conectados a un nivel inferior al subconsciente. Y es verdad, Beckett. Hay personas y cosas que moran aquí; cosas que ni siquiera el más loco de nosotros podría imaginar. Pero es nuestro hogar. Este es el lugar donde estoy. Formo parte de él. Esa es la razón de que te parezca diferente. He dejado de ser yo mismo.

»Queda lo bastante de mí para recordar quiénes eran mis amigos, Beckett. Pero no podré hablarte durante demasiado tiempo. Ahora mismo estás boca abajo en un pasillo de piedra, donde has yacido sumido en el letargo durante casi tres meses. No puedes quedarte aquí más tiempo.

—Aunque fuera cierto que esto es algo más que un sueño alocado, ¿por qué no? ¿Qué importa si me quedo aquí? ¿Qué más da si muero aquí?

—¿Por qué importa? ¿No es eso lo que siempre has querido saber?

Beckett parpadeó una sola vez en el sueño y, despacio, en el mundo real, sus ojos volvieron a abrirse. Anatole empezó a desvanecerse de la vista, pero todavía no se había ido.

—Anatole, ¿solo te has aparecido a mí? Lucita estaría encantada…

—Lucita no querría verme más, Beckett. Ten cuidado con ella. Te la encontrarás antes del fin y ya no es la que era. Ni siquiera yo sé qué camino escogerá; la oscuridad que la rodea es demasiado densa.

El Malkavian había desaparecido casi por completo y, en su lugar, se erigía una pared borrosa de piedra, una alfombra hecha jirones y un malestar en la mejilla de Beckett.

—Gracias… Anatole. Si acaso sirve de algo, siento que hayas muerto.

—Yo no, ¿estás de broma? Solo tengo que flotar en tu cabeza y ser misterioso. Tú eres el pobre payaso que debe lidiar con la Gehena.

Y despareció. Despacio, con los miembros doloridos, Beckett se puso en pie. Tenía…

¡Hambre!

De hecho, se hizo aún más intensa cuando se percató del detalle. Se sintió como si la Bestia anduviera reptando con las garras por su estómago. Si había estado varios meses sumido en el letargo, ¿se había derrumbado por la falta de alimento o lo había obligado Kapaneus? Le sorprendía, sin embargo, que aún tuviera fuerzas para levantarse.

Tenía la intención de registrar el lugar; comprobar si Kapaneus, por casualidad, aún rondaba por allí o si había optado por la reacción lógica y había salido de allí como alma que lleva el diablo. En cualquier caso, eso tendría que esperar. No podía permitirse el lujo de encontrarse con el antiguo estando así. Teniendo en cuenta que la neblina roja empezaba ya a nublarle la visión, dudaba de su capacidad para mantener el control frente a una fuente de sangre. Y, aunque no podía recordar cómo había ocurrido, Kapaneus ya había sido capaz de deshacerse de él estando sumido en un ataque de frenesí.

Concentrándose tanto como se lo permitía el dolor que sentía, Beckett reunió el poco poder que le restaba para iniciar una invocación mental. No le cabía duda de que Fortschritt, cuando todavía era el dominio de unos hechiceros de talento incomparable, carecía de vida salvaje y de aquellas sabandijas que no quisieran tener los Tremere. Beckett tenía la esperanza de que, ahora que los propietarios habían desaparecido, la naturaleza se hubiera asentado en el lugar.

Así fue y, como respuesta a su llamada, apareció un instante después la primera de las ratas. Beckett, con todo el cuerpo temblándole por la necesidad de mantenerse quieto, permitió que se acercara, primero un poco y luego mucho más. Pensó, durante un instante, que podía verse a través de los ojos del roedor, por lo que

procuró pegarse más a la pared y enviarle ondas de tranquilidad.

La sangre de la rata era escasa e insatisfactoria, como quien le ofrece una sola galleta a un hombre que se muere de hambre. Goteó cálida y algo amarga por su garganta, apenas calmando la sed ardiente que desbordaba su estómago y alma. Volvió a llamar. No parecía que habitaran allí muchas ratas, por lo menos teniendo en cuenta el tamaño del complejo. Solo unas pocas docenas. Sin embargo, después de haberlas engullido a todas, logró calmar lo peor de su hambruna y mantener a la Bestia lo bastante tranquila para hablar con Kapaneus sin volverlo a atacar.

Para sorpresa suya, y aunque nunca lo admitiría, también para su alivio, encontró al antiguo en la cámara principal donde había tenido lugar el ritual. Kapaneus estaba cómodamente sentado en una silla que parecía haber traído consigo desde el piso superior, desde la biblioteca. Se encontraba ojeando un volumen de un alargado montón de libros que se balanceaban.

Sonrió al verlo entrar y se puso de pie.

—Los he reunido para ti —fue todo lo que dijo. Beckett no pudo evitar responderle con otra sonrisa.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Sí, la mayor parte. Desde luego, he salido para buscar sustento. Y lo haría encantado de nuevo si tú lo necesitases.

—Te lo recordaré más adelante. ¿Debo suponer entonces que no existe peligro alguno de que nos descubran estando aquí?

—En absoluto. La fachada exterior continúa derrumbándose. A juzgar por las señales fijadas en las puertas el lugar está condenado, aunque no sé a qué tipo de condena se refiere.

»Tu aparato de comunicación —y, entonces, Kapaneus reprodujo el timbre de su teléfono vía satélite— sonó a menudo durante las primeras noches después de, eh... tu accidente. Luego paró.

—Se le debió terminar la batería —Beckett miró el teléfono y se

preguntó si encontraría alguna toma de corriente allí abajo. Bueno, entre tanto…

Caminó hacia la bolsa donde guardaba su equipo, que estaba colocada en una esquina, y extrajo de ella su portátil. Después de una rápida ojeada, comprobó, por la lucecilla, que aún disponía de la suficiente batería. Se alegró de que no hubiera quedado encendido durante estos meses. Ya era hora de averiguar qué había acontecido en el mundo en su ausencia. Justo después, Kapaneus y él marcharon al exterior y encontraron algo más satisfactorio que una sencilla rata.

Fortschritt, la casa madre Tremere

Viena, Austria

—Déjame ver si lo entiendo —pidió Kapaneus, mirando escéptico el portátil—, puedes recibir mensajes escritos en este aparato de cualquiera en el mundo que tenga uno parecido.

—Sí, esa es la explicación, a grandes rasgos.

—¿Y dices que no tiene nada que ver con la magia?

—No, en realidad tiene mucho que ver con los principios generales que rigen el teléfono.

—Es fascinante. —Kapaneus se inclinó hacia delante—. ¿Y solo necesitan saber el nombre del receptor del mensaje?

—Bueno, algo así.

—Este mundo al que me has traído es verdaderamente asombroso.

Por desgracia, de las conclusiones que Beckett sacó al leer, no solo los mensajes de Okulos sino también los de sus otros contactos por todo el mundo, había pocas razones más por las que recomendar la era moderna. Eruditos, ocultistas y nodistas desaparecían a velocidades alarmantes. Con toda seguridad, algunos debían haberse escondido con la esperanza de capear el temporal, pero Beckett tenía la sospecha de que la mayoría debía de haber muerto a manos del

Círculo Interno por hablar sobre la Gehena. El Sabbat estaba degenerando en una multitud violenta y desorganizada (y que no parecía que fuera a cambiar), mientras la Camarilla empezaba a parecerse a un Cuarto Reich. El marchitar se había extendido por casi todos los niveles de la sociedad de los Vástagos y se informaba de extraños sucesos en todo el globo. La Mascarada era una pompa de jabón a punto de estallar; un solo acontecimiento catastrófico en el lugar o momento equivocados podría descubrir todo el pastel.

—No podías dejar que pasara este tiempo durmiendo, ¿verdad, Anatole? —murmuró Beckett.

Kapaneus parecía igualmente preocupado cuando el Gangrel le hizo un resumen de lo que había estado ocurriendo.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó el antiguo después de mantenerse en silencio un buen rato.

Beckett aspiró profundamente aunque no lo necesitaba.

—Voy a continuar con lo que estaba haciendo. Mi concepción del mundo se… bueno, se ha ido a la mierda. Pero la base no ha cambiado. Nuestra raza fue creada por alguna razón, Kapaneus. Estoy, ahora más que nunca, convencido de ello. Si tenemos un fin, también debimos tener un comienzo. Y voy a descubrir cuál fue.

—Es un objetivo admirable, Beckett. Pero esto es la Gehena y no te queda mucho tiempo.

—No. —El Gangrel se miró con recelo las manos. Después de verlas tantos años cubiertas de pelo, la suave piel parecía completamente antinatural—. Así que tendremos que darnos prisa.

Fortschritt, la casa madre Tremere

Viena, Austria

Beckett era un investigador experimentado, como correspondía a un arqueólogo, historiador y erudito, pero Fortschritt contaba con un sinfín de libros. Revisarlos todos le llevaría meses y sabía que ya no contaba con la eternidad. Lo mejor era empezar por el centro e ir hacia

fuera. Comenzó, por tanto, estudiando el diario de Etrius, abordándolo desde las fechas más recientes hasta las más lejanas. Entre tanto, Kapaneus examinaba atentamente otros volúmenes que ya estaban en la cámara principal cuando ellos llegaron allí.

Incluso en su diario privado, el mejor de los magos Tremere parecía estar poco dispuesto a explicar los detalles específicos de lo que llamaba el ritual de la “Señal Roja”. Beckett seguía sin saber qué objetivo pretendían conseguir, aunque empezaba a tener sus sospechas. En cualquier caso, estaba claro que los brujos estaban asustados. Había numerosas referencias a señales y augurios, a fracasos de rituales en los que habían confiado ciegamente en el pasado, a los primeros síntomas de la debilidad de la sangre y, en las últimas fechas, se hablaba a menudo de la “contaminación Tzimisce”. Era evidente que, cualquiera que fuera el objetivo del ritual, Etrius creía que se trataba de la última esperanza para su clan. Explicó claramente que, si fracasaba, todos los Tremere perecerían. Beckett estaba intrigado por una línea en particular, que decía:

»Por lo menos, tengo la tranquilidad de saber que el destino que nos aguarda, si fracasamos, es el mismo que espera a nuestros enemigos.

Pero no continuaba explicándose y Beckett pronto se encontró leyendo acerca de otros temas.

—Beckett —inquirió Kapaneus unas cuantas horas después, levantando la mirada del libro que tenía entre las manos—, ¿no mencionaste a los Catayanos?

Hizo un repaso mental de la información que Okulos le había enviado. ¿Había algo sobre…? Ah, sí.

—Así es, al parecer han desaparecido todos de la Costa Oeste y nadie sabe la razón. Francamente, no lamento que se hayan ido.

—Según esto, los Usurpadores los estaban investigando. Estudiaban su mitología y también sus características físicas.

—Qué interesante —reflexionó Beckett—. ¿Estaban planeando lanzar algún hechizo sobre los Catayanos? ¿O acaso formaba parte

de su estudio de la naturaleza de los Vástagos? ¿Era tal vez algún tipo de preparativo para el ritual de la Señal Roja?

—No lo dice. Pero, ¿puede ser que sus actividades fueran las responsables de la desaparición de los Catayanos?

Beckett estuvo de acuerdo en que podía ser el caso, aunque no le parecía probable. Como no llegaron a ninguna otra conclusión, siguieron investigando.

Fortschritt, la casa madre Tremere

Viena, Austria

Finalmente, Beckett cerró el diario de Etrius. Se recostó en la silla y, mientras jugueteaba ensimismado con una gota de sangre que manchaba la tapicería, miró con tristeza el cadáver que yacía a su lado. No había sido su intención matar a aquel hombre, de verdad. Pero, después de su prolongado letargo, estaba resultándole difícil controlar su hambre. Y lo que era peor, una parte de sí no podía evitar encontrarle el lado positivo a haber drenado y dejado seco a aquel hombre, es decir, que no tendría que volver a alimentarse durante algún tiempo, por lo que podría dedicar más tiempo a su investigación. No pudo evitar sentirse culpable al explicar su asesinato accidental en unos términos tan cínicos. Y probablemente fuera ese sentimiento de culpa lo que le obligaba a mantener el cadáver donde pudiera verlo, en lugar de esconderlo en alguna habitación vacía.

Kapaneus lo miró al escuchar el sonido del libro cerrándose.

—¿Te has enterado de algo?

—Quizá.—Mientras meditaba, sus ojos permanecían descentrados. Entonces parpadeó y miró a su compañero.

—Los Tremere no estaban particularmente interesados en saber dónde o cómo surgieron los Vástagos. Estaban más interesados en manipular nuestras naturalezas y habilidades para que nuestro potencial rindiera al máximo. En cualquier caso, hay un par de cosas aquí que podrían llevarnos en la dirección adecuada. ¿Sabes algo de la intención que tenían los Tremere de destruir a los Salubri?

Kapaneus asintió.

—La pusieron en práctica mucho antes de que yo entrara en Kaymakli. Ya entonces, los Usurpadores daban caza a los Salubri por creerlos demoníacos.

—Bien. En ese aspecto, casi consiguieron lo que se proponían. Hasta hace unos pocos años, la población Salubri solo contaba con un número de dos dígitos e incluso menos. Pero aquí —y Beckett golpeó el diario una sola vez—, Etrius menciona a una Salubri llamada Rayzeel que recientemente había despertado del letargo. Una chiquilla del mismísimo Saulot.

—¿De verdad?

—Sí. Saulot era el mejor estudioso de la naturaleza vampírica y un grandísimo profeta de la Gehena. Sin mencionar que era más antiguo que la tos. Rayzeel podría contarnos mucho sobre sus investigaciones. ¡Maldita sea! Puede que Saulot le haya hablado sobre el principio y contado cosas del mismísimo Caín. —A pesar de que a Beckett le había costado aceptar que la Gehena era un hecho, se sentía intrigado por saber si el mito de Caín sería o no cierto.

—¿Y los Tremere no intentaron destruirla?

Beckett abrió el diario, que crujió, y lo leyó.

—A la luz de los acontecimientos que rodean al Padre y los augurios de los que hemos sido testigos, no puedo permitir que una fuente tan valiosa de conocimientos e información perezca por un antiguo rencor, aunque ese rencor sea nuestro. No le comunicaré al Consejo mis descubrimientos y tampoco le contaré a nadie dónde está ella. Esta fuente de sabiduría me la guardaré con la esperanza de que pueda salvarnos.

—¡Entonces sobrevivió! —Kapaneus sonrió.

—Sí, sobrevivió… Y, si no lo hizo, no fueron los Tremere quienes la eliminaron.

—¿Por qué estás tan abatido?

—Porque —respondió Beckett— Etrius no se tomó la molestia de escribir cómo la encontró o dónde podría estar.

—Ah —meditó el antiguo—. Sí, eso podría convertirse en un problema.

Beckett maldijo y su brazo tembló cuando tuvo que controlar la necesidad de lanzar el libro al otro extremo de la habitación.

—Rayzeel puede ser la mejor fuente de respuestas que jamás haya existido. ¡Es chiquilla de Saulot, por Dios Santo! ¡Y no tengo ni puta idea de dónde buscarla!

—Podemos mirar los demás libros, Beckett. Estoy seguro de que en algún sitio…

—No. Si Etrius quería mantener el secreto, debió ser muy discreto. —El Gangrel suspiró—. Hay otra pista aquí. No tan prometedora y muchísimo menos atractiva a nivel personal, pero…

»Hace tiempo estuve en Los Ángeles. Creo que justo antes de que los Catayanos empezaran a desaparecer. Estaba investigando unos rumores acerca del ataúd de Caín.

Kapaneus enarcó una ceja.

—Sí, eso mismo pensé yo. Al final, resultó ser tan auténtico como un peinado Nosferatu. Maldita sea, me dijeron incluso que habían visto a Caín en algunos sitios.

—Esto no es prometedor, Beckett.

—Tienes razón, pero escucha. Una de las personas involucradas en todo ese lío era un líder anarquista llamado Jack Sonrisas. Bien, de acuerdo con esto —y volvió a ondear el diario— Jack se convirtió en un hombre muy ocupado desde que me marché. Ha estado reuniendo reliquias de los Vástagos desde los cuatro confines del planeta y me refiero a reliquias auténticas. Es más, Jack se ha estado comportando de una manera muy extraña últimamente. Ha pasado más tiempo hablando de las profecías de la Gehena y citando El Libro de Nod que ocupándose de hacer estallar cosas.

—¿Y crees que eso es importante?

—Pues Jack no es el tipo de persona que yo esperaría ver interesado por la religión. Iré al grano; Etrius pidió a su gente que se acercara a Jack para recuperar algunas de esas reliquias. Pero Jack no estaba dispuesto a venderlas y los Tremere encontraron sus respuestas en otro lugar, de modo que no siguieron con el tema. Pero Etrius estaba convencido de que Jack sabía algo, que, de algún modo, tenía una idea clara de lo que estaba por llegar. Opinaba que no era un simple nodista de pacotilla. Me gustaría saber cuál es su fuente y estoy seguro de que podremos encontrarlo más fácilmente que a Rayzeel.

—Desde luego. ¿Nos vamos entonces?

Beckett asintió.

—Permaneceremos aquí unas pocas noches, el tiempo suficiente para que Cesare traiga el avión hasta aquí y lo prepare para otro vuelo intercontinental. Pero, si no encontramos algo de más interés en estos libros, nos marcharemos a Los Ángeles.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

Victoria Ash frunció el ceño levemente para expresar su descontento al verse interrumpida. Recostó a la joven mujer semi-inconsciente entre las sábanas, se limpió con elegancia la sangre que le mojaba los labios y se acercó a la puerta del dormitorio.

—Creo recordar que pedí que no se me molestara, Allan.

—Mis más sinceras disculpas, Señorita Ash. Ha venido el Señor Beckett a verla. Dice que es muy urgente.

¿Beckett? ¿Aquí? Ash tuvo que controlar un súbito ataque de pánico. Si Hardestadt lo averiguaba…

Pero no podía mandar que lo echaran sin más. Entre otras razones, dudaba de que sus guardias estuvieran dispuestos a correr el

riesgo. Lo mejor era averiguar lo que quería y urgirlo a marcharse lo más correcta (y rápidamente) posible.

Se vistió con una ligera bata de seda, abandonó la habitación y se dirigió al entresuelo abalconado que estaba por encima del primer piso. Ahí estaba: caminaba entre los objetos y esculturas ordenadas, deteniéndose, claro, en las curiosidades históricas. Miró hacia arriba como si hubiera percibido su presencia.

—Hola de nuevo, Victoria —la saludó con un movimiento de la mano.

La mujer dibujó una sonrisa educada en sus labios y le devolvió el saludo.

—Muy bien, Allan —dijo, por encima de su hombro—. Hazlo esperar en el despacho.

Sin esperar una respuesta, volvió a su habitación y empezó a vestirse con algo más formal.

La plantación Thompson

A las afueras de Savannah, Georgia

Victoria entró en el despacho y cerró con firmeza la puerta detrás de ella.

—Muy bien, Beckett. En el nombre del cielo, ¿qué estás haciendo…?

Para la mayoría de los Vástagos y, desde luego, también para los guardias mortales de Ash, el hombre que estaba sentado detrás de la mesa se parecía a Beckett. Se movía como él, hablaba como él e incluso olía igual. Pero, a pesar de lo debilitada que estaba Ash por su propio marchitar, su poder de percepción no tenía aún rival y conocía a Beckett personalmente, además de muy bien. No se había dado cuenta desde el balcón, mas ahora, al estar tan cerca, detectó el disfraz ilusorio, aunque fue incapaz de ver a través de él.

—¿Quién eres? —inquirió, con voz fuerte y enojada. La voz de

una antigua en su refugio, una que no se toma con sentido del humor las sorpresas como aquella.

—De hecho, no creo que nos hayan presentado formalmente, Señorita Ash. —La apariencia de Beckett cambió, languideció y dejó paso a un hombre fornido, que vestía una gruesa camisa de franela y tenía la barba espesa—. Mi nombre es Samuel. Disculpe esta pequeña charada. —Samuel se levantó y rodeó la mesa—. Tengo solo unas cuantas preguntas que formularle sobre esas reliquias que compró a Beckett y pensé que si creía estar hablando con él…

—¡Oh, por Caín! ¿Cómo sabe usted eso? ¿Le ha enviado Hardestadt? Ya lo hemos hablado antes. Me gustaría que…

La hoja atravesó sin esfuerzo la garganta de Ash, desgarrando la carne y los cartílagos de una sola vez. No bastó para decapitarla, pero sí para evitar que hablara porque el aire de sus pulmones escapó inútilmente por las cuerdas vocales cercenadas.

Unos pocos meses atrás, esto hubiera supuesto un inconveniente menor. Ash había aplastado la voluntad de vampiros mucho mayores que ella bajo el peso de sus emociones y de su presencia antinatural.

Pero ahora, debilitada como lo estaba, la sangre respondía lentamente a su mandato. Vio a Samuel encogerse, mas no desmoronarse como debería haber hecho. En lugar de ello, el cuchillo (un arma horrible y ganchuda, muy parecida a la que se utilizaba para sacar las entrañas del pescado) penetró en su cuerpo una y otra vez. Y en cada ocasión, la ya debilitaba concentración de Ash vacilaba un poco más.

Entonces Samuel se puso a trabajar en serio. Salvo las noches que había pasado como prisionera de los Tzimisce durante la ofensiva del Sabbat en la Costa Este, no había experimentado una tortura ni remotamente parecida a la de ahora. El vampiro le arrancó jirones de carne milímetro a milímetro. Su sangre salpicó las cuatro paredes y sus prendas quedaron hechas trizas. Y solo cuando su visión empezó a oscurecerse, cuando el mundo pareció detenerse, pudo Ash percatarse de lo que Samuel estaba haciendo.

Su último pensamiento coherente fue: espero que Beckett te destripe por esto.

Samuel contempló con parsimonia cómo se pudría rápidamente el cuerpo y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ceniza a las cenizas —bromeó con sarcasmo, y se echó a reír.

Un rápido vistazo a su alrededor bastó para confirmar de que la habitación tenía justo el aspecto deseado. No quedaban restos del cadáver, claro está, pero las salpicaduras de sangre y los jirones de ropa sugerían que había acontecido un ataque salvaje. La hoja ganchuda del cuchillo dejaba marcas que podían confundirse con las dejadas por unas garras. Y todos los sirvientes habían visto entrar a Beckett. Sí, aquello bastaría para convencerlos.

Lentamente, Samuel desapareció de la vista. Puso en práctica otra versión de su capacidad para disfrazarse, confundir y ofuscarse, y se dirigió abajo para robar los objetos que Ash había comprado a Beckett hacía tres meses.

Textiles Gutiérrez

Ciudad Juárez, Méjico

La puerta estalló en mil pedazos hacia dentro y Fatima se detuvo en el umbral abierto, preparada para un derramamiento de sangre.

No tendría que haberse tomado la molestia.

Como en todos los casos anteriores, la habitación estaba repleta de vampiros en estado de rápida descomposición. Los cuerpos yacían en el suelo, sentados en las sillas; habían muerto, todos ellos, antes siquiera de poder ponerse en pie. El sensible olfato de Fatima podía percibir el lánguido hedor de la sangre y, curiosamente, el olor de la arena del desierto. La habitación conservaba aún cierta calidez.

La mayoría de los líderes de la Mano Negra yacían frente a sus ojos; sus cenizas empezaban ya a mezclarse con el polvo. Puede que algunos hubieran sobrevivido, puede que incluso Aajav Khan estuviera ahí fuera. No obstante, la secta dentro de la secta que había

aterrorizado hasta a los descendientes más monstruosos de Caín, había desaparecido por completo.

Como hacía en cada ocasión, Fatima se arrodilló y empezó a rezar. Le pidió fuerza y sabiduría a Alá.

Y pidió al Todopoderoso que, si la extraña fuerza a la que seguía, la criatura por la que se sentía inexplicablemente atraída, era lo que sospechaba, su pasaje a la muerte definitiva fuera más rápido e indoloro de lo que había sido para el resto de las víctimas.

Almacén y envasadora de carne Carver

Riverside, California

En la inmensa sala reverberó el sonido de sus pisadas sobre el suelo de hormigón. Sin embargo, el sonido era rápidamente absorbido y silenciado por las filas de carne congelada.

Los vampiros, claro, no estaban interesados en las vacas muertas. Su objetivo era una segunda sala a la que se accedía por la parte trasera del congelador principal.

—Quiero saber qué ocurrió —siseó Hardestadt, enfurecido. Aquella no era la primera vez que estaba tan enojado—. Sea como sea, quiero a toda su gente estacada al amanecer. —Su voz temblaba de ira y era lo bastante silenciosa para que los demás, que caminaban varios pasos por detrás de la pareja que discutía, no pudiera oírlo.

Federico di Padua, aparentemente impávido frente al enojo del Fundador, se limitó a encogerse de hombros.

—Pese a que ciertamente estoy afectado por la muerte de la Señorita Ash, Hardestadt, ¿no te parece que quizá sea para mejor? Últimamente decías que no esperabas que Ash continuara con esto. —Dio un paso hacia un lado y se detuvo, permitiendo que uno de los ghouls (que además era el encargado nocturno del lugar) pasara delante, con la llave en la mano, y abriera la puerta que estaba delante de ellos.

—Tú dijiste —continuó en un susurro—, que era demasiado débil

y que esperabas que, al final, se volviera en nuestra contra. Estabas convencido de que acabaría trabajando con Bell, el traidor, o con Beckett.

Di Padua omitió deliberadamente a Jan Pieterzoon, de la nueva secta de los Neftalíes, de quienes se decía que colaboraban en ocasiones con los descontentos de Bell. Lo más probable era que Ash hubiera terminado acudiendo a Pieterzoon, con quien había compartido mucho en el pasado. Pero traer a colación al chiquillo díscolo de Hardestadt no era una forma recomendable de congraciarse con él.

—Ahora has matado dos pájaros de un tiro. Alguien se ha encargado de Ash por ti y, además, tienes un caso aún más grave que plantear a los justicar y al Círculo Interior. Beckett ya no es solo una amenaza potencial; ha asesinado a una antigua muy respetada por la Camarilla. Regresó a los Estados Unidos, discutió con su cómplice (posiblemente por las reliquias que le robó al marcharse) y descuartizó a la pobre mujer. Tendrás a los arcontes siguiéndole la pista en cuestión de unas pocas noches, incluido yo, si lo deseas… Serán arcontes de más confianza que el traidor de Bell.

Los otros dieron un paso atrás para que di Padua y Hardestadt pudieran entrar primero a la habitación del fondo.

El aroma de la vitae de los Vástagos era sobrecogedor, aun disimulado como estaba por la gelidez del aire refrigerado. El sonido de la sangre goteando, completamente amortiguado en el exterior por las paredes y la gruesa puerta de metal, les inundó los oídos. La sangre se recogía en sumideros que habían sido especialmente modificados para albergar aquella valiosa sustancia en contenedores reutilizables. No querían desperdiciar ni una sola gota.

Vástagos, la mayoría neonatos, pendían inmóviles de grandes ganchos de metal anclados a las paredes. De sus pechos sobresalían broquetas de madera. Grandes latas de plástico colgaban del techo junto a ellos y estaban equipadas con unos tubos de los que bebían los vampiros apresados. La sangre de aquellos contenedores era, principalmente, una mezcla de sangre de cerdo y de vaca (fácil de obtener en una planta envasadora), con alguna parte de sangre de

rata, de perro y de ser humano. Cada pocas noches, les quitaban las estacas durante unos instantes para que los prisioneros pudieran alimentarse. Para evitar que huyeran, sus pies siempre estaban a unos centímetros por encima del suelo, de forma que no pudieran desengancharse ni siquiera cuando podían moverse. Y, por ende, muchos tenían las manos atadas o esposadas detrás de la espalda.

Había numerosos guardias vigilando por el perímetro de la habitación o de pie junto a la única puerta de salida. Estaban bien armados y, en cualquier caso, ningún fugado tendría la fuerza suficiente para vencerlos.

—No “hemos matado dos pájaros de un tiro” —respondió Hardestadt mientras caminaban entre los cuerpos colgantes. Parecía tan despreocupado como si estuviera mirando los productos de una boutique—, porque Beckett no lo hizo y ambos lo sabemos. Desde luego, estoy a favor de utilizarlo en su contra, pero quiero saber quién lo hizo y por qué se tomaron tantas molestias para implicar a Beckett. Para bien o para mal, me desagradan los misterios.

»Es más, ¿no se te ha ocurrido —continuó Hardestadt— que quizá no quiera que los arcontes anden metiendo las narices en esto?

—¿A qué te refieres?

Hardestadt se detuvo junto a un Vástago joven, un neonato que había sido lo bastante audaz para asesinar a su sire en defensa propia cuando el vampiro mayor había intentado diabolizarlo para mitigar los efectos de su marchitar. El “crimen” de destruir a otro Vástago era una excusa más que suficiente para convertirlo en pienso. El Fundador acarició la espalda y el cuello del chiquillo. A pesar de que estaba estacado y paralizado, el prisionero pareció estremecerse.

—Quiero decir que no todos mis arcontes son tan leales como tú. Con tantos de los nuestros buscando sangre más poderosa para aliviar su creciente debilidad, correríamos el riesgo de que demasiados arcontes quisieran mantener a Beckett vivo. Y, si lo hacen, podrían querer interrogarlo y muchos de ellos tienen medios para determinar si sus respuestas son ciertas o no. Podrían llegar a la conclusión de que no asesinó a Victoria Ash. Además —añadió casi en un susurro— podrían descubrirse cosas que no quiero hacer públicas.

—Bastante lógico. ¿Quieres entonces que yo le dé caza?

Hardestadt miró al arconte. A pesar del uso cuidadoso que hacía de criminales y, por ende, de su sangre, los síntomas de la debilidad de di Padua empezaban ya a ser muy evidentes. Entre otras cosas, estaba perdiendo la apariencia repulsiva que había heredado de su sire; tenía menos arrugas, verrugas y llagas en su retorcido semblante. Muchos Nosferatu podían evaluarse por su fealdad y Hardestadt no podía evitar preguntarse qué harían si pudieran deshacerse de esa particular maldición que sufrían. Si la sangre de los neonatos ha sido capaz de hacerte esto, ¿podría la sangre de Beckett devolverte tu aspecto de mortal? ¿Es eso lo que quieres comprobar, arconte di Padua?

—No —respondió el Fundador—, no te quiero cerca de Beckett. De hecho, quiero que averigües quién asesinó realmente a Victoria y que me informes a mí personalmente. —Hardestadt continuó hurgando y manoseando, como si estuviera escogiendo una pieza de carne—. Este servirá, será algo distinto de lo habitual.

»Muy bien, arconte di Padua —continuó el Fundador, dando un paso atrás para que los trabajadores de la planta pudieran venir a descolgar el alimento escogido. Al hacerlo, se escuchó un sonido húmedo—. ¿Estamos seguros de que Beckett está en los Estados Unidos?

—No, no lo sabemos con seguridad. Aunque mis espías lo han visto en algún lugar de Oregón haciendo preguntas sobre lo que está ocurriendo ahora en Los Ángeles. Supongo que será allí donde irá luego, pero ignoro la razón.

—¿Y confías en tu fuente?

—Es un compañero de clan que ya me ha pasado información en otras ocasiones. Es tan de confianza como cualquier otro de los nuestros, es decir, confío en él siempre y cuando alguien no le haga una oferta mejor.

—Muy bien.

Hardestadt sabía que iba a tener que encontrar a alguien en

quien pudiera confiar para matar a Beckett, alguien que hiciera bien el trabajo. Puesto que hasta la lealtad de los arcontes estaba en entredicho últimamente, tendría que ser alguien externo a los canales habituales. Afortunadamente, y a pesar de lo remiso que era Hardestadt a llamarlo, conocía a la persona perfecta para ello.

Una vez tomada la decisión, Hardestadt hundió sus colmillos en el neonato paralizado y le drenó la sangre y el alma fría y tranquilamente. No derramó ni una sola gota de su no-vida o de su alma. Mucho después de que hubiera consumido la cantidad suficiente para recuperar toda su fuerza y mantenerla durante varias noches, Hardestadt continuó bebiendo, hasta que no sostuvo otra cosa que polvo entre las manos y un floreciente amor por el asesinato en su corazón.

Aeropuerto de Apple Valley

Apple Valley, California

Pese a que sobre su futuro más inmediato pendía la amenaza de peligros y dificultades inesperadas, Beckett se sentía agradecido de que coger un avión fuera a dejar de ser necesario, al menos por unas cuantas noches. En el viaje de Viena a los Estados Unidos, el único momento de paz lo había tenido durante el sopor en el que se había sumido durante el día. Cesare, siempre artificialmente leal a su señor, le habló con elocuencia (o algo parecido) en las últimas horas del viaje. Decía haber estado preocupadísimo cuando Beckett desapareció durante varios meses en Viena. ¡Qué agradecido le estaba a Dios por haberle devuelto a su Signore! ¡Cuánto le preocupaba que sus actividades actuales lo pusieran en peligro de nuevo! Le hablaba en inglés, italiano y portugués; en persona y, a veces, incluso por el intercomunicador.

Para el Gangrel era aún peor saber que la constante efusividad de Cesare era debida a que tenía la mente y las emociones esclavizadas. A Beckett, un viajero mundial, un Vástago independiente y un gran devoto de la libertad personal, siempre le había desagradado aquello.

Entre soliloquios, en el viaje sobre el océano y durante las noches que pasó en Lakeside, Oregón, Kapaneus y él estuvieron

hablando sobre la situación actual y planeando lo que debían hacer. Informados a menudo por Okulos, vía teléfono o mensaje de correo electrónico, la pareja tenía una idea general de lo que se encontrarían al llegar a Los Ángeles y, por lo visto, no era nada bueno.

—Es como si se repitiera la ofensiva del Sabbat otra vez —les había dicho Okulos—. De hecho, es peor. Al menos entonces teníamos a los arcontes y príncipes corriendo de un lado a otro para intentar mantener intacta la Mascarada, limpiándolo todo después de cada batalla. En esta ocasión, la Camarilla está centrada en recuperar Los Ángeles y tan preocupada por el marchitar que no tiene tiempo para nada más. De momento, las noticias se han quedado estancadas en que todo es por causa de los asaltos, el terrorismo, las guerras entre bandas… pero no sé cuánto va a durar. Todo esto nos va a estallar en las narices, Beckett, y te aconsejo que no estés allí cuando eso suceda.

—Explícame —le había pedido el Gangrel— ¿cómo es posible que no haya ocurrido lo que dices después de tres meses? La duración media de los asedios es de unas pocas noches, a lo sumo, unas cuantas semanas. Para entonces, todos los líderes de las sectas han huido o han sido liquidados.

—Los números, amigo mío. Los sangre-débil son más numerosos que los cruzados del Sabbat.

—¿De cuántos estamos hablando?

Okulos había murmurado algo demasiado bajo para que Beckett pudiera entenderlo.

—¡¿Cuántos?! —Había quedado asombrado y convencido de que no había oído bien lo que su viejo amigo había dicho. La conexión del teléfono debía ser defectuosa.

—Cientos, Beckett —repitió Okulos en voz alta—. Literalmente. Han llegado desde todas partes del mundo. Han llegado en masa para sumarse a la guerra de Cross. No tengo ni idea de cómo ha podido alimentarlos Los Ángeles a todos durante este tiempo.

—Jesús…

La Camarilla estaba acostumbrada a pensar en términos de, como mucho, unos cien combatientes en cada bando del conflicto. Si era cierto que Los Ángeles cobijaba a cientos de sangre-débil, no era de extrañar que el Círculo Interno no hubiera lanzado todavía una ofensiva importante contra el refugio de Cross o los demás centros de poder de los sangre-débil. Estaban librando una guerra de desgaste, intentando reducir sus filas mediante escaramuzas y refriegas en las que el número no fuese una ventaja frente a su mayor fuerza y experiencia.

Después de enterarse de aquello, Beckett había decidido aterrizar en Apple Valley, a más de ciento ochenta y cinco kilómetros de Los Ángeles. La Camarilla, los anarquistas de MacNeil y los sangre-débil de Jenna Cross estarían todos pendientes de los aeropuertos de Los Ángeles. Con toda seguridad, estarían esperando que llegaran refuerzos del enemigo. Tendrían a sus espías y tal vez a algunos soldados echándose encima del Gulfstream antes siquiera de poder decir “la inspección habitual”. Okulos se ocupó de alquilar un coche, haciéndolo a través de tantos intermediarios que sería imposible que alguien lo conectara con la llegada de Beckett. Por lo tanto, tenían la esperanza de que no hubiera nadie esperándolos. Les llevaría dos horas llegar a la ciudad, teniendo en cuenta que pretendían evitar todas las autopistas principales. En cualquier caso, siempre que llegaran a primera hora de la noche, no tendrían mayores problemas. Ordenó a Cesare que aguardara en Apple Valley y tuviera el avión preparado para un despegue de emergencia. De hecho, Beckett exhaló un suspiro de alivio cuando la puerta del coche se cerró entre su muy efusivo ghoul y él.

—Así que —empezó Kapaneus después de haber pasado la mayor parte del viaje callado, escuchando solo el sonido de los motores de otros coches que conducían por la misma autopista y el de la radio, que estaba sintonizada en una emisora de noticias de Los Ángeles—, ¿tenemos algo que se parezca mínimamente a un plan?

No era una pregunta sin importancia. Beckett no tenía ni idea de dónde podía encontrar a Jack Sonrisas. Lo que su espía Okulos había sido capaz de averiguar sugería que el profeta anarquista se había aliado, curiosamente, con los sangre-débil y no con los MacNeils. No obstante, aquello no le servía de mucho. Los sangre-débil controlaban

aún la mayor parte de Los Ángeles y tenían docenas de áreas de aprovisionamiento y refugios comunitarios repartidos por toda la ciudad. La Camarilla, y los contactos Nosferatu de Okulos, habían conseguido localizar la mayoría, pero, aparte de la presión ocasional ejercida por la policía local y otros peones, no contaban con el número y las armas necesarias para emprender un ataque directo. Y, teniendo en cuenta la seguridad que debía de proteger aquellos lugares (sin duda Cross debía de estar cuidándose de los asesinos enviados por la Camarilla), Beckett dudaba mucho que pudiera infiltrarse en ellos. Normalmente se hubiera limitado a hacer notar su presencia, hubiera indagado sobre Cross hasta que ella supiera que andaba preguntando y lo encontrara. No obstante, no quería revelar su ubicación a la Camarilla.

—Desde luego que tengo un plan —le dijo a su compañero después de reflexionar durante un rato—. Voy a llamar a Okulos para ver si puede investigar cuál de los refugios de los sangre-débil es el cuartel general de Cross.

—¿Crees que Okulos podrá averiguarlo cuando Hardestadt y sus arcontes no han sido capaces de hacerlo?

—Te sorprendería lo que es capaz de hacer.

—Muy bien, suponiendo que lo consiga, ¿qué haremos después?

—Entonces llamaré a la puerta y preguntaré si puedo entrar.

El antiguo lo miró con atención.

—Ojalá —dijo, después de una breve pausa— pudiera creer que estás bromeando.

—Ojalá.

El Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

Las cosas no fueron tan fáciles. Beckett y Kapaneus consiguieron que nadie los siguiera, cuando entraron en la ciudad. A

pesar de ser muchos, los sangre-débil estaban demasiado dispersos para vigilar todas las rutas de acceso a Los Ángeles. No obstante, cuando se aproximaron a la propiedad que un incrédulo Okulos había señalado como el hogar de Cross, aparecieron dos vehículos que bloquearon la calle enfrente de ellos. Un tercer coche taponó la salida a su espalda. Una persona salió de cada uno de los vehículos, todas ellas armadas, mientras que una cuarta permanecía al volante.

Beckett le dedicó su mejor sonrisa al primero de los sangre-débil que se acercó al coche.

—Muy eficientes —dijo en voz alta. Bajó la ventanilla y continuó—. Bien organizados. Sois buenos.

—Y tú eres idiota si creías que podrías irrumpir aquí sin más. —Levantó una pistola que, desde donde Beckett estaba, tenía más o menos el mismo tamaño de un obús, y gesticuló hacia ellos—. Salid del coche.

—Me alegra saber que sois más civilizados de lo que cuentan sobre vosotros los rumores —siguió el Gangrel, abriendo su puerta e indicándole a Kapaneus que hiciera lo mismo—. De hecho, esperaba que disparaseis al coche y dierais el trabajo por terminado.

—Oh, no —respondió el sangre-débil con una sonrisa falsa en los labios—. Os vamos a disparar aquí fuera y luego decapitaremos vuestros cuerpos. ¿Acaso no sabéis lo difícil que es mover un coche lleno de agujeros de bala sin llamar la atención?

Beckett miró al hombre que había frente a él y que lo contemplaba a través de sus gafas de sol.

—Imagino que debe de serlo y mucho. Solo queremos hablar con Jenna Cross. Eso es todo.

—Claro, hombre. ¿Y por qué no voy a creer que eres otro asesino enviado por la Camarilla?

El Gangrel sonrió y luego… se desvaneció. Un delgado hilillo de neblina fluyó por la calle y desapareció por uno de los sumideros. Un momento después ascendió como una nube por un pozo de desagüe

cercano e inmediatamente recuperó su forma y apariencia humanas.

—Porque —explicó Beckett, haciendo caso omiso de las expresiones de pánico y de los numerosos cañones apuntados hacia él—, si realmente hubiera querido entrar en la casa de Cross sin que me detuvieran, podría haberlo hecho. Pero quería que me vierais venir para demostrar que mis intenciones no son hostiles.

—Tenemos maneras de detectar esas cosas —se mofó el centinela. Su voz preocupada, sin embargo, traicionaba sus palabras. No había duda de que, o bien era demasiado joven para haber visto a un vampiro adoptar la forma de niebla, o nunca lo había visto hacer tan deprisa.

—Estoy convencido de ello. A ver, hijo, ¿quieres seguir aquí discutiendo un rato más o nos vas a dejar que hablemos con tu superiora? Solo tenemos unas preguntas que hacerle, después nos iremos. No me importa una mierda quién gobierne Los Ángeles.

Otro vampiro se acercó al primero. Durante un momento miró fijamente a Beckett y lo examinó con algo que no eran los habituales sentidos humanos. Luego, empezó a hablar. Lo hacía en poco más que un leve susurro, pero el oído extremadamente agudo de Beckett pudo escuchar lo que decía.

—No creo que nos esté engañando, Mike. Lo sabría si estuviera asustado y no lo está.

—Eso solo significa que tiene la sangre fría. No me convence.

—No tiene que convencerte —interrumpió Beckett con un tono sosegado, como si ellos le hubieran invitado a participar en su conversación—. Limítate a preguntarle a tu jefe.

El que se llamaba Mike frunció el ceño, pero, aparentemente, decidió que el intruso tenía razón. Buscó en su bolsillo un teléfono móvil.

—¿Lizzie? Soy Mike. Escucha, aquí hay alguien que quiere hablar con Jenna. No, no es uno de los nuestros, pero dudo que sea un matón de la Camarilla. ¿Qué? Espera. —Bajó el teléfono móvil un

poco—. ¿Cómo te llamas?

—Beckett.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

—¡Está aquí! —Jenna, pálida incluso para un vampiro, estaba prácticamente farfullando al auricular de su teléfono. La voz le temblaba por un terror que cualquier Vástago hubiera definido como antinatural. Sus subordinados la habían interrumpido en mitad de una importante reunión para comunicarle quién estaba allí e inmediatamente había llamado al único hombre que creía podría ayudarla—. ¿Qué coño está haciendo aquí, Samuel?

—Francamente, Jenna, no tengo ni idea. Esa es la razón de que vayas a hablar con él.

—¿¡Cómo?! Voy a hacer que lo maten antes de que el muy cabrón pueda ponerme las zarpas encima…

—Jenna, ¿no es cierto que me has llamado para que te aconseje? Y te aconsejo que no seas idiota. No conoces a Beckett solo por lo que yo te he contado de él. Esto no es como tus batallas contra la Camarilla. Él no está interesado en hacerse con tus vecindarios y, si estuviera aquí para matarte, no habría anunciado su visita. No va a quedarse de pie y luchar, echará a correr y las posibilidades de que tu gente lo atrape antes de que escape son nulas. Entonces sabrá que le quieres hacer daño y dejará de ser sutil.

Jenna empezó a caminar de arriba a abajo con nerviosismo. Aquel era un hábito que no acostumbraba a poner en práctica delante de sus subordinados.

—Me dijiste que era el mejor nodista que existía. Que si descubría quién soy —y se acarició inconscientemente la marca en forma de luna creciente que tenía en el hombro—, me mataría con la esperanza de evitar la Gehena o trataría de mantenerme con vida para poder examinarme.

—Sí, eso es. Pero todavía no sabe quién eres. Si lo supiera, se habría acercado a ti de otro modo muy diferente. Averigua qué quiere y deshazte de él rápidamente. No te pongas en peligro si no hay necesidad. Después podrás hacer con él lo que te plazca, antes de que se convierta en una amenaza real.

Jenna suspiró. No le gustaba, pero Samuel no había errado en ninguno de sus consejos hasta la fecha. De todos los vampiros que había conocido desde su poco ortodoxa entrada en la sociedad de los no-muertos, era uno de los pocos en los que confiaba. Hablaría con Beckett, averiguaría qué demonios estaba haciendo allí y luego… luego lo destruiría antes de que él intentara hacer lo mismo con ella.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

Beckett podía aguantar catacumbas subterráneas, tumbas malditas y cuevas encantadas. Estaba tan acostumbrado a tratar con lo anormal que había olvidado que la mayoría de los vampiros tratan de rodearse de cosas lo más inocuas posible.

La habitación era tan evidentemente suburbana que podría haber sido un escenario salido de una serie cómica o de una revista de decoración. Todo el mobiliario, desde el sofá de cuero hasta la mesita de metal y cristal, parecía estar ordenado siguiendo un modelo. Las ventanas tenían cortinas con volantes a juego y la lámpara era más una pieza de arte posmoderno que un foco de luz. La alfombra era de color blanco azulado y las diversas bebidas que había sobre la mesa descansaban sobre posavasos a juego.

No obstante, nada de aquello consiguió disfrazar la palpable hostilidad que Beckett percibió cuando se le urgió a entrar solo en la habitación. Para demostrar su buena voluntad, a Kapaneus se le había pedido que permaneciera en compañía de los guardias. No eran los dos hombres que caminaban junto a él, Berettas en mano. Tampoco el hecho de que la casa estuviera repleta de sangre-débil lo bastante armados como para vencer a un cartel de narcotraficantes. Ni siquiera las miradas suspicaces que presentía en la nuca mientras caminaba por los pasillos de la inmensa casa, despreciado por aquellos que solo habían conocido la opresión de vampiros de la edad y poder de

Beckett.

No, cuando la mujer de inofensiva apariencia que se hacía llamar Jenna Cross se levantó de su sillón de cuero y se encontró con su mirada, Beckett supo que la sensación amenazante, el peso del odio que prácticamente podía oler en el aire, la inquietud que hacía estremecerse a la Bestia de su interior, tenía su origen en ella. El Gangrel no sabía por qué (teniendo en cuenta que no se conocían de nada), pero el odio en su estado más puro era inconfundible en ella.

Calzaba botas de suela gruesa y vestía unos vaqueros y una sudadera de manga larga que, por alguna razón, no parecía cuadrar con su estilo. Llevaba el pelo recogido en una coleta sencilla y empuñaba con fiereza una semiautomática Desert Eagle en la mano derecha.

—Me llamo Beckett —empezó, decidido a tomar la iniciativa—. Quizás hayas oído hablar de mí.

Tal vez fuera un comienzo arrogante, pero Cross necesitaba aprender que, a pesar de las armas y los guardias, no era ella quien tenía el control.

—He oído hablar de ti. —Cross frunció el ceño y el sonido de su pulgar poniendo y quitando, poniendo y quitando, el seguro de su arma hizo las veces de amenaza velada tras sus palabras—. Eres un antiguo. Nada más que otro puto vampiro.

—¿Cómo tú?

—No, yo todavía recuerdo lo que significa ser humana.

Beckett sintió cómo se le erizaba el vello y se intensificaba su enojo. Quería responder a la amenaza en su mismo tono y abrir varios orificios en aquella advenediza arrogante. Sin embargo, teniendo en cuenta la cantidad de armas que había en esa habitación y los sangre-débil que las empuñaban, decidió pasarlo por alto. Lo importante era, no obstante, que ahora que estaba hablando, podía entrever una tendencia oculta en sus hostiles palabras. Más que odiarlo, lo que le ocurría a Jenna Cross es que estaba asustada.

Beckett respondió procurando mantener la voz tranquila.

—No soy ni remotamente parecido a tus enemigos. Si has oído hablar de mí, sabrás que no soy uno de los soldados de Hardestadt. No he venido a hacerte daño y creo que sé quién ganará esta pequeña guerra que has montado.

—Vale. ¿Así que es una coincidencia que estés justo en medio de esta guerra?

—Pues la verdad es que sí. —Beckett se adelantó un paso; con las manos levantadas, las palmas a la vista, dando a entender que no lo hacía con intención de atacarla—. Mira, Cross, no te conozco, pero sé que no eres idiota. No hubieras podido mantener en jaque a la Camarilla durante tanto tiempo si lo fueras. Pero sabes que algo les está ocurriendo a los Vástagos. Existen extraños presagios y debilidades. Algunos pensamos que ha llegado el tiempo de la Gehena y eso convertiría a tu pequeña insurrección en un punto de mira, ¿no te parece?

Cross emitió un rugido desde las profundidades de su garganta y su puño se cerró con tanta fuerza que la empuñadura de su arma crujió. Beckett, sorprendido, retrocedió el paso que había avanzado poco antes. Estaba acostumbrado a las reacciones fuertes que provocaba la noción del fin del mundo; al fin y al cabo, él había pasado meses desesperado después de enterarse. Sin embargo, nunca había sido testigo de una furia tan desnuda y evidente.

—¿Y qué coño tengo yo que ver con un apocalipsis mítico? —le escupió Cross.

—¿Tú? Por lo que yo sé, nada en absoluto. Estoy aquí para ver a Jack Sonrisas.

Fuera lo que fuese lo que Cross estaba esperando de él, quedó claro que no se trataba de eso. Por primera vez, Beckett vio, no solo ira, sino también confusión en el rostro de la mujer.

—¿Cómo?

—Jack Sonrisas. Sé que está involucrado en lo que está

ocurriendo aquí y también sé que está aliado contigo y no con los anarquistas, aunque debo admitir que no estoy seguro del porqué. Tengo razones para creer que sabe lo que está ocurriendo y quisiera hablar con él. —El Gangrel sonrió, aunque si lo hizo para reafirmar lo que acababa de explicar, fracasó dramáticamente—. La verdad, Cross, esto no te concierne en absoluto. Eres la única persona que sabía que podría ponernos en contacto y tú eres más fácil de encontrar (bueno, solo ligeramente), que él.

La expresión de Cross cambió y, a continuación, apretó la mandíbula.

—No, esto es una mierda. —La mujer levantó el arma y Beckett no tuvo que mirar detrás para saber que los demás estaban reaccionando de la misma manera—. ¿Te has tomado la molestia de encontrarme solo para que pudiera hacer de celestina con el tío Jack? Joder, no me lo creo.

El tío Jack. Hum, interesante.

En realidad, la elección de sustantivos era algo secundario. Por alguna razón, Cross pensaba que Beckett estaba allí con otros objetivos, pensaba de él que era su enemigo y, por lo visto, no estaba dispuesta a permitir que le hicieran cambiar de opinión. Beckett se puso tenso y las yemas de sus dedos empezaron a arderle mientras las garras se deslizaban desde sus vainas de carne. Si Cross creía que una pandilla de mocosos bastaría para acabar con él, estaba a punto de cometer el mayor error de su no-vida.

—Tú —dijo una voz desde un rincón, una voz que Beckett pensó que no volvería a oír— eres el que está a punto de cometer el mayor error de su no-vida.

Todas las miradas de la habitación se giraron en aquella dirección. Allí, en el umbral, había una mujer de cabello oscuro, vestida casi completamente de negro.

—Bueno —respondió Beckett, irguiéndose desde la postura en guardia que había adoptado para prepararse ante el posible derramamiento de sangre—, entonces estoy jodido.

—Lucita —intervino Cross, con voz temblorosa aunque intentaba guardar la compostura—, aprecio tu consejo y… tu paciencia por esperarme mientras me ocupo de este otro asunto. Pero esto no es asunto tuyo. Si deseas que discutamos los términos de una posible alianza…

—Entonces —interrumpió Lucita— eso me obliga a asegurarme de que mi potencial aliada sobrevive lo suficiente para poder mantener esa conversación.

Cross permitió que un único “¡Ja!” burlón escapara de su garganta.

—No importa quién sea Beckett, porque no podrá derrotarnos a los seis estando armados, Lucita.

—Sí que podrá.

No fueron tanto sus palabras, como el tono con que las pronunció, lo que convenció a Cross de que no debía continuar con aquella discusión. Estaba claro que la antigua estaba convencida de sus palabras y, si era así, Jenna comprendió repentinamente que ella también lo creía. Bajó el arma de mala gana.

—Lo tomaría como un favor personal —continuó Lucita, cuando se hubo asegurado de que la situación se estaba tranquilizando— si decidieras acceder a la petición de Beckett. Sería una prueba de vuestra buena voluntad y ayudaría bastante a nuestras futuras negociaciones.

—Como quieras. —Cross se giró hacia su compañera más próxima—. Tabitha, dile al tío Jack que tiene una visita. —Volvió a darse la vuelta para mirar resentida a Beckett—. Y dile que tenemos otras cosas más importantes de las que ocuparnos, así que mejor que no tarde mucho.

La mujer salió de la habitación como un rayo, dejando al Gangrel atónito y preguntándose en qué demonios se había metido.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

Con un violento “¡Espera aquí!”, farfullando por un vampiro sangre-débil que, con toda seguridad, no tenía otra razón para odiar a Beckett y a Lucita más allá del hecho de que eran antiguos, la puerta que conducía al centro de la casa se cerró de un portazo. Los dos Vástagos se encontraron a solas en el porche trasero, mirando a un jardín que parecía haber sido plantado por un profesional y estar recibiendo sus cuidados.

—Bueno —comentó Beckett, mirándolo todo con aire cansado—, esto es muy suburbano. —Se rió sin alegría—. Al parecer, Cross no estaba de humor para terminar vuestra reunión ahora…

Lucita frunció el ceño.

—Esta chiquilla insolente necesita aprender a respetar a sus mayores.

—Para ser justos, Lucita, cada uno de los antiguos que han conocido han intentado matarlos u oprimirlos. A mí tampoco me emociona la forma que tiene de tratarnos, pero no me choca…

—No tengo ningún interés en ser justa, Beckett. Exijo el respeto que merezco y eso es todo. Estaba siendo bastante ofensiva antes. Y fue incluso peor desde el momento en que recibió la llamada avisando de que estabas aquí.

El Gangrel miró a Lucita de reojo. Antaño, Anatole, ella y Beckett habían sido compañeros de viaje, aliados y quizá incluso amigos.

—Y, sin embargo, entraste y me ayudaste. Te lo agradezco.

—Tampoco me interesa tu gratitud. Nos hemos ayudado varias veces en el pasado. Solo quiero asegurarme de que no existen deudas pendientes entre nosotros… O, por lo menos, por mi parte.

—Muy bien, escucha —Beckett se giró para mirarla de frente. Entornó la mirada—, sé que no hemos hablado mucho desde… bueno, en los últimos años, pero no creo…

Y, entonces, el Gangrel la miró. La miró atentamente. Se percató de su expresión de dureza, de la completa ausencia de movimientos o gestos humanos; rasgos que solía imitar en un intento de aproximarse a lo que había sido en una ocasión. La miró a los ojos y no vio otra emoción en ella que no fuera la incipiente ira que advertía en las entrañas de su alma.

La miró más aún, en lo más hondo y, a pesar de lo grosero que estaba siendo, trató de ver, a través de la carne muerta, los colores de las emociones y del alma que había dentro.

—Oh, joder…

Lucita gruñó.

—No te he dado permiso para mirar en mi interior, Beckett.

—¡Al diablo con tu permiso, Lucita! ¿Qué te ha pasado? Oí rumores de que te habías unido al Sabbat. Supuse que tendrías tus razones… ¿Pero esto? Tu humanidad era lo que te diferenciaba de tu sire, ¡y la has jodido! Te estás volviendo igual que él.

—¡No… te… atrevas! —La oscuridad que la rodeaba empezó a agitarse y a temblar; las sombras reptaron hacía el único foco de luz que iluminaba el jardín—. ¡No me compares con Monçada! ¡No soy como él y nunca lo seré!

»Lo que soy —continuó, algo más calmada— es honesta. He tenido más tiempo que tú para meditar sobre nuestra situación, Beckett. Y, he aprendido que cualquier intento de respetar la ética y el concepto de lo que solíamos ser, es inútil.

—Vale, y esos que lo han estado haciendo durante más tiempo del que llevas perteneciendo a la sociedad de los Vástagos, ¿qué son? ¿Chiflados? Y, aunque lo fueran, existen otras sendas, Lucita, otros caminos que no requieren que te conviertas en lo que siempre has detestado.

Los ojos de la mujer se achicaron.

—Beckett, porque fuimos compañeros en el pasado te lo

explicaré a grandes rasgos. La constante oposición a mi sire era un peso muerto para mi alma. Incluso cuando el monstruo murió, estaba tan decidida a no convertirme en lo que había sido él que, al final, pasé a no ser nada. Ahora… ahora he aceptado lo que somos todos y eso me ha permitido continuar. Y eso, para ser franca, es lo único que me apetece contarte. He dejado atrás lo que solía ser, Beckett, y me importa muy poco si eso te ofende. No te debo más explicaciones.

Empezó a darse la vuelta.

—¿De verdad? ¿Y qué hay de Anatole, Lucita? ¿Se lo habrías explicado a él? ¿Podrías haberlo hecho?

Lucita se giró de nuevo hacia él y emitió un siseo a medio camino entre el de un gato furioso y el de una víbora en posición de ataque. Sus manos se alzaron y las sombras se irguieron para reclamar el cuerpo del Gangrel; para descuartizarlo miembro a miembro. Él también se puso en guardia, estaba preparado para saltar, intentar lanzar los golpes más duros y seccionarle la garganta a su antigua compañera antes de que el Abismo lo atrapara y venciera.

—Este es un asunto muy serio, hombre. Pero, al menos, dime qué querías antes de que os matéis el uno al otro, ¿vale?

Ambos se giraron para ver a un hombre, de pie, en el umbral de la puerta. Vestía pantalones rotos, sandalias y una camisa larga de lana manchada. Su cabello y barba estaban cubiertos de suciedad y de sangre. Salió al jardín y se situó entre los dos invitados.

—¿Jack Sonrisas? —preguntó Beckett, más por educación que por incertidumbre.

—Bueno, ahora mismo no tengo tantos motivos por los que sonreír, ¿no es cierto? —El viejo anarquista se echó a reír—. Pero sí, ese soy yo. Y, claro, yo soy ese. O algo parecido. Y tú debes de ser Beckett.

—Sí.

—¿Quieres hablar conmigo sobre la Gehena?

—Entre otras cosas.

Lucita los miró a ambos.

—¿Beckett —preguntó finalmente—, es verdad? Todos nosotros hemos visto las señales, también hemos empezado a sentir los efectos del marchitar, pero podrían existir otras razones…

—No, Lucita. Es real y ya ha empezado.

Durante un momento, la mujer calló. Ya lo sabía, pero oír la confirmación del único individuo que esperaba, a pesar de sí misma, que pudiera ofrecerle otra explicación…

—Muy bien —dijo, después de ese silencio—, entonces yo también tomaré parte en esa conversación. Quiero saber todo lo que está ocurriendo, Beckett.

Teniendo en cuenta que habían estado a punto de descuartizarse hacía solo un instante, Beckett consideró la posibilidad de negarse, pero decidió que no merecía la pena el esfuerzo o la inevitable violencia que aquella decisión podría acarrear.

—Caminad conmigo —los invitó Jack y empezó a andar por el jardín.

Y eso hicieron; por los estrechos caminos que los llevaron hasta unos agujeros en la valla. Continuaron por otras casas y otros jardines de características similares, donde Jack se detenía para examinar casi todos los matorrales. Las rosas aquí, los filodendros allá, los lirios que crecían a la orilla de un estanque de koi. Todos ellos estaban increíblemente saludables; con los tallos o ramas altos y gruesos, y los capullos abiertos y exuberantes incluso por la noche.

—Los he estado regando —les explicó Jack, aunque nadie se lo había preguntado— con mi propia sangre y con la de algunos agentes de la Camarilla que capturamos en nuestro territorio. ¿Veis lo bien, lo sanos y fuertes que crecen?

Lucita y Beckett intercambiaron miradas.

—¿Y los vecinos están de acuerdo con que vengas a derramar sangre en sus propiedades? —preguntó ella.

—Pues no. Somos propietarios de más de la mitad de la manzana. Desde luego, no sobre el papel, pero hay una cantidad ingente de ghouls viviendo en el vecindario en estos momentos. Era la única forma de asegurarnos de que tantos de nosotros podríamos vivir aquí.

—¿Nosotros? —repitió Beckett—. No eres un sangre-débil, Jack. ¿Por qué estás entonces con ellos?

—Precisamente por lo que tú dijiste, porque es el fin. Y los sangre-débil son los que van a salir mejor parados. No hay una razón lo bastante fuerte como para que los viejos vengan a por ellos. Su sangre es demasiado tenue para que tengan que preocuparse por su seguridad. ¿Por qué crees que a ellos no les ha afectado el marchitar y a todos los demás sí?

Beckett frunció el ceño. ¿A todos? No, eso no podía ser verdad. Él se sentía como de costumbre y no más débil. Quizá un poco cansado, pero eso podía atribuirse al estrés y a los viajes frecuentes (incluso para lo que él estaba acostumbrado). Y, claro, también estaban sus manos. Una prueba irrefutable de que la enfermedad también lo había afectado a él en alguna medida. Pero él no estaba perdiendo su fuerza.

Decidió, sin embargo, no comentarlo. No tenía sentido revelar a los demás los ases que aún tenía en la manga.

Jack se detuvo junto al estanque de koi, metió la mano a la velocidad del rayo y la sacó sosteniendo un pez que coleaba frenético. Lo chupó una sola vez, se encogió de hombros y volvió a tirarlo dentro.

—Han estado alimentándose de las plantas regadas con sangre —les explicó—. Quería comprobar si la vitae había llegado hasta ellos.

Y continuaron paseando.

—Jack —intervino Beckett, después de unos minutos—, siento

tener que interrumpir tus consejos de jardinería, pero…

—Caín vino a mí, ¿sabéis?

Beckett parpadeó, sorprendido.

—¿Qué?

—Sí. Estabas aquí, en la ciudad. Yo lo sabía. Todo el asunto del ataúd era falso. Joder, incluso después de hablar con Caín, tampoco estaba muy seguro de que fuera él. Podría no serlo. Pero había algo en aquel tipo, algo diferente. —Miró a Beckett de reojo—. Algo que, de hecho, guardaba cierta semejanza contigo. Te ha tocado a ti también; si no lo ha hecho el Padre Oscuro, por lo menos, sí algo igual de antiguo.

Beckett se preguntó fugazmente si el tiempo que había pasado en Kaymakli lo había marcado de alguna manera.

—En cualquier caso, lo único que hicimos al principio fue hablar. Pensé que podría ponerlos a todos en movimiento si les hablaba de la Gehena. Quizá brindar mayor protagonismo a los anarquistas. Estábamos muy separados por la Camarilla y la Nueva Promesa de yo qué coño sé, y pensé, joder, si la gente cree que la Gehena está aquí, se despreocuparan de sus putas hemorroides y levantarán el culo para hacer algo.

»Y, justo entonces, encontré a Jenna Cross. Era una estudiante de veintidós años que había abandonado la universidad. La pobre no sabía si huir de la pasta que tenía su padre y gastárselo todo en bebida. Y tenía aquella marca de nacimiento.

Beckett se puso rígido.

—¿La luna creciente? ¿Has encontrado a la Última Hija?

—Más o menos. La llevé a un tatuador para que la detallara un poco. Pero verás, pensé (y también se lo dije a ella) que era un apoyo. Me ayudaría a darle verosimilitud al asunto de la Gehena. Como el ataúd y los otros objetos que había estado reuniendo.

El Gangrel empezó a sentirse inquieto.

—Entonces —continuó Jack en voz más baja, casi reverente—, vino a mí una noche. Y había dejado de ser una simple ghoul. Era una de nosotros. Sí, sí, una sangre-débil, ¡pero de primera!

—¿Alguien la Abrazó sin tu permiso? —inquirió Lucita.

—No, ahí está la cuestión. ¡Nadie la Abrazó!

Beckett y Lucita dejaron de caminar. Jack continuó durante un momento hasta que se percató de que se había quedado solo y volvió sobre sus pasos.

—Sí, entiendo que es difícil de asimilar —se rió—. Bueno, todos hemos oído los rumores de la debilidad que están sufriendo los antiguos. Aunque también los hay que primero se hacen más fuertes y luego se debilitan, como los maníacos depresivos cuando toman alguna de esas drogas de diseño. Yo mismo lo he hecho. En las noches buenas, me daba un auténtico subidón. En las malas…

»Pero aún no lo sabéis todo, ¿verdad? Hay unas movidas muy graves que los cabrones de la Circuncisión Interior no quieren que se sepan. Algunos viejos ghouls han muerto, como si la sangre que hubieran ingerido ya no bastara para evitar su envejecimiento. Y a otros pocos, como a mi querida Jenna, les ha pasado justo lo contrario. Es como si hubieran despertado y la sangre los hubiera fortalecido hasta tal punto que han dejado de ser humanos. Por lo que yo sé, Jenna fue la primera”.

Jack se inclinó hacia delante y metió la cara en un rosal. Inhaló profundamente para poder deleitarse con el aroma. No parecía darse cuenta, o no le importaba, que las espinas le estaban arañando la nariz, las mejillas y los labios.

Aunque parecía increíble, era perfectamente posible. Algunos de los rumores de los que Beckett se había enterado a través de Okulos y de otros, sugerían que estaban aconteciendo cosas mucho más extrañas que el marchitar. A estas alturas, el Gangrel no estaba dispuesto a rechazar ninguna teoría. Una mirada rápida a Lucita lo convenció de que ella sentía lo mismo.

Beckett asintió para animar al viejo anarquista a que continuara.

—De modo que llegué a la conclusión de que había sido Caín el que me había mostrado el camino —continuó el vampiro, poniéndose de pie—,aunque fui un gilipollas y no supe verlo al principio. —Estiró la mano y la metió en el bolsillo trasero de su pantalón. Extrajo un mechero BIC y un cigarrillo arrugado, y lo encendió. Se encogió un poco al acercarse la llama a la cara—. He intentado decirles a todos los que quisieran escucharme lo que está por llegar y también que deben de estar preparados para la hora del juicio. Jenna me mantiene cerca para que se lo repita a los sangre-débil y porque sabe que he estado luchando contra los Camaretrasados durante mucho tiempo y que sé cómo hacerlo. A pesar de todo, no termina de creerse que ha llegado la Gehena. Por alguna razón, la idea la asusta… Quiero decir, más que a cualquier otro.

—¿Y su sabiduría? —inquirió Beckett—. ¿Las profecías y los sermones… de dónde los sacas?

—Todavía no hemos llegado a ese punto, hombre. Primero tengo que reunir las piezas del puzzle. Me han estado trayendo unas mierdas mugrientas y viejísimas; ¿os lo he dicho, no? Tengo unas cuantas reliquias viejas con extraños símbolos. Incluso me he hecho con unos cuantos fragmentos de El Libro de Nod. Eh, estoy seguro de que tú podrías conseguirme el resto. Debes tener, ¿qué...? ¿Todas las ediciones desde la de Caín hasta el rey Jaime, no?

—Eh, no… No las llevo conmigo.

—Claro, hombre, por supuesto que no. Nadie querría que se perdieran. Joder, tío, también cuento con el apoyo de unos cuantos profetas. Un par de los sangre-débil, amigos de Jenna, parecen tener un don especial para saber lo que la Camarilla va a hacer antes de que lo hagan. Cross los utiliza para trazar su estrategia, pero yo les he intentado sonsacar alguna información sobre la Gehena de cuando en cuando.

Beckett casi sintió deseos de llorar. Había recorrido todo aquel camino hasta Los Ángeles, ¿y qué era Jack Sonrisas? Un predicador medio chiflado de segunda categoría que había tenido una alucinación y había creído ver a Caín y que había reunido la información suficiente

como para resultar convincente. El talento de un sangre-débil para profetizar era algo interesante y, en otras circunstancias, podría merecer la pena investigarlo. Pero, teniendo en cuenta cómo lo había recibido, Beckett estaba convencido de que Jenna Cross no le permitiría interrogar a su gente y Jack no tenía información que le fuera de utilidad, ni fuentes misteriosas con las que él pudiera contactar.

—Entiendo —dijo, después de tomarse un momento para recuperar el control de sus emociones—. Bueno, muchas gracias por tu tiempo, Jack. Me has sido de gran ayuda. ¿Crees que —añadió, como si se le acabara de ocurrir— podrías pedirle a Jenna que me dejara discutir todo esto con ella? Si ella es la Última Hija, quizá sepa algunas cosas, aunque no sea consciente de ellas.

Jack frunció el ceño.

—Bueno, se lo preguntaré. Los eruditos tenemos que mantenernos unidos, ¿no es cierto? Sin embargo, no sé si aceptará, Beckett. No tengo ni idea de por qué, pero no le gustas nada.

¡No, hombre, debes de estar de broma! Pensó el Gangrel.

—Me arriesgaré. —Fue lo que dijo, no obstante.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

—¡¿Que quiere qué?!

Jenna Cross tamborileó con la yema de los dedos encima de la mesa lo bastante fuerte para que varias tazas y vasos que había encima traquetearan.

Tabitha mantuvo la mirada fija en sus zapatos y en el barro que se le había pegado a la suela en el jardín. Tan pronto como Jack la había llamado y transmitido la petición de Beckett, supo que a su líder no le gustaría. Cross parecía estar enojada con todo cuanto ocurría desde hacía unas cuantas noches y, teniendo en cuenta las presentes circunstancias, era comprensible. No obstante, albergaba un odio

ardiente hacia Beckett que contagiaba a los demás, aunque nadie supiera por qué se sentía así.

—Quiere hablar contigo otra vez —repitió Tabitha—. Tiene algo que ver con esa tontería de la Gehena.

Jenna sintió que le temblaba la mano y rápidamente la escondió bajo la mesa para que Tabitha no lo viera. Lo sabía. Era la única explicación. Se miró el hombro, sintiendo que podía ver la marca en forma de luna creciente a través de la gruesa tela de su sudadera.

—¿Qué hora es?

Tabitha parpadeó por el repentino cambio de tema, pero aun así, consultó su reloj.

—Casi las cuatro y media.

—Muy bien, dile a ese bastardo que no tengo tiempo de hablar con él esta noche, pero que nos encontraremos aquí antes de la medianoche de mañana.

—Vale, yo…

—No he terminado —la interrumpió Cross, y reflexionó. Siendo Vástagos de sangre-débil, su gente y ella tenían pocas ventajas sobre un vampiro antiguo y más poderoso. Sin embargo, se entrenaban a diario para reforzar esas pocas que sí tenían.

—¿Quién tiene el mejor récord de estar despierto después del amanecer?

—Moose podía aguantar más de dos horas, pero ahora que he muerto… Creo que Darryl ha conseguido estar despierto poco más de una hora y Nicky casi lo mismo.

—Perfecto. Diles que quiero que permanezcan despiertos hasta la mañana. Beckett y los demás se quedarán en las habitaciones de los invitados. Diles que esperen media hora después del amanecer y que se aseguren de que Beckett no vuelve a despertar. Nunca.

—¿Jenna, crees que es lo mejor? Tiene aliados…

—No te estoy pidiendo tu opinión Tabitha. Te estoy dando una orden. Será mejor que también se ocupen de su compañero. No quiero tener a un antiguo obsesionado con vengarse, corriendo por el vecindario.

—¿Y Lucita?

Cross frunció el ceño durante un momento.

—Mejor no. Por lo que vimos, conoce a Beckett, pero no parecían muy próximos el uno al otro. No creo que quiera poner en peligro nuestra alianza. No le hagáis daño a menos que sea necesario.

Tabitha asintió una vez y, aunque de mala gana, se marchó para comunicar las órdenes. Cross se recostó en la silla y sonrió por primera vez desde hacía varias noches. Al menos esto le quitaría un peso de los hombros. Se preguntó si debía llamar a Samuel otra vez, preguntarle si era correcto lo que pensaba hacer, pero decidió no hacerlo. Pensaba, de manera bastante petulante, que no debía pedir permiso a nadie pues ella era muy dueña de sus actos. Era, además, la líder de un ejército de Vástagos. Tomaría sus propias decisiones. Se lo haría saber cuando todo hubiera acabado. Dudaba que fuera a quejarse de su decisión de matar a Beckett; él odiaba al bastardo tanto como ella, aunque ignoraba el porqué.

Bueno, dentro de unas horas no tendrían que preocuparse por ello nunca más.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

Tabitha salió por la puerta y se perdió por el pasillo. No se dio cuenta, y tampoco los dos guardias que vigilaban fuera, de que se desvió bruscamente mientras caminaba, como si estuviera intentando eludir un obstáculo invisible.

Los guardias eran dos de los mejores que tenía Cross. Los sangre-débil habían insistido en que debía tomar precauciones contra

los asesinos de la Camarilla y los MacNeils, y ambos eran esa precaución. Eran, entre los sangre-débil de Los Ángeles, dos de los mejor entrenados y que más alerta estaban. Ambos poseían poderes de percepción y observación, no solo mejores que los de cualquier ser humano, sino también mejores que los de muchos Vástagos más poderosos.

En cualquier caso, era poco probable que un intruso llegara hasta ellos. Al principio del pasillo, lo bastante apartado para que los guardias no pudieran hacerlo saltar, había un detector de movimiento que controlaba todo el pasillo. Cualquier movimiento mayor que el de una cucaracha y más rápido que un caracol, desencadenaría una luz de alarma, tanto en el pasillo como en la sala de reuniones de Cross.

Kapaneus estaba en el pasillo, cruzado de brazos y la cabeza ligeramente ladeada. Aunque estaba a pocos metros de los guardias y Tabitha había pasado rozándolo, nadie lo había visto. Los detectores de movimiento habían permanecido en silencio cuando el antiguo se acercó y siguieron estándolo cuando se alejó.

¿De modo que Cross había ordenado a sus sicarios que los asesinaran a Beckett y a él? Kapaneus se sintió brevemente embargado por la cólera. La Bestia, a la que no había logrado vencer del todo después de varios siglos de soledad, tenía el orgullo herido. Levantó una mano despacio, y se cernió justo enfrente de las costillas de uno de los sangre-débil. Los guardias de aquel pasillo estaban a pocos centímetros de una muerte súbita y rápida; una que nunca podrían ver llegar.

Pero no, así no. Había decidido unirse a Beckett, había permitido que el vampiro más joven se ocupara de todos los detalles salvo aquellos para los que no estaba preparado. No tenía sentido, a estas alturas, sembrar confusión en su relación.

Kapaneus bajó el brazo y se marchó por el pasillo. Informaría a Beckett de la situación y le dejaría que la resolviera a su manera. Lo que quiera que decidiera hacer, con toda seguridad debía de ser interesante.

La costa Mediterránea

Oeste de Turquía

En los cielos titilaba la Estrella Roja.

Y, bajo ellos, la oscuridad se balanceaba con las olas como una segunda marea. Alcanzó la costa cerca de Siria. Inundó las playas, acarició la arena y se extendió por los caminos. Una ciudad tras otra se oscureció bajo aquella oscuridad crepitante que se arrastraba hacia el norte, a Ceyhan, Kozan y Feke. Los hombres, las mujeres y los niños se despertaban gritando de unas pesadillas que hacían temblar sus almas y que eran un cruel desafío a su cordura. Algunos ni siquiera despertaban; los encontraron muertos bajo las sábanas de sus camas por razones que ningún médico pudo determinar. Temiendo que pudiera tratarse de algún otro agente químico del sureste, quizá algún rescoldo de los conflictos recientes, se desplegaron soldados por las fronteras, vestidos con atuendos especiales, y empezaron a buscar el origen de la misteriosa “nube”. Muchos hombres murieron por accidentes fortuitos o malentendidos con las tropas kurdas. En cualquier caso, nunca encontraron un arma extraviada o algo que pudiera explicar los extraños acontecimientos que tuvieron lugar.

Y la oscuridad continuó su viaje hacia el norte; apagando todas las luces que encontraba en su camino. Allí donde llegaba no brillaban ni la luna, ni las estrellas, el fuego o la luz eléctrica. Por donde pasaba se oían llantos de súplica y de dolor. Cuando el sol salía, la oscuridad se desvanecía, caía al suelo y se disipaba muy lentamente, como si se hundiera en la tierra y en las piedras. Volvía a salir, sin embargo, siempre como una densa niebla, cuando los últimos rayos de luz desaparecían del horizonte. Cuando era posible, se evacuaban los pueblos. Porque, no importaba el viento o la disposición del terreno, el curso de la sombra era invariable y siempre predecible.

Al norte. Siempre igual, siempre infalible.

Hasta que, finalmente, se detuvo. No sobre una comunidad, un pueblo o una ciudad, sino en un valle en las Montañas Tauro, al sur-suroeste de Kayseri.

En la entrada de Kaymakli, en el punto mismo donde Beckett había llevado a cabo su ritual y salido airoso de él, se detuvo la

entidad de sombra.

Emergieron de ella unos zarcillos de oscuridad y una lengua de la misma materia que olfateó el aire y saboreó la tierra. Y, a pesar de los meses que habían transcurrido y de las muchas capas de arena que había por encima, se hundió en la tierra al sentir la presencia de la sangre que Beckett había derramado en el desierto.

Hacia delante y hacia atrás se movieron los zarcillos para cavar surcos en la tierra. El único sonido que quebrantaba el silencio del lugar era el lánguido entrechocar de los granos de arena. Los zarcillos pasaron rozando la piedra de la cueva y se abrieron camino hacia arriba y alrededor de la superficie de la piedra, perfilando el recorrido del pasadizo. Aquí percibieron el rastro desmayado de un poder auténtico; la firma de uno casi tan antiguo como la nube de Abismo. Allí, debilitado por la convergencia de una profecía y por el fulgor de una luz roja de otro mundo, ese poder se había quebrado, vencido por alguien que nunca debió de ser capaz de realizar semejante hazaña.

Ese era el centro. Desde allí venía la llamada; la prolongada invocación que había atraído a aquella cosa desde las profundidades del Abismo y que había despertado a otros poderes arcanos de su sueño inconmensurable. Aquí había empezado y el que lo había provocado había seguido su camino, ignorando lo que había ocurrido realmente.

Y la cosa pensó o, al menos, hizo algo parecido a lo que los humanos entienden como “pensar”. ¿Era este una amenaza? ¿Acaso su presencia allí, en el principio del Fin, lo señalaba como un ser diferente y superior? ¿Poseía un gran poder o había sido un mero catalizador, una chispa insignificante que prendiera el infierno que se propagaba?

Lo había saboreado. Aquella cosa de sombra lo había hecho. Había catado su presencia, degustado su temor, paladeado el poder que una vez se había infundido a ese lugar y que, seguramente, permanecía en aquel que lo había destruido. No importaba que echara a correr hasta el confín de la tierra y más allá, tampoco que se escondiera en la oscuridad más tenebrosa o en la luz más brillante. No, no tenía importancia.

Cuando el sol salió, la oscuridad volvió a hundirse en la tierra para evitar quemarse con los rayos de una luz que no podía apagar. Volvería a alzarse la noche siguiente y entonces dejaría de viajar al norte.

Y, en los cielos, al abrigo de la incipiente luz del amanecer, titiló la Estrella Roja.

Posada La Misión

Riverside, California

La habitación estaba alejada del grupo de suites que servía como base de operaciones a los efectivos de la Camarilla en Los Ángeles. Según el registro, un hombre de negocios de Pórtland era el inquilino de la habitación. El nombre con el que se había inscrito era Robert Perkins. Corrían rumores entre la plantilla que sugerían que Perkins, un inquilino medianamente regular en la posada, pasaba la mayoría de las noches en compañía de una señorita y que esa era la razón de que siempre anduviera colgado el cartel de “No molestar”.

La verdad era que Robert Perkins estaba de viaje en Tahití disfrutando de unas muy merecidas vacaciones y se hubiera quedado bastante sorprendido al saber que estaba, supuestamente, en Riverside. La plantilla de La Misión se hubiera quedado igual de atónita de haber sabido que el inquilino de marras estaba en la Polinesia francesa, puesto que varios de ellos recordarían haber hablado con él en distintas ocasiones a lo largo de los últimos días. La idea de que esos recuerdos podrían habérselos implantado nunca se les pasaría por la mente. Como tampoco se les ocurriría desobedecer el mandato de no entrar nunca en la habitación.

Era bien sabido por los altos mandos de la Camarilla que aquella era la habitación donde Hardestadt discutía los asuntos que no estaban relacionados con las operaciones que estaba llevando a cabo en Los Ángeles. Comprendían que, siendo el miembro más activo del Círculo Interior, el Fundador Ventrue tenía demasiadas cosas en la cabeza como para ocuparse solo de una, por mucho que esta fuera bastante importante. Hardestadt planeaba las estrategias del conflicto en la ciudad y era, además, el máximo representante del nuevo rumbo que había adoptado la Camarilla como respuesta al marchitar y tenía,

por ende, solo Dios sabía cuántas cosas más en marcha. Si necesitaba intimidad para llevar a cabo sus asuntos, los demás antiguos, curiosos como eran, estaban totalmente dispuestos a garantizársela.

Con respecto a su privacidad, Hardestadt había sido lo bastante avispado como para rodear la entrada de guardias que bloquearan la entrada a cualquier Vástago o ghoul que quisiera acceder a la habitación sin su expreso permiso. Obligó a varios hechiceros Assamitas a protegerla mediante sus conjuros. Los Assamitas habían pasado a ser la única fuente de magia de sangre en la que poder confiar después de la desaparición de los Tremere de una forma misteriosa y melodramática.

De hecho, habían sido estos nuevos hechiceros los que le habían dado la idea que ahora trataba de llevar a la práctica. Hardestadt estaba sentado en la única silla, detrás de la única mesa que había en la habitación. Lo normal es que los visitantes se vieran obligados a sentarse encima de las camas; una posición informal y poco digna que tenía la intención de otorgar cierta ventaja psicológica a Hardestadt en las conversaciones o negociaciones.

Su invitado de aquella noche prefirió quedarse de pie y el Fundador no estaba dispuesto a intentar convencerlo de que tomara asiento.

—Me gustaría agradecerte —empezó Hardestadt después de saludarlo, halagarlo y ofrecerle algo de beber— que hayas venido tan pronto, a pesar del poco tiempo del que dispones.

Tegyrius asintió una sola vez. Su barba acababa en punta y era ligeramente canosa, como lo era también su oscuro cabello, que parecía estar gesticulando con vida propia. Aparte del reverenciado al-Ashrad, Tegyrius era quizá el más poderoso de los llamados cismáticos del clan Assamita; aquellos que se habían aliado con la Camarilla en lugar de rendirse a los designios del chiflado antiguo, Ur-Shulgi.

—Estaba seguro de que el Círculo Interno no me exigiría diligencia sin una buena razón —respondió.

—¿Quieres decir que sabías que necesitaba que me hicieras un favor y no pudiste aguantar la tentación de que yo estuviera en deuda contigo?

El Assamita sonrió ligeramente.

—Sí, eso también puede haberme animado a venir.

—Es lo justo. Tengo un problema que quisiera que desapareciera. Es una amenaza para toda la Camarilla; pero, dada la guerra actual y sus esfuerzos para localizar y deshacerse de los insurgentes, los sangre-débil y las manadas traidoras del Sabbat, ningún arconte puede ocuparse de este asunto.

En otras palabras, pensó Tegyrius aunque no lo dijo, es más un problema personal que algo que afecte a la secta en su conjunto. Lo que dijo, sin embargo, fue:

—¿Quién?

—Beckett.

Tegyrius no se sorprendía con facilidad, pero, al oír el nombre, enarcó una ceja.

—Entiendo. El nombre no me resulta desconocido.

—Bien. Entonces no tendré que advertirte de que es alguien peligroso y con el que no se puede jugar.

—Yo no juego, Hardestadt. Ni con Beckett, ni contigo. Quieres que destruya a Beckett. Puedo asegurarme de que algunos de mis compañeros de clan lo lleven a cabo. Pero, si Beckett es peligroso, y siendo estos tiempos difíciles, debo informarte de que la mayoría de mis guerreros no son tan fuertes como solían serlo.

»No es un secreto que la Camarilla está cambiando noche a noche, y que tu mano es la que lidera esa transformación. Si hago esto por ti, no quiero nada menos que una posición equivalente para mi clan en el nuevo orden. Con una capacidad de decisión tan importante como la de cualquier Toreador o Ventrue.

»De otro modo —continuó Tegyrius, a pesar de que el Fundador había abierto ya la boca para protestar—, mis compañeros de clan tendrán que seguir haciendo favores a cambio de obtener cierta influencia. Y no podré garantizarte que, lo que sea que averigüen de Beckett, vaya a permanecer en secreto.

Hardestadt se levantó despacio de la silla.

—¿¡Estás intentando —inquirió con un gruñido susurrado— chantajearme con una información que ni siquiera posees!?

—Desde luego que no. Me limito a informarte del precio de este acuerdo y a qué medidas desesperadas nos veremos obligados a recurrir, debo decir que de muy mala gana, si no vemos cumplida tu parte del trato.

El Ventrue lo miró con odio durante un momento y, de pronto, casi a pesar de sí mismo, empezó a reírse a carcajadas.

—Creo que has pasado demasiado tiempo rodeado por la Camarilla, Tegyrius. Tus ardides empiezan a parecerse a los nuestros. Muy bien. Si arreglas este problema para mí, y permaneces disponible para encargarte de otros que pudieran surgir más adelante, uniré mi voz a la vuestra cuando llegue el momento de formalizar la nueva estructura.

—Perfecto. Dime entonces lo que sepas de Beckett.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

Cuando el detector de humo empezó a chillar como una banshee, una hora antes del amanecer, Jenna Cross estuvo absolutamente convencida de que era una falsa alarma, una distracción preparada por Beckett o alguno de sus compañeros por algún maldito propósito. Reaccionó con rapidez; cogió la Glock, reunió a media docena de sus seguidores y se encaminó directamente a las habitaciones de los invitados, donde se alojaban los antiguos. No le preocupaba que pudieran escapar de la casa. Incluso si supieran que estaban en peligro, y no había manera de que eso fuera así, todas las

salidas, desde las puertas, pasando por las ventanas y también la ranura por donde el cartero dejaba caer el correo, estaban bajo vigilancia. Su preocupación, de hecho, se limitaba a saber qué tipo de daño estaban ocasionando.

Giró por la sala de estar y se detuvo en seco, con la boca abierta.

En el pasillo que estaba delante de ella se extendía una nube enorme de denso humo negro. Rebosaba por el umbral y se abría paso ensanchándose como si diera gracias por salir de aquella ala tan pequeña. No podía oír el crepitar de las llamas por encima del sonido ensordecedor del detector de humo, pero no tenía duda de que era real. Solo un fuego propagándose a velocidades de vértigo podía engendrar una nube de semejante tamaño.

—¡Fuera! —gritó, girándose y cogiendo bruscamente del brazo a uno de sus compañeros—. ¡Sácalos a todos fuera!

Tenían problemas. Faltaba poco menos de una hora para el amanecer y no podrían extinguir un fuego de aquella magnitud en ese tiempo. Su única posibilidad era cobijarse en las casas en las que habitaban los suyos y esperar que los bomberos pudieran controlar el incendio antes de que se propagara a los edificios colindantes.

Solo había dos cosas que la consolaran mientras evacuaba a su gente, rápida pero ordenadamente. En primer lugar, que siendo sangre-débil, sus compañeros y ella tenían más facilidades para resistirse al miedo instintivo que sienten todos los vampiros hacia el fuego y, por ello, podrían evitar que la situación degenerara en un caso de pánico que pudiera causar más daños y pérdidas que el propio incendio. Y, en segundo lugar, fuera lo que fuera que Beckett había esperado conseguir prendiendo un fuego de ese tamaño, seguramente acabaría quedando atrapado dentro o se encontraría con una multitud de vampiros furiosos cuando tratara de escapar. Ahora sí que tenía una buena excusa para ordenar a su gente que lo liquidara, y no estaba dispuesta a desperdiciar la ocasión.

El humo emergió por la puerta principal, al mismo tiempo que los sangre-débil y, lenta pero continuamente, otros habitantes del vecindario y curiosos, que se reunían para asistir al espectáculo y ver quiénes quedaban por salir. Esta primera nube pasó por encima del

césped y se perdió en la oscuridad de la noche.

Y eso fue todo. No hubo prisioneros que huyeran. Ni un fuego crepitante. Ni siquiera más humo.

—¡Mierda!

Cross entró corriendo por la puerta cuando se oían ya las primeras sirenas acercándose. Era una distracción y, joder, una buenísima. Durante su búsqueda frenética por la casa no encontró ni una sola pista que la llevara a Beckett, Lucita o Kapaneus. Y, la verdad, tampoco tenía mucho tiempo para buscar. Los bomberos iban a insistir en registrar el lugar. Su gente y ella tendrían que refugiarse en otras casas cercanas, porque, con toda seguridad, la investigación se alargaría hasta después del amanecer.

Cross, todavía enfurecida, se quedó dormida en el suelo del dormitorio de un amigo. Había otros cinco sangre-débil con ella. Estaban cada vez más asustados y sorprendidos por la facilidad con la que Beckett había sido capaz de engañarlos a todos.

El Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

A cierta distancia de allí, a las orillas de una pequeña ensenada que servía al vecindario como alcantarilla en los días de tormenta, se detuvo la nube de humo. Se movía ahora muy lentamente, y aquellos que la observaran se hubieran sorprendido al comprobar que flotaba contra la dirección del viento. Sin embargo, aparte de unos cuantos pajarillos madrugadores, y quizá algunas ranas y lagartijas, no había nadie allí que pudiera verla.

El aire se retorció un segundo, casi arrugándose como lo hace la goma o el látex cuando alguien lo ha estirado demasiado, y Kapaneus surgió de su capa de ofuscación. Miró a su alrededor, escuchó y olfateó el aire. Sus sentidos, claro, eran mucho mejores que los de cualquier ser humano. Estaban solos.

—Creo que todo está en orden —anunció en voz alta.

El humo vaciló durante un instante y entonces se desvaneció.

Un banco de niebla, la continua ondulación que había otorgado a la extraña masa la ilusión de estar avanzando como lo hacía el humo, se movió hasta quedar encima del césped. Dejó tras de sí un núcleo de oscuridad absoluta y pura; una sombra cuya naturaleza era, de forma evidente, artificial. Si Cross y sus sangre-débil se hubieran tomado la molestia de examinar el humo más de cerca, se hubieran percatado de que el movimiento ondulante hacia delante y atrás era una fachada situada encima de un centro negro como la noche. En pocas palabras, se hubieran dado cuenta de que era una ilusión. ¿Pero qué vampiro en su sano juicio se hubiera quedado tanto tiempo cerca de un fuego para hacer eso?

La niebla se unificó, se retorció sobre sí misma hasta formar una columna del tamaño de un hombre y se solidificó hasta que Beckett estuvo de pie sobre la hierba húmeda de rocío. La oscuridad se desvaneció y reveló a una Lucita ojerosa metida hasta los tobillos en la charca.

—Eso —resolló como si estuviera falta de aliento, cosa que, claramente, no era el caso— ha sido posiblemente la cosa más estúpida que he hecho en los últimos tiempos.

Beckett se encogió de hombros.

—Pero ha funcionado.

—Tú y yo sabemos por experiencia que el hecho de que una idea funcione no significa que esta no sea absurda. Ni siquiera sabías si podrías hacer que el humo fuera lo bastante denso para desencadenar la alarma. Yo ignoraba si tenía la fuerza necesaria para mantener la nube Abisal durante tanto tiempo. Deberíamos haber prendido un fuego real y punto.

—¿Y arriesgarnos a quedar atrapados en las llamas? Sin mencionar el hecho de que destruiríamos cualquier esperanza de negociar una alianza de resistencia con los sangre-débil. No, creo que hemos hecho bien.

—¿Por qué —inquirió ella— te importan las alianzas que pacte

mi organización? O, lo que es lo mismo, ¿por qué te preocupas en absoluto por mi organización?

—Porque cuanto más tenga que preocuparse la Camarilla de vosotros —respondió él con sinceridad—, tanto menos se centrarán en mí.

—Amigos —intervino Kapaneus—, ¿puedo permitirme la licencia de recordaros que ya no nos queda una eternidad para que podáis continuar con vuestra discusión? El plan ha funcionado. Hemos huido del refugio de la chiquilla sin hacerle daño. ¿Podemos preocuparnos ahora de encontrar algún refugio que nos proteja del sol y de lo que vamos a hacer después? Ya tendremos tiempo luego de discutir por qué ha funcionado el plan.

Beckett y Lucita miraron a Kapaneus, luego el uno al otro, y asintieron.

—¿Qué tal allí? —preguntó Beckett después de estudiar el entorno durante unos instantes. Señaló a un pequeño desaguadero de hormigón del que manaba un goteo de agua que fluía para alimentar la ensenada—. Eso debería llevarnos lo bastante adentro para alejarnos del sol.

Lucita frunció el ceño. No era ni remotamente tan seguro como hubiera querido, pero tenían muy pocas opciones en aquel momento. Kapaneus y ella se mostraron de acuerdo.

—¿Qué hay de mañana? —inquirió Lucita, mientras se abrían camino a gatas por encima del agua, varios tipos de hongos y otras sustancias sin identificar—. Dijisteis que conocíais una manera de abandonar la ciudad sin encontrarnos con los sangre-débil o los soldados de la Camarilla.

—Sí —añadió Beckett. Su tono no era precisamente alentador—. Una manera en la que podríamos. Vuelve a preguntármelo por la noche.

En las proximidades de la intersección de alcantarillados 27-B

Bajo la ciudad de Los Ángeles, California

El sistema de alcantarillado de muchas ciudades europeas y americanas era más complejo y prolongado de lo que los planos y la mayoría de los trabajadores de las alcantarillas sabían. Por medio de la manipulación de estos servicios y de una labor física, los Nosferatu de estas ciudades habían ampliado algunas salas, conectado pasadizos e incluso añadido nuevas capas. Creaban vastos complejos subterráneos, reinos propios donde moraban con cierto grado de tolerancia por parte de aquellos que los rodeaban. Lo preferían, claro, al odio y condescendencia constantes que su apariencia inhumana provocaba en la mayoría, Vástagos y ganado, que habitaba en la superficie.

Las madrigueras de Los Ángeles eran menos complejas. Parecía que, en algunos tramos, los Nosferatu habían intentando emplear sus técnicas tradicionales, pero la combinación de la inestabilidad tectónica de California y las guerras entre Vástagos que habían tenido lugar en la ciudad durante décadas, hacía de ese trabajo algo inútil. Aquí, una sala abovedada con una pared caída servía todavía como santuario o cruce de caminos; allí, un pasillo corto que finalizaba en un derrumbamiento de tierra era el testimonio mudo del laberinto que se había abierto como un panal de abeja bajo el suelo.

Las partes más modernas del sistema de alcantarillado se habían construido con diversas técnicas arquitectónicas y científicas diseñadas para hacerlas resistentes a los terremotos, y era en estas zonas, donde los Nosferatu de Los Ángeles pasaban casi todo el tiempo. Les resultaba complicado esconderse de los trabajadores y les era casi imposible construir algo más que pequeños añadidos sin ser descubiertos.

Solo porque estos detalles conspiraban para hacer del alcantarillado y los laberintos de Los Ángeles unos lugares menos complejos que los de otras ciudades de tamaño similar, se atrevía Beckett a hacer lo que estaba haciendo.

Okulos no tenía ninguna influencia entre los Nosferatu de Los Ángeles que, o bien eran sangre-débil (que intentarían detener a Beckett siguiendo las órdenes de Cross), infiltrados de la Camarilla, saboteadores o centinelas (que lo detendrían siguiendo las órdenes de Hardestadt) o bien eran anarquistas MacNeil (que, movidos por el

miedo y por su territorialismo, intentarían destruir a cualquier intruso que entrara en sus dominios). Okulos fue incapaz, a pesar de sus esfuerzos, de encontrarles un guía o de informarlos acerca de los pasadizos por los que pudieran escapar sin ser vistos. Consiguió, sin embargo, mandarles un plano general y poco detallado del sistema de alcantarillado que, por lo menos, incluía algunas de las remodelaciones de los Nosferatu y un esquema aún menos concreto de las patrullas de la Camarilla y de los sangre-débil por la zona.

Eso era mucho más de lo que cualquier otro podría haber obtenido, pero Beckett se sentía frustrado porque los contactos anónimos a los que Okulos había recurrido para encontrar a Jenna Cross y que lo habían guiado hasta ella sin incidentes, parecían ahora no querer ayudarlo. Tenía la intención de averiguar el porqué cuando tuviera la oportunidad.

En cualquier caso, esta era la primera vez que Beckett escogía abrirse camino por un laberinto hostil, guiándose solo de un mapa inexacto. Por ende, la mayoría de los laberintos que había recorrido estaban situados en antiguas ruinas en la selva o bajo las arenas del desierto. Hacerlo mientras los coches pasaban rugiendo por encima de su cabeza, mientras se enfrentaba con el peligro de quedar calado hasta los huesos por los desperdicios del morador de algún apartamento, era una situación nueva y no demasiado bien recibida.

Lucita, Kapaneus y él pasaban ahora su segunda noche en el alcantarillado, al que habían llegado gateando desde el conducto de drenaje donde se habían cobijado por primera vez. A pesar de lo arriesgado que podía resultar viajar por las alcantarillas, lo era menos que intentar escapar en la superficie, donde Cross y sus sangre-débil estarían, sin duda, buscándolos y vigilando cualquier posible salida.

Llevaban ya varias horas de viaje aquella noche, abriéndose paso por un lodo que les llegaba hasta las pantorrillas, alimentándose de ratas que sabían a ciénaga y esquivando a los peces muertos. El hedor era tan repugnante que los tres procuraban hablar lo menos posible para no tener que aspirar aquel aire. Y, pese a todo, los desperdicios humanos inundaban sus fosas nasales y se negaban a ser ignorados. No podían aventurarse a recorrer la ruta más rápida y directa; aquella que pasaba demasiado cerca de la base de

operaciones de Cross, donde los rastreadores serían más numerosos. Atravesar a pie la mitad de la ciudad de Los Ángeles era un proceso lento y lo estaba siendo más desde que se habían dado cuenta de que el mapa de Beckett no incluía ninguno de los recientes daños causados por los tres frentes abiertos de la guerra. Habían perdido ya tres horas yendo hacia atrás y dando rodeos. Y habían perdido la esperanza de que lo que les restaba de viaje fuera a ser más sencillo.

Ahora caminaban por un saliente estrecho y cubierto de limo, que pasaba por encima de un canal que estaba a más de tres metros de profundidad y que rebosaba de desperdicios, y por debajo de un riachuelo de agua pútrida que fluía a través de un conducto oxidado. De pronto, Lucita tocó con su mano el hombro de Beckett.

—Para —siseó. Su susurro apenas era audible por encima del estruendo del curso del agua—. ¿Hueles eso?

Beckett, que acababa de mancharse la cara con aquel desecho putrefacto que fluía por el conducto, trataba de no oler nada. Sin embargo, y debido a la advertencia de la Lasombra, trató de concentrarse, ignorar el hedor más próximo, y tomar un profundo aliento. Y, de hecho, lo percibió y asintió con el gesto cuando pudo controlar las arcadas. Allí, casi disimulado por el hedor del alcantarillado, detectó el aroma de la sangre de Vástago. Había alguien herido allí abajo o…

Oh, mierda.

Beckett avanzó hacia delante y giró por el recodo más cercano. Mientras caminaba, sintió una presión súbita en el pie. Al mirar hacia abajo, tuvo que esforzarse por no temblar de asco al ver cómo una cucaracha del tamaño de una salchicha pasaba por encima de su pie. Podía sentir el peso de sus patas a través de la bota. Esa era la única confirmación que necesitaba. Sabía lo que vería incluso antes de doblar la esquina.

Allí, al otro lado del recodo, tres caminos se encontraban en torno a un núcleo en el que se levantaba una cisterna que estaba protegida de los desperdicios reinantes. Aparentemente, el agua de la cisterna procedía de las alcantarillas que había en la acera de la calle de arriba y consistía sobre todo de agua de lluvia y el detrito que

cayera en ellas. Muy poco apetecible pero, para los animales que vivían aquí, era una fuente de agua potable.

Era de la cisterna de donde emergía el olor a sangre de Vástago y en una madriguera de Nosferatu eso solo podía significar una cosa: una estanque de cría. Lo más habitual es que se encontraran en madrigueras de mayor tamaño. Los Nosferatu las creaban vertiendo cantidades pequeñas de su sangre en una fuente de agua. Los animales que bebían regularmente de ella, no solo les acababan siendo leales, sino que, a menudo, mutaban y crecían para convertirse en seres más grandes, más fuertes y más fieros.

Beckett abrió la boca para advertir a sus compañeros y, de pronto, algo lo golpeó desde un pasadizo cercano. Se sintió como si lo hubiera atropellado un coche a toda velocidad. El Gangrel resbaló varios metros hacia atrás por las piedras resbaladizas hasta que se estrelló contra las piernas de sus compañeros. Al instante estaba de pie, con las garras deslizándose desde las vainas de carne, y mirando a la cosa que lo había atacado.

A juzgar por la forma de la cabeza, el tono de su gruñido y el color de la piel que no estaba empapada de desperdicios, en algún momento de su vida debía de haber sido un rottweiler. Tenía el tamaño de un caballo pequeño y la mandíbula estaba dilatada por unos dientes demasiado grandes. Aquellas mandíbulas, se percató Beckett, habían fallado ya una vez porque habían sido incapaces de penetrar su chaqueta y su dura piel. Las fauces volvieron a abrirse cuando esa cosa parecida a un perro saltó hacia su garganta.

Rápidamente, Beckett le metió el antebrazo en lo más profundo de la boca, lo que le impedía desgarrarle la garganta al vampiro y también cerrar la boca en torno a su brazo. En cualquier caso, el daño que le hacían los colmillos traseros penetrándole en la carne era importante. Estaba claro que el perro era muy capaz de vencer una parte nada despreciable de la resistencia preternatural que tenía Beckett. Con la otra mano, cogió al perro por las costillas, con las garras abriéndose paso por la carne del costado. El animal empezó a perder sangre a borbotones.

Por desgracia, Beckett no podía hacer nada para contrarrestar

los golpes que recibía de aquella criatura que pesaba el doble que él. Tropezaron y cayeron hacia atrás sin dejar de luchar. El Gangrel experimentó durante un segundo la sensación de caída libre hasta que su espalda golpeó las aguas residuales que había debajo, se hundió bajo las capas de heces y quedó atrapado en una corriente poderosa que se movía con lentitud.

Sala de drenaje 13

Bajo la ciudad de Los Ángeles, California

Unos minutos después y a una distancia indeterminada, Beckett volvió a sentir que caía. Tanto el perro, ahora inmóvil, como él salieron disparados desde una tubería de drenaje que había en la pared y cayeron en una inmensa sala de recolección. El Gangrel pudo ver un instante la sala circular, llena de conductos que llevaban agua que desembocaba en una piscina central, desde la que fue arrastrado por otros túneles y niveles hasta que volvió a caer en otro lugar repleto de agua. Afortunadamente fue a caer cerca de una pequeña plataforma elevada; una de las muchas pensadas para que los equipos de reparación pudieran evaluar el flujo del alcantarillado. Hundió las garras profundamente en la piedra y procuró deshacerse del perro que aún pendía de su brazo malherido. Entonces, después de que el cuerpo se hundiera despacio y se perdiera de vista, se arrastró fuera de la podredumbre, y escupió para deshacerse del detrito que se le había acumulado en la boca y en la garganta. Ignoró el dolor punzante que sentía en el brazo, se puso en pie y miró lo que había alrededor.

En la confusión de la batalla, no se había acordado de mirar por cuál de las esclusas había caído. No obstante, con su sentido de la orientación, no debería resultarle muy complicado volver para buscar a sus compañeros. Era solo cuestión de…

—¿¡Tienes idea —oyó decir a un ser chillón y casi ratonil— de cuánto le costó alcanzar ese tamaño!? ¡Y ahora lo has estropeado! ¡Tendré que empezar de nuevo!

Beckett miró hacia arriba, y más arriba aún. Allí, cerca del techo, había un estrecho pasadizo con una rejilla rota que se abría a una delgada plataforma de metal que, hacía tiempo, había pertenecido a una pasarela ya desaparecida. Encima de esa plataforma había una

figura retorcida y jorobada de menos de metro y medio de altura. Sus rasgos, por lo que Beckett podía ver desde aquella distancia, estaban retorcidos y dilatados, como si su rostro fuera un globo hinchado más allá de su capacidad. Detrás de él había un segundo rottweiler, no tan grande como el que yacía hundido junto a Beckett, pero sí lo bastante como para desmembrar a un hombre en cuestión de pocos segundos.

—Entonces deberías fijarte mejor contra quién lanzas tus mascotas, ¿no crees? —le respondió. Sus manos temblaban de furia y la Bestia paseaba inquieta en su interior, no queriendo otra cosa que hundir sus garras en el corazón del Nosferatu.

—¡Pagarás por esto! ¡Todos vosotros! ¡Tú y los que venían contigo! —El extraño y pequeño vampiro parecía casi estar bailando hacia delante y atrás por la pasarela rota, presa de la ira—. ¡Serás la carnaza con la que alimente a mis mascotas! ¡Llenaré su abrevadero con tu sangre! Yo…

Beckett bajó sus barreras interiores y dejó salir a la Bestia. Su visión se tornó roja y sintió cómo sus labios dejaban al descubierto los colmillos en un gruñido. El mundo pareció retroceder ante el ascenso de la Bestia.

Pero el frenesí aquí, con el Nosferatu tan lejos de su alcance, no le haría ningún bien. Esa fue la razón de que no permitiera que su naturaleza salvaje emergiera. Justo antes de perder el control, de dejar de ser él mismo, impuso duramente su voluntad a la Bestia y la empujó hacia fuera y hacia arriba. Como demostración de fuerza de voluntad y de familiaridad con su Bestia interior (algo que muy pocos Vástagos tenían), transformó su furia y su odio en otra persona.

O, en este caso en particular, en otra cosa.

El Nosferatu estaba todavía desvariando y divagando cuando su segundo rottweiler lo golpeó por la espalda como un tren desbocado y le rompió los huesos, hundió los caninos en su carne y lo tiró desde la pasarela para caer como lo había hecho Beckett hacía un rato. Los desvaríos del vampiro se transformaron en un chillido agudo mientras caía, y que quedó completamente silenciado cuando entró en contacto con las aguas fecales.

Al momento, Beckett se lanzó de cabeza tras él. Sus sentidos preternaturales lo ayudaron a localizar a la pareja tan rápidamente como ubica un tiburón a una foca que chapotea en el agua. Hundió las garras en la espalda del Nosferatu tiñendo el agua que los rodeaba de sangre. La Bestia de Beckett huyó del cuerpo del rottweiler y regresó al alma del vampiro, aunque este tuvo que obligarla a mantenerse en silencio y frenarla cuando quiso morder al Nosferatu y drenarle cuanta sangre tuviera. En lugar de ello, levantándolo con el brazo sano, Beckett arrastró a su enemigo desde las aguas fecales hasta una plataforma natural que había surgido en un saliente de rocas planas. El perro, asustado y confuso por el poder y la rabia de la Bestia de Beckett, huyó a los túneles en el mismo instante en que quedó libre.

—Bien —rugió Beckett, apuntando una de las garras a la carne suave donde el párpado izquierdo del Nosferatu se unía con la cara—, voy a hacerte algunas preguntas —con la otra mano sostuvo uno de los lados de la cabeza del vampiro. Las garras se cerraron alrededor de su oreja hinchada y unos instantes después, penetraron en ella—. La cantidad de sentidos que pierdas dependerá completamente de la velocidad de tus respuestas. Como no te recomiendo que asientas en este momento, bastará con que me digas si lo has entendido.

—¡Lo entiendo! —gritó el Nosferatu con una voz aguda y chillona—. ¡Lo he entendido, lo he entendido!

—Perfecto. Empecemos pues.

Intersección de alcantarillados 27-B

Bajo la ciudad de Los Ángeles, California

—Su nombre era Roger o eso me dijo. Pertenecía a los anarquistas MacNeil —le explicó Beckett a sus compañeros después de que el Nosferatu aterrorizado le hubiera indicado cómo llegar hasta el túnel en el que el perro lo atacó por primera vez.

Lucita y Kapaneus estaban cubiertos por una miríada de pequeñas heridas provocadas por otras fieras ghoul del Nosferatu. Pero, aparentemente, no habían salido tan mal parados de esa escaramuza. Más que dolor, lo que sentían era cansancio. Aún seguían discutiendo sobre si debían ir en busca de Beckett o esperar a

que él los encontrara.

—Se le comunicó que vendríamos y nos estaba esperando… bueno, en realidad, me estaba esperando a mí.

—¿Por qué? —inquirió Lucita. Su rostro adoptó una expresión de repugnancia mientras bebía la poca sangre que restaba a una rata; una que habían cogido bastante lejos de la estanque de cría—. ¿Quién te quiere muerto?

—¿Y quién no? —continuó Beckett con amargura—. Por ahora he conseguido cabrear a Hardestadt, el Fundador, y a Jenna Cross, sin mencionar a los enemigos que he ido acumulando a lo largo de los años. Ignoro por qué alguno de ellos pactaría con los MacNeils cuando tienen a otra gente que se encargue del asunto. De acuerdo con lo que Roger me ha dicho, la orden le llegó desde el alto mando de la organización. Pero no sabía por qué.

—Eso —intervino Kapaneus, pensativo— no me preocupa tanto como el hecho de que el Nosferatu nos estuviera esperando precisamente en este lugar. Quien quiera que sea ahora nuestro enemigo, sabe que estamos en las alcantarillas.

—Puede —aventuró Lucita— que sea casualidad. Nuestras opciones eran bastante limitadas, después de todo. Pero, francamente, esta teoría no termina de convencerme.

—Cualquiera que sea el caso —siguió Beckett—, no ha sido una completa pérdida de tiempo. Nuestro amigo con cara de rata se sintió feliz de podernos perder de vista cuanto antes y me indicó cómo salir de aquí. Podríamos estar fuera de los límites de la ciudad de Los Ángeles mañana por la noche.

—¿Estas seguro de que te dijo la verdad? —le preguntó Kapaneus.

—Oh, bastante seguro. Me mintió una vez y aprendió a no hacerlo más.

—¿Qué le hiciste? —indagó Lucita.

Beckett se encogió de hombros.

—Le di un tirón de orejas.

Fingió no darse cuenta de las miradas que le echaban sus compañeros tras haber hecho ese comentario; un comentario que pretendía ocultar la repugnancia que sentía y que lo hacía estremecer hasta el alma. Se sentía como si algo sucio se hubiera arrastrado hasta su interior y hubiera muerto allí. Siempre había sido un depredador, pero nunca había utilizado la crueldad sin un buen motivo. Cuando por fin había matado al pobre Nosferatu, lo hizo como un acto de misericordia, además de supervivencia. Lo que le había hecho a Roger era necesario, tenía que saber las respuestas, pero Beckett sabía que se sentiría sucio mucho después de haberse limpiado el último resto de desperdicio de la piel.

Sala de drenaje 13

Bajo la ciudad de Los Ángeles, California

Algún tiempo después de que el eco de las pisadas de los fugitivos hubiera cesado, apareció una figura en la sala principal. Samuel, con la camisa de franela empapada por las aguas fecales, emergió de uno de los túneles y caminó esquivando cuidadosamente los charcos de lodo y otros desechos. Pisó, en silencio, varias secciones de piedra rota, con filos dentados y que se movían con facilidad debido a los últimos terremotos. Llegó al punto donde el Nosferatu había muerto. Restos de ceniza empapada se pegaban al limo y formaban un dibujo que, si uno miraba con atención, se parecía aún a una figura humana.

Con mucho cuidado se agachó junto al cadáver y negó con un gesto de la cabeza. No había esperado que aquel pequeño experimento diera lugar a la muerte de Beckett; francamente, de haber sido así, lo hubiera decepcionado. No obstante, hubiera deseado que se entretuvieran un poco más. Dada la situación, lo más probable es que consiguieran salir del alcantarillado en un día. Seguramente aún estaba a tiempo de poner en marcha la segunda fase de su plan, pero Beckett, a pesar de todos los obstáculos, avanzaba a buen ritmo. Y eso no podía ser. Había llegado el momento de empezar a compartir información.

Samuel se puso de pie y caminó hasta la escalerilla más cercana. Mientras ascendía, y por si acaso andaba por ahí alguno de los amigos de Roger, su rostro y vestimenta se empañaron y transformaron. La figura que apareció en la calle se parecía mucho a Calvin Roper, un miembro muy importante de los anarquistas MacNeil y, no por casualidad, el hombre que había ordenado a Roger que esperara a Beckett dentro de la alcantarilla. Encendió un pequeño teléfono móvil, marcó un número que estaba en la memoria y esperó pacientemente a que diera el tono de llamada.

—Necesito hablar con Jenna Cross —anunció en una voz que no pegaba con su nuevo aspecto—. Dile que soy Samuel, que tengo información acerca de Beckett y del medio que está utilizando para huir.

En algún lugar del oeste de Estados Unidos

Con la información fehaciente que había recibido por parte del Nosferatu y la que le había ofrecido Okulos, el resto del trayecto fue sencillo, aunque no placentero. Eludieron a no menos de tres cuadrillas de sangre-débil, y al menos a un grupo de infiltrados de la Camarilla, para acabar emergiendo, la noche siguiente, en otra zanja de drenaje que estaba fuera de los límites de la ciudad de Los Ángeles. Entonces solo era cuestión de alcanzar el lugar más cercano y conveniente, que resultó ser una gasolinera con una tienda, y conseguir un medio de transporte. Kapaneus y Lucita, que no habían sido capaces de engullir toda la sangre de las mascotas del Nosferatu, se habían quedado igual de satisfechos con el conductor que Beckett con el vehículo. Kapaneus detectó a unos pocos sangre-débil de Cross en el aeropuerto de Apple Valley, pero no parecían estar muy alertas. Beckett creía probable que Cross hubiera ordenado a su gente que vigilara todos los aeropuertos regionales porque, con toda seguridad, no tenía idea de dónde podrían estar exactamente. Puesto que sabían que los espías estaban allí, solo era cuestión de evitarlos el tiempo necesario hasta que Cesare obtuviera el permiso para despegar. Ahora se dirigían a Dallas, pero aún no sabían lo que iban a hacer.

Beckett estaba sentado detrás de una mesa que ocupaba gran parte de la pared de la cabina. Kapaneus, en una posición poco

apropiada para un antiguo, estaba despatarrado encima de su saco de dormir y Lucita estaba sentada encima del ataúd de Beckett. Aunque habían pasado varias noches juntos, abriéndose paso por el sistema de alcantarillado, no habían hablado mucho. Por alguna razón, no les había parecido apropiado.

—Beckett —preguntó Lucita, finalmente, después de un silencio incómodo—, ¿estás realmente seguro? Dime la verdad.

No tuvo que preguntarle a qué se refería.

—Del todo —respondió, con voz neutra—. Tan seguro como siempre he estado de las cosas, Lucita. El marchitar, la desaparición de clanes enteros, lo que averigüé en el diario de Etrius… Yo mismo luché contra ello durante algún tiempo, pero no puedo seguir negándolo. No se trata de una simple maldición de la sangre. Y tampoco de una enfermedad. La Gehena está sobre nosotros.

—Pensé que no creías en ella.

—Así era.

Silencio.

—¿Y de verdad pensabas que Jack Sonrisas iba a poder ayudarte?

—Me pareció una buena idea en su momento —explicó él, frunciendo el ceño—. Mi única otra pista es una Salubri llamada Rayzeel que, supuestamente, despertó hace unos años. Al parecer, es una chiquilla del mismísimo Saulot. Pero estaría mintiendo si dijera que sé dónde puedo encontrarla. —Sintió en su interior la necesidad de romper algo—. ¡Maldita sea, si solo tuviera un poco más de tiempo...! A pesar de todos los mitos y leyendas, no sabemos casi nada… Ni siquiera sé cuánto tiempo se prolongará la Gehena.

—Bueno —continuó Lucita—, ¿y qué propones que hagamos?

—Estoy más decidido que nunca a encontrar las respuestas —afirmó Beckett—. Esto solo demuestra que los Vástagos tenemos, o al menos teníamos, una razón de ser. Y pienso averiguar…

—Sí, sí, eso es muy bonito. Me refiero a qué vas a hacer con respecto a la Gehena.

Beckett parpadeó. No podía estar preguntándole lo que sospechaba.

—¿Hacer?

—Sí, ¿cómo planeas frenarla?

—Lucita… —Beckett negó con un gesto—. Esto es la Gehena. Nadie puede pararla. Como tampoco nadie puede evitar que salga el sol o que suba la marea.

—Eso no tiene sentido.

Lucita se levantó y empezó a caminar por toda la cabina. A pesar de que solo podía dar un par de pasos en ambas direcciones, Beckett estaba sorprendido por la elegancia de su movimiento. Quizá Lucita fuera más débil ahora que hacía unos siglos, pero nada en ella lo daba a entender.

—He pasado mil años luchando contra aquello contra lo que se suponía que no se podía luchar —continuó—. Conseguí liberarme de Monçada y de un poder al que nadie podía vencer. Durante varios siglos me opuse al Sabbat y nunca consiguieron destruirme. De hecho, me dieron la bienvenida cuando decidí unirme a ellos. Dudo que alguna batalla sea inútil, si la libras de forma adecuada.

—¿Es esa la razón por la que abandonaste la lucha por aferrarte a tu humanidad? —inquirió Beckett, demostrando cierta amargura.

Lucita sonrió.

—No lo entiendes. No abandoné la lucha para mantener mi humanidad. Gané la batalla y descubrí quién era yo.

—¿Y es eso lo que quieres ser?

La mujer frunció el ceño.

—Como ya te dije antes, no tengo que darte explicaciones.

—Desde luego que no. Te las tienes que dar a ti misma y dudo que lo hayas hecho ya.

La tensión en el aire se hizo tan penetrante que Beckett se extrañó que las ventanillas no estallaran. Se preguntó durante un momento si no habría cometido un error; si había enojado a Lucita lo bastante para atacarlo incluso aquí, en un lugar confinado y frágil como en el que estaban. Kapaneus se apoyó en un codo y miró fijamente a la mujer de cabello oscuro.

En lugar de hacerlo, Lucita se limitó a apretar los puños tan fuerte que Beckett pudo oír cómo le crujían los nudillos.

—¿Me vas a ayudar a pararlo? —preguntó con brusquedad.

Durante un instante fugaz, el Gangrel vaciló. ¿Y si podían? ¿Y si podían detenerlo o, al menos, posponer la destrucción? Después de todo, todavía no podía explicarse por qué no sufría el marchitar de la misma manera que otros de su edad. ¿Quizá él podía hacer algo?

No. No funcionaría. Beckett había aprendido a respetar los mitos antiguos en las últimas semanas y cada una de esas leyendas, todas las que había oído, aseguraban que la situación no podía cambiarse, que todo debía seguir su curso. Si su resistencia inusual al marchitar sugería algo, era que se le había dispensado algo más de tiempo para hallar sus respuestas. Y no estaba dispuesto a malgastar ese tiempo peleando contra molinos de viento. Tenía que encontrar esas respuestas y no se iba a arriesgar a pensar que todas las fuentes de que disponía estaban erradas.

—No puedo —dijo, sencillamente—. Y, con franqueza, tampoco creo que pudieras hacerlo tú. Deberías completar las tareas que aún no tengas terminadas, Lucita. Seguro que tú, entre todos los Cainitas, eres la que más preparada está para enfrentarse con la muerte. —Calló y pensó durante un instante.

¿Por qué no venís tú y tus aliados conmigo? Estuvo a punto de preguntarle. Siendo más tenemos mayores probabilidades de encontrar las respuestas; por lo menos sabrías por qué ha sucedido

todo.

Pero no se lo preguntó. Mientras abría la boca, podría haber jurado que escuchó una voz (la de Anatole), diciéndole:

—Yo no lo haría si fuera tú. Ya no puedes seguir confiando en ella. Ya no es la que era.

Era, con toda seguridad, una alucinación. Un eco reminiscente de sus sueños. Pero, a pesar de sí mismo, obedeció. En lugar de ello, se limitó a decir:

—¿Hay algún sitio al que quieras que os llevemos a ti y tus compañeros antes de que abandonemos Estados Unidos?

—¿Y qué pasaría si te pidiera que nos llevases contigo? —inquirió Lucita.

Era, claramente, un desafío y una petición.

—Que no podría hacerlo. Mira a tu alrededor, Lucita. Ya es bastante difícil conseguir un avión privado hecho a medida en estos días; especialmente debido a lo inusual de las características que tiene este. Sin mencionar lo jodidamente caro que resulta conseguir los dichosos permisos y los sobornos. No podría meter a un grupo entero de pasajeros indocumentados. O cadáveres si resultara ser de día.

—Oh, por favor, Beckett. Siempre tienes una excusa a punto para explicar por qué no puedes hacerlo. —Lucita se giró y abrió una puerta—. Creo que pasaré el resto del viaje en la cabina, en compañía de Cesare. —Mientras abandonaba la estancia, dijo—: Como os pedí, os agradecería que me dejarais cerca de Dallas. Me reuniré allí con mi gente y continuaremos luchando lo mejor que podamos. Así tú podrás ir en busca de tus valiosas respuestas. —No cerró de un portazo, ese no era su estilo, pero sí lo hizo con cierta firmeza.

—¿Estará Cesare a salvo con ella? —preguntó Kapaneus.

—Oh, desde luego. Puede que esté furiosa, pero no es una suicida y, al igual que yo, no tiene la menor idea de cómo pilotar una

de estas máquinas.

Y, dicho esto, no les quedó otra cosa que hacer más que esperar.

Textiles Braque et Chabrol

Lille, Francia

Aunque una fracción muy importante de los miembros del consejo no pudieron acudir a la reunión debido a que estaban atendiendo asuntos personales en otras partes del mundo, la asamblea representaba aún a una porción fundamental de los altos mandatarios de la Camarilla. Príncipes y justicar, miembros del Círculo Interno y fundadores de la secta; todos ellos estaban sentados o de pie en el inmenso sótano que había debajo de la fábrica textil. Varios neonatos, “criminales” a menudo culpables de un crimen tan nimio como el de tener mala suerte, yacían estacados en el perímetro de la sala, donde los concurrentes podían fácilmente acceder a ellos para saciar su sed.

Varias máquinas grababan el procedimiento para que aquellos que no habían podido asistir a la reunión, como Hardestadt, algunos de los príncipes más poderosos, varios justicar y Consejeros del Círculo Interno, pudieran verlo más adelante. La información, como de costumbre, se enviaba encriptada a través de líneas muy seguras.

—El punto al que quería llegar —anunció el Príncipe Voorhies de Amsterdam, mirando enojado a Carlak de Praga— es que, al menos en mi ciudad y, según tengo entendido, también en otras, la fuerza ya no basta para mantener el orden. Y no es, como creen algunos, por culpa de mi gobierno. —Miró con fiereza a otros que habían hablado—. Al mismo tiempo que el marchitar se agrava, más neonatos sufren lo que nosotros hemos estado padeciendo durante meses. Sin embargo, ellos buscan respuestas. No podemos consentir que crean que la Gehena es la única explicación, claro, pero tampoco podemos seguir incinerando a aquellos que lo sugieran. Necesitamos algo que los contente y debe ser creíble.

—Estoy de acuerdo —convino Madame Guil, justicar del clan Toreador, mientras se ponía en pie. Lo normal es que hubiera estado

muy involucrada en los planes de Hardestadt para recuperar la ciudad de Los Ángeles, porque el oeste de Estados Unidos era una de sus áreas predilectas. Estaba allí, sencillamente, porque no tenía nada mejor que hacer; Hardestadt se había negado a trabajar con ella por algún conflicto pasado—. Nuestras explicaciones acerca de las enfermedades y las maldiciones resultan patéticas. No podemos seguir diciéndoles a nuestros chiquillos lo que puede ser el marchitar. Debemos decirles lo que es.

—Gracias —agradeció Voorhies el apoyo que se le estaba brindando—. No tenemos que preocuparnos de que la explicación sea o no verdad. Solo tiene que ser creíble y universal.

—Oh, no estoy seguro de eso —intervino el Príncipe Nicholas de Kent—. Yo, por mi parte, quisiera saber cuál es la razón auténtica de lo que está sucediendo. Algunos de nosotros ya hemos expresado nuestras sospechas en cuanto a la desaparición de los Tremere. De hecho, creo que deberíamos estar investigando esa pista, que no parece una coincidencia.

Al otro extremo de la habitación, otra vampiro se puso en pie. A pesar de su corta estatura, la Reina Anne de Londres irradiaba un aura de confianza y control que no tenía igual en muchos de los que estaban allí; incluso entre otros que eran mucho mayores que ella.

—Yo estoy de acuerdo —anunció con una voz clara y majestuosa—, pero mantengo, como muchos, que debemos controlar el daño que sufre nuestra sociedad antes de ocuparnos de otros asuntos. Estoy convencida de que los Tremere nos han provisto de una solución en bandeja de plata. El momento de su desaparición nos viene de perlas, independientemente de su culpabilidad o inocencia. ¿Por qué no nos limitamos a culparlos del marchitar pública y abiertamente? Eso les brindaría a los neonatos un foco donde centrar su ira y, asimismo, podríamos distraerlos enviándolos a buscar a los Tremere desaparecidos.

—La estimada Reina Anne —continuó Guil— ha logrado de manera admirable mantener su ciudad en calma, pero creo que esto la lleva a subestimar el estado de ánimo que hay más allá de sus fronteras. Su sugerencia tiene sentido y sería buena, de no ser porque

el miedo y la ira de los neonatos están fuera de control y no quedará satisfecha con la culpabilidad de un enemigo fantasma. Si les brindamos a los Tremere como cabezas de turco, sin que exista alguno para sufrir la venganza de las masas, dejarán de creerlos los culpables.

—Eso es verdad —afirmó Jaroslav Pascek. El justicar Brujah, con una apariencia engañosamente frágil, tenía menos peso en estos consejos que en el pasado. La falta de Theo Bell, que hacía tiempo había sido una mascota para los partidarios de la Camarilla, había perjudicado seriamente la reputación del justicar para quien trabajaba. En cualquier caso, Pascek conservaba su puesto y sería escuchado—. Lo que necesitamos entonces es un enemigo al que los neonatos puedan ver. Uno contra el que puedan luchar, por lo menos, aparentemente.

François Villon, Príncipe de París, enarcó una ceja.

—¿A quién propones?

—A los Assamitas.

El griterío que se generó necesitó varios minutos, y fuertes llamadas de atención por parte de los justicar presentes, para calmarse. Cuando finalmente quedó sofocado, fue el Príncipe McTiernan de Indianápolis el que dio voz a lo que la mayoría estaba pensando.

—¡Estás loco! ¡Precisamente ahora no podemos permitirnos el lujo de marginar a nuestros nuevos aliados! ¡Necesitamos a los Assamitas por su habilidad en la batalla y en el espionaje… Y ahora que los Tremere ya no están, necesitamos la magia de sangre que tienen! ¿Acaso estás dispuesto a despreciar una de nuestras mejores bazas?

—Yo no haría tal cosa —Pascek miró alrededor. Miraba sin pestañear, de una manera tan penetrante que acobardó incluso a los antiguos—. Lo que propongo haría que los Assamitas se acercaran aún más a nosotros.

»Echaremos la culpa del marchitar de la sangre a los brujos

leales a Alamut. Podría considerarse un ataque a la soberanía de la Camarilla y un castigo para aquellos de su clan que se han propuesto ayudarnos a mejorar. Esto no solo proporcionará a las masas un enemigo en el que centrarse, sino que además inspirará a los Assamitas que quieran demostrarnos su lealtad a dar caza a sus propios hermanos. Con toda probabilidad, sospecharán que la culpa también podría recaer sobre ellos y harán todo lo posible por evitarlo.

—¿Y si alguno de los nuestros descubre que también los Assamitas sufren el marchitar? —inquirió el Príncipe Villon—. ¿Qué haremos entonces?

—Francamente Villon —intervino Voorhies—, me cuesta creer que los Assamitas vayan a extender el rumor aunque lo averigüen; estarían demasiado preocupados de que nadie fuera a creerlos y de que eso pudiera parecer una excusa para proteger a sus compañeros de clan. ¿Y quién más podría hablar con un Assamita leal el tiempo suficiente para averiguarlo?

Otra vez, los murmullos se extendieron por la habitación pero, en esta ocasión, eran más suaves y menos furibundos. Estaba claro que algunos de los presentes estaban considerando las ventajas del plan del justicar.

—Tenemos una propuesta —afirmó Madame Guil, atajando la discusión una segunda vez— ¿la secundamos?

El Príncipe Voorhies volvió a ponerse en pie y asintió con un gesto.

—Tiene sentido. No solo nos proporciona una solución a nuestro problema más inmediato, sino que además nos da tiempo para buscar la verdadera fuente del marchitar; bien sean los Tremere o cualquier otra cosa. Yo secundo la moción.

—Bien, puesto que este no es un asunto que deba decidir únicamente el Círculo Interno de los justicar, debemos votar. Todos los que estén a favor, levantad…

La justicar Toreador calló, confusa, cuando una brisa cálida sopló en la habitación. Lo sintió en la piel, como también lo hicieron los

otros, que miraron alrededor, quizá buscando una ventana abierta a pesar de que estaban en un sótano. De todos modos, no movía ni sus cabellos, ni sus ropas.

En lugar de cesar, como cabría esperar de una ráfaga tan absurda como aquella, el viento se incrementó. Transportaba consigo el olor de la sangre y un curioso y seco regusto a arena.

Guil, alerta, miró en rededor; apoyándose en unos sentidos y poderes de observación que harían parecer ciego a alguien como Beckett. Vio la fuente de la brisa del desierto.

El grito ensordecedor de Madame Guil, un llanto lamentable de una chiquilla de cuatrocientos años, reverberó en la sala y perforó los tímpanos de aquellos que estaban más próximos a ella. La justicar cayó de rodillas, cubriéndose la cara, manchada de sangre, con las manos. Al instante, todos los concurrentes se pusieron en pie; la confusión y el pánico eran ahora evidentes en sus ojos y rostros.

El sabor a sangre se hizo más intenso y el viento se hizo más fuerte. Jaroslav Pacek fue el primero en morir. Sencillamente parpadeó una vez, como si estuviera confuso por un pensamiento repentino y se convirtió en ceniza, tras ser drenada, en un instante, su sangre, su alma y todo cuanto era. Debido al caos reinante, los reunidos tardaron un rato en percatarse de lo ocurrido.

La destrucción del Príncipe Voorhies de Amsterdam, que había secundado la moción de Pascek, y del Príncipe Villon, que había empezado a levantar la mano cuando Guil les pidió que votaran, fueron algo más obvias. La pareja estaba sentada cerca del centro de la sala, a ambos lados del Príncipe Kleist de Berlín. La mitad de las miradas estaban situadas sobre Kleist, cuando, de pronto, recibió una ducha de ceniza por ambos lados mientras Voorheis y Villion morían y se descomponían en el sitio.

Y, tan repentinamente como había empezado, cesó. El viento amainó hasta desaparecer, el olor a sangre se desvaneció y dio lugar a los olores normales de la ciudad. En el centro de la habitación, Madame Guil estaba hecha un ovillo. Su voz chillona pronto dio paso a una áspera ronquera. La sangre manaba a borbotones de unos párpados que solo escondían ojos ya inútiles.

Aunque sus instintos les exigían que huyeran, todos los vampiros estaban paralizados. A pesar de que sus Bestias interiores les suplicaban que se marcharan al instante, sus mentes calculadoras no podían asimilar lo que acababa de acontecer. Con el transcurso de los minutos, los gritos de Guil se transformaron en unos quejidos ininteligibles. Finalmente, con las manos temblándole en su primera demostración pública de auténtico pánico, la Reina Anne de Londres dio un paso al frente.

—¿Estamos todos a favor? —inquirió con voz vacilante. No obtuvo respuesta—. ¿Os oponéis entonces?

Todas las manos se elevaron como tratando de escapar de los brazos a las que estaban unidas.

—La moción se ha censurado. Se da por terminada la asamblea.

Anne fue la primera en salir por la puerta.

Descenso hacia el aeropuerto de Dallas

Aeropuerto Internacional de ForthWorth

Dallas, Texas

—Muy bien —dijo Beckett, apoyando los codos en la mesilla de café del tamaño de una fuente —, ahora ya estoy seguro de que estoy loco.

—¿Por qué lo crees? —le preguntó Anatole, dándole vueltas con la cucharita al montón de nata montada que tenía en una taza rebosante de sangre.

—Porque es imposible que esté soñando en mitad de la noche. Y si no estoy soñando, esto es una alucinación y, por tanto, eso me convierte en un chiflado.

—O eso, o bien esta es una aparición auténtica y por eso estoy hablando contigo.

Beckett miró alrededor. La mesa tras la que estaban sentados

era la misma que había visto en la primera visita de Anatole. No obstante, en lugar de estar sentado en una cafetería parisina, ahora todo cuanto los rodeaba era una oscuridad impenetrable. Los extraños sonidos como de masticar que había oído en la primera ocasión, todavía sonaban en la distancia, como si se estuvieran alejando.

—Si es así, tienes un gusto peculiar para elegir nuestro lugar de reunión.

—Eso solo demuestra que yo soy el loco de los dos, ¿no crees? Por tanto, este debo ser yo realmente.

Beckett trató de comprender la lógica de ese argumento pero, como le daba dolor de cabeza, se dio por vencido.

—El tiempo corre, Beckett —continuó Anatole—. La arena se está acabando. Eres la última vuelta; el aviso del final ya ha sonado y el sexto sello se está abriendo. No te queda mucho.

—Lo creas o no, soy perfectamente consciente de ello. —Beckett negó con un gesto—. No sé lo que hacer, Anatole. No he podido encontrar las respuestas que buscaba en los últimos tres siglos. ¿Qué te hace pensar que podría hallarlas en unos pocos meses o incluso en unas semanas?

—Nada más que el hecho de que debes hacerlo. La necesidad es la mejor de las motivaciones. Créeme, lo sé por experiencia.

—Lo que me fastidia del asunto —explicó Beckett, de pronto, con voz cansada— es que tengo una pista. Creo que la mejor que jamás he tenido. ¡Y no sé cómo seguirla! Sé a quién tengo que encontrar, ¡pero no tengo la menor idea de dónde puede estar!

—Oh, sí, eso debe de ser frustrante —afirmó Anatole, que seguía dándole vueltas a su brebaje—. Es una lástima que no conozcas a ningún erudito nodista y guardián de la sabiduría que haya estado reuniendo información desde la Edad Media y que conserve todo cuanto ha indagado en una biblioteca privada.

Beckett se quedó boquiabierto.

—No, de ninguna manera. ¿Crees que estoy tan loco como para ir allí?

—Eh —respondió Anatole, encogiéndose de hombros—, esta es tu alucinación, ¿recuerdas? Obviamente sí debes estar lo bastante chiflado. —Sonrió, mostrando unos dientes perfectos que, a pesar de estar bebiendo sangre, no estaban manchados.

Beckett parpadeó y miró, confuso, la cabina. Kapaneus lo miraba con atención; en su rostro se reflejaba la preocupación.

—¿Estás bien?

—Yo… —el Gangrel negó con la cabeza—. Estoy bien. Creo. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro. Al principio pensé que estabas perdido en tus pensamientos, pero, de pronto, te quedaste completamente quieto. Eso se prolongó varios minutos. Pensé, al principio, que te habías sumido en algún tipo de letargo.

—Qué raro.

Beckett pensó, durante un momento, hablarle a su compañero acerca de su visión, su sueño, alucinación o lo que quiera que fuese, pero al final decidió no hacerlo. No había razones para asustar al antiguo y llevarle a pensar que viajaba en compañía de un pirado.

—¿Lucita todavía está delante? —le preguntó.

—Sí. Tu ghoul nos acaba de informar de que estamos a punto de aterrizar.

—No nos quedaremos. Dejaremos a Lucita y eso será todo. Creo que ya sé dónde podemos ir después.

Dallas/Aeropuerto Internacional de Forth Worth

Dallas, Texas

Theo Bell caminaba a buen ritmo por la hierba que separaba la

valla de seguridad de la pista de aterrizaje. Se suponía que no debía estar allí, pero siempre había tenido la impresión de que a un sistema de seguridad que no fuera lo bastante bueno como para mantenerlo apartado de su objetivo, no valía la pena hacerle caso. Además, tenía cosas que hacer.

La llamada de Lucita había sido breve. No le había dicho cómo habían ido las cosas en Los Ángeles, ni qué sugería que debían hacer a continuación. Sabía solo que llegaría en un avión privado y que le agradecería que se reunieran allí.

A aquella hora de la noche era raro, incluso en un aeropuerto tan grande como el DFW, que se hiciera uso de las pistas más alejadas. Y más cuando el avión era privado, en lugar de ser un vuelo de línea regular. Aparentemente, Lucita o quienquiera que estuviera con ella, había acordado algún tipo de “trato especial”. Bell se preguntó cuánto costaría esa consideración.

Sus ojos se entrecerraron mientras se acercaba a la pista. Ya podía ver las luces parpadeantes de un avión en la distancia. Asumió que era el vuelo que estaba esperando porque se dirigía casi directamente hacia donde estaba situado. Lo que le preocupaba, sin embargo, eran los tres individuos que merodeaban por el hangar. Bell estaba convencido de que no formaban parte del equipo de mantenimiento del aeropuerto, a menos que el DFW hubiera empezado a utilizar las gabardinas como parte del vestuario de la plantilla.

Negó con la cabeza. Gabardinas. Sí, desde luego era una vestimenta llamativa. Se colocó con despreocupación la SPAS-15 encima del hombro derecho y se aproximó a los tres que trataban de ocultarse.

—Lo lamento muchísimo —dijo, mientras se acercaba—, pero creo que estáis buscando la cinta de equipaje C y esa está en otra terminal. Por ahí.

Los tres se giraron para mirarlo y buscaron rápidamente en sus abrigos unas armas que seguramente creían que tenían bien escondidas. Bell ya las había contado e identificado.

—Tienes la oportunidad de marcharte —resopló uno, en un tono que pretendía ser amenazador—. No hemos venido a por ti.

—Me alegro por vosotros. —Bell miró a la izquierda. El avión tomaría tierra en cuestión de un segundo y llegaría al final de la pista en uno o dos minutos—. Pero, puesto que posiblemente vengáis a por los mismos que yo, eso no va a ayudar. De modo que os haré el mismo ofrecimiento. Tenéis una posibilidad. Largaos antes de que esto se ponga feo.

El que había hablado, frunció el ceño.

—Muy bien, capullo, has perdido tu…

Sin levantarla del hombro, Bell disparó el arma y adoptó un leve gesto de contrariedad cuando la ráfaga lo ensordeció un poco. Escuchó un sonido húmedo a su espalda, seguido de un golpe fuerte. Los tres pares de ojos se abrieron como platos, mientras continuaban mirándolo.

—¿De verdad creíais que no lo había oído llegar? —les inquirió—. El muy hijo de puta camina como un puto rinoceronte.

Los merodeadores sacaron sus pistolas y abrieron fuego inmediatamente. En realidad, tampoco importaba porque Bell ya no estaba allí donde ellos disparaban.

Cuando todo pasó, Theo estaba ligeramente disgustado con el tiempo que le había llevado. No estaba tan debilitado como Lucita, teniendo en cuenta que él era mucho más joven, pero sus períodos de fuerza estaban haciéndose más infrecuentes y los de debilidad se prolongaban. No era tan rápido como debía ser y tampoco tan fuerte. En cualquier caso, tenía talento de sobra para deshacerse de un trío de gilipollas sin experiencia, pero no debería haberle llevado dos minutos enteros conseguirlo. Cuando levantó la mirada, rodeado como estaba de los cuerpos en descomposición, el avión no solo había aterrizado, sino que además ya había despegado otra vez.

—Vaya —comentó sorprendido.

—Buen trabajo, Bell.

—¡Jesús! —Theo se giró, con el arma preparada para disparar, mientras Lucita emergía deslizándose de la oscuridad que reinaba a su lado—. ¡Maldita sea, Lucita, no vuelvas a hacer eso!

—Lo siento —respondió en una voz que parecía indicar lo contrario—. ¿Te he asustado?

—¿Asustarme? Si mi colon siguiera funcionando, ¡me habría cagado en los calzoncillos!

—Vaya, qué explícito.

Al tiempo que la pareja caminaba tranquilamente hacia el final de los límites del aeropuerto, Bell señaló con el cañón de su arma hacia los restos de los cadáveres de los que acababa de matar.

—Esos imbéciles no distinguían los dos extremos de un arma. Dudo que fueran asesinos de la Camarilla. Déjame adivinar, ¿tus negociaciones con Cross no han ido como esperabas?

Le contó, mientras paseaban, todo lo que había ocurrido en su viaje a Los Ángeles. Bell la escuchó con muchísima atención y la interrumpió solo una vez, cuando describía su huida de la casa de Jenna Cross.

—¿Cómo has conocido a ese tío, a Kapainus?

—Kapaneus —le corrigió ella.

—Lo que sea. ¿Cómo sabes que ese tío te dijo la verdad? Solo tenías su palabra de que Cross planeaba cerraros el pico indefinidamente a todos. ¿Cómo sabes que no intentaba joder las negociaciones para servir a sus propósitos?

Lucita arrugó el gesto.

—No —sentenció finalmente, aunque pensativa—, no lo creo. Teniendo en cuenta lo hostil que estaba siendo Cross con Beckett, de hecho lo encontraría más sospechoso si ella no hubiera intentado nada.

Aun así, Lucita estaba preocupada. No es que pensara que Theo tenía razón, sino que la posibilidad de lo que decía nunca se le había pasado por la mente. Había confiado en el antiguo de forma instintiva y Lucita había sobrevivido demasiado tiempo para confiar en alguien sin tener una muy buena razón para hacerlo.

Bueno, ya estaba hecho. Y tenían asuntos más importantes de los que ocuparse. Continuaron avanzando y ella terminó de contar su historia cuando hubieron llegado a la verja que delimitaba el perímetro del aeropuerto.

—La Gehena, ¿eh? —Bell se inclinó para dar a la debilitada Lasombra un empujón que la ayudara a superar la verja. Luego dio unos pasos hacia atrás, tomó carrerilla y saltó por encima del cable. Aterrizó con un sonido amortiguado y un impacto que habría dejado sin respiración a cualquier cosa que hubiera necesitado aliento—. ¿Está Beckett seguro de eso?

—Lo está. Y no esperes hacerme creer que no has considerado la posibilidad porque ya hemos pasado varios meses hablando sobre ello.

—Lucita —dijo él, cuando volvieron a caminar hacia la furgoneta que había aparcado a unas cuantas calles de distancia—, desde la misma noche que fui Abrazado, todo me ha llevado a creer que la Gehena no es más que un mito, una mierda mística tramada por los antiguos para justificar sus posiciones y perversiones. —Negó con un gesto de la cabeza—. Sería idiota si negara lo que ven mis ojos, pero no es tan sencillo de aceptar.

—Perfecto, porque no vamos a aceptarlo.

Bell se detuvo en seco y se giró.

—Perdona, ¿me puedes repetir eso en el oído sano?

—Beckett ya se ha dado por vencido. No cree que podamos pararlo. Yo sí lo creo y eso es precisamente lo que vamos a hacer.

—Ajá, ¿y cómo pretendes llevarlo a cabo?

Lucita sonrió.

—Beckett mencionó a una Salubri llamada Rayzeel, una chiquilla de Saulot y una erudita de lo antiguo que despertó hace poco. No sabía cómo encontrarla.

—¿Y tú sí?

—No, personalmente no. Pero he tenido trato con la nueva línea Salubri que además ahora forma parte del Sabbat, y algunos de ellos están decididos a encontrar hasta la última conexión que los reúna con su difunto patriarca. Si alguien sabe dónde encontrar a Rayzeel, ese tiene que ser uno de ellos. Y es un recurso que Beckett no tiene.

»Vamos a encontrarla antes que él, Bell. Y la vamos a obligar a que nos ayude a averiguar cómo detener esto.

—¿Y si Beckett se interpone?

Lucita se encogió de hombros.

—Tengo la esperanza de que, cuando vea lo que vamos a conseguir, se dé cuenta de su error y decida ayudarnos. Y, si no lo hace, bueno, ya estuviste a punto de matarlo una vez.

Bell no pareció muy contento ante esa perspectiva, pero se limitó a asentir.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

—No, eres tú el que no lo entiende. —Jenna Cross prácticamente bufaba al auricular de su teléfono. Su paciencia con el hombre que hablaba por el otro lado de la línea hacía tiempo que se había agotado—. No me importa lo que cueste. Me importa un bledo lo difícil que pueda resultar. No me importa lo que tengas que hacer para conseguirlo. En algún lugar de ese jodido sistema está el plan de vuelo y el destino del avión de Beckett, ¡y no quiero saber nada más de ti hasta que lo hayas conseguido, joder!

Apretó con fiereza el botón de “colgar” de su teléfono y lamentó no haber llamado desde uno fijo porque colgar el auricular bruscamente era mucho más satisfactorio que oprimir una puta tecla.

—¿Todavía no sabes adónde va? —preguntó Jack Sonrisas desde el umbral de la puerta que daba al pequeño despacho. Sus dedos y rodillas estaban manchados de la tierra de las plantas, de las suelas de los zapatos pendían briznas de hierba y un cigarrillo apagado, y aparentemente olvidado, colgaba de la comisura de sus labios.

Cross frunció el ceño.

—Pensé que sería más fácil cuando Samuel me llamara para decirme el número de serie del avión de Beckett.

—Bien. He oído lo de la cagada en el DFW.

—No ha sido culpa mía. Tuve que confiar en los de allí porque querían hacer algo por mí. —La voz le tembló un instante al decirlo. A pesar de sus deseos y de sus temores, su gente estaba empezando a verla como a una salvadora de los sangre-débil de todo el mundo. Le asustaba casi tanto como que los antiguos se volvieran en su contra por ser un símbolo de la llegada de la Gehena—. No eran exactamente los más competentes con los que he tratado.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a indagar hasta que averigües un destino donde puedas coincidir con él y le vas a estar mandando gente hasta que esté muerto?

—Algo así.

—Jenna… —Jack sacó un viejo y casi vacío mechero BIC de su bolsillo, sostuvo el cigarrillo bien apartado de su cara mientras lo encendía, y le dio una prolongada calada una vez estuvo encendido—. Esa no es la manera.

—Oh, por favor, otra vez no, tío Jack.

—¡No, maldita sea, escúchame! —El viejo anarquista entró en la habitación y casi arremetió contra ella. Una diminuta chispa de Miedo

Rojo ardió en el alma de la mujer y tuvo que apartarse del cigarrillo encendido—. Eres especial. Tienes la marca…

—Que tú mandaste que me pusieran —le recordó.

—Eso es lo de menos. La tienes. Eras un ghoul que se convirtió en vampiro sin que nadie le Abrazara. ¿Hay, cuántos, menos de una docena de individuos así en todo el mundo desde que empezó este caos?

—Eso es lo que hemos oído.

—Los sangre-débil de todo el globo están pendientes de ti y tratan de ayudar a los tuyos a superar lo que está aún por llegar, Jenna. Joder, incluso algunos regulares de las sectas están empezando a hablar y a creer que lo que tú estás construyendo es mejor que el agónico Sabbat o los nazis de la Camarilla. Tienes cosas importantes ante ti. Y no vas a ver ni una sola si cabreas a Beckett lo suficiente como para que quiera matarte.

—Beckett —dijo ella, rechinando los dientes— llevará mucho tiempo muerto antes de que llegue a estar así de cabreado.

—Muy bien. ¿Y qué? ¿A cuántos de los tuyos estás dispuesta a sacrificar para conseguirlo? ¿Cómo crees que le va a sentar eso a tu gente? ¿Y qué pasará con el próximo antiguo que te compare con la Última Hija? Has estado utilizando la marca como herramienta de reclutamiento y eso significa que los rumores se extenderán. Habrá otros que no tengan la reputación que tiene Beckett, pero bastará para que empiecen a hablar de ti y, tarde o temprano, alguien los va a creer.

Jenna quería gritarle, quería decirle que no deseaba ser la propulsora del gran movimiento de los sangre-débil y si su gente le perdía el respeto porque muchos de ellos morían en su intento de matar a Beckett, bueno, tanto mejor. Pero no podía hacerlo. Veía cómo la miraban, había visto la esperanza en sus ojos cuando les hablaba de sus grandes planes y de las promesas que, casi con toda seguridad, no podrían ver cumplidas. Nunca había querido encargarse de esta puta tarea, pero tampoco quería comprobar qué ocurriría si no la aceptaba ni intentaba llevarla a cabo.

Y sabía que Jack no entendía o no quería comprender su temor. Conocía a los antiguos, y no solo a unos pocos dispersos aquí y allí, sino a esos que importaban y que, con el paso del tiempo, acabarían sabiendo que ella era la Última Hija. Sabía, asimismo, que mientras las cosas empeorasen por el mundo, cada vez más de esos antiguos empezarían a creer en las leyendas otra vez y acabarían pensando que la Gehena estaba sobre ellos. Y, cuando eso ocurriera, sería solo cuestión de tiempo que vinieran tras ella. No estaba asustada ante la posibilidad de morir definitivamente; lo que la aterrorizaba es que la capturase la Camarilla o el Sabbat y que la sometieran a las pruebas y exámenes que tuvieran en mente para alguien como ella. Y Beckett, aunque no era el único que podía tejer esa tela de araña a su alrededor, era, sin embargo, el más proclive a hacerlo. Lo sabía porque Samuel se lo había dicho.

Si hubiera sido por ella, se habría escondido hace ya mucho tiempo, poniendo tierra de por medio entre ella, la ciudad de Los Ángeles y todo cuanto tuviera que ver con la Camarilla. Pero no solo dependía de ella. La verdad es que no sabía cómo había ocurrido, pero mucha gente había llegado a contar con ella en los últimos meses. Estaba resentida por eso y, a veces, incluso los odiaba. No obstante, no podía defraudarlos.

Tampoco podía, sin embargo, explicarle nada de esto a Jack. Él no lo entendería y no importaba cuánto lo intentara. Él siempre había luchado contra “lo establecido” por su propia causa y no por la de aquellos que batallaban a su lado. Y, desde luego, no era capaz de asimilar su temor, porque rara vez lo había sentido él. A su manera, su preocupación era auténtica, de modo que se obligó a sonreír al tiempo que se ponía en pie.

—Te prometo que lo tendré en cuenta, tío Jack. Pero ahora mismo, como has dicho, tengo que cuidar de ciertas personas. Si alguien llama con información sobre Beckett y yo no estoy aquí, dile a Jacob que lo anote. Decidiré lo que hacer entonces.

Jack mantuvo su sonrisa hasta que Jenna se hubo ausentado de la habitación durante dos minutos seguidos. Entonces apagó el cigarrillo en una pequeña maceta que había sobre la mesa y dijo:

—Ya puedes salir.

Una figura con barba salió de entre las sombras.

—Me estaba preguntando si sabías que estaba aquí.

—He estado viendo las cosas más claras desde que Caín vino a mí, Samuel.

—Ah, sí. Tu fábula.

Jack se encogió de hombros.

—La mayoría no me creéis. No hay razón para que lo hagáis. —Calló durante un momento—.Sin embargo, puede que no haya estado viendo las cosas tan claras como yo pensaba. —Miró al otro de reojo—. ¿Has sido tú, no?

—¿Qué he sido yo?

—Toda esta mierda sobre Beckett. Eres el único que ha estado aconsejándola los últimos meses. Tú con tus conexiones en la Camarilla y entre los antiguos. Nadie más podría haberla convencido de ello.

Samuel se encogió de hombros.

—El miedo ya estaba allí, Jack, esperando a que alguien activara el detonador. No tienes idea de la presión a la que está sometida esa chica. Yo me limité a sugerir hacia dónde tenía que mirar.

—No sé lo que tienes en contra de ese hombre, ¿pero acaso eres tan cobarde como para no encargarte tú mismo de él? ¿Por qué tienes que atormentar a Jenna para que lo haga?

—Es algo más complicado que eso, Jack. Te lo explicaría si tuviera tiempo. O si lo tuvieras tú.

—Ah, claro, pero ahora soy demasiado peligroso porque estoy intentando que ella abandone esa estúpida venganza. —Jack Sonrisas se alejó un paso de la mesa. Su mirada había empezado ya a arder—.

¿Crees que puedes librarte de mí, Samuel? Me he enfrentado con muchos tíos bastante más duros de pelar que tú, y yo soy el que sigue aquí.

—Oh, ya lo sé. Eres una leyenda entre los anarquistas. Tal vez sea capaz o tal vez no. Y, en cualquier caso, todo sería demasiado escandaloso y atraería en masa a los sangre-débil. Pero… ¿cuánta devoción sientes hacia Jenna Cross y su causa, Jack?

—¿Eh? ¿A qué demonios te…?

—He dejado un mensaje en manos de mis contactos de la Camarilla. Junto con unas instrucciones para que llegue directamente a manos de Hardestadt.

Jack sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Qué clase de mensaje?

—Uno en el que explico todo lo que sé de Cross y los sangre-débil. Nombres. Planos. Ubicaciones. Fuerza. Debilidades. Las direcciones y nombres de sus amigos mortales y de sus familias. Rutas de vigilancia. Refugios de emergencia. Su trabajo…

El viejo anarquista se sentía como si fuera a estallar en llamas. La Bestia rugía tan alto en su cabeza que estaba convencido de que Samuel podía oírla. Solo con el mayor esfuerzo de voluntad pudo controlarla.

—Pensé que querías ayudarnos…

Samuel se encogió de hombros.

—Esto me importa más. ¿Qué crees que la Camarilla podría hacer con ese tipo de información? Ahora saben ciertas cosas a grandes rasgos, claro, pero ignoran dónde duerme Jenna Cross durante el día o adónde iría si ese lugar estuviera en peligro. Desconocen las estrategias precisas que los sangre-débil utilizan en la vigilancia, para reunir información y ese tipo de cosas. Aunque me mataras y la avisaras, no tendría tiempo para cambiarlo todo. Hardestadt sabría a quién, dónde y cómo atacar. Encontraría a tus

“soldados” y acabaría con ellos uno a uno. Quizá incluso atacaran aquí, a pesar de la cantidad de sangre-débil que hay en esta y otras casas del vecindario.

»Y todo eso sucederá en… —Samuel echó un vistazo a su reloj—. Tres horas. A menos que llegue a Riverside a tiempo de recuperar el paquete antes de que llegue a manos de Hardestadt”.

Jack sintió el peso del mundo sobre sus hombros.

—¿Cómo sé que no lo enviarás de todos modos?

—Jack, como tú mismo has dicho, he estado ayudando a Cross hasta ahora. Y todavía me es muy valiosa para mis planes contra Beckett, aunque podría prescindir de ella si me viera en esa situación. No tengo razones para destruir lo que está haciendo aquí… a menos que me obligues a ello.

Jack Sonrisas, líder anarquista convertido en profeta de la Gehena, avanzó hasta que su nariz casi rozó la de Samuel. El intruso no se inmutó.

—No sé lo que estarás planeando para Beckett —le dijo—, pero espero que te joda.

—Lo tendré en mente.

Jack se giró. El sonido de un cuchillo largo abandonando su vaina fue el último sonido que pudo oír.

Tercera parte: La Hora de las Brujas

Oíd las palabras del erudito,

cuya maldición es el conocimiento,

y los antiguos horrores son sueños

de las cosas que quedan por venir.

De ellos vendrán las advertencias.

De ellos vendrá la sabiduría.

De ellos vendrá el asesinato.

—Los Fragmentos de Erciyes, “Profecías”

Castillo Sforza

Milán, Italia

Aquellos que lo conocían no podían creer que este fuera el mismo Giangaleazzo. El mismo que había acudido a la Convención de

Thorns, participado en la revuelta anarquista, alcanzado un lugar muy importante dentro del Sabbat y vendido sin remordimiento a su gente cuando ofreció Milán a la Camarilla; aquella era una criatura de fuertes convicciones y de poderosa voluntad.

El Giangaleazzo que ahora vagaba por los pasillos de Sforza, revisando las imágenes y reliquias de noches pasadas y deseando poder estar allí de nuevo, era otro completamente distinto. Había abdicado de su gobierno de Milán a favor de su primogénito y había ordenado que se le consultara solo en las ocasiones en las que había algo muy importante en juego. Cuando no se dedicaba a vagar por sus recuerdos pasados, como lo estaba haciendo esta noche, pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en uno de sus varios refugios, con las puertas y ventanas cerradas con pestillo, con el lugar sellado místicamente y con la escasa sombra tangible que aún era capaz de convocar.

Y, lo que era aún más grave, el Príncipe de Milán hablaba consigo mismo. Ni siquiera era consciente de su hábito. Lo hacía estando a solas y también frente a otras personas. Los que lo habían oído estaban sorprendidos de escucharlo hablar de su propia muerte, de las muertes de aquellos a los que conocía y de su vida como mortal. De hecho, lo que nadie sabía era que Giangaleazzo no había dormido todo un día desde hacía semanas, que cada atardecer se despertaba por causa de los sueños intensos en los que rememoraba a su sire o a sus padres mortales.

Estaba debilitado, mucho más que cualquier otro que sufriera los efectos del marchitar. Durante varios meses, su fuerza y su capacidad para convocar las sombras habían mermado inmensamente; pero su reciente insomnio y miedo constantes lo habían convertido en un pálido reflejo de lo que solía ser. No se había sentido con ánimo de atender a la reunión que se celebraría en Lille, Francia, a pesar de que la invitación era casi una orden que los príncipes no solían recibir. Y, la verdad, tampoco le importaba.

Giangaleazzo paseó junto a la sala de las esculturas, donde había conversado con el arconte Bell, ahora convertido en un traidor por decreto mundial de los justicar del Círculo Interior. Incluso entonces, él ya sabía lo que estaba por venir, estaba convencido de

que la Gehena planeaba sobre las cabezas de los Vástagos y de todo el mundo, pero nadie había querido escuchar sus advertencias. Y ahora, terribles como estaban siendo los acontecimientos, la Camarilla se negaba a aceptar la verdad que era clara frente a sus ojos, y se atrevían a castigar a aquellos que siquiera lo sugerían. Giangaleazzo había tenido que controlar su deseo de regresar al Sabbat, no solo por los restos heridos de su orgullo y por el conocimiento casi infalible de que lo matarían por su traición, sino también porque le habían llegado rumores de que la Espada de Caín estaba hundida. Había oído la purga de antiguos que se estaba llevando a cabo desde el interior de la secta, y sabía, además, que todo era obra de un grupo salvaje de neonatos asustados y hambrientos de sangre. ¡Si solo hubiera reaccionado a tiempo...! Quizá habría podido hacer algo para evitar que esto sucediera y no habría tenido que pasar sus últimas noches como un viejo inútil.

Las luces de Milán, que entraban por la ventana situada a cierta distancia, en el pasillo, desaparecieron de pronto, como si alguien hubiera apagado toda la ciudad. No, fue incluso peor, porque tampoco brillaba la luna, ni titilaban las estrellas. El Castillo Sforza estaba atrapado en una negrura absoluta que Giangaleazzo, a pesar de sus muchos años de su contacto con el Abismo, no había visto jamás. Los gritos de los mortales aterrorizados, enclaustrados en aquella oscuridad, llegaban hasta él por las ventanas. Estaban, sin embargo, amortiguados, eran distantes, eclipsados por unas tinieblas que no eran solo ausencia de luz, sino un impedimento físico. Incluso el chirrido de la presión sobre el metal y el sonido del cristal quebrado, al estrellarse los conductores cegados contra las paredes, los árboles y los unos contra los otros, no era tan agudo como debería haberlo sido.

Y entonces oyó la voz. A diferencia de las otras, esta sí estaba cerca. Parecía llegarle desde detrás del hombro. Casi podía sentir la calidez del aliento en su oreja.

— Giangaleazzo…

¿Era la voz de su sire? ¿O de su padre mortal? No podía recordarlo, no sabía cuál era la diferencia. Se giró, pero allí, delante de él, no había otra cosa que sombra.

Y empezó a hablar, rápida pero continuamente. Lo que decía era un galimatías. Incluso en unos idiomas que Giangaleazzo sabía que habían sido escogidos de forma arbitraria. Era un barullo alocado o peor, los susurros retorcidos de una entidad para la que el habla era un concepto completamente desconocido.

La presión de las palabras golpeaba su mente como un martillo y estas quedaban impresas directamente en sus pensamientos. El eco de cada una se fundía con la siguiente, hasta convertirse en un flujo de sonidos del que no podía entresacar palabras o sílabas individuales. Le llegaba de todas las direcciones; primero desde atrás, luego desde la izquierda… Sucedía como si el que hablaba se estuviera moviendo a su alrededor. La entidad lo tenía ahora rodeado por completo y todavía seguía hablándole con la voz de sus padres.

Y, entonces, Giangaleazzo supo qué era aquella sombra. Cerró los ojos con fuerza y no se percató del reguero de sangre que manaba de sus oídos y nariz. Se rebajó ante él, cayó de rodillas y situó su frente y palmas sobre el suelo.

La oscuridad vaciló y luego cambió. El vampiro gritó.

Su cuerpo fue presa de convulsiones; los miembros se movieron en todas las direcciones, mientras él ascendía hacia las alturas, levantado por sombras tangibles que invadían su cuerpo a través de las orejas, la boca, los ojos, el ano e, incluso, por los poros de la piel. Fluía como un líquido viscoso, llenando a Giangaleazzo desde el interior. La sangre manaba a borbotones desde esos mismos orificios, expulsada por la presión de la oscuridad creciente. El cuerpo del vampiro se contorsionó, los músculos se movieron por voluntad propia, sin seguir un orden lógico, hasta que se desgarraron del tendón que los sujetaba o se doblaron en unos ángulos tan antinaturales que terminaron por quebrar los huesos.

Durante un instante Giangaleazzo gritó y entonces la sombra alcanzó su cerebro y ya no pudo siquiera encontrarse la voz. Abrió la boca, pero ningún sonido emergió de ella, salvo un lánguido gorgoteo de la sangre que fluía cada vez en mayores cantidades y salía por su garganta.

La oscuridad se movió, no solo por su cabeza, también a través

de sus pensamientos y de sus recuerdos. Allí donde fue le siguió la oscuridad. A los pocos segundos, lo que había sido Giangaleazzo había desaparecido, sustituido por una presencia negra y extraña. Todo lo que él había sido, estaba ahora dentro de ella.

Supo (hasta el punto de que podía comprender el mundo a través de sentidos humanos o de Vástago) todo lo que el príncipe sabía. Ahora poseía medio milenio de experiencias nuevas. Y hundido en esa avalancha de conocimientos, existía un diminuto meollo de información, algo que Giangaleazzo había averiguado hacía poco tiempo, y que había olvidado por creerlo relativamente superficial. Después de todo, y debido a que su poder estaba desvaneciéndose y la Gehena sobrevolando el universo, ¿qué importancia tenía que Hardestadt del Círculo Interno estuviera buscando a un fugitivo?

Pero, para la oscuridad, para aquella entidad del Abismo, aquello era fundamental. Porque su nombre reverberaba en su ser y le recordaba a la presencia que había detectado en el lugar del ritual. Ya tenía una pista, aunque no la estaba siguiendo directamente. Ahora tenía un nombre.

Aún mejor, con ese nombre obtuvo más información; la de aquella que acompañaba al fugitivo, una a la que la entidad llevaba tiempo creyendo perdida.

La cosa continuó con su galimatías y sus susurros, aunque Giangaleazzo no podía oírlos ya. Y, mientras farfullaba, podían escucharse dos nuevas palabras en ese torrente sin sentido.

—Beckett…

—Lucita…

Con un gemido final, Giangaleazzo estalló desde el interior. Jirones de carne y vísceras intentaron salpicar el suelo, solo para desaparecer antes de tocarlo, consumidos completamente por aquella oscuridad. Con un gemido de completa desesperación, el alma del gran Lasombra la siguió.

Las tinieblas se movieron por Milán y continuaron rumbo al este.

Una biblioteca escondida

Miskolc, Hungría

—¿Qué hay de este? —preguntó Kapaneus, levantando un volumen inmenso y soplando sobre el polvo que había en las páginas—. El pasaje es un tanto caótico, pero habla de un viaje a Sudamérica y el autor menciona continuamente “un fraude nodista” en varias ocasiones.

Beckett puso a un lado el libro que estaba leyendo para ojear el otro. Después de un momento, negó con un gesto.

—No, yo escuché otra versión de la misma historia. Está hablando de Aristotle de Laurent, un antiguo compañero mío. No de Rayzeel.

—Ah. —Kapaneus continuó la búsqueda.

Beckett miró alrededor, furioso. La cueva estaba iluminada por una serie de velas dispuestas en una araña sobre sus cabezas; velas que habían tenido que encender ellos mismos al entrar en el lugar. Estaba de pie junto a Kapaneus, varias estanterías, dos mesas y un puñado de sillas, en el interior de una cueva reverberante hecha de piedra caliza. En circunstancias normales, sería el peor sitio donde almacenar libros y papeles, pero el esperado goteo de agua por las paredes y el olor a moho estaban ausentes; algo antinatural impedía que la humedad se introdujera allí desde el resto del complejo. Lo que convertía al pequeño grupo de cuevas en el lugar más seguro para los sensibles manuscritos antiguos.

Beckett se estremeció por la repugnancia que le provocaba mirar el mobiliario. Las estanterías, las mesas, las sillas, las lámparas de araña, todo ello estaba fabricado con meticuloso cuidado a partir de huesos y carne de cosas vivas y muertas. Era incluso remotamente posible, aunque él prefiriera no pensarlo, que algunas de ellas estuvieran, de alguna forma, todavía vivas, atrapadas en un tormento eterno. Kapaneus y él habían acordado no servirse del mobiliario en cuanto habían descubierto su espantosa naturaleza. Beckett estaba afligido además por sus deseos contradictorios; por un lado, la necesidad de preservar toda la sabiduría allí reunida para futuras

consultas y, por otro, la urgencia de prender fuego a todo en cuanto hubieran terminado. Su propósito era, además, destruir aquellas terribles abominaciones y terminar así con su sufrimiento.

Por desgracia, empezaba a parecerle que toda esa sabiduría era inútil. Después de estar buscando durante varias noches, revisando todos los libros sin excepción, como hicieran antes en la biblioteca de Fortschritt, no habían encontrado nada que les fuera de ayuda.

¿Acaso era esto por lo que habían viajado hasta Miskolc? Si era así, habían malgastado un tiempo precioso que no tenían. Kapaneus y él habían estado cinco semanas en la Europa del este; empezando en los Balcanes y moviéndose hacia el sur, haciendo uso de todas las conexiones que tenía Beckett en la zona. Habían tardado menos de un mes en averiguar que Miskolc era la ciudad que buscaban; el lugar donde estaba emplazada la biblioteca de su presa. Y, en todo ese tiempo, no se habían encontrado con obstáculo alguno.

Su presa. Un concepto tan sencillo para describir a una criatura tan monstruosa e impredecible como Sascha Vykos.

Era un nodista, estudioso de los Vástagos, y quizá el ser más bestial engendrado por el Sabbat o el clan Tzimisce. Vykos era la última persona, Vástago, mortal o lo que fuera que Beckett hubiera querido involucrar en aquel caos. El Gangrel lo odiaba; términos como “él” o “ella” ya no podían emplearse para describir a una criatura tan pervertida físicamente como lo había estado Sascha durante los últimos siglos. Pero también sabía que el Tzimisce, que llevaba coleccionando volúmenes de mitos y saber vampírico desde antes de que Beckett naciera, casi con toda seguridad vigilaba a otros que compartían sus mismos intereses, para poder robarles sus conocimientos y eliminarlos de la competición.

Durante las semanas que Beckett pasó allí, escuchó rumores que le llevaron a pensar que los Tzimisce habían desaparecido de una manera muy similar a la que había visto en los Tremere de Viena, esto es, corrompidos desde el interior. Aquello confirmaba sus sospechas de que los Tremere habían empleado sangre Tzimisce para crear el ritual que los transformó de magos mortales en brujos no-muertos. Es más, aquello parecía sugerir que Vykos estaría definitivamente

muerto. Beckett se sintió incapaz de controlar la necesidad de sonreír, aunque desearía haberlo comprobado personalmente.

En cualquier caso, se sorprendió al comprobar que los guardianes del depósito parecían haber corrido la misma suerte que su amo. Había supuesto que se encontraría con algunos de los sirvientes retorcidos y reformados que solían servir a Vykos. Maldita sea, tampoco le hubiera sorprendido encontrarse con varios miembros de la Orden de Obertus (la orden monástica a la que Vykos hizo responsable de reunir toda la sabiduría esotérica) aún vivos y trabajando todavía para su señor.

Sin embargo, Kapaneus y él no se toparon con nadie. Localizaron la entrada a la biblioteca, oculta en una inmensa mansión cerca de los límites de la ciudad. Encontraron una escalera que bajaba desde el sótano, una que los condujo hasta las cuevas de piedra caliza que eran, casi con toda probabilidad, la extensión del famoso complejo de cuevas de Baradla. En el mismo lugar hallaron esas salas especialmente diseñadas para la conservación de los libros. Estaban, además, muy bien ocultas. Pero no encontraron ni rastro de los habitantes, vampiros, ghoul o ninguna otra criatura. Beckett pensó que aquello presagiaba que su búsqueda estaba tocando su fin.

Sacudió la cabeza para deshacerse de las telarañas mentales, extendió el brazo y cogió otro libro de una nueva estantería, ojeó las páginas y, emitiendo un bufido de frustración, lo partió en dos con sus afiladas garras.

—¡Nada!

Kapaneus observó cómo los papeles caían a los pies de Beckett como grandes copos de nieve, aunque se abstuvo de hacer comentarios.

—¡Es por el sistema de ese maldito bastardo! —se quejó el Gangrel a su compañero por tercera vez en un número equivalente de horas—. Volúmenes antiguos, comentarios de esos volúmenes antiguos, libros de otras personas, libros de Vykos, comentarios de Vykos sobre los libros de otras personas… —Negó con un gesto de la cabeza y permitió, con el ánimo decaído, que las garras regresaran a sus vainas de carne—. Kapaneus —dijo, más calmado—, la

posibilidad de que lo que busquemos no esté aquí, me asusta menos que la posibilidad de que esté aquí y lo pasemos por alto. Vykos no pensaba como un ser humano y, la verdad, físicamente tampoco se parecía a uno. Era, para colmo, paranoico hasta la médula. Si existe algún orden aquí, no tiene nada que ver con la fecha, el tema o cualquier otra cosa que tenga un sentido aparente. Todos estos libros, esta información… —Beckett señaló las muchas estanterías que los rodeaban y a las puertas que llevaban hasta, al menos, a otras cuatro cuevas de dimensiones similares, repletas también de material—. Tenemos todo esto, pero no disponemos de una manera que nos aclare cómo podemos encontrar lo que buscamos.

El antiguo asintió. Estaba de acuerdo y comprendía la frustración de su compañero, pero no tenía palabras para confortarlo o animarlo, aparte de las que ya había dicho. Beckett suspiró sonoramente y regresó a su labor de búsqueda. Cogió un libro tras otro de la estantería y los ojeó todos porque no disponía de una manera más eficiente para hallar lo que anhelaba encontrar.

No obstante, a veces basta con la constancia.

Casi lo pasó por alto. Su mirada se deslizó por el texto y al reconocer un fragmento como una profecía que ya había leído con anterioridad, casi dejó de lado el libro.

Al tiempo que el Padre es destruido, los Pródigos enterrados y los Primos se pudren; sobrevive un Ángel que sostiene la última Luz de su Verdadero clan. Y cuando la Oscuridad se cierne, las Tinieblas apagan la Luz del Ángel, así supera otra Barrera y las Últimas Noches se acercan aún más.

Una de las profecías de Saulot; el patriarca del casi extinto clan Salubri era famoso por ellas. Aquella no era una de las más conocidas, pero Beckett había visto una tercera copia manuscrita de la tabla en la que estaba escrita.

Cuando volvió a mirar la página, sin embargo, advirtió una nota escrita en los márgenes. Beckett supuso que era del mismo Vykos.

“De acuerdo con Milivoje, Rayzeel asegura que se citó incorrectamente a su sire en este pasaje. “Ángel” es, aparentemente,

una interpretación muy pobre; la palabra más exacta a la que hace referencia es “pequeño dios”. Deberé estudiarlo más a fondo cuando las circunstancias me lo permitan. Si es así, el fragmento podría no estar refiriéndose al pasaje de los Capadocios, como se ha aceptado en casi todas las versiones, sino, más bien, al de los Ravnos. “Pequeño dios” es un título que tiene una mayor correlación con los orígenes hindúes de los Ravnos, que los cristianos de los Capadocios. Y, últimamente, este se está extinguiendo”.

—¡Kapaneus, ven y mira esto! —le pidió Beckett, poniéndose en pie como accionado por un resorte.

Después de otras tantas horas de búsqueda, fue el antiguo quien encontró otra referencia a este “Milivoje”. Al parecer, Vykos había estado refiriéndose a Milivoje Dobrosavic, un Tzimisce serbio que había escapado del bombardeo de la OTAN en 1999 y que, de manera temporal, se había cobijado en el refugio de Sascha Vykos. Lo que pudiera haberle ofrecido a cambio no estaba muy claro, aunque Beckett estaba convencido de que la información había sido gran parte del pago.

—Muy bien —dijo Beckett pensativo, después de recapacitar durante unos instantes—. Milijove decía haber hablado directamente con Rayzeel o al menos haber mantenido con ella algún tipo de contacto. No me cabe duda de que Vykos no dejó pasar la oportunidad de preguntarle más sobre eso. El muy bastardo tenía que haberse dado cuenta de que Rayzeel era una fuente de información en potencia. Todo lo que tenemos que hacer es encontrar esa información…

—Suponiendo —intervino Kapaneus— que Vykos lo anotara.

—No seas gafe.

Por desgracia, al menos a corto plazo, el pesimismo del antiguo había sido bastante acertado. No encontraron nada más aquella noche y Beckett se fue a dormir sintiéndose frustrado. Sabía que la información estaba allí ¡Tan solo necesitaba dar con ella!

La siguiente noche no fue mucho más fructífera. La primera hora y media de búsqueda no los condujo a ninguna otra mención de

Milijove y la única que encontraron sobre Rayzeel era de pasada, en una discusión acontecida en el año 1044. Beckett acababa de abrir la boca para preguntarle a Kapaneus (y no por primera vez aquella noche) si recordaba algún suceso de ese período que les pudiera ser de utilidad, cuando se dio cuenta de que algo estaba rematadamente mal.

Pese al espesor de las paredes, el oído sobrenatural de Beckett podía escuchar los sonidos que reverberaban en el complejo de Baradla; el tenue goteo del agua que de manera continua favorecía la formación de estalactitas y estalagmitas que hacían famosas a las cuevas; el gorjeo y chillido de los murciélagos que abandonaban o regresaban a sus hogares después de la caza; los lánguidos arañazos típicos de los andares de las ratas. Todo era lejano, incluso para su oído, pero estaba presente.

Hasta ese momento cuando, de pronto, todo cesó de manera repentina. El sonido no se fue desvaneciendo poco a poco. Sencillamente estaba presente un instante y al siguiente había dejado de estarlo.

El vello se le erizó. No pudo siquiera escuchar el sonido sordo que se debería haber producido cuando Kapaneus dejó el libro sobre la mesa y miró también a su alrededor sumido en la confusión y dándose cuenta de que echaba algo en falta.

Beckett solo conocía una cosa que pudiera provocar ese cese repentino de sonidos; solo un clan poseía esa insidiosa capacidad. Muy despacio, actuando de forma tan casual como le permitían las circunstancias, intentando controlar todos los instintos primitivos que le urgían a huir de allí como alma que lleva el diablo, Beckett se puso de pie y se giró hacia la estantería que estaba a su espalda, como si se estuviera preparando para dejar el volumen que sostenía sobre ella. Entonces, deslizando los dedos entre la librería y la pared, la empujó, haciendo que docenas de libros y la pesada librería esculpida en hueso, cayeran al suelo.

O casi. Como esperaba, una figura invisible incluso para sus sentidos desarrollados, evitó que la librería cayera al suelo. Beckett no se detuvo siquiera a mirar a la figura que la sujetaba. Casi con toda

seguridad el Assamita no estaría herido, pero le llevaría un momento recuperarse y eso era todo lo que el Gangrel y Kapaneus necesitaban para huir, precipitándose por las escaleras y llegando después a la casa propiamente dicha.

Beckett sabía que no podría correr más rápido que los Assamitas, pero si conservaba la ventaja que tenía, podría adoptar alguna de sus otras formas y esconderse de ellos. Por desgracia, eso no ayudaría a Kapaneus. El Gangrel no tenía duda de que el antiguo podía cuidarse solo, pero estos eran rivales peligrosos.

¡Por Caín, Assamitas! Beckett negó con un gesto. Hardestadt debe estar tirando de todos los hilos para pararme los pies.

Kapaneus y él salieron como un rayo por la puerta principal de la mansión y corrieron hacia la calle; sus pies levantaban pedazos de césped mojado. Todavía estaba preguntándose dónde podrían ir, pensando si habría alguna forma de perder de vista a sus perseguidores en las calles de Miskolc sin tener que transformarse en un murciélago o en niebla y, por lo tanto, sin tener que abandonar a Kapaneus, cuando los dos salieron por la verja principal en el extremo de la propiedad y…

Y se toparon con media docena de hombres y mujeres jóvenes armados con pistolas y otras armas mucho peores. Teniendo en cuenta su manera de vestir, su apariencia y su forma de actuar, solo podían ser algunos de los sangre-débil de Cross.

Joder, perfecto. No podrían ser menos oportunos.

Beckett se tiró de espaldas, permitiendo que las ráfagas de balas arrancaran pedazos enteros de la calzada que, un momento antes, había estado bajo sus pies. Las esquirlas de piedra le desgarraron la camisa y los pantalones, pero si alguna de ellas penetró en su carne de resistencia antinatural, él no lo sintió. Aterrizó dolorosamente sobre la espalda, rodó rápidamente, se puso en pie y se encontró atrapado contra la valla de hierro forjado que rodeaba la casa. Se agachó y extendió las garras frente a él. Se dio cuenta de que Kapaneus estaba junto a él, un poco sucio por haberse tirado de cabeza en busca de refugio, pero no ensangrentado. Beckett se encogió hacia un lado cuando un ladrillo, entre otras tantas cosas, sobrevoló su cabeza y se

estrelló ruidosamente contra uno de los postes de la valla.

—Kapaneus —dijo, mirando hacia delante y atrás, al enemigo que avanzaba e intentando averiguar cuál sería el próximo movimiento—, ¿teníamos algún plan B?

—No, no lo creo.

—¿Sabes si podremos planear alguno sobre la marcha?

Los sangre-débil detuvieron su avance a unos seis metros de distancia y apuntaron cuatro de las seis pistolas hacia la pareja arrinconada. Los demás llevaban consigo armas con las que poder atacar y defenderse solo en una pelea cuerpo a cuerpo, es decir, un bate de béisbol (el que lo llevaba era el mismo que había arrojado el ladrillo) y un cuchillo tan largo que Beckett lo hubiera calificado más acertadamente como una espada. Parecían, sin embargo, llevar aquellas armas solo para el improbable caso de que sus presas consiguieran acercárseles lo suficiente como para tener que defenderse.

A pesar de su piel curtida, Beckett no estaba seguro de poder soportar las entre ocho y doce balas que le acertarían si intentaba cargar contra ellos. No tenía duda de que, en circunstancias normales, Kapaneus y él podrían encargarse de seis de los sangre-débil, aunque, con toda seguridad, sufrirían bastantes daños en el proceso. En estos momentos, sin embargo, solo Dios sabía cuántos Assamitas aparecerían a su espalda en cualquier momento. Estaba seguro de que la única razón de que no se hubieran dejado ver todavía era porque estaban siendo cautelosos y vigilantes por si sufrían alguna emboscada en los pasillos de la casa. Los sangre-débil quizá no fueran lo bastante hábiles como para matarlos a Kapaneus y a él, pero podrían retrasar su huida el tiempo suficiente para dejar que otros llevaran a cabo esa tarea.

La culpa se sacudió en su estómago cuando se dio cuenta de que le quedaban pocas opciones salvo la de abandonar a su compañero. Kapaneus lo había apoyado en todo momento y había hecho cuanto era posible para que el Vástago pasara a convertirse en un auténtico amigo. Beckett lucharía por él, pero no estaba preparado para morir por él, por lo menos no sabiendo que sus respuestas

estaban tan próximas.

Aun así, decidió que haría cuanto pudiera; esperaría hasta el último momento. Si se podían deshacer pronto de los sangre-débil, todavía tendrían una oportunidad. Y si no, podría escapar más tarde, especialmente si los sangre-débil y los Assamitas se distraían mutuamente.

Beckett se agachó de pronto y cogió algo de su bolsillo interior. Cuando la primera de las balas voló en su dirección, saltó a la derecha, cogió un trozo pequeño de lo que tenía en la mano y lanzó el resto en mitad del grupo de los sangre-débil.

Tres de ellos se tiraron de cabeza al suelo, protegiéndose las caras con los brazos. En su favor, hay que decir que los otros tres solo se encogieron, pero se tomaron la molestia de comprobar de qué estaban huyendo sus compañeros. A pesar de que solo les llevó un segundo darse cuenta de que lo que el Gangrel les había tirado era el móvil, después de haberle quitado la antena, ese instante era todo lo que Beckett necesitaba para acortar la distancia que había entre ellos.

Los primeros dos sangre-débil estaban muertos antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo; uno decapitado y el otro destripado por garras afiladas como cuchillas. El tercero, una mujer, apuntó con su arma y disparó. El sonido era casi ensordecedor a una distancia tan próxima, particularmente para el oído ultrasensible de Beckett, pero consiguió golpear a la mujer en el brazo de tal manera que la bala le pasó rozando sin hacerle daño y fue a impactar en una pared a media manzana de distancia. Continuando con el molinete que había dado comienzo cuando la golpeó en el brazo, Beckett giró por completo y terminó agazapado. Extendió las manos e hizo jirones el vaquero de la mujer al arrancarle de cuajo ambas rótulas con un sonoro crujido.

El Gangrel se levantó parcialmente y cogió a la mujer mientras ella caía al suelo. Su grito no se prolongó; Beckett la utilizó como escudo para detener la ráfaga de balas de nueve milímetros que le habían disparado los dos enemigos que aún seguían en pie. Cargó contra el que tenía el revolver, empleando el cuerpo silencioso que tenía entre los brazos como un ariete. Los tres cayeron. Beckett volvió

a servirse de sus garras y, después del ataque, solo él se levantó. Tenía los ojos muy abiertos, la piel sonrojada y podía percibir lo bien que se sentía la Bestia asesinando. Era una respuesta primaria, que no lo perturbaba como solía hacerlo hacía unos meses. Y ese simple hecho podría haberlo preocupado si hubiera tenido tiempo de pararse a pensarlo.

Se giró justo a tiempo de ver cómo Kapaneus levantaba al último del suelo y, literalmente, le retorcía la cabeza hasta desmembrarla del resto del cuerpo con una fuerza brutal.

—Muy bien —dijo Beckett, volviéndose para marcharse—, ahora será mejor que…

Como antes, fueron sus sentidos preternaturales los que lo salvaron. En esta ocasión, fue el olor, el aroma de los aceites protectores que ningún sentido mortal podría detectar. Beckett se tiró de cabeza y la punta de la espada penetró en su chaqueta y lo hirió superficialmente debajo del cuello, en lugar de decapitarlo como habría ocurrido de no haberse movido. El aroma de su sangre mezclada extrañamente con la de los aceites de la espada, creaba un olor insólito e irreal a su alrededor. Se giró para mirar a su atacante, aunque estaba seguro de lo que iba a ver.

¡Maldita sea! ¡¿No podrías haber esperado otros treinta segundos?!

La figura que lo había atacado parecía una joven, quizá de unos veinte años. Tenía el cabello largo sujeto en una trenza y su tez era oscura, no como los descendientes de los africanos o los habitantes de Oriente Medio, sino como si se hubiera impregnado la cara de carbón.

Solo los Assamitas se hacían más oscuros con la edad. Si el anterior silencio sobrenatural no había bastado para probar quién les pisaba los talones, aquello lo confirmaba definitivamente.

Unos cuantos se desplegaron por la calle; lo más probable es que hubieran venido de la casa, como la primera. Beckett no confiaba ya en sus habilidades. Sabía que era duro de pelar. Estaba seguro de que ninguno de ellos era mayor que él. Y, a pesar de su

entrenamiento, de sus talentos y las extrañas habilidades que el clan poseía, Beckett estaba convencido de que podría haber vencido a cualquiera de ellos.

Pero no estaba dispuesto a retar a los cuatro.

Sencillamente no había forma de abrirse camino a puñetazos para llegar hasta su compañero. Bueno, Kapaneus era lo bastante mayor para cuidarse solo y también lo suficientemente listo para echar a correr. En cualquier caso, no había nada más que Beckett pudiera hacer por él. Corrió a toda prisa en dirección a la siguiente calle.

En casi todas las circunstancias, la mayoría de los Vástagos no tendría ninguna posibilidad de correr más rápido que un guerrero Assamita. Entre los talentos de los vampiros del este estaba el de alcanzar velocidades sobrehumanas, comparables a aquellas conseguidas por muchos Brujah. A pesar de la rapidez con la que sus pies golpeaban el asfalto, podía oír las veloces ráfagas disparadas contra él y sabía que el enemigo estaba cada vez más próximo.

Muy bien, desde luego podían correr más rápido que un ser humano normal y, aunque Beckett podía incrementar su velocidad al bombear sangre a las piernas para hacerlas más fuertes, no podía siquiera igualar la habilidad de los Assamitas.

De modo que tendría que abandonar su forma humana. Consideró la posibilidad de transformarse en niebla, pero, a pesar de que esa apariencia era inmune al daño, era relativamente lenta. Lo mejor, a ser posible, era eludirlos por completo, en lugar de presentarles la posibilidad, por remota que esta fuera, de seguirlo incluso en su forma brumosa y tenderle una emboscada cuando recuperase su apariencia habitual. Podría salir volando como murciélago, pero siempre cabía la probabilidad de que lo acertaran con un disparo y lo dejaran incapacitado.

Beckett se lanzó de cabeza, como si saltara en busca de cobijo. Mas, en el momento en que sus manos entraron de nuevo en contacto con el suelo, ya no eran manos, sino patas.

Fortalecido por el poder de la vitae vampírica que corría por sus venas, un gran lobo blanco corría por las calles de Miskolc a unos

setenta y cinco kilómetros por hora. Pasó junto a los coches que transitaban por las calles más pequeñas de la ciudad. Allí por donde iba, la gente gritaba, lo señalaba y saltaba para quitarse de en medio. En la distancia sonaron sirenas, pero todo había pasado ya cuando llegaron las fuerzas del orden.

Y, lo que era más importante, dejó atrás a sus perseguidores, por lo menos, durante un momento. Algunos Assamitas podían correr más rápido que el lobo, pero no eran capaces de mantener el ritmo mucho tiempo; el coste en sangre era demasiado elevado. Es más, con los sentidos del lobo (que habían aumentado por encima de sus niveles, de por sí inhumanos), Beckett podía percibir a cualquier vampiro aproximándose, aunque este fuera capaz de ocultarse de la vista. Un solo cuchillo le impactó en el flanco cuando escapaba, pero como ni siquiera pudo penetrarle la piel, pudo deshacerse de él.

Después de zigzaguear durante una hora por las calles de Miskolc, decidido no solo a despistar a sus perseguidores Assamitas, sino también a las autoridades locales y otras posibles emboscadas de los sangre-débil, Beckett llegó debajo de un gran puente. El agua que fluía a su lado, un afluente del río Sajo, posiblemente sirviera a la ciudad como desagüe en las tormentas y se tomó un instante para preguntarse de cuántas otras situaciones de este tipo tendría que escapar. Miró hacia arriba y envió un rápido impulso mental para tranquilizar a los murciélagos que se guarecían debajo del puente, de modo que no huyeran al sentir que se les aproximaba. Contempló la posibilidad de recuperar su forma humana y llamar a Cesare para averiguar si el avión estaba bajo vigilancia, pero recordó al momento que ya no tenía su teléfono móvil. Decidió, pues, tomarse unos minutos de descanso para recuperarse, así que se enroscó en la tierra que había junto al arroyo y situó la cola sobre su nariz.

Pasó varias horas así, tumbado, consciente de que debía de hacer algo, pero sin saber qué exactamente. Todavía le estaba dando vueltas al problema, cuando su olfato canino captó un olor perturbador y peligroso. El pelo del lomo y el cuello se le erizó y Beckett tuvo que esforzarse para no soltar un gruñido bajo. ¡Maldita sea, habían conseguido seguirle el rastro después de todo! El lobo se puso en pie, preparándose para huir en cualquier dirección…

Sin embargo, todas las salidas estaban bloqueadas. Varios Assamitas, entre los que reconoció a la que casi le había decapitado, aparecieron a ambos lados del puente. Los asesinos ni siquiera habían tomado la precaución de acercársele con sigilo. Aún no habían convergido, lo que era una decisión acertada por su parte, porque las delgadas orillas solo permitían el paso a uno o dos al mismo tiempo. Estarían esperando que fuera presa del pánico, que tratara de huir y, en el proceso, se trasladara a un espacio más abierto donde ellos tuvieran la ventaja de su número.

Como si necesitaran más putas ventajas, pensó Beckett, furioso. Entonces, de pronto, sonrió o realizó el equivalente lupino, dejando abierto el hocico y permitiendo que su lengua pendiera de un lado al otro. De hecho, era él quien los superaba en número. De modo que lo mejor sería darles lo que estaban buscando.

Beckett se levantó sobre sus patas traseras que pronto fueron las únicas que tenía y miró a su alrededor. Luego, con las manos medio levantadas, como si quisiera rendirse (una perspectiva bastante inútil tratándose de asesinos Assamitas), con sumo cuidado se abrió camino hasta el grupo más cercano.

Los Assamitas no eran idiotas. Aunque confiaban en su victoria, no le quitaron los ojos de encima a la figura que se aproximaba, con las manos en las armas y esperando en todo momento que el Gangrel realizara cualquier tipo de truco o movimiento.

Bueno, ¿y quién querría decepcionarlos?

Beckett levantó aún más sus manos y habló en un tono que los Vástagos no pudieron oír, suplicando a sus aliados que acudieran en su auxilio.

Con un sonido casi ensordecedor, cientos de alas empezaron a aletear al unísono y una marea ingente de murciélagos se dejó caer desde la base del puente, para salir volando a toda prisa junto a Beckett y hacia el espacio abierto. Durante un instante, los Assamitas retrocedieron, esperando que los animales diminutos los atacaran, pero los murciélagos se limitaron a pasar junto a ellos y volar hacia el cielo.

Cuando se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya era demasiado tarde para que pudieran reaccionar con rapidez.

Beckett, con los murciélagos aleteando a su alrededor y tan cerca de él que conseguían que las solapas de su cazadora se movieran de una manera parecida al aleteo de sus alas, empezó a encogerse. Desde el punto de vista de quienes le observaban, debía parecer como si cada murciélago que pasara volando al lado del Gangrel le mordiera un trozo y se lo llevara consigo. Sin duda, parecía estar desinflándose. Y, entonces, de pronto, desapareció en el núcleo de la manada y se convirtió en otro murciélago que se abría camino con sus alas hacia las nubes.

Su oído era muy bueno, especialmente en aquella forma, y pudo oír a los Assamitas maldiciendo a gritos en árabe y en iraní mientras él aleteaba hacia un lugar seguro.

Una rotonda en el centro de la ciudad

Miskolc, Hungría

A muchas manzanas de distancia, había una pequeña fuente construida en el centro de una inmensa rotonda. No corría agua por ella y en las aguas estancadas en la base se reflejaba con matiz oscuro la estatua que se erguía en su núcleo. Había muy poco tráfico a aquella hora tardía. Esa noche había incluso menos de lo normal porque la policía había acordonado algunas calles cercanas debido a un tiroteo ocurrido cerca de una fábrica de acero y a que, además, se había visto a un lobo rondando por allí.

La falta de tráfico no significaba, sin embargo, que la intersección estuviera desierta.

Kapaneus estaba junto a la base de la fuente; sus ojos se movían casi de forma casual de izquierda a derecha mientras observaba cómo los tres Assamitas se le aproximaban desde diferentes ángulos. Estos eran vampiros entrenados casi desde el momento mismo de su Abrazo para matar a su propia especie. Eran asesinos a los que una raza entera de depredadores temía. Su piel oscurecida sugería que debían contar con décadas, si no siglos, de violencia a sus espaldas.

Kapaneus sabía perfectamente que no se había granjeado ninguna enemistad durante los meses que había pasado fuera de Kaymakli. Sus instrucciones, por tanto, debían ser no solo matar a Beckett, sino a todos los que lo acompañaran.

Qué inoportuno.

Desde luego no eran lo bastante inexpertos como para arriesgarse a atacar a un enemigo desconocido uno a uno. Dos de ellos se lanzaron contra él desde direcciones opuestas, de modo que no pudiera responder a ambos ataques al mismo tiempo, mientras que el tercero esperó a un paso o dos de distancia, preparado para atacar por cualquier espacio que quedara expuesto.

Kapaneus se relajó y les permitió que se aproximaran.

Campo de aviación regional de Miskolc

Miskolc, Hungría

Por tercera vez aquella noche, Cesare apretó la tecla de “colgar” de su teléfono móvil al no escuchar nada más que la voz genérica del contestador de la línea del Signore Beckett. Algo iba mal. Beckett no estaba, evidentemente, a disposición de su ghoul, pero normalmente daba señales de no-vida después de recibir los mensajes de Cesare. Y estos eran importantes. Algunos de los sangre-débil, o eso es lo que él creía que eran, no estaban solo vigilando el avión, sino que una o dos veces habían hecho el amago de abordarlo y se habían detenido solo al comprobar que Cesare estaba allí. Lo más probable es que no les preocupara captar la atención de las autoridades, el aeropuerto era muy pequeño, estaba casi desierto por la noche, además de cerrado, y, de todos modos, el avión estaba en la pista de aterrizaje más apartada. Seguramente no lo habían abordado todavía porque ignoraban cuánta resistencia opondría el ghoul o si estaba solo, y Cesare ignoraba cuánto tiempo tardarían en convencerse de que no existía tal peligro. Realmente necesitaba su consejo, pero no encontraba a su señor por ningún…

Cesare se giró y casi se desmayó del susto al ver a un inmenso murciélago negro colgando cabeza abajo del fluorescente que había en la cabina a su espalda. Y, al verlo, no pudo reprimir un grito agudo.

El murciélago se descolgó y poseía ya dos pies humanos en los que posarse cuando llegó al suelo. Con el ceño fruncido, Beckett se restregó las orejas.

—¿Acaso era eso necesario, Cesare? Era un murciélago, ¡por Dios Santo! Y tu grito casi me deja sordo.

—Perdóneme, Signore Beckett. Me asustó.

—¿No me digas?

—Tenemos un problema, Signore Beckett.

El Gangrel escuchó con atención mientras Cesare le contaba cuál era la situación.

—No creo que se precipiten esta noche. Ya estamos próximos al amanecer. En cuanto salga el sol, quiero que vayas y compres un nuevo teléfono móvil. Después, llena el depósito del avión y tenlo preparado para despegar. Si te da la impresión de que van a atacar, sal de aquí inmediatamente. Aterriza en el aeropuerto más próximo y estate preparado para venir a recogernos en cualquier instante.

—¿No pasará la noche en el avión, Signore? Tengo la impresión de que la biblioteca tampoco es un lugar seguro.

—No, no lo es. Pero podré encontrar algún lugar donde guarecerme si es necesario. Voy a ver si puedo encontrar a Kapaneus antes de que amanezca.

—Signore, no le puedo abandonar a…

—No me vas a hacer ningún favor si consigues que te maten, Cesare. Quédate si puedes y márchate si no ves más remedio.

—Muy bien. Yo… —Finalmente asimiló algo que acababa de decir su señor—. ¿Comprar un teléfono móvil nuevo?

Beckett estiró la mano, cogió el teléfono que estaba enganchado en el cinturón de Cesare y se lo metió en el bolsillo.

—Ahora mismo lo necesito más que tú. Si tienes que contactar conmigo desde este momento hasta el amanecer, utiliza el ordenador portátil para enviarme un mensaje de texto.

—Así lo haré, Signore. Eh… ¿Puedo preguntar qué le ocurrió al suyo?

—Te lo diré en otro momento. Lo encontrarás divertido porque no estuviste allí.

Beckett se giró y caminó a la cabina donde tenía la nevera. Odiaba tener que hacer uso de su suministro de emergencia, especialmente porque carecía de los contactos médicos necesarios para reponerlo en esta comarca, pero no tenía tiempo para ir de cacería. Podía alimentarse de Cesare, claro, pero quería que el ghoul estuviera completamente alerta, en caso de que los sangre-débil decidieran atacar el avión.

¡Qué les jodan! Podía entender el odio que sentía Hardestadt hacia él. ¿Pero qué coño tenía Jenna Cross en su contra?

Beckett consumió dos bolsas de sangre (¡y cuánto odiaba tener que bebérsela fría), asomó la cabeza por la puerta del avión para asegurarse de que nadie lo vigilaba en ese momento y volvió a concentrarse. Al minuto, un banco de niebla finísima descendió por las escaleras y fluyó por la pista, donde se mezcló con la niebla que empezaba a concentrarse y que presagiaba la pronta llegada del amanecer.

Una rotonda en el centro de la ciudad

Miskolc, Hungría

Encontró a Kapaneus todavía sentado junto a la fuente, uno de los lugares en los que habían acordado encontrarse si llegaban a separarse. En el acuerdo habían estipulado también que solo se quedarían allí si estaban seguros de que nadie los había seguido. Aun así, Beckett recorrió la intersección, haciendo uso de los escasos sentidos que conservaba en aquella forma, antes de remover el aire junto a su compañero y recuperar su apariencia habitual. Si Kapaneus se sobresaltó al ver a Beckett materializándose a partir de la niebla, lo

disimuló mucho mejor que Cesare.

—Me alegra ver que has sobrevivido, Beckett —lo saludó el antiguo—. Estaba empezando a preocuparme.

—Tienes motivos para hacerlo, Kapaneus. Pero sí, más o menos, lo he conseguido. ¿Has tenido problemas?

—Ninguno que merezca la pena contar. Los Assamitas me persiguieron un rato después de que huyeras, pero, al cabo de unos minutos, se dieron por vencidos. Tengo la sospecha de que tú, y no yo, eres el objetivo, y yo tengo poco interés salvo porque viajo contigo.

—Pues eso es una suerte. Será mejor que nos marchemos. No veo la necesidad de seguir tentando al destino.

Kapaneus asintió una vez y luego se puso en pie.

—¿Adónde vamos? Estoy seguro de que la biblioteca estará vigilada o directamente ocupada.

—Seguramente. —Beckett miró alrededor—. Creo que lo mejor será buscar una habitación en un hotel para pasar el día. Los Assamitas y los sangre-débil no pueden estar vigilándolos todos. Mañana por la noche, bueno… ya veremos.

La pareja de vampiros avanzó cuidadosamente hacia los límites de la ciudad, sin que Beckett reparara en la ligera capa de ceniza que flotaba en la superficie del agua estancada en la base de la fuente.

Hotel Baradla

Miskolc, Hungría

—Sencillamente no lo entiendo —explicó Beckett, mientras caminaban hacia el hotel en el que habían escogido quedarse—. Casi ni sabía de la existencia de Jenna Cross hasta que empezó todo este lío. Estoy seguro de que nunca le he hecho nada. —Hablaba en voz tan baja que ningún ser humano corriente lo hubiera podido oír, ni tan siquiera estando a pocos centímetros de distancia. Kapaneus, sin embargo, escuchaba su voz a la perfección.

—Cuando buscas en las profundidades de la raíz —respondió el antiguo, susurrando también—, descubres que existen solo dos razones que expliquen un odio de tal magnitud. O bien eres, de alguna manera, un obstáculo en su camino que la impide conseguir aquello que desea o bien te tiene miedo. Un temor que solo podrá vencer una vez te haya destruido.

—No creo tener nada que ella pueda querer tanto.

—Precisamente. Piensa en ello, Beckett. Estaba preparada para arriesgarse y matarte, de hecho, matarnos a los dos en su hogar, a pesar de que un acto tan violento podría haber dado al traste con su alianza con Lucita. Esta mujer ha conseguido mantener en jaque a la Camarilla durante varios meses y les ha impedido recuperar la ciudad de Los Ángeles. No parece una persona inclinada a dejarse llevar por las pasiones del momento, salvo en lo que a ti respecta.

—Joder, genial. Entonces es que me tiene miedo.

—Eso parece. Quizá de una manera antinatural.

Escucharon la sirena de un coche de la policía que pasaba y se agacharon, escondiéndose entre las sombras y posponiendo la respuesta que Beckett podría haber dado. Solo cuando las luces de la sirena se hubieron desvanecido en la distancia y por completo, continuaron con su conversación.

—¿Crees que alguien más podría estar poniéndola en mi contra?

—Es evidente que ella cree que eres su enemigo. Alguien tiene que haberle inculcado esa idea.

A excepción del alto ladrido de un perro cuando transitaron junto a la propiedad del animal (ladrido que Beckett sofocó con un rápido mandato), los siguientes minutos de su paseo transcurrieron en completo silencio.

—Sabes que tanto los Assamitas como los sangre-débil van a estar vigilando la casa y el avión, Beckett —continuó Kapaneus al cabo de un rato—. No vamos a poder continuar con nuestra investigación.

—Estaba pensando en eso ahora mismo. —Beckett miró al cielo del este, luego comprobó la hora en el reloj de su teléfono móvil—. Creo que tengo la solución para eso. Es arriesgada, casi una imbecilidad, pero la combinación parece habernos funcionado bastante bien últimamente. Y, si funciona, nos proporcionará un par de noches más.

—Fantástico. Dos noches para localizar lo que no pudimos encontrar en cuatro. ¿No sería mejor que nos marcháramos de la ciudad y volviéramos en otro momento? Podemos intentar conseguir información en otro lugar y…

Beckett se detuvo en seco.

—Conseguir información… —repitió, casi como si estuviera sumido en algún tipo de trance—. Una fecha más tardía. —Abrió mucho los ojos y sonrió abiertamente—. Kapaneus, me dan ganas de abrazarte.

—Te recomiendo que no lo hagas. ¿De qué te has dado cuenta?

—Solo de cómo tiene organizada Vykos la biblioteca. Tenía los libros ordenados por la fecha y no en la que fueron escritos o de los eventos que en ellos se describen, ¡sino por la fecha en la que los consiguió!

—¿Estás seguro?

—Bueno, no lo estaré hasta que regresemos y pueda comprobarlo. Pero tiene sentido. Es algo que solo él podría saber. Un sistema de almacenaje que nadie más podría descifrar con facilidad.

—¿Y tú sí?

—Pues tendremos que verlo, ¿no te parece? Pero, primero tenemos algunos pelmazos con los que lidiar.

El siguiente atardecer, inmediatamente después de despertar en aquella vieja, aunque escrupulosamente limpia, habitación de hotel, Beckett se giró para mirar a Kapaneus. El antiguo retrocedió un paso.

—No confío en esa sonrisa, Beckett.

El Gangrel la ensanchó aún más.

—Kapaneus, te he visto desvanecerte más de una vez. ¿Puedo entonces asumir que también eres capaz de adoptar la apariencia de otros?

—No es una habilidad que practique con regularidad, pero sí, puedo hacerlo.

—Bien. Esto es lo que vamos a hacer…

En el centro de la ciudad

Miskolc, Hungría

Y, una vez más, apareció el lobo en las calles de Miskolc, dejando tras de sí a los paseantes aterrorizados. En su costado izquierdo había una mancha de color carmesí y corría con una cojera evidente en su pata trasera. Aquello bastaba para hacer que su avance fuera más lento y significaba que la cuadrilla de Assamitas lo estaba teniendo más fácil que la noche anterior para seguirle la pista. Habían advertido su presencia mientras exploraban las calles cercanas a la mansión de Vykos y estaban decididos a no dejarlo escapar en esta ocasión. Todavía no habían conseguido darle caza, pero tampoco parecía poder deshacerse de ellos. En cualquier caso, continuaba corriendo pues, con toda probabilidad, sabía lo que le aguardaba si lo atrapaban.

Los Assamitas habían salido de caza, y no solo para cumplir con el objetivo que se les había encomendado. Varios de sus compañeros no habían regresado la noche anterior y eso solo podía significar que estaban incapacitados o muertos. No sabían muy bien cómo, aunque la presa era peligrosa, podía Beckett haberse deshecho de tres de sus hermanos con solo una triste herida para testimoniar el enfrentamiento, pero, en cualquier caso, no le permitirían escabullirse otra vez.

El lobo se dirigía al aeropuerto, de eso no tenían duda. Lo que no sabían era si podrían apresarlo antes de que llegara al avión porque,

cada vez que estaban a punto de acortar la distancia que los separaba, Beckett apretaba el paso y volvía a aventajarles. Estaban, sin embargo, convencidos de que, una vez en la pista, podrían abordar el avión sin problemas antes de que este despegara o, en el peor de los casos, evitar que lo hiciera.

El lobo continuó corriendo, tirando al suelo a los transeúntes lentos, a veces, saltando sobre el capó de los coches y provocando algunos accidentes en la huida. Las sirenas sonaban tras él y, entonces, el lobo se escabullía por callejuelas demasiado estrechas para que los coches de la policía pudieran seguirlo. Era una estrategia apreciada incluso por los Assamitas; parecía indicar que no quería involucrar a las autoridades mortales en esto.

Hasta que, finalmente, saltando por encima de la valla, las cuatro patas golpearon contra el alquitrán de la pista de aterrizaje, seguidas por el sonido de varias parejas de pies humanos. Cuando Beckett se aproximaba al hangar en el que presumiblemente aguardaba su avión, bajó el ritmo solo un poco, como si su herida empezara a pasarle factura, y permitió que los Assamitas pudieran tomarse con un poco de más calma su avance.

El líder estaba a punto de desenvainar su espada cuando escucharon un solo disparo desde detrás del hangar, que acertó al Assamita en el centro del pecho. Mientras se caía de espaldas y se apresuraba a ponerse en pie con cierta dificultad, sus compañeros se tiraban de cabeza en busca de algún lugar donde guarecerse de las constantes ráfagas.

Media docena de hombres y mujeres salieron de detrás del hangar. El hombre que había disparado primero, mantenía la mandíbula apretada y tenía el rostro retorcido por la furia y el odio. Parecía extraño, por tanto, que sus compañeros parecieran sorprendidos y casi confusos por su comportamiento. El líder de los Assamitas, con la herida del pecho dándole punzadas, se preguntó durante un instante si el tipo de la mano rápida había disparado el arma antes de lo necesario, descubriendo así la emboscada. No tenía ni idea de quiénes eran aquellas personas, no sabía que los sangre-débil anduvieran persiguiendo a Beckett, y, francamente, le daba lo mismo.

Los Assamitas los rodearon rápidamente, anulando la escasa ventaja que otorgaba al otro grupo el disponer de armas de fuego. El temor invadía sus rostros otrora confusos y retrocedieron, intentando mantener la ventaja que les brindaba la distancia para seguir disparando. El primer atacante, el líder, saltó hacia un lado cuando los Assamitas avanzaron y rodó hasta quedar oculto tras un cobertizo de mantenimiento.

Los acontecimientos se precipitaron y todo sucedió de forma rápida, sangrienta y brutal. Podría haberse convertido en una masacre pero los sangre-débil esperaban luchar contra Beckett, un vampiro conocido por su resistencia al daño físico y, a diferencia de los compañeros contra los que el Gangrel había luchado fuera de la mansión, estos habían tenido la oportunidad de armarse debidamente. Los poderosos rifles, las pesadas pistolas e incluso unos cuantos explosivos que pretendían emplear para emboscar a Beckett cuando regresara a su avión, los tuvieron que utilizar en contra de los asesinos. A pesar de lo rápidos que eran los Assamitas, y aunque pocos disparos acertaron en el blanco, los que lo hicieron fueron devastadores.

Al final, solo quedó un sangre-débil, que huyó para esconderse en las tinieblas de Miskolc. Uno de los Assamitas supervivientes se acercó al cobertizo, decidido a hacerle saber al que había iniciado el ataque lo que opinaba de él, pero no encontró ni rastro. Había desaparecido, como si nunca hubiera existido. El Assamita se giró, estaba furioso y preparado para reunirse con sus compañeros…

Y Beckett, con su forma humana y las garras extendidas, cayó sobre él desde el techo del cobertizo. Sus ropas estaban manchadas allí donde se suponía que había estado la sangre en el pellejo del lobo, sangre que no provenía de una herida auténtica, sino de las ratas que Kapaneus le había despachurrado encima para hacer creer a los Assamitas que estaba herido y para explicar su aparente lentitud. Por una vez, los papeles se intercambiaron y fue el asesino Assamita el que murió sin emitir un solo sonido.

Si los tres Assamitas restantes hubieran estado al cien por cien de sus capacidades, Beckett hubiera pensado que atacarlos frontalmente sería un suicidio. No obstante, uno de ellos estaba

inconsciente, posiblemente sumido en letargo; y de los dos que todavía permanecían en pie, uno estaba malherido, con varios agujeros de entrada y salida todavía abiertos en el cuerpo. Con Beckett saliendo de detrás del cobertizo, con las garras manchadas de sangre; Kapaneus, todavía disfrazado con la apariencia del sangre-débil que había iniciado el ataque, acercándoseles por detrás y Cesare en la puerta del avión con una pistola en la mano, los Assamitas decidieron que ya habían tenido suficiente. Con la sangre cálida de uno de sus compañeros manchándole las manos, Beckett, en contra de lo aconsejable, los dejó marchar.

—Por lo menos tendrán que dedicar unas cuantas noches a recuperarse —le dijo a Kapaneus cuando este recuperó su apariencia habitual— o más si tienen que esperar a que lleguen refuerzos.

—Entonces será mejor que regresemos a la biblioteca y empecemos cuanto antes, ¿no crees?

—Solo un minuto. —Beckett se giró para mirar el campo que había junto a la pista y levantó tanto las manos como la voz—. ¡Sé que estás ahí fuera! —gritó—. ¡Has venido para ver qué le ha ocurrido a tus amigos y a mí! ¡Bueno, pues, jódete y míralo bien! —Beckett sacudió los dedos y salpicó la sangre del Assamita por todo el suelo—. ¡Estoy harto de esto! He matado a más gente en los últimos meses que en todos los años de mi no-vida, ¡y todo ha sido por tu culpa! ¡No te voy a permitir que me sigas haciendo esto!

»¿De cuántos de los tuyos voy a tener que deshacerme? No eras mi enemigo y tampoco lo era Jenna Cross hasta que tú la cambiaste. Quiero que le entregues un mensaje. Dile que ya basta. Si vuestra gente me deja en paz a partir de ahora, prometo no guardaros rencor. Pero, si no lo hacéis, Jenna va a pasar a encabezar mi lista negra. No me importa lo que crea que puedo hacerle y será mejor que le recuerdes que tengo unos cuantos cientos de años más que ella y que he tenido mucho tiempo para desarrollar la imaginación.

Beckett se arrodilló, se limpió lo que le restaba de sangre en las manos en la hierba, y caminó airado hacia las sombras.

Cesare observó cómo su señor y el otro vampiro se marchaban, y luego se puso a limpiar el desastre. Recogió los casquillos y prendió

fuego a los cadáveres de esos Vástagos que no eran lo bastante antiguos para descomponerse rápidamente y por sí solos. Sabía que la policía de Miskolc estaba ocupándose todavía de calmar el pánico que el lobo había provocado en el centro de la ciudad; sabía también que, a aquella hora de la noche en esa pista privada, era más que probable que nadie hubiera oído la refriega, a pesar de lo ruidosa que había sido. En cualquier caso, no estaba dispuesto a asumir el riesgo. Si por algún casual la policía se presentaba, no les dejaría ninguna pista a la vista. Empezó a silbar y se acercó a recoger la manguera que proporcionaba el aeropuerto para limpiar el avión y la situó encima de la pista y en la hierba circundante.

Tras él, una figura invisible para la mayoría de los mortales y muchos no-muertos, se deslizó dentro del avión. Gateó hasta abajo y se acomodó lo mejor que pudo en el tren de aterrizaje, encendió un portátil con módem vía satélite y se preparó para lo que prometía ser una larga espera.

La biblioteca privada de Sascha Vykos

Miskolc, Hungría

—Parece que yo estaba en lo cierto —explicó Beckett la noche siguiente, después de que hubieran llegado finalmente a la biblioteca. Pudieron comprobar que la casa no estaba vigilada—. Están ordenados por la fecha en la que Vykos los adquirió.

Cogió un volumen y lo ojeó mientras hablaba, aunque sus gestos estaban encaminados a dar mayor énfasis a lo que decía que a buscar.

—Ya veo, pero ¿qué hay de sus libros? Me refiero a los que él escribió.

—Sí, eso fue lo que me desconcertó. Mira —Beckett señaló varios de los volúmenes que descansaban en las estanterías—, los libros que escribió están ordenados según la fecha en la que los terminó. Pero los comentarios que hizo de otros libros… No los guardó en el orden en que los comentó, sino en el que recibió los textos originales de los que estaba hablando.

—Ah. —Durante un momento, Kapaneus guardó silencio—. Perdóname, Beckett, pero no entiendo cómo puede esto sernos de utilidad.

—Sascha Vykos es… era —corrigió con una sonrisa— un paranoico y lo bastante egoísta como para hacernos parecer a los demás unos inocentes monaguillos. De ninguna manera habría permitido que Milivoje se quedara aquí sin recibir algo a cambio. Me apuesto lo que quieras a que el huésped de Vykos trajo consigo algunos libros o algunos conocimientos que el Tzimisce quería conservar. Sabemos cuándo llegó Milivoje. Así que deberíamos ser capaces de localizar lo que Vykos escribió acerca de esos libros y, con un poco de suerte, del Vástago que se los proporcionó.

No era tan simple de llevar a cabo; la tarea les llevaría unas cuantas horas de búsqueda para localizar los textos apropiados y ojearlos para hallar en ellos algo que mereciera la pena. Finalmente, Beckett lo encontró entre los garabatos manuscritos de Vykos.

A diferencia de lo que suelen ser las revelaciones más importantes, era algo más que un comentario fugaz. Era la primera línea de un pasaje en el que Vykos recogía una de las experiencias que Milivoje había tenido con Rayzeel; de hecho, una discusión sobre una profecía. El principio de la narración recogía palabra por palabra lo dicho por Milivoje y era mucho más valioso de lo que Beckett podía esperar.

Nos sentamos en su refugio, ocultos entre las sombras del gran error de su sire, donde nadie podría imaginar que la encontraría.

—Dios Santo —Beckett se irguió y cerró el libro con un sonido seco—. Si lo interpreto correctamente… Ella tenía razón. Es un lugar idóneo donde esconderse. ¿Quién demonios buscaría allí a una Salubri?

—¿Cómo? —Kapaneus parecía confuso—. ¿Te importaría explicarme de qué estás hablando?

—¿Has oído hablar alguna vez de la secta Baali?

En la boca del antiguo se dibujó una sonrisa de completo

desprecio; quizá la expresión más radical que Beckett hubiera visto en sus facciones.

—Sí, una línea repugnante de depravados adoradores del demonio. Eran los mayores herejes de mi tiempo. Se llevaron a cabo varios intentos para eliminar aquella mancha de la faz de la tierra.

—Algunos casi lo consiguieron. No han existido en gran número desde la Edad Media y no he oído una sola palabra acerca de ellos en los últimos cinco años. Quizá alguien haya conseguido eliminarlos por completo.

»En cualquier caso, los estuve estudiando, no personalmente, te lo puedo asegurar, pero sí históricamente en dos o tres ocasiones. Tenían una perspectiva muy diferente de la naturaleza de los Vástagos y sentía curiosidad hacia ella, solo para compararla con mis estudios, claro está. Durante esa investigación, descubrí un pequeño grupo de mitos que relataban sus posibles orígenes. —Beckett empezó a caminar por la sala, haciendo memoria y sacando a la luz sus viejos recuerdos—. Aunque parecen no terminar de ponerse de acuerdo en algunos detalles, la mayoría de esas leyendas aseguran que salieron arrastrándose de un pozo de inmundicia y masacre en un lugar llamado Ash-Sharqab”.

Kapaneus parpadeó.

—¿La ciudad de Assur?

—Los Vástagos la llamaron así, sí. En la geografía moderna se llama Qalat’at Sherqat y está en Iraq. —Beckett frunció el ceño—. No es el lugar más fácil y seguro al que viajar en estas noches.

—¿Y qué tiene eso que ver con Rayzeel y su sire?

El Gangrel volvió a arrugar el gesto.

—Nunca se ha demostrado —continuó despacio—, y los Salubri de aquel tiempo hicieron todo lo posible por ocultarlo, pero, aunque las leyendas no se ponen de acuerdo en quién engendró a los Baali, una de las sospechas más extendidas es que fue el mismo Saulot.

—¿De verdad? —Kapaneus parecía estar realmente sorprendido—. Nunca lo hubiera creído… ¿Cómo estás tan seguro de que es ese el lugar al que el Tzimisce se refiere?

—No lo estoy del todo. No fue ese el único error que Saulot cometió en su día. A ese respecto, cualquiera podría pensar que dejarse drenar la sangre por Tremere fue un fallo aún mayor. Pero ese es el único que puedo recordar y que merezca ser calificado, aunque eso sea discutible, como el peor error y que, además, no situaría a Rayzeel en el centro del territorio enemigo. Si hay un clan que pueda considerarse dominante en Iraq, ese es el de los Assamitas, y ellos no tendrían nada en su contra, aunque la hubieran descubierto. Maldita sea, tienen a un enemigo común en los Tremere. —Beckett se encogió de hombros y dejó el libro en la estantería después de haberlo ojeado en busca de otras referencias—. Ya sé que no es un razonamiento falto de defectos, Kapaneus. Y seguiremos buscando mientras podamos. Pero es lo mejor que tenemos hasta ahora y, por lo que a mí respecta, parece factible.

Factible o no, fue el último fragmento de información relevante que pudieron encontrar. Cuando el reloj pasó de la medianoche del tercer día después del tiroteo en la pista de aterrizaje, Beckett y Kapaneus tuvieron que aceptar que ya no podían seguir perdiendo el tiempo.

—Si es una pista equivocada —comenzó el Gangrel con resignación—, siempre podemos regresar.

—¿Podremos? —inquirió Kapaneus, señalando el material asqueroso y antinatural que decoraba la sala—. ¿Acaso no deberíamos destruir estas abominaciones y liberar las almas que podrían estar atrapadas en su interior?

Beckett se detuvo a pensarlo, miró a su alrededor, luchó consigo mismo y, finalmente, negó con un gesto.

—No. Lo siento. Sé que deberíamos. Pero no me puedo arriesgar a destruir unas respuestas que quizá necesite después. Te prometo que, cuando hayamos acabado con esto, y si podemos, volveremos y lo haremos.

Kapaneus frunció el ceño, pero siguió a Beckett al exterior. No estaba seguro de qué era más oscuro, si la cueva vacía que había a su espalda, o los ojos del Vástago que caminaba delante de él.

Pista de despegue del campo de aviación regional de Miskolc

Miskolc, Hungría

—¿Beckett —preguntó Kapaneus, de pronto, cuando el avión empezó a elevarse en el aire—, no te sientes diferente?

—¿Diferente? ¿A qué te refieres?

—Por favor, quítate las gafas de sol.

Beckett parpadeó sorprendido, pero lo hizo. Kapaneus suspiró.

—Creo que ya no las vas a necesitar más.

—¿Qué les ocurre a mis ojos?

—Que son normales, tal y como lo son también tus manos.

—Ah. —Se encogió de hombros—. Ya me inquietaré por eso más tarde. Ahora mismo estoy un poco preocupado por…

—¿Signore Beckett? —lo llamó Cesare desde la cabina.

—Por eso —concluyó el Gangrel y caminó hacia delante, con Kapaneus siguiéndole—. ¿Qué ocurre, Cesare?

—Como esperaba, me ha resultado imposible obtener permiso para aterrizar en Iraq. Tendremos que hacerlo en el aeropuerto de Diyarbakir. Me temo que tendremos que continuar por tierra el resto del viaje.

Beckett casi sintió deseos de reírse. Estaban en Turquía otra vez. No era solo el sentimiento de frustración. ¡Realmente no hacía otra cosa que ir en círculos!

Pero, lo cierto, es que no era un tema para reírse. En Turquía

habitaban algo más que unos cuantos Assamitas. Iban a tener que ser mucho más cuidadosos que antes.

—Bueno, tendrá que servir. Gracias, Cesare…

—Signore, todavía hay más. No tuve tiempo de decírselo antes porque usted tenía mucha prisa por que despegáramos.

—¿Eh?

—Como me pidió, he estado esperando recibir alguna noticia de Okulos. Dejó un mensaje no hace mucho y parecía bastante frenético. Dijo haber estado oyendo los informes de algunos antiguos importantes y que sencillamente se derrumbaban a mitad de conversación. Al parecer, unos cuantos han quedado sumidos en el letargo, mientras que otros empezaron, de pronto, a corromperse.

—¿A consecuencia del marchitar?

Cesare asintió, aunque, desde su espalda, el movimiento era casi imperceptible.

—Así lo cree Okulos. Dice que ha empezado a matar.

Beckett suspiró, se recostó contra la pared y resbaló por ella hasta quedar en cuclillas.

—No tenemos mucho tiempo, Kapaneus. No entiendo por qué no nos hemos debilitado aún. Pero estoy convencido de que terminará por ocurrir. Mis manos, ese extraño período en Europa cuando no tenía hambre nunca, ahora mis ojos… Solo es cuestión de tiempo que el marchitar también me ataque a mí. Y, teniendo en cuenta mis síntomas, lo hará de una manera salvaje. —Volvió a levantarse muy despacio—. Voy atrás a recoger las cosas. Cesare, infórmame si hay cambios. Kapaneus… —Beckett frunció el ceño fugazmente— si eres un hombre religioso, no me importaría que empezaras a rezar por mí.

Kapaneus sonrió con tristeza.

—Con todo lo que he visto, Beckett, Dios y yo no nos llevamos tan bien como antes. Y, además, no necesitas mis plegarias.

El Gangrel miró detenidamente al antiguo durante un largo momento, y entonces asintió y cerró la puerta de la cabina.

Refugio de Jenna Cross en el Valle de San Fernando

Los Ángeles, California

Cross estaba sentada detrás de la mesa; sus amigos y lugartenientes, reunidos en la habitación con ella. Era ya una escena familiar, casi rutinaria. El intercambio de informes y las sesiones estratégicas se venía repitiendo prácticamente todas las noches.

Desde hacía ya semanas, la silla situada inmediatamente a su derecha estaba vacía. A pesar de todos sus esfuerzos y de las búsquedas metódicas llevadas a cabo por sus mejores agentes, había sido incapaz de encontrar la menor pista de Jack Sonrisas desde que desapareciera el mes pasado. Su tez blanca como la cera, más pálida aún que la de muchos vampiros varias veces mayores que ella, atestiguaba su incapacidad para conciliar el sueño; tan preocupada estaba que el amanecer solo ejercía sobre ella un poder moderado. Si hubiera podido hacerlo sin chamuscarse como una patata demasiado frita, hubiera continuado la búsqueda las veinticuatro horas del día.

Por desgracia, el resto del mundo no se acomodaba a su necesidad de encontrar a su mentor desaparecido.

—… con pérdidas mínimas —informaba Tabitha—. Con la desaparición de la Príncipe Tara y la ayuda de los sangre-débil que ya residían en la ciudad, nuestra gente ha podido eliminar a la primogenitura y otros antiguos sin demasiados problemas. —Se dibujó una amplia sonrisa en sus labios y movió la mano en un gesto que se aproximaba a lo melodramático—. Jenna, puedes añadir San Diego a la lista de ciudades que hemos liberado de la dominación de la Camarilla —dijo, concluyendo.

Cross se obligó a sonreír cuando todos los presentes en la habitación prorrumpieron en vítores. Eran, sin duda alguna, buenas noticias. En los últimos meses, otros sangre-débil, inspirados por los éxitos de Jenna en Los Ángeles, se habían rebelado en su nombre y, a menudo con la ayuda de aquellos que respondían directamente ante ella, habían luchado contra la opresión fascista que los antiguos

ejercían sobre ellos. En varias ciudades, como Dallas y Cincinnati, los sangre-débil habían batallado junto a las células de resistencia creadas por Lucita y Theo Bell, a pesar de que no existía entre ellos una alianza formal. Nunca lo admitiría, pero Cross se alegraba de no haber podido matar a Lucita cuando lo intentó.

En media docena de ciudades grandes y otras más pequeñas, los sangre-débil excedían en número a los vampiros de sangre “pura” y constituían uno de los poderes fácticos de mayor influencia o, sencillamente, el único poder que dominaba el gobierno. Incluso Cross se había quedado asombrada al descubrir cuántos sangre-débil había en el mundo. No le sorprendía que los oficiales supervivientes de la Camarilla y el Sabbat estuvieran absolutamente pasmados. Entre los que dirigía directamente y los que luchaban bajo su bandera, y que actuarían sin dudarlo ante una petición suya, Cross tenía, literalmente, a cientos de vampiros a sus órdenes. Y todas las noches aparecían más. De hecho, que su gente estuviera peleando por conquistar más de una ciudad al mismo tiempo, hacía que la Camarilla no tuviera más remedio que dividir su atención y sus recursos, lo que hacía que las guerras en cada ciudad individual fueran un tanto más fáciles.

Lo que implicaba que había llegado la hora de deshacerse del otro problema.

—Yo… —vaciló Toby desde el otro lado de la mesa. Se detuvo durante un segundo, se aclaró la garganta, esperó a que el clamor y las felicitaciones amainaran y continuó—. Siento ser yo el que dé las malas noticias, Jenna, pero…

Ella lo animó a continuar con un movimiento de la cabeza.

—Infórmame.

—La gente de Hardestadt se ha desplazado a la Alhambra, al este de Los Ángeles, Compton y Hawthorne. Y han recuperado el aeropuerto de LA.

La habitación quedó sumida en un silencio sepulcral.

La noticia no era una sorpresa. El aeropuerto había pasado de mano en mano como una pelota desde que empezara el conflicto.

Cross lo había ocupado cuando su gente y ella eliminaron a Tara, la Camarilla lo había recuperado gracias al escape de gas y, desde entonces, había cambiado de dueño al menos en otras tres ocasiones. La última vez que lo recuperaron, Cross estaba segura de que su poder sobre él sería inquebrantable y que nadie conseguiría echarlos de allí.

Pero, claro, también creía que el este de Los Ángeles y Compton estaban bien defendidos.

—¿Cómo? —preguntó un sangre-débil llamado David, con voz temblorosa.

Toby frunció el ceño mientras hablaba.

—Fue una combinación de factores. Las redadas de la policía y otros peones municipales que la Camarilla adora utilizar como distracción. Nuestros ghouls estaban lidiando con ellos cuando… —El sangre-débil apoyó la barbilla sobre su pecho como si una carga que no pudiera sostener le pesara en los hombros—. Supongo que ninguno de vosotros habrá oído las noticias esta noche, ¿no es cierto?

Cross miró a los presentes y luego negó con un gesto.

—Vinimos aquí directamente después de despertar, Toby.

—Fue por el fuego, Jenna, y no por unas pocas explosiones. Y no me refiero a un incendio premeditado aquí y allí, sino a algo de grandes dimensiones. Bombas de fuego, cócteles Molotov… Me sonó a asedio del Sabbat y no a una operación de la Camarilla.

»Las autoridades dicen que son una serie de ataques terroristas coordinados. Cuarenta y seis personas, todas ellas del ganado, han muerto y hay el triple de heridos. Los daños a la propiedad se estiman en diez millones”.

—Eso no ha ocurrido solo aquí —añadió Steve desde la parte trasera de la habitación. Tenía la mirada centrada en su ordenador portátil—. También en San Francisco, Las Vegas, Sacramento… Y empieza a suceder también en lugares como Dallas y en Fort Worth. Esos cabrones de Riverside han debido echar toda la carne en el

asador. Estamos perdiendo territorio, Jenna.

Cross se desplomó hacia delante, se cubrió el rostro con las manos y trató desesperadamente de no echarse a llorar delante de su gente.

¡Dios Santo, así no era como se suponía que debían ir las cosas! Esta era una guerra entre Vástagos. A pesar de todo lo que había hecho, toda la violencia que había desatado, había hecho todo lo posible para mantener a la población mortal fuera del tema. Quizá los antiguos de la Camarilla habían sido vampiros el tiempo suficiente como para contemplar a la masa humana solo como comida, pero Jenna no podía permitirse ese lujo. Sus compañeros y ella no hacía tanto que habían dejado de ser humanos. Para ella la gente era todavía… vaya, gente.

Y ahora la Camarilla había decidido que aplastarla a ella era más importante que… ¿qué? ¿Mantener las ciudades que querían en buenas condiciones? ¿Que la mismísima Mascarada? Docenas, incluso cientos de mortales estaban muriendo y solo Dios sabía cuántos sangre-débil habían sido asesinados en los últimos ataques.

Sin mencionar el hecho de que todavía no sabía nada acerca de…

—¿Cross? —Un sangre-débil asomó la cabeza por la puerta—. Jacob te llama desde Miskolc.

Se puso en pie al instante. No era solo que hubiera estado esperando recibir noticias desde hacía unas cuantas noches, sino que además sabía que lo que tuviera que decirle sería importante. Además, tenía que tener en cuenta que, donde él estaba, estaba a punto de amanecer y solo dispondrían de unos minutos para hablar.

Cuando regresó a la habitación, ninguno de los presentes tuvo que preguntarle si las noticias eran buenas o malas; su mirada servía como respuesta.

—El equipo está muerto —dijo, con voz seca, después de un silencio incómodo—. Todos salvo Jacob. Y está bastante seguro de que solo sobrevivió porque Beckett quería que me enviara un

mensaje.

—¡Será cabrón! —exclamó Toby, aunque estaba claro que todos opinaban lo mismo—. ¡Que le jodan! Lo vamos a encontrar y lo vamos a…

—No.

Jenna podía sentir cómo todas las miradas se posaban en ella.

—¿No? —preguntó Tabitha, incrédula—. ¿A qué coño te refieres?

La líder de los sangre-débil, puede que la mayor facción de vampiros que no pertenecían ni a la Camarilla ni al Sabbat, respiró profunda e innecesariamente. Podría haber jurado que percibía a Jack a su lado, mirando por encima de su hombro y sonriendo con aprobación. Por otra parte, no quería ni imaginar cuál sería la reacción de Samuel; la sola idea de hacer que se sintiera tan mal le provocaba dolor, aunque no estaba segura de por qué su beneplácito significaba tanto para ella.

En cualquier caso, algunas cosas eran más importantes que él.

—Lo dejaremos estar por ahora. —Se sentía, al decir aquellas palabras, como si le estuvieran arrancando los dientes uno a uno.

Todos los amigos a los que él había asesinado, el terrible temor que se agitaba en su estómago al pensar lo que pasaría si él decidiera decir la palabra justa en el oído indicado y las miradas furibundas de sus compañeros, todo ello la invitaba a morderse la lengua, en lugar de dar voz a ese pensamiento.

Pero había recibido un mensaje muy claro y, aunque le molestaba admitirlo, una parte de él era bastante acertado. Fuera lo que fuese lo que pudiera hacerle, había sido ella la primera en atacarlo, la que continuaba enviando a su gente tras él y, aparentemente, la culpable de sus muertes. Y ya había tenido bastante por ahora. Iba a perder a suficientes amigos y soldados en sus escaramuzas contra la Camarilla y no estaba dispuesta a sacrificar a ninguno más solo para mitigar sus temores. Si Beckett demostraba

ser una amenaza para ella, entonces se encargaría de él personalmente. Hasta entonces…

Hasta entonces, si debía enviar a sus amigos a la muerte, entonces debían morir por una buena razón. No, Samuel no estaría satisfecho por su decisión, quizá incluso se negara a continuar ayudándola, pero, en cualquier caso, no había conseguido contactar con él desde hacía varias noches. Sentía cierta preocupación por su consejero, pero lo había sumado a la lista de problemas que tenía que soportar por su gente.

Jenna Cross apartó cuanto pudo a Beckett de su mente y se concentró en planear su defensa desesperada contra una Camarilla que parecía haberse olvidado de sus antiguos principios.

Posada La Misión

Riverside, California

—¿Estamos todos a favor?

—¿Os oponéis entonces?

—La moción se ha censurado. Se da por terminada la asamblea.

Hardestadt se recostó sobre el grueso sofá de cuero, con la barbilla apoyada en una mano y en la otra el mando a distancia. Volvió a rebobinar la cinta y vio, de nuevo, al trío de antiguos asesinados por una fuerza que ni ellos, ni tampoco él, podían ver.

—Os daréis cuenta —señaló con voz seca a aquellos que ocupaban la habitación con él— de que tenemos otro problema.

Hardestadt se levantó y empezó a pasear y, aunque la cinta continuó reproduciéndose en la televisión de gran pantalla, él se centró en sus caras.

Federico di Padua, con el rostro más repulsivo que nunca gracias a las cicatrices obtenidas en su último encuentro con los sangre-débil de Jenna Cross, parecía incapaz de hacer otra cosa que no fuera negar con la cabeza debido a la incredulidad. Tegyrius estaba de pie y

apretaba el respaldo de una silla con tanta fuerza que hacía tiempo que la madera se había hecho astillas. Cock Robin y varios de los lugartenientes de Hardestadt en Los Ángeles mostraban gestos similares de consternación. Finalmente, la justicar Ventrue, Lucinde, que estaba en Riverside solo de paso como uno de los mejores y más atareados agentes de campo del Círculo Interior, enarcó una ceja, pensativa.

Hardestadt frunció el ceño mientras su mirada recorría a los Vástagos reunidos y se percataba del cansancio y las heridas que sufrían todos ellos. Los sangre-débil de Cross lo estaban haciendo demasiado bien. Se preguntó, y no por vez primera, si alguien les estaría facilitando información. En cualquier caso, tenía otros asuntos de los que ocuparse primero.

—Seríamos idiotas —comentó Lucinde, retirándose un mechón de cabello castaño de los ojos, en un gesto más propio de la joven inocente que parecía ser, que de la criatura antigua e implacable que realmente era— si ignorásemos cuándo sucedieron estos hechos. Lo que sea que atacó a la asamblea en Lille, está claro que reaccionó con violencia a la propuesta de Pascek. —Se giró para mirar atentamente a Tegyrius, que todavía miraba fascinado la pantalla del televisor.

—¿Qué te parece, Tegyrius? —le preguntó Hardestadt—. ¿Podrían ser tus antiguos compañeros los culpables de esto?

—Pues no sabría cómo —respondió el Assamita, obligándose a apartar la mirada de la televisión—. Ni siquiera el mismísimo Ur-Shulgi es lo bastante rápido y sigiloso como para invadir un cónclave repleto de poderosos antiguos y matar a varios de ellos sin que lo detecten.

—En cualquier caso, los asesinatos repentinos e inexplicables te son más familiares a ti que a nosotros —intervino Cock Robin con su mal articulada forma de hablar—. ¿Tienes alguna idea de qué podría haber ocurrido?

—No, lo siento.

Hardestadt sabía, sin siquiera tener que mirar a los presentes, que nadie creía a Tegyrius. Estando la situación tan tensa, querían culpar a alguien y estaban furiosos con el Assamita por no querer

brindarles un culpable.

Todos ellos estaban asustados. A pesar de su orgullo, Hardestadt se veía obligado a admitirlo. El marchitar había empezado a matar y ningún antiguo podía estar seguro de quedar a salvo. Habían incluso tomado la medida de traer a varios neonatos estacados a la suite contigua, que estaba constantemente bajo vigilancia, por si alguno de los antiguos presentes sentía un repentino ataque de debilidad. Las causas por las que se apresaba a los neonatos eran cada vez de menor importancia y estos centros, habituales en todos los territorios dominados por la Camarilla, estaban tan llenos como era posible, pero aun así no era suficiente. Hardestadt sabía, de hecho todos lo sabían, que al mismo tiempo que el marchitar se hacía más fuerte y los Vástagos se debilitaban, acabarían por quedarse sin vampiros jóvenes de los que alimentarse. Hardestadt se sintió presa del pánico y tuvo que esforzarse para controlar tanto esa sensación como el repentino antojo de beber de uno de los chiquillos que estaba en la habitación de al lado. No podría satisfacer su hambre antes de que fuera exagerada. Los Vástagos iban a tener que racionarse el suministro hasta que todo esto hubiera acabado.

De una u otra manera.

—Podría ser algún tipo de magia de la sangre o una manifestación taumatúrgica —comentó di Padua—. Sí, los Tremere parecen haber desaparecido, ¿pero acaso lo han hecho realmente? Y, aunque así fuera, ¿no podría esto ser una consecuencia de lo que sea que hayan hecho para crear el marchitar?

—Los Tremere no son los únicos que ejecutan rituales de magia de sangre —intervino Lucinde con voz pausada—. Podrían ser los Tzimisce, aunque ellos también han desaparecido. O los Giovanni, incluso los Heraldos.

No incluyó a los Assamitas, pero su fugaz mirada de reojo a Tegyrius no dejaba lugar a dudas de que todavía los consideraba sospechosos viables y que su aparente ignorancia no había calado en ella. Él la miró con el ceño fruncido.

—Este es un ejemplo perfecto de por qué he decidido cambiar mi estrategia en lo referente a la rápida conquista de Cross y sus

sabandijas. —Empezó a pasear, tanto como le permitían los estrechos confines de la habitación. Se dirigía a los Vástagos reunidos como lo haría un general a sus tropas—. Nos enfrentamos al mayor reto desde la Revuelta Anarquista y la creación de la Camarilla. El marchitar nos debilita desde el interior. Aparecen extrañas entidades entre nosotros. Bregamos con al menos dos: la que estuvo presente en el cónclave y la misteriosa oscuridad que asoló Milán cuando el Príncipe Giangaleazzo desapareció.

Algunos de los presentes murmuraron al recordar ese suceso. Una minoría de los oficiales de la Camarilla pensaba que la desaparición de Giangaleazzo en medio de una oscuridad Abisal indicaba solo que había vuelto a cambiar de bando, es decir, que había regresado junto al Sabbat. Teniendo en cuenta la posición actual de la Espada de Caín, Hardestadt suponía que no estarían muy complacidos de verlo regresar, especialmente cuando se lo consideraba un traidor a la causa. Giangaleazzo tenía muchos defectos, pero el Fundador sabía que la estupidez no se contaba entre ellos. No, algo le había ocurrido y esa entidad de sombras, posiblemente enviada por los Lasombra del Sabbat, tenía mucho que ver en ello.

—Muchos de nuestros hermanos y hermanas de la Camarilla —continuó Hardestadt— han decidido que todas estas señales vienen a significar que el tiempo de la Gehena ha llegado. Y no son solo los neonatos, sino muchos que deberían ser más coherentes. La anarquía y el caos se propagan como un incendio y, como la llama, nos consumirá a todos si lo permitimos.

»¿Y ahora debemos mediar también con la creciente pestilencia de los sangre-débil? Sencillamente, tenemos demasiadas cosas entre manos. Nuestra atención está dividida y nuestras tropas son incapaces de cubrir todos los frentes. Es vital que superemos el primero de estos obstáculos tan rápida y decisivamente como podamos. De esa manera, podremos concentrar nuestra atención en otros asuntos. Por esa razón, debemos eliminar cuanto antes, y definitivamente, a Cross.

»No tenemos ya tiempo para andar jugando, ni tampoco para involucrarnos en pequeñas escaramuzas, infiltraciones individuales y

maniobras sutiles. Aunque me molesta admitirlo, y aunque va en contra de todos mis instintos, debemos imitar el comportamiento de nuestro mayor enemigo. Debemos asediar la ciudad de Los Ángeles y los demás núcleos de poder de los sangre-débil, de la misma forma que el Sabbat nos hubiera hecho a nosotros.

—¿Y podemos hacer eso? —inquirió Lucinde casi de manera despreocupada a su compañero de clan. Ni siquiera Hardestadt era capaz de dilucidar si la mujer se oponía honestamente o si estaba jugando a ser el abogado del diablo—. ¿Acaso contamos con los efectivos necesarios? Los sangre-débil nos superan en número, Hardestadt, y este no es precisamente nuestro mejor momento.

—Serán los mismos sangre-débil los que nos brinden la fuerza que necesitamos porque nos alimentaremos de aquellos que no ejecutemos. Y puede que nos superen en número, pero nosotros contamos con otros recursos. Sabemos dónde están, dónde se reúnen sus líderes y dónde se refugian. —Un fuego parecía arder en la mirada del Fundador mientras hablaba. Aunque habían transcurrido muchos siglos, la Bestia no había olvidado que una vez había sido un señor de la guerra e hijo de otro señor de la guerra. La guerra no era, por tanto, una desconocida ni una enemiga para él—. Cross y su gente han demostrado ser proclives a causar el mínimo daño en sus territorios, pero eso es algo que no podemos seguir respetando.

—¿Más bombas? —preguntó di Padua con voz consternada—. ¿Más fuego y más accidentes? ¿Y qué hay de la Mascarada?

—¿Qué pasa con ella? —Hardestadt miró fijamente al arconte—. Es cierto que llamaremos la atención pero los mortales no tienen por qué saber que no están en medio de un conflicto entre los de su especie. Y, teniendo en cuenta los hechos pasados, no creo que se sorprendan si los “ataques terroristas” continúan. —El Fundador se giró hacia Tegyrius—. Si tus hermanos y tú tenéis algún ghoul nativo de vuestra tierra, quizá tengamos que tomarlos prestados. Tal vez alguno de ellos tenga que morir para que lo encuentren las autoridades. Y, desde luego, serás recompensado por ello.

El Assamita apretó tanto la mandíbula que le dolieron los dientes, pero no hizo ningún comentario. En lugar de ello, mientras Hardestadt

continuaba planeando la sesión de horrores que pensaba llevar a cabo, entraba en más detalles y dilucidaba cuál era la mejor manera de eliminar a los objetivos concretos, se levantó y se disculpó. Como Tegyrius no estaba directamente involucrado en la guerra de Los Ángeles, Hardestadt le permitió marcharse.

El Assamita se detuvo un instante junto a la puerta que conducía a la habitación contigua y luchó contra la tentación. Pero no, aunque una buena comida lo haría sentirse mucho mejor, no la necesitaba y él, al igual que Hardestadt, se daba cuenta de lo importante que era consumir solo en caso de extrema necesidad. Quizá, a no tardar mucho, las cosas mejorarían. Pronto contarían con un gran suministro de sangre-débil cautivos con los que satisfacer su sed. Hasta entonces, sin embargo, la moderación prometía ser la clave de su éxito. Tegyrius se apartó por tanto de la puerta y regresó a la habitación que Hardestadt le había proporcionado durante su estancia en Riverside. Pasó junto a varios miembros de la plantilla del hotel, todos ellos bajo la influencia de los Vástagos que habitaban en el edificio, y cerró la puerta de su refugio.

Se detuvo en seco.

Había algo en la habitación. No lo podía ver u oír, pero lo sentía. Reverberaba en su alma y estaba conectado a él de una forma que jamás había experimentado antes.

Una brisa cálida barrió la habitación del hotel, volcando los papeles y moviendo las cortinas. Tegyrius casi se emborrachó con el aroma a sangre que lo acompañaba. Este debía ser el mismo intruso que había irrumpido en el cónclave; el asesino despiadado cuyo trabajo había aparecido en el vídeo de Hardestadt aunque él no se hubiera mostrado físicamente.

Y Tegyrius se dio cuenta de lo que era.

El poderoso antiguo Assamita no huyó. No levantó las manos para luchar contra lo inevitable. Tampoco gritó.

Tegyrius se arrodilló en el centro de su habitación e inclinó la cabeza. Dijo sus últimas palabras en árabe arcaico.

—Te he decepcionado. Te he avergonzado y he ridiculizado tu nombre. Por favor, te pido que me disculpes.

Durante un instante, el viento rugió con fiereza. Entonces desapareció, dejando tras de sí una habitación en silencio y vacía salvo por un montón de cenizas que yacían en el suelo y dibujaban la figura de un hombre.

Aeropuerto Internacional de Diyarbakir

Diyarbakir, Turquía

—Signore Beckett —dijo de pronto Cesare, mientras los vampiros reunían las cosas que se llevarían consigo en su larga andadura—, permítame que lo acompañe.

—¿Cómo? —Beckett parpadeó. Tan de sorpresa le cogió la pregunta que tuvo que pararse un segundo para asegurarse de que había oído bien a su ghoul—. Cesare, eres un piloto. Necesito que permanezcas junto al avión.

—En la mayoría de las circunstancias es así, desde luego. Pero, en esta ocasión, ¿de qué le sirvo quedándome aquí? No importa el peligro contra el que tenga que enfrentarse, yo no podré acudir a socorrerlo. Nunca obtendré permiso para volar más allá de la frontera y tampoco nos haría bien que me disparasen y tuviera que realizar un aterrizaje de emergencia. Además, los Assamitas tienen bastante importancia en Turquía. No podría defenderme de ellos si decidieran deshacerse de una de sus vías de escape, Signore. Si en cambio le acompañara, podría servirle como un par de ojos extra, ojos que, le recuerdo, pueden permanecer despiertos durante el día, y quizá como otro arma en caso de enfrentarnos a algún peligro. De hecho, seré menos vulnerable a un ataque si no me quedo solo.

—Quizá tenga razón, Beckett —aventuró Kapaneus, al ver que el Gangrel fruncía el ceño—. Piénsalo, por lo menos podremos alimentarnos de él en caso de emergencia.

—Eh… sí, claro. —El gesto de Cesare se arrugó un poco al oír las palabras del antiguo.

Durante varios minutos, Beckett continuó con el ceño fruncido, intentando por cabezonería imaginar una buena razón por la que oponerse. No le gustaba Cesare, no le agradaba que el ghoul le recordara que, cuando tuviera que hacerlo, jugaría con la vida de un mortal como cualquier otro Vástago. Al final, sin embargo, accedió. Así evitaría que el ghoul los siguiera por cuenta propia. Eso sin duda le llevaría a la muerte.

—Pero tendrás que llevar las provisiones —le advirtió a su ghoul, con voz enojada—. Si tengo que cuidar de ti, por lo menos tendrás que ser de utilidad.

Pocos minutos después de que se hubieran marchado, sonó un golpe tenue cuando la figura invisible cayó del tren de aterrizaje. ¡Esto era aún mejor de lo que esperaba! La presencia del ghoul podría proporcionarle toda clase de oportunidades interesantes…

No podría continuar a su misma velocidad. Tendría que conseguir un vehículo porque, aunque sabía cuáles eran sus planes, no podía arriesgarse a acercarse demasiado y que lo vieran. Pero todo iría bien.

Sabía exactamente hacia dónde se dirigían.

El sureste de las montañas Tauro

Cerca de Sirnak, Turquía

Así que continuaron con su viaje. Beckett llevaba consigo una nueva mochila repleta con el equipo básico, Cesare transportaba una bolsa refrigeradora en la que habían guardado varios botellines de agua, mojama y frutos secos, y un puñado de bolsas de plasma que habían cogido de la nevera del avión.

Como habían supuesto, les resultó bastante sencillo conseguir un camión. No era tan bueno como el todoterreno que Beckett había alquilado el año pasado, pero tampoco tenía que llevarlos tan lejos. De hecho, solo tenía que llevarlos al sur, a Sirnak. En tiempos menos difíciles podrían haber conducido o cogido un tren desde allí hasta Iraq. No obstante, teniendo en cuenta la situación actual, viajar más allá de la frontera estaba extremadamente restringido. Sirnak se

situaba en la ladera este del Valle del Tigris, rodeada por las montañas Tauro y a un tiro de piedra de Iraq y Siria. Tres ejércitos y varias milicias se observaban inquietas las unas a las otras desde la frontera tripartita. Tendrían que cruzar a pie y evitar el estrechamente vigilado paso de Habur. Por suerte, a Beckett no le parecía que fuera a ser muy complicado encontrar un modo alternativo de transporte cuando hubieran llegado a Iraq; no le hacía ninguna gracia pensar en tener que caminar ciento ochenta y cinco kilómetros desde la frontera hasta Qalat'at Sherqat.

Una vez puestos en marcha, utilizaron las carreteras y las vías del ferrocarril como guías. Las seguían de forma paralela, pero nunca directamente, y viajaban hacia el sureste desde Sirnak. Beckett podría haber viajado con mayor rapidez adoptando la forma de murciélago o de lobo, pero no pensaba dejar atrás a Kapaneus a estas alturas. El antiguo había demostrado ser un compañero valioso y extremadamente leal. Merecía saber cómo terminaría todo, si es que llegaban a saberlo. Y, además, estaba Cesare.

Su marcha aminoró por la necesidad que tenían de esconderse de las patrullas. El todoterreno que los adelantó por la carretera a unas docenas de metros de donde estaban, se parecía mucho al que Beckett había conducido hasta Kaymakli, cuando era un vampiro más ignorante pero mucho más feliz. No obstante, a diferencia del que había conducido el Gangrel, este estaba repleto de soldados turcos, armados con armas de gran tamaño. Lo mismo ocurría con los otros dos todoterrenos que le seguían y los varios camiones que iban detrás. El rugido del convoy era casi ensordecedor y la tierra temblaba ligeramente bajo las ruedas.

Beckett y sus compañeros se mantuvieron agachados, escondidos entre las piedras. El Gangrel no sabía muy bien si ese destacamento estaría equipado con gafas de visión nocturna, pero no estaba dispuesto a arriesgarse. Las patrullas militares que vigilaban la frontera sur de Turquía en busca de renegados iraquíes o invasores kurdos eran una pandilla de tiparracos de gatillo fácil y a Beckett no le apetecía que lo acribillasen esa noche.

Aunque el terreno en esa área en particular no era muy montañoso, al menos comparado con otras zonas de Turquía, contaba

con los suficientes picos y colinas menores, donde a Beckett no le cabía duda de que podrían encontrar algún refugio en el que protegerse del sol. De hecho, su principal queja a esas alturas era que el grupo perdía más de una hora de viaje cada noche porque tenían que buscar una cueva u otro lugar mucho antes del amanecer, solo para asegurarse de que podrían ponerse a salvo antes de que el sol apareciera por el horizonte.

Después de varias noches de viaje, tuvieron que detenerse brevemente por causa de la barrera que ocupaba toda la frontera y que se había reforzado durante las recientes hostilidades. Beckett sabía que podía pasar con facilidad por encima de la alambrada o a través de ella y Kapaneus había demostrado poseer la fuerza y resistencia suficientes para escalarla sin sufrir demasiados daños. Sin embargo, como el Gangrel había sospechado, Cesare iba a suponer un problema.

Al final, y después de varios minutos de discusión, Beckett pasó volando sobre ella en su forma de murciélago, voló hasta el puesto de control militar más próximo y prendió fuego a un camión. El fuego distrajo la atención de las patrullas ambulantes el tiempo suficiente como para que pudiera regresar, ya en su forma humana, al lugar donde se encontraban sus amigos. Allí, Kapaneus arrojó al ghoul por encima de los afilados alambres. Beckett sintió la tentación de dejar que Cesare se diera de morros contra el suelo para castigarlo por su cabezonería, pero sin embargo, al final lo cogió. Kapaneus lo siguió un momento después, moviéndose en el más absoluto de los silencios, a pesar de que los alambres de la barrera debían soportar su peso mientras escalaba. Al llegar al otro lado, no tenía un solo arañazo. Para cuando las patrullas kurdas y americanas hubieron regresado a continuar con sus rondas, estando ahora más pendientes de los posibles saboteadores porque no estaban seguros de cómo se había iniciado el incendio, Beckett y los demás hacía tiempo que se habían marchado. Además, había desaparecido una vieja furgoneta que confiscaron durante la guerra, pero los soldados no se percataron de ello hasta varios días más tarde.

El Valle del Tigris

Noroeste de Qalat’at Sherqat, Iraq

Con todo, aquella era la mejor cueva que Beckett podría esperar encontrar. Aun así, se sentía inquieto. Kapaneus, Cesare y él estaban ocultos y a salvo del sol por ahora, a solo una hora del amanecer y a pocas noches de distancia de Qalat'at Sherqat. Las cosas se estaban desarrollando tan conforme a su plan como era posible y su instinto le decía que aquello era una mala señal.

El viaje desde la frontera había salido como esperaban. Aparte del cambio de uniformes e idioma, los soldados de ambos lados eran bastante parecidos, por lo menos desde el punto de vista de Beckett y de sus compañeros. Eran, al fin y al cabo, obstáculos que debían sortear. Por desgracia, eso no siempre había sido posible. El viajar en furgoneta los obligaba a transitar por los caminos y, en tres ocasiones, hombres muy bien armados los habían obligado a detenerse. En las primeras dos paradas, Beckett y sus amigos habían sido capaces de abrirse camino hablando; el tránsito civil no era tan inusual por aquella región y los soldados lo asociaban con la reconstrucción de los oleoductos y otros elementos de la infraestructura nacional, que, aunque era un negocio que iba viento en popa, no dejaba de ser arriesgado. Además, ofrecer una cierta cantidad de dólares americanos siempre les ayudaba a suavizar las negociaciones con estas milicias.

La tercera parada, en cambio, había sido un puesto de control más formal y los soldados habían insistido en ver algún tipo de documentación. Kapaneus fue capaz de nublar las mentes de aquellos que estaban más próximos a la furgoneta, pero no podía hacer lo mismo con los que quedaban a unos pocos metros. El trío se había visto obligado a dejar atrás la furgoneta y huir al desierto. Habían caminado entonces hacia Mosul, tomándose cierto tiempo allí para cazar y reponer las provisiones que pudieron. Desde ese momento, habían estado siguiendo el Tigris. Encontrar refugio se iba haciendo cada vez más complicado en tanto que el terreno era menos montañoso. Pero, en cualquier caso, habían conseguido apañárselas. De todos modos, Beckett estaba preocupado.

Durante las últimas noches, esa preocupación se había centrado en Cesare. El ghoul parecía estar soportando bastante bien los problemas físicos que planteaban aquel viaje, mas ahora estaba muy silencioso y hablaba con Beckett o con el antiguo solo cuando le

preguntaban. Además, se quedaba atrás, manteniéndose a unos pocos metros del grupo. Cuando el Gangrel le había preguntado sobre ello, Cesare le había respondido:

—No puede malgastar su sangre ahora, Signore. Así que me quedo atrás donde no me pueda tentar.

Francamente, Beckett dudaba que eso fuera todo, creía que había algo más que inquietaba al ghoul, pero prefería no preocuparse por ello todavía.

El erudito estaba preguntándole a Kapaneus si notaba algo extraño en el comportamiento del ghoul, cuando el antiguo, que estaba recostado contra una pared, se levantó de pronto, con la cabeza ladeada como si estuviera escuchando algo. Olfateó el aire en dos ocasiones y Beckett, después de observarle durante un instante, también se puso en pie.

—¿Hay algún problema?

—¿Qué? —Kapaneus parpadeó—. Eh, no, de ningún modo. Es solo que acabo de reconocer este lugar. He estado aquí antes… hace muchos siglos.

—¿Aquí, en esta región? ¿O te refieres a esta cueva?

—Desde luego, en el área. Aunque no estoy seguro de si… —Kapaneus se giró bruscamente hacia la salida—. Creo que voy a echar un vistazo por ahí para comprobar si veo algo más que me resulte familiar. Volveré antes de que amanezca, no te preocupes.

—¿No preferirías que te acompañara?

—Beckett —respondió Kapaneus con una sonrisa—, por primera vez desde que me liberaste de Kaymakli, creo haber encontrado algo que conozco. Por favor, permíteme que disfrute un poco de la nostalgia y de la intimidad.

Beckett miró a Cesare, que se limitó a encogerse de hombros. Entonces, asintió.

—Muy bien, Kapaneus. Ten cuidado. Todavía tenemos a gente pisándonos los talones y, por lo que sabemos, hay zonas ahí fuera que pueden estar minadas.

—Lo tendré. Volveré dentro de una hora.

El antiguo se marchó, dejando tras de sí a un Beckett un tanto confuso.

El Valle del Tigris

Noroeste de Qalat'at Sherqat, Iraq

Fuera, en el desierto, a unos cuantos metros de la carretera principal que corría paralela al Tigris, una monstruosidad artificial estropeaba la prístina vastedad del desierto. Un esqueleto ennegrecido que antiguamente había sido un tanque iraquí yacía quemado y roto sobre la arena. Un vampiro con unos sentidos verdaderamente sensibles habría podido olfatear el aroma tenue de la sangre de los que habían muerto dentro y alrededor, sin importar que hubiera acontecido hacía ya largo tiempo.

Ninguno de aquellos vampiros, sin embargo, sentía curiosidad por aquel tanque. Sencillamente, fue mera casualidad que pasaran junto a él.

Más de una docena de ellos se deslizaba en silencio por las arenas. Su sigilo no derivaba de su condición antinatural, aunque podría haber sido así, sino más bien de los muchos años que habían pasado entrenándose y experimentando. Eran, por ende, casi invisibles, y tampoco gracias a los dones que les proporcionaba la sangre, sino a los conocimientos que habían reunido de cómo manipular las sombras de la noche que se cernía sobre ellos. Además, el que la mayoría tuviera la tez lo bastante oscurecida como para desaparecer en el horizonte nocturno, ciertamente jugaba a su favor. Los depredadores del desierto, serpientes y escorpiones, huían a su paso. Conocían a los cazadores de mayor rango cuando los veían.

Si Beckett hubiera estado presente, podría haber reconocido a varios de los Assamitas con los que coincidió en Miskolc. Lo habían seguido desde Hungría, recogiendo refuerzos por el camino. A

diferencia de los sangre-débil que lo habían perseguido, no dependían de que sus espías les confirmasen dónde había aterrizado su avión. Lo rastreaban con métodos místicos, guiados por los hechiceros de su clan, que ahora que los brujos Tremere habían desaparecido, eran, con seguridad, los mejores que quedaban en el mundo. Gracias a los talismanes que les habían proporcionado esos magos de la sangre, sabían exactamente a qué distancia y en qué dirección estaba su presa. Beckett estaba a menos de una hora y había dejado de moverse. Sin duda, debía estar guareciéndose del futuro amanecer. Los Assamitas, sin embargo, lo encontrarían poco antes. No tendría ocasión de huir y moriría arrinconado. Se aprovecharían del refugio que, de forma tan conveniente, había encontrado para ellos y se marcharían a la noche siguiente. Por el momento no habían conseguido contactar con Tegyrius, pero sin duda se sentiría complacido en cuanto recibiera las noticias.

El líder de la cuadrilla de los Assamitas fue el primero en rodear el esqueleto quemado. Y, allí, al otro lado, alguien los aguardaba.

Durante un momento prolongado, el asesino se quedó quieto, valorando la situación. Era evidente que, a pesar de todo su sigilo, los habían detectado. Y, sin embargo, la figura que los esperaba no los había atacado al verlos aparecer. Con unos movimientos ligeros y sutiles, el líder impartió las órdenes. Sus compañeros se desplegaron para acercarse al individuo desde varios ángulos, mientras el jefe se limitaba a caminar en línea recta hacia él.

—Estoy impresionado —dijo, en un inglés con fuerte acento, escogiendo ese idioma porque sabía que el otro lo hablaría—. Muy pocos se darían cuenta de que venimos y mucho menos a tanta distancia.

Kapaneus asintió.

—Yo también estoy impresionado. Muy pocos tienen la habilidad y tenacidad para seguirnos por todo el mundo —. Miró despreocupadamente a los Assamitas que se movían con la intención de rodearlo—. Intentasteis matarme en Miskolc.

—Lo hicimos y fallamos, que es algo a lo que no estamos acostumbrados. —El líder empezó a pasear de un lado a otro. Con

ese movimiento tenía la intención de que Kapaneus mantuviera la vista fija en él y no estuviera tan al tanto del avance de sus compañeros—. En cualquier caso, tú no eres nuestro objetivo. Si decides marcharte ahora, no te lo impediremos. No puedo asegurarte que vayas a encontrar un refugio antes de que amanezca, pero tendrás más posibilidades de sobrevivir si lo intentas que si te enfrentas a nosotros.

—Por favor —Kapaneus no parecía estar ni levemente preocupado—, déjame que te diga, Khalid, lo que puede acontecer dentro de poco.

—¿Cómo sabes mi…?

—Tus hermanos y tú —continuó Kapaneus, sin dejarse interrumpir— vais a marcharos. Os daréis la vuelta, os marchareis de Iraq y dejareis de intentar matar a Beckett y a sus compañeros.

—¿De veras? —El líder Assamita, Khalid, levantó la mano para que sus hombres se preparasen para atacar—. ¿Y por qué íbamos a hacer eso?

Kapaneus sonrió.

—Me alegro de que lo preguntes.

Durante varios minutos el desierto quedó sumido en un silencio mortal, roto solo por las palabras que Kapaneus pronunciaba, no ya en inglés, sino en una lengua arcana que los Assamitas no conocían, pero que comprendían de alguna manera. Las palabras no parecían estar dirigidas a los Assamitas concretamente, sino más bien a sus Bestias y estas se encogieron aterrorizadas. Incluso el viento estaba quieto, como si todo el planeta hubiera cesado su movimiento para escuchar la voz del antiguo.

Y, mientras Kapaneus hablaba, cambió un poco y de forma sutil. No fue una transformación física. Lo que hizo fue revelar parte de su verdadera naturaleza para dar mayor énfasis a sus palabras.

Debajo de su piel oscurecida por la edad, aquellos asesinos despiadados palidecieron. Cuando el antiguo dejó de hablar, se

giraron todos a la vez y huyeron hacia el desierto, desandando el camino por el que habían llegado. No volverían a intentar matar a Beckett o, por lo menos, ningún Assamita aliado con la Camarilla volvería a hacerlo.

Con un leve movimiento de su labio que podría haberse tomado por una sonrisa, Kapaneus se dio la vuelta y regresó a la cueva.

Qalat'at Sherqat, Iraq

Antigua ubicación de la Ciudad de Assur

Los últimos dos días habían sido completamente miserables. No habían podido encontrar otras cuevas en las que ocultarse, por lo que Kapaneus se había visto obligado a enterrarse en la arena. Cesare se cubría con las camisas de sus compañeros para evitar que los rayos del sol incidieran directamente sobre su piel. Beckett, gracias a sus dones de Gangrel, podía sencillamente mezclarse con la tierra, pero eso no hacía que las cosas fueran más fáciles para sus compañeros. Para cuando vieron los primeros rastros de Qalat'at Sherqat ante ellos, dieron gracias por verse libres de aquella vastedad vacía.

La ciudad, que cobijaba a unas cuarenta mil almas, se parecía mucho al resto de los emplazamientos del desierto. Incluso después del anochecer, se veía a gente vestida con camisetas de manga corta y pantalones caqui o chador negro ocupándose de sus asuntos en la calle. Muchos tenían expresiones atosigadas y temerosas, y se apartaban del camino de los extraños, incluido el de Beckett y sus compañeros.

La mayoría de la ciudad estaba plagada de casas de piedra. Algunas estaban en calles pavimentadas, pero otras, particularmente las de los suburbios, estaban alineadas en los laterales de los caminos terrosos. Otros edificios, como las oficinas o empresas, interrumpían estos alineamientos aquí y allí, aunque muchos estaban reunidos en un área que podía considerarse vagamente como el centro de la ciudad.

Además, unas cuantas secciones de la ciudad estaban sumidas en la más absoluta ruina; cráteres ennegrecidos y montones de escombros donde la gente había trabajado o vivido en alguna ocasión.

Qalat’at Sherqat no estaba dentro de los objetivos militares, pero había sufrido mucho durante la guerra, debido a una fábrica de armas que estaba escondida en el interior de la urbe. Hacía tiempo que Beckett había dejado de prestar atención a las guerras humanas, pero había seguido esta porque estaba preocupado por el destino que habrían de correr los distintos emplazamientos históricos que había en la zona. Ignoraba si la fábrica había llegado a existir realmente, pero si lo había hecho, desde luego hacía tiempo que había desaparecido.

Qalat’at Sherqat había dejado de poseer algún recuerdo que atestiguase su antigua gloria. Había sido atacada, reconstruida y excavada en múltiples ocasiones desde el siglo VII a.C.; en cualquier caso, todas las antiguas estructuras, lugares y monumentos históricos conocidos habían desaparecido ya.

Pero en alguna parte dentro de aquellos edificios y escombros había un pozo; un agujero que conducía no solo a las entrañas de la tierra, sino, de alguna manera, a las profundidades de la mismísima depravación. Al infierno. Y, si Beckett tenía suerte, en un lugar cercano estaría la mujer a la que había venido a buscar.

Ahora todo lo que tenían que hacer era averiguar dónde demonios se encontraba. El problema radicaba en que no existían vampiros nativos a los que poder preguntar. Una ciudad de aquel tamaño podría cobijar, a lo sumo y en una situación normal, a uno o dos vampiros. Y cualquier vampiro cuerdo hubiera huido de Qalat’at Sherqat con el avance de las bombas americanas. Incluso, aunque Rayzeel hubiera permanecido aquí, era muy improbable que anduviera en compañía de otro Vástago.

Beckett, que se manejaba bastante bien en árabe, empezó a preguntar por los alrededores. Explicó que era un antropólogo con la esperanza de preservar la cultura local y asegurarse de que no era una completa inutilidad reconstruir los monumentos históricos de la zona. Y, en estos momentos, solía añadir, estaba estudiando las supersticiones y los mitos locales. Preguntó a la gente si había algún lugar en la ciudad que estuviera clasificado como un área de mala suerte. Un sitio al que los ciudadanos no acudirían de no ser en caso de fuerza mayor.

Al principio no recibió más que unas pocas respuestas. La mayoría de la gente, y por razones obvias, se sentía inquieta cuando conversaba con extraños. Y, además, pocos contaban con el tiempo suficiente como para pararse a hablar de temas superficiales.

En cualquier caso, al final, aunque tuvo que prescindir de unos cuantos dólares americanos y varias botellas del agua que Cesare había comprado, Beckett averiguó lo que quería saber.

Existía una zona en la ciudad, un lugar que se rumoreaba que, desde los días de la antigüedad, estaba embrujado por los djinn y otros espíritus malvados, y que era un espacio en el que muy pocos trabajaban y en el que solo habitaban los más pobres.

Y, si Beckett se hubiera parado a pensarlo en serio, probablemente hubiera adivinado dónde estaba. Todo tenía mucho sentido.

El Gangrel, Kapaneus y Cesare se acercaron al área más perjudicada por la destrucción y miraron un montón de escombros que eran casi del mismo tamaño que el de un edificio de apartamentos. Aquella era la zona cero, el lugar donde los bombarderos habían tirado una bomba de dos toneladas sobre una conocida fábrica de armas. Beckett sabía, no obstante, que algo peor que la fábrica había quedado enterrado bajo los escombros.

No podía ser una coincidencia. Con toda seguridad la naturaleza impía de aquel pozo debía de haber atraído la violencia hacia él. Posiblemente ninguno de los generales que habían planeado destruir la zona, los pilotos que transportaron la bomba o, si realmente habían existido, los hombres que escogieron aquel lugar para fabricar sus espantosas armas, se hubieran dado cuenta de que habían seguido sus instintos además de sus órdenes militares. La oscuridad llamaba a la oscuridad y aquel emplazamiento que había engendrado a los Baali atraería tanto los peores impulsos como el odio más intenso que la humanidad era capaz de sentir.

—¿Signore Beckett, de verdad cree que —empezó Cesare, mientras el trío observaba impotente los diversos montones de escombros que antes habían sido casas y edificios— esa mujer yace enterrada bajo todo eso?

Ese había sido, evidentemente, el primer pensamiento del Gangrel. Tuvo que tomarse un momento para tranquilizarse, para acallar a la Bestia que luchaba por aullar de frustración y furia, de alimentarse de todos cuantos la rodeaban, antes de responder.

Tras unos segundos pensando de forma coherente, pudo continuar.

—No lo creo, Cesare. Quería estar cerca de un lugar donde nadie la buscara, pero dudo que quisiera estar justo en el centro. Incluso si supusiéramos que la zona carece de algún tipo de influencia perjudicial, es un recuerdo horrible que dudo que quisiera contemplar todas las noches al despertarse. No, ella tiene que estar en algún lugar cercano. Todo lo que tenemos que hacer es encontrarla.

—Suponiendo —intervino Kapaneus con suavidad— que no se marchara de aquí hace ya tiempo. El informe del Tzimisce data de varios años.

—Por favor, Kapaneus, intenta ser algo más positivo. Pensaré en esa posibilidad cuando haya buscado en todos los lugares que pueda. —Miró alrededor con expresión sombría, ignorando las miradas que le dirigían los más pobres entre los pobres desde las ventanas más próximas—. Vámonos ya, dentro de poco amanecerá y mañana nos espera una noche muy larga. —Hizo un gesto que abarcaba toda la manzana—. Hay muchos edificios abandonados en los alrededores; estoy seguro de que alguno de ellos contará con un sótano o una habitación sin ventanas que podamos usar.

»Cesare, duerme cuanto quieras, pero asegúrate de salir al menos una vez durante el día para ver qué puedes averiguar.

—Pero yo no hablo árabe, Signore.

—Por Dios Santo, hay bastante gente que habla inglés por aquí, Cesare. No te estoy pidiendo que me traigas a Rayzeel en una caja, envuelta como un regalo. Solo intenta averiguar algo que pueda sernos de utilidad.

—Desde luego, Signore, haré lo que pueda.

—Perfecto. Ahora será mejor que busquemos un sótano antes de empezar a chamuscarnos.

Una casa abandonada

Qalat’at Sherqat, Iraq

—¿Beckett? ¡Beckett!

No quería abrir los ojos. La luz le haría daño.

—Vete. Estoy durmiendo.

Aunque no podía verla, de alguna manera sabía que la figura que estaba arrodillada a su lado era la de Anatole.

—Beckett, tienes que levantarte.

—¿Acaso no puedes aparecerte a otra persona? —murmuró Beckett, irritado. Abrió los ojos lo justo para ver el rostro del Malkavian enmarcado por su cabello rubio. No podía ver con claridad los rasgos de su viejo compañero. La luz que brillaba tras él era demasiado intensa—. Seguro que tienes otros amigos que, de cuando en cuando, consiguen dormir un poco.

—Beckett, este es un lugar malo.

—Bueno, desde luego que lo es. Esa es la razón de que estemos aquí, es…

—Beckett, este es un lugar malo para ti. ¡Y tienes que despertarte ya!

—Anatole, todavía es de día, yo…

—¡DESPIERTA!

Sorprendido y algo más que un poco asustado por el sonido inhumano de aquel grito que había dilatado la mandíbula de Anatole, Beckett obligó a sus ojos a abrirse. Se sentía lento, perezoso, como si estuviera intentando moverse a través de cemento a medio secar. Le

dolía la cabeza y la Bestia se removía y quejaba en su estómago. No podía hacerlo, no conseguiría mantenerse despierto durante el día. Empezó a sentir que los párpados se le cerraban…

Y entonces, justo antes de volver a caer en el olvido, sintió cómo la carne se desgarraba bajo sus colmillos y paladeó el sabor a cobre de la sangre en su lengua.

Beckett se despertó de pronto y por completo, y miró horrorizado a la mujer, casi una niña, que tenía atrapada entre los brazos. En ese ángulo no podía verle el rostro, solo su cabello, su cuello…

La Bestia se rebeló y dejó de sentir miedo para pasar a controlarlo. Beckett se sintió entonces como una marioneta; sus brazos se negaron a obedecer sus órdenes, su boca y garganta continuaron bebiendo y tragando a su antojo. Temblaba debido al esfuerzo, pero carecía de la fuerza de voluntad necesaria para detenerse. Solo cuando empezó a chupar el aire que quedaba en las venas vacías de sangre, pudo arrojar el cuerpo lejos de sí. El cadáver golpeó, con un sonido seco, la pared. Beckett gritó furioso.

A su alrededor, diseminados por el suelo, yacían los cuerpos de la familia de la joven; el de una mujer mayor, un hombre con la pierna herida (posiblemente por culpa de la guerra) y un niño pequeño (con toda probabilidad, su hermanito). Todos ellos estaban muertos, drenados de una cantidad de sangre que Beckett no hubiera necesitado ni tan siquiera sumido en el peor frenesí. Debían haber entrado en el edificio por alguna razón. Quizá fueran mendigos, acostumbrados a refugiarse allí del calor exterior. ¿Pero cómo había…?

Beckett miró el sombrío escenario y se dio cuenta, conmocionado, que estaba a pocos metros de la entrada principal al edificio. La suerte y unas cuantas maderas en las ventanas era cuanto había entre el pálido, aunque no menos letal, sol y él.

No solo había aniquilado a unos cuantos transeúntes durante su sueño, sino que además se había alimentado de ellos. Y, para colmo, había subido las escaleras desde el sótano, abierto al menos una puerta, caminado por un estrecho pasillo…

¿Y si Anatole no lo hubiera despertado, qué hubiera ocurrido? En su estado sonámbulo, ¿habría seguido el olor a sangre algo más lejos? ¿Habría abierto aquella puerta y se habría inmolado sin siquiera saberlo?

No tenía duda de que debía ser la influencia del pozo. Incluso ahora, enterrado bajo varias toneladas de escombros, las emanaciones malignas de aquel lugar impío retorcían y manipulaban su mente como lo haría el veneno. No le sorprendía que aún estuviera místicamente activo, pero sí que tuviera tantísima influencia sobre un recién llegado y que lo hubiera afectado de una manera tan rápida no era solo asombroso, también aterrador.

Beckett se precipitó por las escaleras. ¿Qué habría sido de los demás? ¿Acaso ellos…?

No, Kapaneus yacía en la esquina que había escogido, muerto para cualquier examen que un mortal pudiera realizar. Quizá fuera porque su sangre era más potente o su voluntad más fuerte que la de Beckett, pero el agujero no parecía haberlo afectado de momento. Cesare estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared y los ojos cansados. El esfuerzo del viaje se reflejaba claramente en su rostro bañado por el sudor.

Después de asentir fugazmente en dirección a su ghoul, Beckett se sentó en el extremo contrario a Kapaneus y pasó la siguiente hora y media mirando a la oscuridad pero sin ver nada. Su mente y alma estaban atormentadas por las imágenes de los cadáveres que había en el piso de arriba. No volvió a dormirse aquel día.

Una casa abandonada

Qalat’at Sherqat, Iraq

Beckett acababa de terminar de contarle a Kapaneus lo que había ocurrido, cuando Cesare regresó, más o menos una hora después de la puesta de sol. Tenía bolsas bajo los ojos y, cuando se le preguntaba, solo decía que, a pesar de todos sus esfuerzos, no había sido capaz de averiguar algo de valor. Sintiéndose ya profundamente frustrado y decidido a no pasar ni un solo día más en aquel lugar olvidado de Dios, Beckett caminó al exterior, seguido por

sus compañeros.

—Esto es increíble —murmuró a Kapaneus mientras permanecían de pie en la calle, observando a los ocasionales transeúntes pasar andando a su lado—. Sabemos que está en la ciudad. ¡Maldita sea, posiblemente esté incluso en este vecindario! ¡Pero no tenemos ni idea de cómo encontrarla!

—Es una mujer que no quiere que se la encuentre, Beckett. No nos lo va a poner fácil. Estoy seguro de que podríamos localizarla al cabo de un tiempo, pero eso nos llevaría unas cuantas noches. Y no creo que debamos prolongar nuestra estancia aquí.

Pero Beckett había dejado de prestarle atención después de la primera frase. En lugar de ello, con un brillo en los ojos que casi era semejante al fulgor rojizo que había desaparecido de su mirada, el Gangrel se acercó al centro de la calle.

—A mí —dijo Kapaneus a Cesare con suavidad— no me gusta esa expresión.

El ghoul asintió con tristeza.

—Temo que el Signore Beckett esté a punto de hacer algo completamente desaconsejable.

—¡Rayzeel! —Kapaneus y Cesare dieron un respingo al oír el elevado grito de Beckett—. ¡Rayzeel, sé que estás aquí! ¡Solo queremos hablar contigo!

Antes de que el eco hubiera cesado, el nodista estaba ya rodeado por sus compañeros.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le susurró Kapaneus—. ¿Acaso te has vuelto loco?

—Tú mismo lo has dicho, Kapaneus. Es una mujer que no quiere que se la encuentre. Así que tiene una muy buena razón para salir y cerrarme la boca, ¿no crees? ¡Rayzeel! —Beckett empezó a serpentear despacio por las calles, ignorando a los sorprendidos transeúntes—. ¡No queremos hacerte daño, Rayzeel! ¡Solo queremos

hablar contigo!

—¿No se te ha ocurrido pensar —continuó Kapaneus caminando enojado a su lado— que quizá escoja métodos menos amistosos que hablar para cerrarte el pico?

El Gangrel se encogió de hombros.

—Aun así tendría que mostrarse. ¡Rayzeel!

A pesar de las protestas de Kapaneus, esto continuó durante varios minutos y por diversas calles. Finalmente, cuando el trío pasó por una estrecha callejuela flanqueada a ambos lados por casas, justo cuando Beckett respiraba hondo para volver a gritar, una voz siseó desde las sombras.

—¡Ya basta!

Tres figuras emergieron por la callejuela. La primera estaba completamente tapada por un burqa, Beckett no podía distinguir más que sus intensos ojos de color castaño. Los dos Vástagos que la acompañaban, sin embargo, le eran demasiado familiares.

—Realmente debería haberlo supuesto —bufó, cerrando los puños tan fuerte que sus manos temblaban—. Lo que me sorprende es que siga viva; no debéis llevar aquí mucho tiempo.

—No están aquí para hacerme daño —explicó la mujer con el burqa en un inglés con mucho acento—. Solo querían hablar conmigo, como tú, o al menos eso le has dicho a todo el que tiene orejas.

—De verdad, Beckett —lo reprendió Lucita, con los ojos entornados, indicando que encontraba aquello tan ridículo como él—, ¿cómo se te ocurre ponerte a gritar en medio de la calle? Hasta tú eres capaz de algo más sutil que eso.

—¿Sabías dónde estaba? —gruñó Beckett, los ojos clavados en su antigua compañera—. ¿Lo sabías cuando hablamos en el avión? —Dio un paso al frente, con las manos abiertas y las garras emergiendo de las puntas de sus dedos.

—Atrás, Beckett —le advirtió Theo Bell, también dando un paso al frente.

—No Beckett, no lo sabía —le respondió Lucita—. Pero sí sabía cómo encontrarla.

—¡Y no me dijiste nada, puta!

—¿Y por qué iba yo a ayudarte? Tú no tienes interés en parar esto, ¡en salvar todo por lo que hemos luchado! ¡A ti solo te interesan tus valiosas respuestas! ¡Yo le iba a dar un uso más importante a la información que ayudarte a justificar tu insulsa existencia!

—Maldita seas, ¡me has hecho perder varias semanas, o puede que meses! —La Bestia se regocijaba con la ira que escuchaba en la voz de Beckett—. ¡Dame una razón por la que debería dejarte marchar para que vuelvas a joderme!

—¡Me encantará que intentes detenerme! —le espetó Lucita, con la mirada ardiente. La oscuridad en torno a sus pies empezó a retorcerse.

—Amigos míos —empezó Rayzeel—, por favor…

Pero Beckett y Lucita ya no les podían oír y todo lo que pudo hacer Bell fue apartarse de la trayectoria de las garras del Gangrel que buscaban el pecho de la Lasombra. Un zarcillo delgado se levantó, golpeó la mano de Beckett y detuvo el ataque a escasos centímetros de la piel de Lucita. El Gangrel giró por causa de la maniobra y lanzó una patada giratoria, pero como había aprendido el movimiento de Lucita, ella pudo esquivarlo con facilidad saltando por encima y le lanzó una patada a la cabeza en el aire. La mujer aterrizó medio en cuclillas y, propinándole una segunda patada en la única pierna que Beckett tenía apoyada en el suelo, lo hizo caer de espaldas con un sonoro golpe seco. Lucita se apresuró a mantenerlo en el suelo y casi no tuvo tiempo de saltar hacia atrás para eludir una garra que le hubiera amputado un pie desde el tobillo. Beckett rodó y se levantó, y la pareja volvió a mirarse con intensidad. Elevaron las manos con la intención de continuar con la pelea.

—¡Beckett —gritó Kapaneus, intentando hacerle entrar en

razón—, esto no nos está ayudando!

Al mismo tiempo, Bell le espetó a su compañera:

—¡Lucita, déjalo ya!

Rayzeel se limitó a negar con la cabeza, tristemente; dándose cuenta de que nada en los Vástagos había cambiado en sus muchos siglos de letargo.

Pero Beckett y Lucita no tuvieron la ocasión de volver a atacarse. Al mismo tiempo que se preparaban para ejecutar el siguiente movimiento, un súbito chillido, como el que emitiría la broca oxidada de un dentista, sacudió la noche. Por todo Qalat'at Sherqat, las mujeres y hombres miraron horrorizados al centro de la ciudad, desde donde les había llegado aquel terrible sonido. Los vampiros, muy próximos a la fuente, quedaron prácticamente sordos.

Lucita fue la primera en reconocerlo. No se trataba del grito de ningún ser vivo, sino del rugido de un viento Abisal, una fuerza que no tenía un análogo en el mundo físico. Había oído antes otros sonidos parecidos, pero nunca uno que sonara de la misma manera.

A tres manzanas de distancia, desde el lugar más oscuro de todos, desde el pozo enterrado bajo varias capas de escombros, irrumpieron las tinieblas en el desierto como lo haría un géiser. Una fuerza más intensa de lo que cualquier Baali pudiera jamás haber soñado con invocar, se abrió paso por el agujero en el que había sido creada, arrojando a un lado trozos de piedra y de huesos viejos, y los destruyó como haría con el juguete de un niño. Una columna de sombra se elevó hasta el cielo como un árbol impío. Su parte más alta se expandió para cegar la luna, las estrellas y la totalidad de la bóveda nocturna. Zarcillos de sombras restallaban en diversas direcciones. Allí donde golpeaban, los edificios se derrumbaban y la gente moría.

La sombra se elevó sobre Qalat'at Sherqat y, específicamente, sobre los vampiros que estaban en la calle.

Y en aquellas tinieblas que cegaban el cielo, donde ninguna luz natural podría penetrar, titiló la Estrella Roja.

Centro islámico de la mezquita de El Paso

El Paso, Texas

Fatima se arrodilló, de cara al este, y rezó. Muy despacio apoyó la frente en la esterilla. Durante todo el tiempo estuvo alabando el nombre de Alá. Buscaba una guía. Anhelaba su protección. Pero, sobre todo, suplicaba tener el coraje necesario para enfrentarse a lo que sabía que estaba por llegar.

En las últimas noches, había prolongado su rezo hasta cuatro horas. Sabía que nadie la interrumpiría. A aquella hora de la noche, el lugar estaba vacío salvo por el pequeño grupo de conserjes y había llegado a un acuerdo con ellos desde el primer día que llegó a El Paso.

La presencia que había sentido durante tanto tiempo le pesaba muchísimo en la mente. Había viajado temporalmente más allá de donde podía seguirla. Eso lo sabía sin saber cómo. Así que, en lugar de perseguirla por todo el globo, había decidido esperarla.

Pasaron unas cuantas semanas pero, por fin, la percibía acercándose otra vez. Había empezado a seguirla de nuevo, viajando hacia el norte, a los Estados Unidos, y entonces se lo pensó dos veces. Mientras estaba en El Paso se había tropezado accidentalmente con el Centro Islámico. El peso de aquella presencia en su mente y en su alma estaba aumentando a un ritmo continúo. Sabía que ya no estaba persiguiéndola. Venía a por ella. Y si Alá la había guiado hacia ese lugar santo, entonces allí la esperaría.

Así que, eso había hecho, esperar. Una noche tras otra y otra más.

Supo, antes siquiera de que el viento empezara a soplar, que ya no tendría que esperar más.

Un viento cálido sopló en la habitación, despeinándole el cabello y moviendo algunas de las alfombras y tapices que decoraban la mezquita. Fatima percibió el olor a sangre. Era fuerte, como si acabara de derramarse. Miró delante y, sintiéndose incapaz de perseguir al viento por toda la habitación, se levantó y esperó de pie.

—Todo lo que he hecho —dijo con suavidad y firmeza en árabe—, lo he hecho en el nombre de Alá, pero también, cuando era posible, en el tuyo. Todo por su gloria y, claro, por la tuya. —Sintió cómo su voz empezaba a temblar. La asesina letal Assamita no había estado asustada desde ya no recordaba cuándo. Bueno, si la presencia con la que hablaba lo usaba en su contra, que así fuera. Sería idiota si no tuviera miedo.

»He amado a mis hermanos y a mi clan desde mis noches de juventud. Me hubiera sacrificado encantada por ellos una y mil veces, y hubiera muerto una muerte nueva por cada noche que he caminado por la tierra. Te he adorado.

»Pero no he querido, y tampoco he podido, traicionar a mi Dios, incluso aunque Ur-Shulgi, tu heraldo, me lo ordenaba. Y, por ende, dudaba que tus enseñanzas me obligaran a ello. Los leales a Ur-Shulgi me llaman traidora. Lo soy porque he permanecido leal a Alá, a mi persona y porque he sido fiel a los preceptos de mi clan.

»Castígame como desees, pero no me arrepiento.

Quizá en el acto de mayor valía que había acometido, Fatima supero la necesidad que tenía su cuerpo y su Bestia de cerrar los ojos. La vería venir. Miraría al rostro de la muerte, como había hecho siempre aunque, esta vez, sería la última.

El viento cálido sopló…

Y amainó.

Fatima al-Faqadi había sido juzgada, como tantos otros antes que ella. Y permaneció de pie sola.

Una Vástago que no lloraba derramó lágrimas de sangre. Eran lágrimas de alivio y también de felicidad. Todas las dudas que había tenido desaparecieron con la última ráfaga del viento del desierto, pues el más grande juez, a excepción del mismísimo Alá, la había juzgado digna. No le importaba si, a la noche siguiente, tenía que enfrentarse con su Muerte Definitiva o con la Gehena, porque lo haría con una sonrisa en la cara.

—Gracias, abuelo Haqim —susurró con suavidad a la oscuridad. Luego, como un fantasma, desapareció.

En medio del caos

Qalat’at Sherqat, Iraq

Los mortales aterrorizados corrían y gritaban o se mantenían quietos, paralizados por el miedo, cuando las estrellas sobre sus cabezas se apagaron de pronto y las luces de la calle y de sus hogares fueron languideciendo hasta desaparecer. Beckett y los demás se precipitaron al refugio más próximo y terminaron entrando en unas habitaciones que ya estaban atestadas de ganado horrorizado. El Gangrel casi tuvo que saltar sobre un muchacho que le obstaculizaba el paso y aterrizó en el centro de la habitación junto a Kapaneus y Lucita. No sabía muy bien dónde estarían los demás.

Había un extraño aroma en el aire. No, en realidad, era más bien una carencia de olor. El hedor de la sudoración de los mortales que le rodeaban, la sangre corriendo por sus venas, el polvo y la piedra con las que se había construido la ciudad; no podía oler nada de eso.

La oscuridad fluía por el exterior. Partes de ella parecían sólidas y se vertían por las ventanas y por debajo de las puertas. No obstante, otras partes parecían insubstanciales y atravesaban las paredes como si no fueran más que una ilusión.

Los mortales que huían de las sombras invasoras eran ignorados; los que se quedaban paralizados, eran consumidos por ellas y sus cuerpos y almas tragados por unas tinieblas más temibles e insondables de lo que cualquier oscuridad podría llegar a ser. Se elevó sobre la ciudad y por encima del techo que había sobre la cabeza de Beckett. Los zarcillos formaban ondas y figuras abstractas de sombra, y se convirtieron en una inmensa mancha de rorschach escrita en el rostro de la tierra.

En todos sus años de no-vida, Beckett no había visto algo ni remotamente parecido. Lucita sí, y la depredadora entre depredadores tembló con violencia ante el horror que le producía ver aquello. Se habían enfrentado antes a las pesadillas Abisales, pero nunca contra una tan grande, nunca antes contra una que rezumaba tantísimo

poder. Y, lo que era peor, se sentía conectada a ella de una manera que jamás había experimentado, ni tan siquiera con su sire.

Sentía a aquella presencia como algo paternal.

Para confirmar su terrible comprensión, Lucita percibió que alguien le drenaba la poca fuerza que aún restaba en su cuerpo. Sus músculos se quedaron fláccidos, la sangre se diluyó, incluso la carne pareció menguar sobre los huesos, convirtiéndola en una parodia de lo que había sido en el pasado. Las rodillas se le combaron y, solo gracias a los rápidos reflejos de Kapaneus, que la sostuvo en brazos, pudo evitar darse contra el suelo.

Pero no era Lucita a quien la sombra deseaba engullir. Sacudiéndose como los tentáculos venenosos de una medusa, varios zarcillos de sombra se extendieron para atrapar a Beckett.

Miembros de tinieblas con la fuerza física necesaria para destruir edificios y el poder místico para avergonzar a los más sabios magos de la sangre que aún quedaban en la tierra, lanzaron acometidas hacia arriba y hacia abajo, y lo hicieron a la velocidad de la luz. Beckett no tenía donde huir. No pudo hacer otra cosa que echarse a un lado cuando los zarcillos lo embistieron.

Y algunos pasaron a través de él como si fuera un fantasma. Sintió un escalofrío extraño y gélido que corrió por su alma y sintió cómo la Bestia se encogía de terror, y, sin embargo, nada de aquello le causó daño.

Durante un momento prolongado y potencialmente fatal, Beckett no pudo hacer nada, tan conmocionado estaba de seguir de una pieza. Con los ojos muy abiertos, miró a su alrededor y se encontró con la mirada, igualmente intensa, de Kapaneus. Si Lucita, entre los brazos del antiguo, había visto lo que había ocurrido, no tenía siquiera fuerzas para reaccionar.

La sombra retrocedió como un caballo sorprendido y salió parcialmente por el tejado. Una y otra vez golpearon los zarcillos y, en cada ocasión, atravesaron el cuerpo de Beckett o se disiparon a su alrededor como lo harían las volutas de humo.

—¿Lucita, Beckett? —La llamada provenía del exterior. Unos segundos después, la puerta se hizo pedazos por la patada propinada por un pie calzado con una bota. Bell se quedó de pie en el umbral, con el arma cargada en la mano—. ¿Estáis bien? No sabíamos dónde estabais y… ¡Joder, por Dios Santo!

Bell se hizo a un lado cuando un zarcillo despistado, apuntado casi de manera negligente en su dirección, cayó con un golpe seco en el espacio que él había ocupado solo un instante antes.

Aquello bastó para que Beckett despertara de su estupor.

—¡Vamos, Kapaneus! —Al mismo tiempo que chillaba, se precipitó en dirección a la puerta y cogió a Bell, arrastrándolo por la camisa tras él.

Kapaneus, echándose a Lucita al hombro como lo haría un bombero, corría a pocos pasos de distancia. Rayzeel y Cesare aguardaban en el exterior y miraban hacia arriba, a la oscuridad que se estremecía y que ocupaba ya la totalidad del cielo nocturno.

—¡Maldita sea! —Beckett estaba tan furioso cuando salió a la calle que olvidó temporalmente lo asustado que había estado—. ¿Por qué está todo el mundo tratando de matarme? ¡¿Por qué coño me está siguiendo a mí?!

—Quizá —sugirió Rayzeel con suavidad— podamos preocuparnos de eso en otro momento y en otro lugar.

—Estoy de acuerdo con ella —afirmó Bell.

—Sí —respondió Beckett—, salvo que, por alguna razón, parece no ser capaz de hacerme daño. Me gustaría saber por qué, aunque signifique que todo cuanto puede hacer es intentar matarme de un susto…

La porción de sombra que lo había atacado salió de pronto del edificio, como una inmensa ballena abriéndose paso por una superficie pétrea. Trozos gigantes de piedra y hormigón, pedazos de muebles y miembros amputados se elevaron hasta el cielo y llovieron sobre la ciudad de Qalat’at Sherqat. Incluso las bombas que habían caído

durante la guerra eran menos amenazadoras, porque aquellas, al menos, no caían tan al azar y tampoco eran misteriosas e inexplicables. Varias toneladas de escombros cayeron sobre los edificios, las casas y los coches. Murieron docenas en el diluvio y cientos resultaron heridos.

Beckett salió desde debajo de un viejo baño, miró con desagrado su brazo izquierdo que pendía en un ángulo antinatural entre el codo y la muñeca, y que había utilizado para protegerse de la caída de un bloque de hormigón. Ignoró el dolor y obligó a su cuerpo a bombear la cantidad suficiente de sangre para conseguir enderezar el brazo. Podría curarlo por completo más tarde pues suponía que, por ahora, tendría que reservar la fuerza para otras cosas.

Kapaneus estaba arrodillado debajo de un umbral, al otro lado de la calle, Rayzeel estaba junto a él y Lucita pendía aún sobre su hombro. Beckett ignoraba cómo había llegado hasta allí tan rápido. Cesare yacía tumbado en la calle, quejándose. Tenía sangre en el pelo y una brecha de aspecto bastante doloroso en la tripa, pero, aparentemente, no necesitaba ayuda inmediata.

Un inmenso pedazo de escombro se volcó y Theo Bell, con la cara bañada de sangre y la necesidad de asesinar a alguien latente en su mirada, salió de entre aquella destrucción.

—Creo —le espetó a Beckett— que esta maldita cosa sí que puede hacerte daño.

—Beckett —le llamó Kapaneus desde el umbral. Su voz estaba extrañamente calmada—, creo que ya tengo ese plan B que no se nos ocurría en Miskolc.

—¿Correr como si fuera de día e ir hacia el oeste?

—Sí, eso es.

—Voy detrás de ti. —El Gangrel miró hacia aquella oscuridad que se cernía sobre ellos. Parecía haberse detenido después de reducir a astillas el edificio en el que se habían resguardado—. Salgamos de aquí antes de que esa cosa descubra que tiene una nueva arma en el arsenal y…

Oyeron el quejido del metal combándose y la piedra quebrándose, y vieron cómo se desintegraba una estructura cercana de dos pisos en un granizo de proyectiles letales cuando un zarcillo de sombra, más grueso que un autobús, la golpeó y atravesó. Otra vez, el metal, la piedra, el cristal y los cuerpos (algunos de los cuales gritaron hasta el momento de estrellarse contra el suelo) llovieron sobre Beckett. En esta ocasión, sin embargo, no era una consecuencia accidental de un acto arbitrario y caótico. Esta vez era premeditado. El Gangrel sintió que se le abría una dolorosa brecha en el costado izquierdo, su pierna derecha se hizo pedazos a la altura de la rodilla y, al menos, otros dos puntos, y se dislocó el hombro derecho antes de que su visión se viera eclipsada por el impacto de una antigua televisión. Luego sintió otro golpe y, después, ya solo pudo dejarse llevar por una oscuridad tan negra como la entidad de tinieblas que lo había atacado.

El Valle del Tigris

Oeste de Qalat'at Sherqat

De pronto, Beckett recobró la consciencia. Era una de las características de la condición de los Vástagos de la que no le hubiera importado prescindir; aquel súbito despertar. Si hubiera despertado durante el día, podría estar atontado, medio dormido y hubiera tenido el tiempo necesario para asimilar todo lo que sucedía a su alrededor. Por la noche, un vampiro solo podía estar completamente despierto o inconsciente. A menos que bebiera una cantidad de sangre mezclada con algún tipo de droga o fuera víctima de una influencia sobrenatural, no existían medias tintas.

El dolor fue lo primero en asaltarlo; la aguda agonía de su pierna derecha, ambos brazos, su pecho y su cabeza. Aquel dolor le era muy familiar, era el sufrimiento que deriva de las heridas que no han sanado del todo y que solo han empezado a curarse gracias al instinto que tiene el cuerpo de aplicar sangre a las lesiones. Podría moverse, podría incluso correr distancias cortas si se veía en la necesidad, pero no le resultaría fácil.

Beckett mantuvo los ojos cerrados y se apoyó en sus demás sentidos para saber lo que estaba ocurriendo. El viento le acariciaba la

cara. Era cálido y olía a piedra y a arena. Definitivamente, debía encontrarse en el desierto. El rugido de un motor y el hecho de que sintiera los baches y se diera empellones contra lo que le rodeaba, sugería que se encontraba en un coche y, por la fuerza del viento, uno que se movía a gran velocidad.

Y sangre. A pesar de que estaba dentro de la maleta que transportaba Cesare, y envuelta en plástico, podía oler la sangre. Abrió los ojos.

Yacía despatarrado sin mucha ceremonia en la parte trasera de una antigua ranchera color naranja. Lucita estaba tumbada a su lado y su aspecto era mucho peor que el suyo. Si no la conociera, y viendo lo pálida que estaba, hubiera creído que se trataba de un auténtico cadáver. Cesare estaba sentado junto a ellos, con las rodillas dobladas y apoyadas contra el pecho y los brazos en torno a ellas. Kapaneus también estaba detrás. Descansaba sobre sus rodillas junto a la puerta trasera y miraba hacia el horizonte. Eso dejaba, probablemente, a Bell al volante y Rayzeel sentada en el asiento del copiloto. Suponiendo que no se hubieran separado. Beckett se incorporó para mirar…

Y entonces vio lo que había tras ellos, y se olvidó de comprobar quién estaba en la cabina delantera.

En la distancia podía ver aún Qalat'at Sherqat; allí se elevaba el polvo y el humo hacia el cielo nocturno y varios edificios (bastantes más de los dos que él recordaba mientras estaba consciente) habían desaparecido, borrados de la ciudad como el dibujo frustrado de un niño. El desierto pedregoso se sacudía y estremecía bajo ellos, al mismo tiempo que la pequeña ranchera jadeaba y resollaba intentando abrirse paso por un terreno para el que no estaba equipada.

Y tras ellos flotaba una nube de pura sombra. Se extendía desde la ciudad hasta el cielo como el frente de una tormenta. Los zarcillos se movían hacia arriba y hacia abajo como los rayos, y arrancaban pedazos de arena y piedra del suelo del desierto. El cielo que se extendía ante ellos estaba repleto de estrellas y con una luna que brillaba; el que estaba detrás, era una opaca vastedad negra.

Aún peor, aparecían sombras delante y junto a la ranchera que

intentaban hacer estallar las ruedas o detener el vehículo. La gran fuerza Abisal que los perseguía no era capaz de extenderse hasta allí. Y el hecho de que las sombras se descolgaran de sus lugares originales implicaba que la entidad tenía también la capacidad de controlar el Abismo, al igual que lo hacían los Lasombra.

Beckett se apresuró hacia el otro extremo de la ranchera, asustando a Cesare, que soltó un grito, y cogió la neverita. Como un animal buscó en su interior hasta que encontró las bolsas de sangre. Engulló una en pocos segundos y la estrujó para asegurarse de que no quedaba más líquido en su interior. La segunda se la bebió algo más despacio; también la tercera y la última la dejó por lo que pudiera pasar.

—¿Beckett —le llamó Kapaneus a voz en grito para hacerse oír por encima del rugido del motor y del viento—, estás bien? Te encontrabas muy mal…

—¡Luego!

Beckett se abrió camino hasta la parte trasera, se aseguró de que estaba bien sujeto a la cabina del conductor y se inclinó hacia delante para que su rostro quedara junto a la ventanilla del conductor. Como había supuesto, Bell estaba al volante y Rayzeel, con el rostro aún casi tapado por completo, estaba sentada junto a él. Incluso desde ese ángulo, Beckett podía ver los cables colgando por debajo del tablero de instrumentos donde alguien, posiblemente Bell o Cesare, habían hecho un puente.

—¿Has vuelto entre los vivos? —le inquirió Bell, con la mirada centrada en el desierto que se extendía ante ellos.

—Qué majo. No vamos a conseguir perder de vista a esta cosa, Bell.

—Desde luego que no, ¿acaso creías que sí? Y, de todos modos, ¿se te ocurre algo mejor? Está claro que no podemos luchar contra ella. Eso nos lo ha demostrado en la ciudad.

—Pues yo creo que sí. Dirígete a una zona lo más vacía que puedas encontrar y escucha lo que vamos a hacer…

Cuando hubo terminado, Bell sí que desvió la mirada de lo que hacía las veces de carretera. Lo miró como si a Beckett le hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Estás jodidamente chiflado o qué?

—Probablemente… Pero si tienes una idea mejor, será bien recibida.

Bell negó con un gesto y rechinó los dientes.

—Solo dinos cuándo.

Beckett se incorporó y regresó para mirar a los que estaban detrás. La oscuridad estaba ahora a pocos metros de distancia.

—Escuchadme. Cuando os lo diga, saltad.

Su recompensa fueron otras dos miradas incrédulas. Incluso Lucita, que hacía algún tiempo que no se había movido, consiguió girar la mirada en su dirección.

—Lo siento, creo que no te he entendido bien —dijo Kapaneus—, ¿te importaría repetirlo?

—Cuando os lo diga, saltad fuera de la ranchera. Kapaneus, tendrás que volver a llevar a Lucita.

Los ojos de Cesare se abrieron como platos.

—Signore, ¿qué vamos a…?

—Cállate y haz lo que te digo. —Beckett se deslizó hasta el extremo más alejado de la parte trasera y, sujetando fuertemente con ambas manos la puerta de atrás, miró con nerviosismo el avance de la oscuridad. Estaba cerca.

Y cada vez más cerca.

El olor del desierto languideció hasta desaparecer y fue reemplazado por la total ausencia de olor que presagiaba la llegada de

la sombra. El viento cambió de dirección cuando los fríos vientos Abisales se hicieron más fuertes que los provocados por el avance de la ranchera. Beckett, con su cuerpo no-muerto habitualmente impasible frente a los cambios de temperatura, tembló con violencia ante aquel frío antinatural que le entumecía el alma.

Entonces se cernió sobre ellos. Un zarcillo salió disparado de la oscuridad e hizo estallar la rueda trasera derecha como si fuera una simple uva. La ranchera se sacudió y patinó bruscamente, hasta que Bell logró recuperar el control. Lucita se golpeó con dureza contra las paredes y se escuchó el crujido de sus huesos. Cesare cayó rodando junto a ella. Y solo los rápidos instintos de Beckett al hundir sus garras en el metal lo salvaron de salir despedido. Kapaneus fue el único que no pareció tener problemas para mantener el equilibrio.

El segundo zarcillo envolvió toda la ranchera, justo por detrás de la cabina del conductor. Se tensó y empezó a levantar el vehículo como si fuera una grúa. La ranchera se inclinó hacia delante, desequilibrada por el peso del motor, mientras quedaba suspendida en el aire y encima del suelo desértico.

—¡Ahora! —gritó Beckett. Y, realmente, no hizo mucha falta. Había tenido que esforzarse para impedir que sus compañeros abandonaran el vehículo antes de tiempo.

Cesare saltó por encima de las paredes de la parte trasera, mientras Kapaneus recogía a Lucita y saltaba con grácil elegancia. Beckett escuchó, pero no vio, que se abrían las dos puertas, y supo que tendría que saltar antes de que Bell pusiera en práctica la segunda parte de su lunático plan.

El Gangrel se preparó para saltar… y el mundo se volvió del revés. Sintió náuseas y un malestar mayor del que jamás tuviera como mortal, y no digamos desde su Abrazo. Un escalofrío recorrió sus miembros y músculos que se contrajeron los unos sobre los otros y se estiraron muy despacio, dejando tras de sí un dolor sordo. Incluso su corazón, que había estado muerto ya durante varios siglos, palpitó una sola vez; el músculo fláccido se convulsionó una última vez junto con el resto de su ser. Su visión se nubló durante un instante y se volvió a aclarar en cuestión de pocos segundos. La fuerza pareció escapar de

sus piernas. No es que se debilitara; aún era mucho más fuerte que la mayoría de los mortales y que muchos Vástagos. Pero se sentía agotado, como si una parte pequeña, pero importante, de su vitalidad le hubiera sido arrebatada. Fracasó en su intento de saltar y se golpeó las costillas contra el costado de la pared del vehículo, de forma que volvió a caer en la parte trasera.

Ahora, en el momento más inoportuno, Beckett había perdido su ventaja y también aquel milagro que lo había mantenido a salvo. En ese momento, el marchitar lo había hecho preso.

Yacía tumbado en el ángulo en el que la parte trasera se encontraba con la cabina del conductor; miró hacia arriba y contempló aquella oscuridad pura y velada. Cuando estaba a punto de perder la consciencia, escuchó los sonidos de las balas que Bell estaba disparando desde abajo. El antiguo arconte estaba siguiendo el plan, y, o bien no sabía que Beckett había perdido la ocasión de saltar hacia su libertad o, sabiamente, no permitía que aquello lo perturbase.

—Que te jodan —masculló a la sombra que se cernía sobre él, cuando la ranchera se sacudió con el primer impacto. Entonces, reuniendo toda la fuerza que le quedaba, Beckett se puso de pie trabajosamente (un logro increíble, teniendo en cuenta el constante bamboleo del que era presa la furgoneta) y volvió a saltar.

El tanque de gasolina estalló justo en el momento en el que los pies de Beckett abandonaban el metal.

El cielo del desierto se iluminó de pronto y el silencio se quebró con un sonido que no se había escuchado en la región desde que cesaran los bombardeos. Cegado, ensordecido y quemado de forma temporal, Beckett sintió que volaba por el aire mucho más lejos que lo que le hubiera transportado cualquiera de sus saltos. La tierra se levantó para acogerlo y se golpeó duramente contra ella, haciendo un agujero en la áspera arena del desierto.

Parpadeó dolorosamente para limpiarse los ojos, rodó sobre su espalda y miró la conflagración. Los zarcillos de sombra se retorcían por la agonía, mientras el esqueleto de la ranchera continuaba ardiendo. Un chillido agudo penetró en sus oídos, no, no en ellos, sino que el grito reverberó directamente en su mente. La criatura de

sombra arrojó aquella fuente de dolor con todo su poder; y, todavía ardiendo, la ranchera voló por la oscuridad y se desvaneció detrás de una duna.

Beckett se puso de pie despacio, al tiempo que sus compañeros se reunían a su alrededor, todos ellos con la mirada fija en la bestia Abisal. La habían herido y quizá fuera todo lo que podrían hacer. Si las llamas le habían causado alguna lesión permanente, desde luego, ellos no podían verlo.

—Ha sido un buen intento, Beckett —le dijo Bell con suavidad—. Pero creo que ya no nos queda nada.

—Alejaos todos.

—¿Cómo?

Beckett frunció el ceño.

—He dicho que os alejéis. ¡Ahora!

Aunque vacilaron, le obedecieron. Se alejaron unos doce metros. El Gangrel se quedó solo, en medio del desierto, mientras la oscuridad se arremolinaba a su alrededor.

—No sé lo que eres —le dijo Beckett, su voz casi un grito. De hecho, aquello no era completamente verdad; el Gangrel tenía alguna idea de lo que esa cosa podía ser y la idea lo aterrorizaba como nunca antes nada lo había hecho.

Si se descuidaba solo un segundo, la Bestia lo controlaría y echaría a correr… hacia, posiblemente, su muerte definitiva.

No es que gritarle a aquella cosa fuera mucho mejor, pero era todo lo que le quedaba por probar.

El Valle del Tigris

Oeste de Qalat’at Sherqat, Iraq

La criatura gritaba a la oscuridad y esta última la reconocía. Este

era él. Era en aquella entidad diminuta y lamentable en la que las tinieblas podían percibir el matiz de las energías que la habían despertado; las energías que quedaron libres cuando el sello cayó. Antaño había sido como aquella criatura patética, cuando tenía un nombre que hacía temblar los pilares de la tierra siempre que se pronunciaba. Ahora era otra cosa; había dejado de pertenecer a aquel mundo. Las cosas hechas de materia y de luz, le causaban daño. Esta pequeña criatura lo había devuelto a ese mundo de dolor y tendría que destruirla.

—Ni siquiera sé si puedes entenderme —continuó aquella cosa canija—, pero sé que eres más lista de lo que pareces. ¡Así que escucha! No sé por qué quieres matarme. Y, ahora mismo, no me importa. Por alguna razón, no me puedes hacer daño directamente. Lo hemos comprobado en Qalat'at Sherqat. Bueno, ahora estamos en la mitad de ninguna parte. En las llanuras del desierto iraquí. ¿Qué vas a hacer ahora, tirarme piedrecitas? Podrías ir a buscar una piedra más grande a algún sitio, pero, para cuando hubieras vuelto, yo ya me habría transformado en niebla o me habría fundido con la tierra.

Sobre la cabeza de Beckett, la oscuridad se retorció. La diminuta entidad estaba frente a ella, como si se estuviera ofreciendo. La frustración hizo que los zarcillos de sombra temblaran y que vibraran como las cuerdas de un violín. Tenía la criatura a su merced y, sin embargo, ¡no podía tocarla! Algo, algo más que aquellas energías, algo realmente poderoso la protegía. Y, a pesar de toda su fuerza, la sombra no podría tocar a la diminuta entidad mientras esta estuviera protegida.

Pero había otros allí, otros a los que sí podía tocar. Otros a los que conocía. Despacio, como un batido denso vertido desde un cuenco, varias porciones de la sombra empezaron a amontonarse en la tierra, detrás de la entidad que continuaba farfullando, sin saber lo que ocurría entre ella y sus compañeros.

—Tenemos una pista —seguía diciendo Beckett—. Dada tu reacción al fuego, estoy seguro de que no te gusta el sol más que a mí. Yo puedo fundirme con la tierra que está bajo mis pies, pero ¿y tú? Y si puedes hacerlo, ¿entonces qué harás? ¿Vas a quedarte deambulando por el desierto hasta que yo decida salir? ¿Acaso no

tienes nada mejor que hacer u otro sitio al que acudir?

Por supuesto que podía esperar. La diminuta entidad que estaba delante no parecía comprenderlo. Creía que conocía la paciencia, creía que conocía la inmortalidad, pero ignoraba el verdadero significado de la eternidad. La cosa del Abismo podía esperar todo el tiempo que fuera necesario y mucho más.

¿Pero por qué habría de hacerlo? ¿Por qué aguardar cuando tenía otras opciones más inmediatas?

La sombra que había detrás de Beckett se levantó y, mientras lo hacía, empezó a cobrar forma. La oscuridad se vertió sobre otra oscuridad, dando lugar a pliegues y bultos que rápidamente se convirtieron en algo similar a una figura humana gorda. La base de la misma se dividió hasta que pareció levantarse sobre dos piernas. Más sombra goteó desde la parte superior para formar los brazos. Y, arriba, como una pústula creciente, la sombra extrajo una figura que, de pronto, se convirtió en una cabeza.

Sin embargo, la oscuridad continuó retorciéndose, envolviéndose y formándose hasta que lo que estuvo de pie entre Beckett y sus aliados era la perfecta silueta de un hombre.

O un vampiro. Uno particularmente obeso.

Y Lucita, por primera vez desde que aquella debilidad la había postrado, reaccionó y gritó, como si alguien le hubiera arrancado el alma de un tirón.

El Valle del Tigris

Oeste de Qalat’at Sherqat, Iraq

Beckett se giró. Aquel grito era la primera pista que tenía de que algo estaba sucediendo a su espalda. Incluso desde atrás y a pesar de que no tenía más detalles que la silueta, se dio cuenta inmediatamente de lo que estaba ocurriendo; de lo que aquella cosa de sombra estaba haciendo.

—Oh, Dios mío…

Ignorando a Beckett y a todos los presentes, menos a Lucita, la figura caminó hacia delante con los extraños andares de los obesos mórbidos. E, increíblemente, la sombra habló.

—Ha pasado demasiado tiempo, hija mía. He añorado nuestras conversaciones.

Para los oídos de Beckett, aquella voz tenía una cualidad extraña y doble, como si tuviera un eco que reverberara en el mismo instante en el que la palabra era pronunciada. La primera voz era normal, física, dotada de un tenue acento español. La otra era inhumana, de otro mundo, y tenía eco en las mentes de los que la escuchaban incluso mientras hablaba la primera.

—Tú desapareciste —lloraba Lucita amargamente, hundida sobre el cuerpo de Kapaneus, colgando indefensa de su brazo—, ¡desapareciste!

Aunque aún seguía siendo solo una silueta dibujada a grandes rasgos, la sombra que se había disfrazado con la forma y la voz de Ambrosio Luis Monçada, sonrió. Los que lo miraban lo adivinaron por la flexión que realizó con sus mejillas y mandíbula.

—Mi querida y preciosa hija, te he enseñado más que eso. Estoy seguro de que no llegarías a creer que podría desaparecer tan fácilmente de este mundo, ¿no es verdad? ¿Yo, que conozco el plan de Dios y el lugar que ocupo en él? Te dije que todos teníamos un propósito que cumplir en el orden divino, Lucita. Está claro que no me creíste entonces, pero ¿y ahora?

La figura volvió a avanzar hasta que estuvo a unos cuatro metros y medio de Lucita y los demás.

—¡Jódete! —le espetó Bell y abrió fuego sobre la oscuridad que avanzaba.

Las ráfagas atravesaron al fantasma de Monçada como si no fuera otra cosa que la sombra de la que estaba hecho y Beckett tuvo que lanzarse a un lado para esquivarlas. Al levantarse, vio que el resto del cuerpo de la criatura Abisal flotaba impasible y que, aparentemente, toda su atención estaba centrada en aquel

espectáculo de marionetas que había puesto en escena.

—¡Lucita! —gritó el Gangrel terminando de ponerse en pie y gesticulando con dolor al quitarse la arena de las heridas que la explosión de la ranchera le había provocado—. ¡Lucita, no es Monçada! ¡No es tu sire! ¡No puede ser!

—¿De verdad no puedo ser él? —Monçada se inclinó amenazante sobre su chiquilla y, muy despacio, empezaron a surgir los rasgos en la que antes era una oscuridad vacía—. ¿Acaso no me viste consumido por el Abismo? ¿No viste cómo se me llevaba abajo, para reunirme con todos los hermanos que ya estaban allí? ¿Y no nos hemos levantado todos desde las profundidades de la oscuridad para recuperar nuestro lugar en la creación de Dios?

—No… no… —Lucita lloró lágrimas de sangre de la que no podía prescindir. Se sentía incapaz de enfrentarse a la mirada de aquella cosa. Se tapó las orejas con las manos, pero la voz continuó reverberando en su mente.

—¿Todavía dudas, mi querida Lucita? Déjame que te muestre, de una manera que jamás podría haber hecho siendo solo Monçada, lo que habrás de conseguir cuando ocupes el lugar que te mereces.

El viento frío sopló desde las tinieblas y Lucita tembló como si hubiera presenciado un hecho que la conmocionara sobremanera. La fuerza inundó su cuerpo, un poder que no había sentido desde hacía meses. Su piel perdió gran parte de su palidez y la carne se rellenó de nuevo. Sintió cómo se fortalecía su conexión con el Abismo; ahora era más fuerte de lo que jamás había sido. Todo lo que había perdido en el marchitar, regresó triplicado.

Lucita se separó de Kapaneus para quedarse de pie por sí sola. Allí donde miraba, las sombras bailaban ante sus menores pensamientos y deseos, y ni siquiera tenía que concentrarse. Se giró para mirarlas y su velocidad provocó una tormenta de arena. Se desvaneció completamente de la vista y reapareció unos segundos después a unos doce metros de distancia. Regresó igual de rápido. Si se lo proponía, podía escuchar el sonido de cada grano de arena volviendo a caer al suelo. Maravillada y también un poco asustada, miró a la cosa que decía ser su sire.

—Tú no eres Monçada —insistió y, aunque ahora era más fuerte de lo que había sido jamás, su voz tembló.

—No te engañes. Soy Monçada y todo lo que había antes de él. Tú me conoces, Lucita. Y ahora debes servirme como siempre debiste hacer. Solo si te sometes a los designios podrás tener la felicidad y la tranquilidad que siempre has buscado.

Como un gusano excavando su madriguera, la voz se insinuó en el alma de Lucita, se envolvió en su mente como si fuera algo físico. Había adelantado ya tres pasos hacia su “sire”, antes siquiera de darse cuenta de que se estaba moviendo.

—¿Qué… —se detuvo, se aclaró la garganta de todo el polvo y la arena que había en ella y continuó—: qué querrías que hiciera?

Monçada giró la cabeza para mirar a cada uno de sus compañeros y se detuvo más tiempo sobre Beckett. Que tuviera que girar la cabeza ciento ochenta grados para conseguirlo, no parecía preocuparle.

—No —respondió Lucita—, no lo haré.

—Mi querida niña, todavía no te he pedido que asesines a tu viejo amigo. De momento. Podemos empezar con los demás. Después de todo, no significan nada para ti.

—He dicho que no.

—¡Chiquilla estúpida! —La voz de Monçada tronó en el cielo nocturno y emitió un eco que resonó a varios kilómetros a la redonda. Beckett, Rayzeel y Bell cayeron de rodillas, y, agonizantes, se agarraron las cabezas con ambas manos. Cesare se cayó de espaldas y se retorció. Lucita se les hubiera unido, pero los zarcillos de sombra la tenían sujeta en el aire—. ¡¿De verdad lo has olvidado todo?!

»No son nada, hija mía. Tú no eres nada y nunca lo serás sin mi ayuda. Yo soy el que te otorga personalidad. Siempre ha sido así, a pesar de tu resistencia y gracias a tu sumisión. Pero ya se ha pasado el momento y tus juegos infantiles carecen de sentido. Ocupa tu lugar, Lucita. Regresa a mí y trae contigo la cabeza del oscuro.

Lucita no podía ver el desierto porque la sombra había llenado sus ojos. No podía escuchar a los otros, pues la voz del fantasma resonaba en sus oídos. Era incapaz de sentir o de pensar porque su sire se había adueñado de su alma. No restaba ya nada del mundo, pues Monçada lo era todo. No existía el desierto, ni Beckett, ni Bell.

Y tampoco Lucita.

Con los ojos en blanco y cegados, se giró hacia la ancha figura que era Theo Bell, que todavía estaba intentando recuperarse del dolor que martillaba en su cabeza. Se elevó sobre él y las sombras acudieron a su llamada, formando una espada que se cernía sobre el cuello expuesto del Brujah…

Y Beckett, con todo el cuerpo convulso por el dolor y la sangre goteándole por el oído izquierdo, consiguió ponerse en pie.

—¡Lucita!

Se giró instintivamente al oír su nombre.

—¡Ignórale, niña! —le ordenó Monçada—. ¡Haz lo que te mando!

—¿Cuántas veces, Lucita —inquirió Beckett— buscaste consuelo, tranquilidad y guía en las enseñanzas de Anatole? ¿Cuántas veces habrías regresado junto a Monçada sin su apoyo?

—¡Hazle callar, hija mía! —Zarcillos de sombra del tamaño de un árbol grande se retorcieron en el cielo, pero Beckett se negó a darse la vuelta.

—Si lo haces, Lucita, le darás la razón a Monçada. Convertirás todo aquello por lo que luchaste en una mentira. ¡Traicionarás todo aquello que te enseñó Anatole! —Beckett la miró fijamente y se encontró con sus ojos vacíos—. ¿De verdad odiabas tanto a Anatole como para borrar su influencia de tu existencia con un solo golpe mortal?

Y, durante un instante, un solo segundo pasajero, los ojos de Lucita se aclararon.

Volvió a gritar y esta vez no fue por temor, sino movida por un instinto primario de rabia del que la mayoría de los vampiros ni siquiera había oído hablar. En una fracción de segundo Lucita estaba detrás de Beckett y saltó, no hacia el oscuro reflejo de Monçada, sino al corazón de la sombra que lo manipulaba. Al pasar junto al Gangrel, este creyó ver cómo la piel de la mujer se derretía, al tiempo que invocaba los poderes del Abismo para transformarse en una sombra. Unas alas de oscuridad la propulsaron hacia el centro de aquella cosa y unas garras de tinieblas desgarraron su sustancia como jamás hubiera logrado un arma física.

—¡Lucita! —la voz de Monçada reverberó en su mente, pero ahora le pareció lejana y huidiza—. ¡Lucita, detente de una vez!

—¡Yo no pertenezco a nadie! —su respuesta fue mental, emocional y no física, pero sabía que la había oído. Se movió de un lado a otro, arrancando pedazos de oscuridad de la sombra que los rodeaba—. ¡Ni a Monçada, ni a nadie!

Cuando la voz habló en esta ocasión, ya no sonaba como un par de tonos, sino como miles de ellos haciendo eco en su cabeza.

¡TÚ ME PERTENECES! PUES TÚ ERES PARTE DE MÍ, COMO LO ERA MONÇADA. ¡SOY EL QUE ERA Y EL QUE SERÁ! ¡Y NO PUEDES DESOBEDECERME!

Aunque ya no tenía rasgos que lo demostrasen, Lucita sonrió.

—Pues mira cómo lo hago, hijo de puta.

La sombra que era Lucita arremetió en todas las direcciones. Alas, garras, colmillos; atacó con todo lo que podía. Cayeron pedazos de oscuridad que fueron consumidos por la entidad de mayor tamaño. Si aquellas tinieblas eran lo que decían ser (y sabía, en lo que le quedaba de alma, que lo eran) no podría destruirlas. Pero, maldita sea, al menos lo intentaría.

Y no se rendiría.

Ni siquiera ante el mismísimo Lasombra.

La presión golpeaba su mente mientras aquella cosa se debatía por recuperar el control, pero bien fuera por la fuerza de voluntad o por la locura del frenesí en el que Lucita ni siquiera sabía que estaba sumida, el caso es que no podía obligarla a detenerse. Se sintió como si la levantaran y la apoyaran, como si alguien la mantuviera arriba y la ofreciera su fuerza para aguantar un poco más. La mente del Anciano la inundaba como una marea pero no era capaz de controlar sus pensamientos.

Su nueva fuerza manaba a borbotones como la sangre de una herida. Entre un segundo y el siguiente se encontró convertida en un cuerpo físico otra vez e incapaz de continuar con su transformación en sombra. Aun así, continuó atacando pero había empezado a ser un ejercicio inútil. Incluso aún teniendo la fuerza necesaria para golpear (una potencia que estaba perdiendo rápidamente) su forma sólida no podía causar daños a la oscuridad.

Su fuerza se desvaneció hasta desaparecer y, a pesar de ello, el drenaje no cesó. Su visión, la poca que le restaba entre aquellas tinieblas, se nubló. Sus rápidos pensamientos empezaron a ralentizarse. Incluso el dolor, su última ancla a la no-vida, se desvaneció.

Aquí, al final, perdería su independencia antes de la muerte. Sería absorbida por aquella cosa monstruosa y carecía de la fuerza necesaria para detenerlo. Ella…

—Hola Lucita.

Con la escasa movilidad que le quedaba, giró la cabeza para mirar, conmocionada, a la fuente de aquella voz que reconocía. Miró hacia arriba, y no a la oscuridad, sino a un rostro enmarcado por cabellos rubios y rodeado de luz, y lloró sus últimas lágrimas. Eran lágrimas de alegría porque había ganado.

Lucita extendió la mano para coger la de Anatole y dejó tras de sí su cuerpo para que fuera absorbido por la sombra que ya no podría causarle daño. Y desapareció.

El Valle del Tigris

Oeste de Qalat’at Sherqat, Iraq

La entidad Abisal flotó sobre el desierto. Durante algún tiempo dejó de moverse por completo. Los zarcillos y miembros de sombra pendieron inmóviles y arrastrándose sobre la arena. Las estrellas seguían cegadas, pero la oscuridad había dejado de expandirse y de moverse.

Porque aquellas tinieblas no entendían. En esa fracción de su mente aún capaz de sentir confusión; ahí reflexionaba sobre lo que acababa de ocurrir. Era inconcebible. La cosa de sombra no podía aceptar, como tampoco lo haría un ser humano, que uno de sus miembros se había vuelto en su contra.

Recapacitó durante un rato hasta que desechó estas preocupaciones y volvió a centrar su atención en el asunto que tenía entre manos. Pero un “rato” para una entidad que no moría, y que se tomó otro instante para reunir las sombras que habían caído bajo ella, era mucho por lo que cuando volvió a ser consciente de lo que la rodeaba, el desierto estaba vacío. Aun así, sintió la atracción de aquel al que buscaba en la dirección por la que había venido.

Sintió también el peso del cielo y supo que la claridad no estaba lejos.

Despacio, la sombra se hundió en la arena. Mañana por la noche volvería a cazar a la criatura escurridiza. Y continuaría, pues aún quedaba mucho que hacer antes de que los demás despertaran…

Una casa abandonada

Qalat’at Sherqat, Iraq

La noche que siguió a la de la muerte de Lucita, Beckett se despertó en una cama plegable en una casa abandonada a las afueras de la ciudad. Se sentía abatido, asqueado, exhausto y completamente conmocionado hasta lo más profundo de su alma por el sacrificio de la Lasombra. Los demás y él habían huido de allí en el mismo instante en que la gran sombra había dejado de moverse, y habían llegado a las afueras de Qalat’at Sherqat apenas una hora antes del amanecer. La ciudad había hervido con una actividad

sombría; los equipos de rescate y los ciudadanos voluntarios buscaban entre los escombros, con herramientas insuficientes y manos ensangrentadas, para rescatar a cualquiera que hubiera quedado atrapado. Los bomberos, muy mal equipados, luchaban por controlar los diversos incendios que se habían prendido en medio de aquella devastación. Las ambulancias transportaban a los heridos a unos hospitales que a duras penas contaban con el suministro necesario para atenderlos a todos.

Beckett y los demás habían ignorado aquellas escenas y habían buscado un lugar donde refugiarse del próximo amanecer. Por suerte, Rayzeel los había llevado a una zona de las afueras donde podrían encontrar varias casas abandonadas por los que fueron desplazados durante la guerra. El Gangrel había entrado, dando trompicones, debilitado y herido, en una; había aspirado unas cuantas veces y determinado, gracias al olor, que ningún mortal había estado dentro desde hacía meses. Sus compañeros y él habían entrado en el sótano y se habían sumido en el sopor en cuanto llegó el alba.

Entonces, Beckett abrió los párpados con dificultad y vio a Rayzeel yendo de un lado al otro de la habitación, haciendo cosas a su alrededor. Cesare y Kapaneus apoyados contra la pared, la miraban sombríos. A Bell no se le veía por ninguna parte y Beckett se figuró (de forma acertada) que el Brujah estaría de caza.

Rayzeel se había quitado el burqa y vestía solo una sencilla falda y una blusa. Por primera vez, el Gangrel la miró detenidamente. Era hermosa de una manera extraña y simple. Sus rasgos eran afilados y su cabello de un castaño oscuro brillante. Definitivamente tenía el aspecto de alguien de otra época, aunque Beckett no estaba seguro de qué era lo que la hacía parecer una reliquia andante. También advirtió, y no pudo evitar estremecerse aunque esperara verlo, el tercer ojo que miraba, y que casi no parpadeaba, desde el centro de su frente. Ella se percató de su movimiento, supo que estaba despierto, y se sentó suavemente junto a él en la cama.

—Descansa —le dijo—. Te sentirás cansado durante unos momentos más.

—¿Cansado? ¿Por qué? —Al menos intentó preguntarlo. Se

sorprendió al oír que sus palabras se arrastraban y al darse cuenta de que estaba más exhausto de lo que el marchitar le había hecho sentir cuando finalmente hizo mella en él—. ¿Qué…? —intentó de nuevo, pronunciando cada palabra con un énfasis deliberado—. ¿Qué me has hecho?

—No te enojes con Rayzeel —le pidió Kapaneus, dando un paso al frente—. Todos estábamos de acuerdo en que era necesario.

—Kapaneus —dijo Beckett. Pudo pronunciar más rápido y mejor cuanto más hablaba—, voy a arrastrarme fuera de esta cama y empezaré a romper cuellos si alguien no me dice ¡de qué demonios estáis hablando!

—Te he limpiado —respondió Rayzeel. Su tercer ojo brillaba tenuemente.

Y, ante la mirada horrorizada de Beckett, Kapaneus asintió.

—Permaneciste sumido en el sopor más tiempo que nosotros. Supongo que debido a tus heridas. —Hubo algo en la mirada del antiguo que le hizo suponer que tenía todavía más que contarle. Kapaneus debía saber que el marchitar lo había atacado finalmente—. Sabíamos que la oscuridad se volvería a cernir sobre nosotros y también sabíamos que sería porque vendría a por ti. Rayzeel y yo examinamos tu aura muy detenidamente y descubrimos que tu alma estaba manchada.

—Supusimos —continuó la Salubri, allí donde Kapaneus lo había dejado— que era por esta mancha por la que la sombra se veía atraída hacia ti. Pensé que podría limpiarla y protegerte, bueno, protegernos a todos. Pero no podía esperar a que despertaras para pedirte permiso.

Beckett se incorporó y miró con fiereza a la mujer. Conocía a los Salubri lo suficiente como para saber lo que ese proceso requería.

—Así que, sin preguntarme, ¡¿te limitaste a sacarme el alma del cuerpo y andar jugueteando por aquí con ella?! ¿Qué más me has hecho, maldita…?

—¡Beckett! —La voz de Kapaneus tronó en la habitación. Cesare dio un respingo, el Gangrel se aplastó contra la pared e incluso Rayzeel pareció asustada. Beckett estaba incluso sorprendido de que aquel grito no hubiera sacudido el polvo pegado a las paredes—. Tú, entre todas las personas, deberías ser capaz de no ceder ante las supercherías. Si Rayzeel hubiera estado “jugueteando” con tu alma, ya no estarías aquí para preguntarle nada. Esta mujer, a la que debería recordarte que has estado buscando durante varios meses, puede haberte salvado.

Beckett asintió una vez, despacio, y se giró hacia Rayzeel.

—Lo lamento —y si aún quedaba algo de aquella furia en su mirada, por lo menos no se traslució en su voz—, todavía estoy un poco agobiado.

—Es comprensible. Mi gente y yo estamos acostumbrados al temor que inspiramos a los demás.

No pudo evitar preguntarse si le haría sentir mejor saber que los Tremere, el azote de los Salubri y la fuente culpable de la mayor parte del odio que cayó sobre ellos con el transcurso de los siglos, aparentemente habían desaparecido. Decidió que, al menos por ahora, no sería así.

—Así que —insistió—, ¿cómo sabremos si…

—¡Atentos! —Oyeron el grito y las fuertes pisadas en el piso de arriba y en las escaleras que conducían hacia abajo, antes de que Bell entrara en la habitación, con el arma preparada para disparar—. ¡Ha vuelto!

—… ha funcionado? —concluyó el Gangrel.

Rayzeel lo miró con los tres ojos.

—Esperaremos.

Durante varios minutos todo quedó en silencio. Luego, filtrándose desde las calles de más arriba, oyeron los gritos. Al principio, cuando la oscuridad se acercaba, eran gritos de pánico. Entonces la tierra

tembló y el silencio se vio quebrado por el sonido constante de los miembros de sombra destruyendo un edificio tras otro. En ese momento, los gritos de pánico pasaron a ser también de agonía. El sonido les llegó primero de una dirección, luego de la otra, sin aparente concierto ni sentido.

—¡Está atacando al azar! —siseó Beckett.

Y, entonces, tal y como había empezado, el ruido y los temblores los pasaron de largo y desaparecieron.

En esta ocasión, cuando Beckett se giró hacia Rayzeel, su enojo había desaparecido por completo.

—Gracias —susurró.

La Salubri sonrió.

—De nada. Pero creo que esta no es la razón por la que me buscabas.

El Gangrel se acomodó hasta que estuvo sentado con las piernas cruzadas encima de la cama. Rayzeel se levantó y se quedó, de pie, junto a la puerta. Kapaneus se apoyó en la pared, justo enfrente de ella. Bell y Cesare abandonaron la habitación para vigilar arriba, por si acaso.

—Kapaneus me ha hablado un poco de tu búsqueda —le informó Rayzeel—. Aunque, francamente, casi no era necesario. Teniendo en cuenta las intenciones de Lucita, supuse que las tuyas serían parecidas.

—Bueno, no exactamente. Lucita quería detener la Gehena. Ella… —calló durante un momento—. No puedo creer lo que hizo.

Kapaneus asintió despacio.

—Me enorgullezco de mi capacidad para juzgar a los demás y a mí también me sorprendió, Beckett. Pero, ¿entiendes que no lo hizo por nosotros?

—Lo sé. Fue por su necesidad de ser libre. En cualquier caso… no sé si yo podría haberlo hecho.

Durante un rato, ninguno de los tres tuvo más que añadir.

En una calle ruinosa

Qalat’at Sherqat, Iraq

Cesare se quedó mirando a un inmenso montón de escombros que una vez había sido un edificio; un edificio donde habían habitado personas y donde habían reído. Ahora era una tumba, un monumento a los monstruos. El ghoul amaba a su señor, no podría ser de otro modo, pero, de cuando en cuando, también se sentía resentido hacia él. Casi lo odiaba por mostrarle el mundo como era realmente.

Estaba agradecido de que Bell hubiera sugerido que se separaran para cubrir un número de calles mayor, pudiendo así irse por otro camino. La verdad es que no le apetecía estar rodeado de vampiros, por ahora.

Desgraciadamente, no tuvo oportunidad de cambiar de opinión.

Unas manos poderosas, demasiado fuertes incluso para que un ghoul pudiera deshacerse de ellas, lo envolvieron desde atrás y le partieron el cuello rápida y silenciosamente. Cesare, con la cabeza girada casi ciento ochenta grados, murió viendo el rostro de su asesino.

Un criminal que tenía un rostro igual que el suyo.

Bell, después de recorrer la zona durante un rato, había regresado a la entrada de la casa en la que sus compañeros se estaban recuperando. Miró sin parpadear cómo el humo ascendía hacia el cielo nocturno desde los fuegos ardientes que asolaban Qalat’at Sherqat y vio cómo los escasos habitantes que todavía moraban a este lado de la ciudad, rescataban a los supervivientes de entre los escombros.

Cuando Cesare apareció por la calle y pasó rápidamente junto al antiguo arconte, saludándolo con un breve gesto de la cabeza, Bell

casi ni se percató de su presencia.

Una casa abandonada

Qalat’at Sherqat, Iraq

Abajo, el silencio continuó, pues ni Rayzeel, ni tampoco Kapaneus, querían interrumpir las cavilaciones de Beckett. Finalmente, y como si nunca hubiera dejado de hablar, continuó:

—Ella quería detener la Gehena, pero yo dudo que eso se pueda hacer. Solo quiero comprender cuál es el propósito de la existencia de los Vástagos antes de que todo termine.

La Salubri rió, pero era una risa con alegría y carente de mofa.

—No es poco lo que preguntas, ¿verdad?

Beckett sonrió un poco.

—El mundo está a punto de acabar, o, al menos, el nuestro. No hay razón para no darse el gusto.

—¿Y por qué crees que yo puedo ayudarte?

—Sobre todo por tu sire. Se dice que Saulot era el más sabio e instruido de los Antediluvianos. Sus escritos son famosos y es el estudioso más preciso y mejor en lo que respecta a las profecías acerca de la Gehena. Y, según cuentan, era el favorito de Caín. Supongo que pensé que si había alguien que pudiera ayudarme a encontrar mis respuestas, sería él y, por proximidad, su chiquilla.

—Entiendo —Rayzeel pareció meditarlo durante un instante—. No puedo darte respuestas específicas. —Beckett sintió cómo su corazón, que no latía, se encogía—. No conozco los pensamientos de Dios y tampoco los de Caín más que tú mismo. Pero puedo contarte y discurrir contigo de la misma manera que mi padre lo hacía conmigo. Tal vez, de la sabiduría de Saulot, puedas sacar tus conclusiones.

Beckett no pudo evitarlo y se echó a reír.

Rayzeel parpadeó, sorprendida.

—¿Te parece gracioso?

—No, de ninguna manera. Lo siento. Es solo que… dices que me puedes hablar de los pensamientos de Saulot como si fuera un pequeño regalo. No es así, Rayzeel. ¡Por Dios! Me ofreces los conocimientos que podrían darle sentido a toda mi existencia.

—¿Y crees que tu existencia no tendría sentido si no, Beckett? Me cuesta creerlo. Pero si eso es importante para ti…

—Lo es.

—Entonces estaré encantada de ayudarte. —Rayzeel sonrió una vez y, mientras hablaba, sus ojos parecieron resplandecer.

Y, en ese momento preciso, sus ojos se iluminaron.

Un súbito siseo llenó la habitación, seguido por un golpe sordo. Una luz rojiza manó de la boca abierta, de los ojos e incluso de las fosas nasales de Rayzeel y salió humo de su nuca. La mirada horrorizada de Beckett se encontró con la de la mujer y ella parecía estar ligeramente confusa, como si hubiera olvidado en qué estaba pensando.

De pronto, la hija de Saulot, que había llevado consigo la sabiduría y el amor de su sire durante varios miles de años, cayó al suelo y su cuerpo antiguo se deshizo en un montón de cenizas antes incluso de posarse. Rayzeel murió y, con ella, toda la sabiduría que tenía.

Beckett solo podía mirar. Su mente se negaba a aceptar lo que acababa de ocurrir. Incluso Kapaneus, que normalmente estaba impasible, parecía conmocionado por lo súbito de los acontecimientos.

En el umbral, detrás del lugar donde había estado Rayzeel, Cesare aguardaba agachado y con un pie en las escaleras. En la mano izquierda tenía una pesada pistola; en la derecha, una pistola de bengalas. La tiró a un lado con despreocupación.

—Eso —dijo en una voz que no se parecía nada a la de Cesare— bastará.

—¿Quién… quién eres tú? —Beckett se dio cuenta que incluso hablar suponía un gran esfuerzo—. Tú no eres Cesare.

—No, no lo soy. —La imagen de su ghoul fluctuó un instante, como lo haría un espejismo, y entonces otro apareció en su lugar. No era alto, pero tenía una constitución fuerte. Vestía una camisa de franela y su rostro estaba oculto por una barba poblada. Era, Beckett se percató, el hombre que había visto en el tren y en las calles de Viena—. Me llamo Samuel —sonrió al presentarse—, es un placer para ti conocerme.

—No sé quién eres. —Todo su mundo pareció volverse del revés—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué le has hecho eso a ella?

—Cierto, tú no me conoces, pero yo a ti sí, Beckett.

—¿Y Cesare?

Samuel señaló a las cenizas humeantes.

—Como ella, bueno, sin el efecto de la rápida descomposición, claro está. Yo…

Beckett gritó una vez y llamó a su Bestia interna. De haber estado en sus mejores condiciones, habría cruzado la habitación y ensartado sus garras en Samuel antes siquiera de que este hubiera podido reaccionar. Pero, herido como estaba y atrapado en las primeras etapas del marchitar, le llevó más de un instante cruzar esa distancia.

Y eso era cuanto necesitaba Samuel. Disparó tres ráfagas que tiraron a Beckett al suelo. Este rodó y se volvió a poner de pie para cargar nuevamente, solo a tiempo de ver cómo el intruso desaparecía de su vista.

Finalmente Bell llegó, atraído por el grito de Beckett y el sonido de los disparos, y encontró al Gangrel hecho un ovillo en el centro de la habitación, llorando sobre un montón de cenizas; cenizas que no

solo representaban la muerte de Rayzeel, sino de la última oportunidad que tenía Beckett de obtener sus respuestas.

Almacenes Wexler e Hijos

Long Beach, California

El almacén estaba parcialmente quemado por haber sido víctima, hacía ya varios meses, de un incendio que había empezado por culpa de dos trabajadores irresponsables y de un cigarrillo mal apagado. La estructura seguía en buen estado, pero la pérdida de la mercancía había provocado que los dueños se arruinaran y que huyeran de la ciudad antes de que sus acreedores vinieran a pedirles lo que les debían. El almacén había quedado así abandonado hasta que sus actuales inquilinos, que eran muy distintos a los primeros, lo ocuparon.

Arriba, en el despacho, detrás de una pesada mesa que había sobrevivido con pocos daños al incendio, estaba sentada Jenna Cross con la cabeza entre las manos. No entendía cómo las cosas se habían torcido tanto en tan poco tiempo. En su mente no dejaban de dar vueltas los acontecimientos recientes.

Todo ello era inconcebible. Por todo el mundo los vampiros se estaban debilitando y muriendo. El marchitar afectaba ya a toda la población de Vástagos, salvo a los sangre-débil y no había garantías de que ellos no fueran a ser los siguientes. Ocurrían cada vez más fenómenos extraños e inexplicables. Había oído las historias que hablaban de un viento cálido que destruía todo a su paso y de una nube de oscuridad que dejaba tras de sí a gente aterrorizada y muchísimos cadáveres. Y había oído otros rumores, menos extendidos pero igualmente inquietantes; algo insólito había despertado en el alcantarillado de Londres y había devorado a todos los Nosferatu; una masa de cuerpos sin vida había aparecido e inundado el centro de Manhattan; y algo más estaba provocando que todos los Vástagos de El Cairo huyeran o se volvieran locos. Aquello bastaba para hacer creer a Cross, que siempre había desechado las profecías de Jack como las charadas de un loco (¡y Dios, cuánto lo añoraba ahora!), preguntarse si no sería verdad que la Gehena estaba cerniéndose sobre el mundo de los vampiros.

Y, a pesar de todo, con todo lo que habían conocido

desmoronándose a su alrededor, ¡la Camarilla continuaba su persecución de los sangre-débil!

Hardestadt y los demás se habían vuelto jodidamente locos. Era la única explicación. En las últimas semanas, las tropas de la Camarilla habían renunciado a todo su secretismo. Oh, todavía decían que contemplaban las reglas de la Mascarada, pero habían dado de lado la guerra encubierta. Todavía se estremecía al recordar la explosión que había hecho temblar las paredes y rechinar los dientes una mañana, justo antes del amanecer. Recordaba haberse escondido en el maletero de un coche, viendo, a través de sus lágrimas ensangrentadas, cómo se aproximaba el día y su hogar reducido a cenizas, así como las otras casas habitadas por los sangre-débil en el vecindario. No solo había perdido su casa aquella mañana. Había perdido también a algunos amigos; personas que o bien no habían podido escapar a la explosión o que no habían podido encontrar un refugio antes del alba.

El mayor número de sangre-débil no había significado nada contra un enemigo que, sencillamente, había dejado de contemplar las normas. No había nada que pudieran hacer, ningún lugar al que acudir para vengarse. Cross no estaba dispuesta a destruir su ciudad para conservar su dominio sobre ella. Pero, al parecer, la Camarilla no tenía los mismos escrúpulos. Después de la tercera noche de explosiones, el gobierno había decidido tomar cartas en el asunto. Había unidades de la policía y del ejército patrullando las calles durante el día y la noche, y cientos de personas, si no miles, fueron detenidas e interrogadas por causas tan frívolas como que habitaban en lugares cercanos a donde se habían producido los ataques o que descendían de los padres equivocados. Y, a pesar de todo, los ataques habían continuado porque Hardestadt y los demás líderes de la Camarilla tenían suficientes espías entre los gobernantes y en el ejército como para saber dónde despistar a las patrullas y atacar cuando estas estuvieran en otro sitio. Los Ángeles ardía en llamas, vecindarios enteros eran evacuados, la gente se amontonaba aterrorizada en sus casas y, pese a todo, aquella destrucción parecía no tener fin.

Y Cross había perdido como supo desde el momento en que había empezado todo.

En muy pocas semanas, su gente y ella habían perdido todos los territorios que habían logrado dominar en meses de lucha. Algunos grupúsculos de sangre-débil resistían en Los Ángeles, pero la mayoría de los suyos se había retirado a las ciudades más pequeñas de los alrededores. Su actual “base de operaciones”, aquel almacén decrépito en Long Beach, era la tercera desde la destrucción de su casa. Estaba segura de que tampoco sería la última, pero, al menos durante unas cuantas noches, estaría segura.

Se permitió el lujo de llorar por sus amigos y sueños perdidos y solo porque no había nadie en el despacho con ella.

—Lo creas o no —le dijo una voz ronca, pero en tono suave, a sus espaldas—, yo te entiendo.

Cross se puso de pie, con la Glock en la mano, antes de que su última lágrima se posara sobre la mesa. Tres pasos hacia atrás la sacaron del alcance de quien quiera que fuera (aunque, de hecho, había reconocido la voz) y en una posición aventajada que le permitiría saltar hacia la puerta o cubrirse detrás de la mesa.

—Beckett —gruñó. Luego parpadeó, sorprendida—. Tienes un aspecto lamentable.

El Gangrel asintió una vez. Tenía los ojos hundidos y la piel pálida. Parecía que no se hubiera alimentado desde hacía varias noches. Sus ropas estaban rotas y tenía varias cicatrices y quemaduras que no habían terminado de curarse todavía. Cross no se dio cuenta de que ya no llevaba las gafas de sol puestas; solo lo había visto una vez y, en aquella ocasión, ignoraba por qué las llevaba.

—Tú aspecto no es mucho mejor.

—¿Estás aquí para aprovecharte de eso? —inquirió con un poco de su antigua vehemencia—. ¿Has venido para terminar el trabajo?

Beckett suspiró y se sentó en una de las esquinas de la mesa.

—Cross, llegaste a recibir mi mensaje, ¿no es cierto?

—Sí, me lo entregó el único de los míos al que no mataste en

Miskolc.

—Gente que, si mal no recuerdo, enviaste a que me mataran. No esperes que me disculpe por eso. —Entonces, negando con la cabeza, continuó—: Cross, no he venido aquí como enemigo tuyo. Si así fuera, te hubiera decapitado por detrás sin revelar mi presencia. Estoy más débil que antes —admitió, dándose cuenta de que no podía esconder aquel hecho—, pero todavía soy lo bastante rápido y fuerte para hacer eso.

Jenna frunció el ceño y, sin embargo, bajó el arma.

—¿Cómo has conseguido entrar? Cuando conseguimos descubrir qué habías hecho en la casa, instalamos detectores de humo cerca de todas las puertas y ventanas de los edificios en los que hemos estado. No deberías haber podido entrar como niebla.

—Francamente, no estoy seguro de que eso funcionara, Cross. Tendría que esforzarme por flotar el tiempo suficiente cerca de uno de los detectores para que diera la alarma. —Beckett se encogió de hombros—. Pero, da la casualidad de que me transformé en murciélago y conseguí que uno de tus chicos me trajera hasta aquí en la mochila que utiliza para transportar su AK por ahí. Entonces esperé y cuando te vi aparecer, subí.

—Muy bien, ¿y si no estás aquí para matarme, y, por cierto, que sepas que no termino de creerlo, por qué has venido?

—Ah, no. Primero tú. ¿Cómo supiste que estaba en Miskolc?

Cross pensó si negarse a responder o mentir y, entonces, se encogió de hombros mentalmente. ¿Para qué iba a tomarse la molestia?

—Un contacto me dio el número de serie de tu avión.

Beckett asintió.

—Y, por casualidad, ¿no será el mismo tipo que te ha estado poniendo en mi contra, verdad?

—¿Poniéndome en tu contra? Dame un respiro, Beckett. Él me contó todo sobre ti. Sé lo que me harías para saber más sobre tu querida Gehena o lo que otros harían si les contases que soy quien tú crees.

—No me importa una mierda quién seas. ¿Era el mismo tipo?

Ella se cruzó de brazos y no respondió.

—¿Un tío con barba —insistió Beckett—, con camisa de franela y que se hace llamar Samuel?

La expresión de desafío desapareció del rostro de Jenna Cross.

—¿Cómo sabes…?

—Te han engañado, Jenna. Desde el principio. Y, si te hace sentir mejor, también a mí.

Durante varios minutos Beckett estuvo hablando. Al principio, Cross lo interrumpía a menudo, inquiriéndole acerca de alguna afirmación o negando otra cosa. Al final, sin embargo, se sentó en la silla y negó con un gesto, no por incredulidad, sino por causa de la desesperación y la ira creciente.

—Soy una idiota —concluyó.

—Puede ser —respondió Beckett, evasivo. Luego, como respuesta a la mirada fulminante de la mujer, añadió—: pero podría haber otra explicación. ¿Por qué confiaste en él?

—Yo… —Jenna no encontraba las palabras—. No estoy segura —admitió finalmente.

Beckett volvió a asentir.

—Un condicionamiento. Supongo que no lo has visto durante algún tiempo o sería aún más fuerte. Tienes suerte de que lo único que hiciera fuera convertirte en una crédula.

Cross lo fulminó con la mirada.

—Muy bien, Beckett, suponiendo que tengas razón, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque he tenido un mes de mierda, me estoy quedando sin tiempo y tengo que empezar otra vez desde el principio. No tengo ni el tiempo, ni las ganas de seguir esquivando a tu gente o a los de la Camarilla.

—Bueno, ya no tendrás que preocuparte más por nosotros —le dijo y Beckett percibió el temblor en su voz—. Ya estamos fuera de la partida. La Camarilla casi nos ha destruido.

Intentó mirar hacia otro lado, ocultar la emoción que había en sus ojos, pero el Gangrel le sostuvo la mirada.

—No te atrevas a darte por vencida ahora.

Cross parpadeó. No se lo esperaba.

—¿Y a ti qué coño te importa?

—¿Qué crees que es el marchitar?

—No me he parado a pensarlo.

—Yo no lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es que tiene que ver con el fin. Quizá sean los Antediluvianos los que drenan la fuerza y la vida de su progenie. Se supone que despertarían y se alimentarían cuando hubiera llegado la Gehena. Y tal vez eso explique lo que está ocurriendo.

—¿Crees en ellos?

—Cross, yo he visto a uno. En cualquier caso, sea lo que sea lo que está ocurriendo, empezó por arriba, con los Ancianos, y se ha abierto paso hasta abajo. Los únicos que no lo sufrís sois los sangre-débil. Tú y los tuyos.

“No sé si alguno de nosotros va a sobrevivir a la Gehena. Para ser sincero, no lo creo. Pero si hay alguien que lo puede conseguir, esa eres tú. Y eso significa que dependerá de ti el que la sociedad de

los Vástagos se regenere.

—Oh, por Dios, ¡más presión, no!

—No te agobies. Posiblemente hayas muerto antes de ver tu obra terminada.

Cross se limitó a mirarlo.

—¿Es así como intentas animarme?

—No, lo único que hago es decirte cómo son las cosas. Seguramente sobrevivas un poco más que nosotros. Pero, quizá, puedas prolongar tu existencia. Y eso significa que tendrás que continuar ahora. Lo que descarta la posibilidad de que te des por vencida.

—Un gran discurso, entrenador, ¿y cómo lo consigo?

—Tú y yo tenemos dos enemigos en común. Te voy a ayudar a encargarte de uno, del otro… —Beckett se levantó y señaló hacia la ventana. Cross miró hacia donde apuntaba y vio una figura de pie en un tejado cercano. Era un hombre negro enorme, vestido con una chaqueta de cuero y una gorra de béisbol—. Para ocuparte del otro —continuó Beckett, con una sonrisa en los labios— necesitarás a un especialista.

—¿Es ese quien creo que es?

—Posiblemente. Dile a tu gente que lo dejen entrar y hablaremos.

Por primera vez en varias semanas, Jenna Cross sonrió.

Apartamentos Parque de Lincoln

Chicago, Illinois

La llamada en la puerta fue sorprendente, y no solo porque el propietario de la casa estuviera perdido en sus pensamientos, sino porque nunca recibía visitas. Jamás. Con mucha cautela se levantó

desde detrás de la mesa del ordenador y cogió un revólver Smith & Wesson que había en un armario cerca de la puerta. Después de un momento de concentración, su apariencia se nubló y desapareció hasta ser invisible para todas las miradas mortales (y también para la mayoría de las inmortales). Entonces, y solo entonces, se inclinó para echar un vistazo por la mirilla.

Durante un prolongado instante se limitó a mirar. No creía que lo volvería a ver en algún tiempo, al menos, no en persona. Entonces, habiendo tomado una decisión, volvió a hacerse visible y, guardando el arma de nuevo en el armario, abrió la puerta.

—¡Beckett! —exclamó con una gran sonrisa en la cara y haciéndose a un lado para que su amigo entrara—. Menuda sorpresa. Por favor, entra.

No obstante, durante un rato, Beckett se quedó quieto. Sencillamente lo miró.

—Bueno —dijo, por fin, sacudiendo la cabeza, asombrado—, eso explica muchas cosas. —Pasó dentro y cerró la puerta tras él—. ¿Cómo estás, Okulos?

—Mucho mejor, como puedes ver, las heridas hace mucho que terminaron de sanar.

Beckett lo miró directamente a la cara.

—Por lo visto, no es lo único que ha cambiado.

Se acarició la barbilla.

—¿Te gusta?

Okulos, que había sido tan feo como la encarnación de la peor pesadilla, ahora parecía casi humano. Nunca había sido atractivo, maldita sea, ni siquiera había llegado al nivel de “algo menos que aceptable”, pero sus rasgos se habían transformado y su tez había perdido gran parte de su color enfermizo. Bajo una luz tenue o echándole un rápido vistazo, la gente pensaría que no era más que del montón.

—¿El marchitar? —le preguntó el Gangrel.

Okulos asintió.

—Soy uno de los, vaya, afortunados. Solo unos cuantos de mi clan padecen este síntoma. Y muchos menos han cambiado tan rápido como yo. Ya tenía este aspecto mucho antes de empezar a debilitarme.

—Ya veo. Sí, supongo que eres afortunado.

Beckett paseó por el apartamento hasta que se quedó junto a la ventana. Apartó las cortinas a un lado y miró las luces titilantes de Chicago.

Y allí se quedó, como si estuviera esperando. Finalmente, cuando Okulos abrió la boca para preguntar, el Gangrel habló.

—Fue aquella pistola de bengalas la que lo puso todo en su lugar, Okulos.

El Nosferatu parpadeó, confuso.

—¿Perdón?

—La pistola de bengalas. Tú nunca viajabas sin ellas. Todavía conservabas la bandolera cuando te encontré en Kaymakli. —Beckett siguió mirando por la ventana—. Deberías haber usado otra cosa cuando te deshiciste de Rayzeel.

—Beckett, no soy el único que utiliza pistolas de bengalas.

—Cierto, pero es lo bastante insólito como para recordarlo y fue precisamente ese detalle por el que me puse a pensar. Yo no conocía a “Samuel”, pero estaba claro que él a mí sí. Me conocía lo bastante bien como para seguirme hasta Viena, también lo suficiente como para mantener informada a Jenna Cross y darle el número de serie de mi avión. Y, además, para seguirme hasta Iraq. Conocía a Cesare lo bastante como para engañar a Theo Bell al suplantarle; Bell no conocía bien a Cesare, pero, por naturaleza, es bastante observador. Solo hay una persona en este mundo que podría haberlo conseguido,

Okulos.

Beckett se giró. Su viejo amigo lo miraba con los ojos entornados. Estaba de pie, más o menos, en el centro de la habitación.

—Contéstame a una cosa, ¿por qué tuviste que matar a Victoria Ash? He oído que Hardestadt sumó eso a mi lista de crímenes; supuse que sería obra tuya.

—Porque te ayudó. Señaló a los Tremere y no quería que volviera a hacerlo. Además, a pesar de ese corazón negro que tenía, te estimaba.

—¿Y Cross? ¿Cómo la metiste a ella en esto?

—Gracias a mis infalibles consejos tácticos. Todavía conservo algunos contactos en la jerarquía de la Camarilla; los suficientes como para poner en un compromiso a Hardestadt y a sus lacayos. Y manipulando unos cuantos temores e inseguridades de la chica…

—Sin mencionar el control mental.

—Ah, sí, eso también.

Beckett asintió.

—Eso explica por qué podías encontrarla cuando Hardestadt no, ¿verdad? —Negó con un gesto, con rencorosa admiración—. Esto no debe haberte resultado fácil. ¿Acaso no sufrías los efectos del marchitar? Supongo que debías estar aterrorizado por si tu disfraz de Cesare desaparecía.

—Sí, lo cierto es que me preocupaba. —La voz de Okulos todavía parecía casual, como si estuvieran discutiendo sobre los resultados de un torneo de béisbol. Okulos se dio cuenta de que estaba revelando sus secretos con tanta facilidad porque quería que Beckett comprendiera lo que había hecho—. Pero es increíble lo que uno puede hacer cuando tiene la motivación adecuada. Solo tuve que mantenerlo el tiempo suficiente como para pasar al lado de ese fortachón.

—Y no estabas preocupado por si alguien era capaz de ver a través de tu disfraz de “Samuel” porque no era sobrenatural. —Beckett negó con la cabeza—. ¿Una barba falsa?

—Y otro maquillaje.

—Bien. Y como ahora tienes un aspecto menos monstruoso, tu barba poblada ocultaba todos los rastros de tu inhumanidad. —El Gangrel perdió un poco la compostura y frunció el ceño. Un leve gruñido emergió de su garganta—. Por lo menos, en el exterior.

La mirada de Okulos se posó en la pistola que había en el armario y Beckett volvió a negar con la cabeza.

—Ni siquiera lo intentes.

—¿Por qué habría de intentarlo? Mátame si quieres, Beckett. Ahora ya no cambiará nada. Mi propósito no era matarte, solo que nunca encontraras lo que estabas buscando. Y ahora ya es demasiado tarde. El caos gobierna la sociedad de los Vástagos. Una de las grandes sectas se ha desintegrado, mientras que la otra amenaza con derrumbarse al menor obstáculo. Unas criaturas que ni siquiera podríamos haber imaginado, moran entre nosotros. No hay forma de que puedas encontrar tus respuestas antes del fin, Beckett, y, sobre todo, no ahora que te he obligado a empezar desde cero. Así que, mátame si quieres. Solo significará que moriré unos meses antes. Pero, en cualquier caso, habré ganado.

El silencio en la habitación aumentó hasta convertirse en algo incómodo. Los vampiros no dejaban de mirarse el uno al otro. Estaba claro que Okulos esperaba algo, quizá responder a una pregunta específica.

Beckett se negaba a formularla. No hacía falta. Sabía por qué Okulos había hecho todo aquello, de hecho, debería haberse dado cuenta mucho antes.

En la única noche que estuvo en Kaymakli, los fantasmas e imágenes que vio allí habían infectado sus sueños como un virus. Había sido testigo de eventos pasados a través de un filtro de rabia, odio y culpabilidad. Y en uno de esos sueños, el encarcelamiento de

Okulos no había sido fruto de un accidente, sino el resultado de un acto deliberado de sabotaje.

En una noche. Pero el Nosferatu había estado atrapado en ese lugar de pesadilla durante varios años; los sueños constantes habían chocado con sus recuerdos hasta que ningún esfuerzo, por máximo que fuera, podría distinguirlos. Solo Dios sabía lo que pensaba que Beckett le había hecho o por qué. Solo Él conocía los remordimientos que abrigaba. Quizá pensaba que, si hubiera estado libre, habría triunfado allí donde Beckett fracasó, que tal vez hubiera podido encontrar las respuestas que ambos ansiaban y que incluso podría haber hallado la forma de detener el fin antes de que este empezara. Solo Dios sabía cuándo se había vuelto loco y en qué momento habían comenzado a gobernarle las mezquinas y vengativas necesidades de la Bestia. Que culpaba a Beckett de su encierro era, de todos modos, evidente.

Y, lo que era aún peor, el Gangrel se había dado cuenta de una cosa terrible cuando llegó a la conclusión de quién era Samuel. Sabía que, de alguna forma, Okulos estaba en lo cierto.

No, no había orquestado deliberadamente la reclusión de su amigo. ¿Pero acaso había hecho cuanto había podido por liberarlo como prometió que haría? Durante los últimos años, sus esfuerzos por liberarlo habían ocupado solo su tiempo libre; solo cuando no tenía que perseguir otra cosa de forma más activa, se había dedicado a esa labor.

¿Pero adónde le habían llevado esas otras cosas? Enfrentado a la Gehena, se daba cuenta de que no estaba más cerca de obtener las respuestas de lo que había estado antes y lo poco que había conseguido ocurrió una vez que Okulos estaba libre. Con toda seguridad podría y debería de haber dedicado más tiempo a investigar el rompecabezas que era Kaymakli. Si lo hubiera hecho, si hubiera cumplido con su promesa en lugar de andar perdiendo el tiempo, ¿podría Okulos haber salido antes? ¿Podría haber quedado libre antes de que los sueños de los muertos lo volvieran loco?

Beckett quizá no fuera culpable del delito por el que el Nosferatu lo había castigado, pero sus manos distaban mucho de estar limpias.

No obstante, nada de aquello implicaba, claro, que el Gangrel estuviera dispuesto a perdonarle nunca lo que había hecho.

—Okulos —le dijo—, mírame.

—¿Para qué? Ya te he visto y me gusta lo que veo. A un perdedor, derrotado…

—No, mira.

Las facultades perceptivas de Okulos eran casi tan increíbles como las de Beckett. Incluso ahora, debilitado como lo estaba, todavía podía leer las auras.

Con una sonrisa vengativa en los labios, el Gangrel observó cómo se arrugaba el gesto del Nosferatu.

—No puede ser… —jadeó Okulos y retrocedió un paso.

El aura que vio alrededor de Beckett brillaba con el tenue fulgor de la calma y la alegría totales. ¿Dónde estaba la furia que no podía aplacarse, la devastadora frustración y la profunda sensación de haber fracasado?

—Apareciste demasiado tarde, Okulos. —Cada una de sus palabras parecía un puñetazo golpeándole en el estómago—. Impediste que Rayzeel me contara lo que yo necesitaba saber, pero no antes de que mencionara los nombres de otros de su clan que compartían su sabiduría. Fue bastante sencillo encontrarlos cuando tú desapareciste. Sabía que ya no me estarías vigilando.

—No, ¡no!

—Sí. Solo quería que lo supieras. —Beckett pasó junto al Nosferatu balbuceante y abrió la puerta. Se detuvo en el pasillo y miró un momento por encima de su hombro—. Mátame si quieres, Okulos —dijo, con suavidad—. No me importará porque ya he ganado.

El portazo no amortiguó del todo el grito agónico de Okulos.

Exterior de los Apartamentos Parque de Lincoln

Chicago, Illinois

Kapaneus estaba en el aparcamiento; su rostro era una máscara de concentración. Detrás de él, lo bastante lejos para que no pudiera oír ni una conversación hablada entre susurros, esperaba Jenna Cross con una docena de sus compañeros más queridos.

El antiguo dejó de concentrarse cuando vio salir a Beckett de entre las sombras. Con una expresión cansada miró al recién llegado.

—¿Funcionó?

—Eso parece. Me sorprende que no hayáis oído el grito desde aquí.

—Me alegro. Enmascarar el aura propia es una tarea sencilla. Hacerlo con el de otra persona… No estaba seguro de poderlo hacer sin tenerte a la vista.

—Lo hiciste bien, Kapaneus. Okulos se ha creído que no soy un perdedor deprimido e impotente.

—Lo que le estás haciendo es una crueldad, Beckett. ¿Lo sabes, verdad?

—Pues sí. Y esa es precisamente la razón de que lo haga. El muy bastardo se merece sufrir mucho tiempo por lo que hizo. Por desgracia, no podemos permitir que sufra todo ese tiempo. Podría decidir, cuando haya superado el trauma, venir por mí de nuevo. Y solo debe haber uno o dos tipos en el mundo que sean tan rencorosos como él. —Beckett se giró y gesticuló hacia los demás—. Apartamento 316 —le dijo a Cross cuando los sangre-débil se acercaron—. Tiene un revólver cerca de la puerta y posiblemente tenga al menos una pistola de bengalas oculta en algún lugar.

—No te preocupes, Beckett. Ese hijo de puta anduvo jugando con mi mente, nos envió tras de ti y consiguió que algunos de mis amigos murieran en el proceso. Espero que se resista.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Cross? Es mucho mayor que diez de vosotros juntos. Y no estamos seguros de que no

haya colocado otras protecciones en tu cabeza. El que seas capaz de ver a través de sus mentiras es una buena señal, pero eso no demuestra que estés libre y que seas completamente tú.

—Yo no me preocuparía —Jenna Cross sonrió de oreja a oreja y señaló las mochilas que transportaban sus amigos—. No planeo acercarme tanto como para que me pueda decir algo. Y lo que llevamos con nosotros, podría tumbarte incluso a ti.

Beckett asintió y Jenna Cross entró en el edificio para charlar por última vez con “Samuel”. El Gangrel y Kapaneus esperaron en el aparcamiento hasta que cesaron los disparos, solo para asegurarse, y luego desaparecieron en la noche.

Posada La Misión

Riverside, California

Hardestadt no lo vio venir.

Paseaba por los pasillos de la posada La Misión, profundamente perdido en sus pensamientos. Regresaba a su habitación después de otra de esas jornadas de estrategia con los antiguos que todavía no habían sido asesinados, habían desaparecido o sucumbido completamente al marchitar. Su lista de aliados estaba menguando a ritmo acelerado; lo que no era necesariamente algo malo. Realmente no los necesitaba para mantener el asalto a los sangre-débil; maldita sea, desde el principio había querido quitárselos de en medio. Y cuantos menos antiguos quedaran, menos sangre de los prisioneros tendría que compartir y más fácil sería organizar una nueva jerarquía que reflejaría al detalle sus deseos. Le hubiera gustado saber lo que le había ocurrido a Tegyrius, en realidad solo por curiosidad, porque tampoco lo echaba de menos.

En un minuto, Hardestadt abría la puerta de su habitación, mientras contemplaba la posibilidad de acercarse al centro de encarcelamiento más cercano, y, al minuto siguiente, todo el cuerpo le dolía por las balas que le habían disparado con una cuarenta y cinco con silenciador, y que le habían impactado en el estómago.

Hace pocos meses, a Hardestadt no le hubiera supuesto ningún

problema que lo disparasen. La mayoría de los Ventrue estaban dotados de la misma resistencia y tolerancia a las lesiones que tenían los Gangrel, y un antiguo como él podría haber ignorado por completo lo que, para otro Vástago, podría haber sido un ataque mortal. Pero ahora, debilitado como estaba, los impactos lo lanzaron contra la pared y el dolor era lo bastante fuerte como para evitar que pudiera defenderse o incluso gritar.

Su rostro era una máscara de furia y agonía. Miró hacia arriba y vio a varios individuos en la habitación, todos ellos armados con armas de fuego y espadas. Se concentró en el que estaba frente a sus ojos, el que había disparado. Los ojos se le abrieron como platos al reconocer a aquel hombre negro que vestía una cazadora de cuero.

—No esperaba volver a verte por aquí —afirmó Hardestadt. Su voz era lo bastante estable como para desmentir su agonía.

—¿Qué puedo decir? —respondió Bell—. Supongo que me gusta ser impredecible. Ah, por cierto, Jenna Cross me ha pedido que te diga “hola” y “adiós”.

—¿Crees que es tan fácil, traidor? Tú, mejor que nadie, sabes que este lugar está atestado de guardias. En cuanto oigan los sonidos de la pelea, vendrán al instante.

Le llevó un segundo darse cuenta de que aquel retumbar profundo que provenía de su antiguo lacayo era una carcajada.

—Ninguno de los guardias de este piso va a volver a oír nada nunca más, Hardestadt. ¿Cómo crees que he llegado hasta aquí? Conozco a tus equipos de seguridad mejor que tú y, además, cuento con la ayuda de este equipo de Cross —señaló a los que le acompañaban— que estuvieron encantados de acompañarme a hacer esto.

Bell se guardó la pistola con despreocupación en la cinturilla de los pantalones vaqueros y se colgó su habitual escopeta del hombro.

—Míralo por el lado positivo, Hardestadt —le dijo Bell—, recuerda lo bien que se desenvolvió la Camarilla cuando asesinaron a tu sire.

¿Tu sire? ¡El muy cabrón de Beckett debía de haberle contado la verdad a Bell!

—Así que imagina —continuó el antiguo arconte— cómo lo hará cuando tú hayas desaparecido. ¡Maldita sea! Quizá incluso vuelva a apuntarme.

Cualquiera que pudiera haber sido la respuesta del Fundador, quedó silenciada por una ráfaga ensordecedora del calibre doce.

En otra parte

Desde Iraq, la gran oscuridad que era Lasombra, de la misma manera que había sido Monçada, el Leviatán y todos los espectros que habían alimentado y dado forma al Abismo, continuó fluyendo.

Se abrió camino por los distintos países, incluso por los continentes, pero lo hizo sin seguir un plan o un patrón que las mentes de los seres vivos pudieran comprender. Giró aquí, cambió allá, como si estuviera escogiendo su dirección motivada por un capricho. En algunos momentos, se desvaneció durante varias noches, solo para volver a aparecer a miles de kilómetros y a varios océanos de distancia. Cuando las noticias de este extraño fenómeno se extendieron por todo el globo, el pánico se propagó como un incendio. Volvieron a sonar las alarmas y las unidades de control de enfermedades y del ejército se pelearon por llegar las primeras a los lugares por donde había pasado el fenómeno. La gente huyó antes de que llegara aquella oscuridad. Cuando se vieron atrapados en ella, rezaron y también murieron muchos.

Y, por donde pasó, la Estrella Roja titiló; brilló con tanta fuerza que se hizo visible incluso para las miradas sencillas de los mortales. Y, en la luz de aquella Estrella Roja, la gente empezó a ver. Sus ojos penetraron en las sombras que ni siquiera la luz había podido desvelar.

En épocas pasadas, muchos conocían a las criaturas que habían compartido sus noches, pero habían aprendido a olvidarlas. Siempre habían existido unos cuantos que continuaban recordándolas, pero a estos se los había acallado o ignorado. En los últimos años, unos pocos habían recibido el don de luchar contra ellas, aunque muchos

de ellos habían enloquecido. Sin embargo, los pocos que no, extendieron el rumor.

Bajo la luz de la Estrella Roja, y en número cada vez mayor, los vivos se dieron cuenta de lo que les había rodeado desde el principio.

Epílogo: Amanecer

No hay salvación en el asesinato.

Ni olvidan jamás los condenados.

—Los Fragmentos de Erciyes, “Profecías”.

Club ElaZtic

En algún lugar de Norte América

—Es que no estoy seguro de lo que puedo hacer por ti, Beckett. Sabes cómo están las cosas ahora y si no mantengo mi cabeza bajo el radar, podría perderla. Ya lo sabes.

Los dos estaban sentados en un reservado oculto en uno de los extremos del club y el Gangrel tenía que inclinarse y mantener la mirada fija en la boca del otro vampiro para leerle los labios. Aquella música explosiva (una cacofonía de ruidos electrónicos combinados por un tipo llamado DJ Ántrax) sonaba tan alto que hacía vibrar todo el edificio con los graves y Beckett gesticulaba dolorido porque ensordecía su, ahora bastante debilitado aunque aún sensible, oído. La pista de baile estaba menos abarrotada que de costumbre porque la gente tenía miedo de agruparse en grandes números, pero los presentes se retorcían y movían al ritmo de la música con un abandono que hubiera enorgullecido a los practicantes del culto a Dionisos. La mayoría estaban borrachos o drogados y las mesas del club estaban tan atiborradas de polvos y jeringuillas como lo estaban también de aperitivos. A nadie le importaba. La policía tenía cosas mucho mejores que hacer, si es que estaban haciendo algo.

La habitación parecía ondular ante la mirada de Beckett; meciéndose y fluctuando al ritmo de la música. Se dio una bofetada mental y se obligó a concentrarse. Ya tendría tiempo de quedar abatido luego. Aquel hedor de alcohol combinado con café, sudor y sangre con droga, tampoco lo ayudaba.

—Mira, Richard —le dijo al Vástago vestido de cuero que estaba

frente a él. Casi no era capaz de recordar el nombre de su contacto—, no te estoy pidiendo que hagas algo peligroso. Solo quiero encontrar a Arquímedes. Sé que está aquí, pero los Nosferatu se han metido tan en las profundidades de la tierra que no tengo idea de por dónde puedo empezar a buscar. Si pudieras presentarme al príncipe, estoy seguro de que…

—Olvídalo. Ni lo sueñes.

La cabeza le daba vueltas. Agarró con fuerza el asiento que tenía al lado para recuperar el equilibrio. Lo hizo por debajo de la mesa para que Richard no pudiera verlo,

—¿Por qué no?

—¡Venga hombre, la única razón de que no esté metido en una de las cárceles del príncipe es porque de vez en cuando puedo ser útil y cuando no puedo me quedo en… —Richard se detuvo lo suficiente para despedir a una camarera apresurada, y con cara de pocos amigos, que caminaba por la pista de baile hacia donde se encontraban ellos— las sombras —concluyó un momento después—. Joder, incluso ya debería haber informado de que estás en la ciudad. Un vampiro de tu edad es una golosina. Pero eso ya sería pasarse demasiado.

Lo que seguramente implicaba que, en cuanto se diera la vuelta, Richard informaría de su presencia en el lugar. Beckett frunció el ceño.

—¿De verdad crees que acabarías siendo parte del menú del príncipe? Eres un chiquillo de la primogenitura, por Dios Santo.

—Beckett, ¿acaso has tenido los ojos abiertos mientras estabas de viaje? Las cosas se están poniendo muy feas. Ya sabes que la Camarilla ha desaparecido casi por completo. Todo ha ido de mal en peor desde que Hardestadt murió, por cierto, ¿tú no hiciste tratos con él antes de que eso pasara?

El Gangrel se limitó a agitar la mano e ignorar el comentario.

—Bueno, vale. Ahora están los príncipes locales y no hay nadie por encima de ellos fustigándoles con el látigo. Ellos hacen lo que

creen conveniente para mantener sus ciudades a salvo y conservar todo su poder. Y no hay nadie que les tosa. Por favor, tío, lo que menos te conviene ahora es atraer la atención del príncipe. Además, seguramente el Nosferatu al que estás buscando habrá desaparecido hace tiempo.

»Me largo de aquí. Y, déjame que te dé un consejo. No sé lo que estarás planeando, pero lo mejor que puedes hacer es olvidarlo. Márchate de aquí y mantente oculto. Ya no quedan muchos Vástagos de tu edad y no tienes muchos aliados. Eso no te convierte en un jugador, de hecho, lo que te hace parecer es una pizza con extra de vitae.

Beckett miró a Richard salir del reservado y dirigirse hacia la puerta. El vampiro miraba nervioso a su alrededor. Un minuto después, una figura salió de entre la muchedumbre y ocupó el lugar que Richard había dejado vacante.

—Supongo que no has tenido suerte —dijo Kapaneus.

—No. —Beckett se inclinó hacia delante y se agarró la cabeza entre las manos, esperando que aquel mareo se le pasara.

Se preguntó cuánto de aquel caos era culpa suya. Hardestadt no era el único antiguo de la Camarilla que había sobrevivido al inicio de la Gehena, pero, de alguna forma, había constituido un eje de unión. Su muerte a manos de Theo Bell y de los sangre-débil de Cross había supuesto el fin de la secta. Los demás antiguos desaparecieron rápidamente y aunque, sin duda, muchos estaban escondidos o sumidos en el letargo, otros perecieron a manos de los vampiros más jóvenes que estaban envalentonados por el éxito de Cross. Los príncipes aún reinaban en el nombre de la Camarilla, pero Beckett sabía que no había nadie al timón.

Había visto, durante los viajes que realizó después del enfrentamiento con Okulos, que los territorios del Sabbat estaban aún en peores condiciones. Aunque no eran tan diferentes a los de la Camarilla. Ya no existía nada que mantuviera en jaque a los vampiros más jóvenes de esa secta y ni siquiera respetaban el recuerdo de la Mascarada, con lo que no existía nada que los frenara. La ciudad de México estaba sumida en el caos y en una violencia jamás conocida

en el mundo moderno hasta entonces y había estado así durante varios meses. Y la violencia se estaba extendiendo. Incluso los territorios de la Camarilla habían sucumbido a algo más que a los simples disturbios y las guerras entre bandas. Docenas de personas morían a diario en la mayoría de las ciudades porque los vampiros enloquecidos se alimentaban indiscriminadamente o peleaban los unos contra los otros. La gran sombra barría los continentes y, aunque la versión oficial aseguraba que era un arma biológica que había escapado al control de sus creadores del Oriente Medio, eso era algo que en lo que ya nadie creía. Los mortales de todo el mundo se dedicaban a cerrar puertas y ventanas, y a protegerlas con crucifijos y otros iconos sagrados.

Había grupos armados que patrullaban las calles por la noche para deshacerse de un ejército invasor; y ya no solo se protegían con armas de fuego, sino también con espadas y estacas de madera. Ningún medio se había atrevido a utilizar la palabra “vampiro”, pero el ganado había despertado finalmente y comprendido que algo los acechaba por la noche, algo que se alimentaba de su sangre y que temía la llegada del amanecer. Maldita sea, era solo porque la población vampírica estaba marchitándose y diabolizándose a sí misma a una velocidad de vértigo, que sostenían algo remotamente parecido a la Mascarada.

La mayoría de los contactos de Beckett estaban muertos o desaparecidos, pero lo poco de lo que conseguía enterarse le hacía pensar que los problemas habían trascendido la sociedad de los Vástagos. En pocos meses había oído más historias de monstruos salvajes, espectros y apariciones angelicales que en la última década. Algo había activado aquello que los vampiros, lupinos y demás temían.

Y, a pesar de todo, a través de aquel caos reinante y del fuego que no cesaba nunca, Beckett había continuado con su búsqueda. El mundo que lo rodeaba se había convertido en un lugar aterrador, pero él no estaba dispuesto a rendirse. Estaba cada día más debilitado, pero eso tampoco lo hacía retroceder. Se sentía incapaz de concentrarse y no podía seguir confiando en la fortaleza de su sangre. Incluso, si no tenía a Kapaneus o a alguien con quien hablar, encontraba difícil ordenar sus pensamientos. No podía recordar cuánto tiempo había pasado desde que estuviera tan próximo a obtener sus

respuestas en su encuentro con Rayzeel. Es más, ni siquiera sabía con certeza en qué ciudad se encontraba. Recordaba que estaba buscando a un Nosferatu, un guardián de la sabiduría, que se hacía llamar Arquímedes y que le habían comentado que podría estar por allí, pero eso era todo. Y ahora esa información no le servía de nada; aunque el Nosferatu estuviera allí, Beckett no sabía cómo buscarle.

—He oído algo interesante —oyó decir a Kapaneus que, aunque hablaba en tono bajo, se hacía entender a la perfección—. Aparentemente, la violencia en Los Ángeles ha cesado casi por completo. —Señaló a un joven que se sentaba en una mesa cercana. El chico llevaba consigo una radio—. Según las noticias, la policía de allí ha recibido la ayuda de un grupo muy grande de voluntarios civiles.

—¿Y? La policía aceptará la ayuda de cualquiera que consiga que estos…

—De acuerdo con ese informe, la líder de ese grupo particular responde al nombre de Jenna Cross.

Beckett levantó la cabeza y miró con incredulidad a su compañero.

—Supongo que tiene cierto sentido —continuó Kapaneus pensativo—. Cualquiera podría darse cuenta de que es solo cuestión de tiempo que los mortales sepan de nuestra existencia. Quizá Cross pensó que lo mejor era presentarse y hacer de los sangre-débil personas útiles en lugar de que los mortales los crean sus enemigos.

—¿Crees que le habrá dicho la verdad a la gente?

—Supongo que los policías que trabajen con ella y con los suyos, sabrán que tienen algo anómalo. Yo creo que les habrá contado la verdad a algunas autoridades y que les habrá ofrecido sus servicios.

»Quizá sea lo mejor que podía hacer, Beckett —comentó el antiguo cuando vio al Gangrel negar con la cabeza—. Si sobreviven a la Gehena, tendrán aliados en el gobierno. Podrán controlar qué noticias se difunden acerca de los de nuestra raza. Tal vez sean la única esperanza que tienen los Vástagos de sobrevivir.

—No existe tal esperanza para los Vástagos, Kapaneus, ¡y lo sabes perfectamente! —le gritó Beckett, de pronto despreocupado por quien pudiera estar oyéndolo; por suerte, el volumen de la música impedía a los demás oír su voz—. Sabes tan bien como yo que la Gehena es el fin. Dudo que alguno de nosotros pueda sobrevivir y, desde luego, no serán los suficientes como para crear una “nueva sociedad”. Cross y los demás se están engañando.

—Y, sin embargo, fuiste tú el que le animaste a luchar por ello.

—Le mentí porque necesitaba su ayuda.

Kapaneus se encogió de hombros.

—Una esperanza vana es mejor que ninguna.

—No, no lo es. He estado persiguiendo esperanzas de ese tipo durante varios meses y no estoy más cerca de obtener mis respuestas de lo que estaba al principio. Perdí mi oportunidad con Rayzeel y ambos lo sabemos. Ahora… ahora me limito a perder el tiempo hasta que llegue mi final.

—¿Y qué preferirías estar haciendo, Beckett? ¿Agarrándote desesperadamente a la vieja gloria y a un poder que se desvanece como hacen los príncipes? O, mejor aún, ¿alimentarte y matar de forma lasciva como lo hacen los neonatos? ¿Quizá te gustaría más reunirte con los sangre-débil para detener la oleada de violencia? ¿Qué harías si no estuvieras buscando tus respuestas?

A Beckett se le abrieron los ojos como platos como si Kapaneus le hubiera abofeteado.

—Supongo que nunca me he parado a pensarlo en serio. —Suspiró—. Sabes que no hallaré mis respuestas.

—Pero seguirás intentándolo.

—Sí —el Gangrel sonrió—, por lo menos hasta que ya no pueda ponerme en pie.

—Yo te ayudaré, Beckett. Yo…

—¡Caín!

Kapaneus parpadeó, sorprendido.

—¿Perdón?

—¡Caín tiene que estar en alguna parte! —exclamó excitado—. ¡Nunca lo he pensado porque siempre he creído que era un mito! Pero si la Gehena está sobre nosotros y los Ancianos están despertando, Caín también debe estar por ahí, ¿no crees? Si realmente hay alguien que me pueda decir lo que necesito saber…

—Ese no sería él —concluyó Kapaneus con suavidad—. Piénsalo, Beckett. Recuerda lo que sabes del Primer Vampiro. Yo creo que él sabría menos que ninguno por qué ocurrió todo. Acuérdate, según la leyenda, él nunca creyó que había hecho algo malo.

Beckett se quedó callado y la ilusión desapareció de su rostro.

—Como siempre, tienes razón. —Negó con un gesto de la cabeza—. Además, tampoco tengo idea de cómo encontrarle. —El Gangrel parpadeó cuando su mirada volvió a nublarse. Se sentía débil y tenía náuseas y la habitación parecía girar y balancearse con cada latido de los altavoces.

»Estoy seguro de que él podría detener todo esto —continuó. Necesitaba seguir hablando para distraerse del dolor que le causaba el marchitar, aunque, en realidad, no sentía deseos de conversar—. Si es que quisiera, claro —se rió entre dientes—. ¿Qué crees que habrá estado haciendo todos estos años?

—¿Caín? —Kapaneus se quedó ensimismado—. Imagino, Beckett, que Caín se habrá aburrido hace tiempo de ver cómo pelean sus descendientes los unos contra los otros y cómo atormentan al ganado del que se alimentan. Supongo que habría buscado un lugar apartado, un sitio donde pudiera aguardar la llegada de las últimas noches sin que se le molestara.

Beckett se rió.

—¿Como hiciste tú? —Y, entonces, se quedó de piedra.

—Podría haber abandonado la cueva ocasionalmente —continuó Kapaneus, mirando todavía al vacío—, enviando su espíritu para observar y, de vez en cuando, hablar con otros, con aquellos capaces de verlo en esa forma. Pero, físicamente, habría aguardado allí durante siglos. Esperando hasta que lo encontrara alguien; uno que le ofreciera la última oportunidad para ver el mundo y para comprobar lo que había sucedido con sus descendientes antes de que estos desaparecieran por completo.

Los ojos de Beckett se abrieron como platos y pensó que se le saldrían de las cuencas. Tenía que ser el marchitar. Debía estar malinterpretando lo que Kapaneus le estaba diciendo. Esa tenía que ser la razón.

—Lo habría acompañado —explicó el antiguo— y animado a seguir sus instintos en esa búsqueda, interfiriendo solo cuando no tenía otra opción.

»Y creo —continuó, mirando a Beckett directamente a los ojos por primera vez— que habría aprendido unas cuantas cosas de la naturaleza de la raza que había engendrado. Cosas que no hubiera llegado a saber si no hubiera emprendido este camino. Este vampiro más joven y sus compañeros le podrían haber enseñado a él, al más antiguo de todos, el significado de la perseverancia y la devoción. Algo que, a pesar de sí misma, había olvidado, hacía ya mucho tiempo, esta arcana criatura.

»Y, finalmente, cuando ya no tuvieran nada que aprender el uno del otro, cuando el vampiro más joven hubiera encontrado sus respuestas, incluso aunque no pudiera verlas, entonces y solo entonces, Caín continuaría su camino.

Beckett miró a Kapaneus sin comprender nada en absoluto. Contempló la amable sonrisa del antiguo. Y, de pronto, se hizo el silencio, se desvaneció el olor del club y todo se oscureció.

Un aparcamiento

En algún lugar de Norteamérica

Se despertó despacio, muy despacio, y solo fue completamente

consciente cuando se dio cuenta de que la luz hería sus ojos incluso a través de los párpados.

No había esperado volver a despertar. Y, de alguna forma, casi se sentía decepcionado; todo hubiera sido mucho más fácil si no fuera así…

Podía sentir la tierra bajo su cuerpo, el polvo seco y un poco de hierba muerta. Unos fragmentos curvados de cristal, posiblemente de una botella. Hedía a basura, a desperdicios en ese estado pútrido y líquido que se aglutina en la base de los contenedores. Podía oler la orina, el vómito, el alcohol…

El humo…

Beckett abrió los ojos.

Estaba, como sospechaba, en el aparcamiento que había detrás del club, tumbado en los límites de la propiedad. Lo que no había esperado era el fuego, que ardía alegremente y se alejaba de un viejo bidón de metal, y que crepitaba a pocos metros de su rostro. Era más que probable que lo hubiera prendido algún sin techo en busca de calor. Pero algo debía de haberlo volcado y parte del aparcamiento estaba cubierto por desperdicios en llamas que aún no se habían consumido.

Beckett había tomado ya aliento para gritar y levantado los brazos para protegerse los ojos, cuando, de pronto, se dio cuenta de que no sentía la necesidad de hacerlo. Allí estaba esa llama danzarina, a muy pocos metros de donde yacía él, y, sin embargo, no sentía el menor pánico, ni tampoco a la Bestia inquieta en su jaula, buscando una vía de escape. De hecho, el calor incluso lo complacía.

Se quitó el polvo de las rodillas, olvidándose de que sus pantalones estaban tan sucios que aquello no podía suponer una gran diferencia, y se puso de pie. Se quedó asombrado de lo fácil que le resultó. Se había sentido tan débil antes de desmayarse que apenas había sido capaz de levantar un dedo o de pronunciar una sola vocal. Pero ahora se sentía muy fuerte, más que desde hacía mucho tiempo.

¿Era esa la razón de que se hubiera volcado el bidón

incendiado? ¿Había la Bestia escapado de su prisión y se había alimentado indiscriminadamente de los vagabundos que, con toda probabilidad, se habían congregado alrededor para calentarse? Sumido en el frenesí era muy fácil arrojar un cuerpo contra el barril o volcarlo sin siquiera darse cuenta. Incluso ahora, casi al final, ¿debía cargar con más muertes a sus…?

No, no, eso no era así. Beckett buscó en su interior, indagando hasta las profundidades de su alma, y no encontró ni rastro de una Bestia encolerizada o furiosa, como tampoco antes lo había encontrado de una asustada. Sin mencionar que en el aparcamiento no había ningún cadáver o alguna señal de derramamiento de sangre.

Durante un instante, creyó poder recordar la sensación, la impresión de que alguien lo había medio guiado, medio cargado, fuera del club después de su desmayo. ¿Kapaneus? Sí, solo podía ser él. Todavía podía rememorar la sensación del brazo del otro hombre sujetándolo; su hombro, donde el antiguo había apoyado su mano, le hormigueaba aún como si tuviera una quemadura muy superficial.

Beckett volvió a sentir que el mundo daba vueltas, pero era algo emocional, nada que ver con los efectos del marchitar. Había pensado y deseado que la conclusión a la que había llegado en el club estuviera errada, que fuera el resultado ridículo y risible de la debilidad y el agotamiento. Pero ahora sabía, sin estar muy seguro del porqué, que no era así.

No, no se había alimentado. Kapaneus (se negaba a pensar en él con cualquier otro nombre) le había otorgado la fuerza que ahora sentía. De la misma manera que, se dio cuenta de pronto, lo había protegido del marchitar durante tanto tiempo, hasta que el antiguo no pudo hacerlo más. Era la única respuesta que tenía sentido. Beckett había permanecido a salvo del marchitar durante todo ese tiempo porque había sido elegido. Solo se había equivocado en quién había escogido y con qué motivo.

Así que, ¿por qué ahora? ¿Por qué le había otorgado el Anciano esta fuerza, por qué lo había estabilizado, aunque solo fuera de manera temporal, contra los peores efectos del marchitar?

¿Qué era lo que Kapaneus quería que hiciera?

Cerca de un parque de la ciudad

En algún lugar de Norteamérica

Tendría que dar pronto con la solución. El sol no tardaría mucho en salir y estaba convencido de que, dejando a un lado su aparente calma, no reaccionaría demasiado bien cuando eso sucediera.

Había estado caminando sin rumbo. Aunque ya no se sentía preso de ninguna debilidad, sus andares todavía eran rígidos, incómodos, como los de un sonámbulo.

Como los de un muerto viviente, pensó para sí y entonces tuvo que morderse la lengua hasta que sangró para evitar echarse a reír de forma histérica.

El club ya estaba muy lejos aunque, si hubiera echado la vista atrás, probablemente hubiera podido ver una delgadísima columna de humo del fuego que había dejado a medio apagar en el aparcamiento.

Tampoco tenía que esforzarse para ver algún rastro de destrucción. La ciudad estaba iluminada por un buen puñado de conflagraciones mucho mayores que la que había dejado atrás. Las sirenas ululaban de manera incesante y la gente que estaba en la calle, bastante menos numerosa de lo habitual, corría de un lado al otro, con sus rostros marcados por la desesperación y el miedo.

Beckett ignoraba lo que acontecía exactamente en el mundo. Recordaba a medias los rumores que había oído en sus viajes, pero eso le bastaba. Al final, el ganado lo había averiguado y, si todavía no se imaginaban los grandes acontecimientos que estarían por llegar, era solo cuestión de tiempo que lo comprendieran.

Y eso, con la Gehena o sin ella, con o sin los Antediluvianos, sería el final.

Negó con la cabeza. De una manera u otra, el momento de los Vástagos había llegado a su fin. Morirían en secreto, de la misma forma que habían sobrevivido a lo largo de los siglos o perecerían a manos de los humanos, como había estado cerca de suceder tantas veces.

Cualquiera de las dos posibilidades tenía sentido.

De alguna manera, envidiaba a Lucita. Dudaba de que su muerte hubiera sido agradable, pero, al menos, había sido rápida. Y, al final, a pesar de que sus intenciones no habían sido desinteresadas o nobles, su sacrificio estaba dotado de un sentido. Su muerte ni siquiera…

Se quedó parado en la acera y maldijo en voz baja cuando un peatón casi chocó contra él. Sus ojos se abrieron como platos por causa del susto y entonces, casi a pesar de sí mismo, empezó a reírse.

Realmente era así de sencillo, ¿verdad? Dejádselo a él, dejádselo a los Vástagos porque ellos lo complicarán todo.

Beckett continuó andando y pensando, y ya no de forma caótica o desesperada, sino analizando todas las cuestiones y concluyendo en un pensamiento específico. Tenía que encontrar el lugar adecuado en el que…

Ahí.

Un parque. No estaba limpio, al contrario, estaba lleno de periódicos, páginas de revistas, pañuelos usados… Había un tobogán cojo encima de un cajón de arena poco profundo y un carrusel oxidado junto a él. Era poco apetecible, triste y sucio, pero le serviría.

No obstante, todavía no. Tenía que verlo, al menos el principio. Tenía que verlo por última vez.

Despacio y con inseguridad, Beckett se giró para mirar hacia el este.

Y ahora, sin andar, sin buscar, tan solo esperando, no podía evitar pensar y llegar a las conclusiones que tanto había anhelado.

Había estado en lo cierto y tan profundamente equivocado. Era la Gehena; sí, era el fin. No volvería a tener la oportunidad de buscar sus respuestas, pero eso ya no le importaba. No existía ningún sentido oculto, ningún propósito glorioso, ninguna respuesta única.

Y era culpa suya.

Todos los esfuerzos frenéticos de las noches pasadas, de hecho, de los largos años de su búsqueda, y habían sido solo las palabras de un misterioso Anciano y las últimas acciones de una que había renunciado a su humanidad, las que le habían llevado a entenderlo; el auténtico propósito de la existencia de los Vástagos. Y era solo este: que no importaba.

No importaba lo que Dios había pretendido cuando habló y castigó a aquel granjero que había derramado la sangre de un hombre. Carecía de importancia lo que Dios quisiera que la descendencia de Caín fuera. Un buen ejemplo, una plaga para la humanidad, un catalizador que obligara a las naciones a trabajar juntas… Nada de eso importaba.

Los Vástagos, aunque malditos, habían disfrutado del mayor de los dones de Dios. El libre albedrío. La capacidad de elegir, como había hecho Lucita, su propósito y su significado.

Ellos nunca lo habían logrado.

Sus líderes habían peleado los unos contra los otros. Habían visto solo lo que querían y no lo que era. Sus descendientes habían logrado admirar solo el poder que ahora tenían, pero ignoraban cuáles eran sus consecuencias. Sus eruditos, incluyéndose a sí mismo, eran los peores, pues solo habían buscado las respuestas en el pasado y nunca se habían atrevido a crear unas propias.

El cielo empezó a clarear por el este y Beckett, que por razones obvias no había visto un amanecer desde hacía varios cientos de años, no estaba seguro de cuánto de aquel matiz rojizo del alba procedía de la contaminación que había en el aire y cuánto de las lágrimas sangrientas que nublaban su visión y corrían libremente por su rostro. No tenía sentido, nada lo tenía…

Excepto el que podía darle ahora, al final, como había hecho Lucita.

Aquel era el fin de ese mundo, quizá incluso también para el de los mortales. Era muy posible, tal vez probable, que no fuera a haber

un mañana.

Pero puede que lo hubiera. Quizá algo, algún pedazo diminuto del mundo, pudiera sobrevivir. Sobrevivir y crecer, y volver a empezar de nuevo.

Y él estaría allí. Por Dios, finalmente lo comprendía, y se lo haría ver siempre que mirasen al cielo buscando las respuestas, aunque no fueran capaces de entender el mundo que los rodease. Daba igual, al final también ellos lo comprenderían.

O tal vez no. Lo más probable es que esos fueran sus últimos momentos y mantener cualquier otra esperanza, no era más que una ilusión vacía. Un sueño falso como el que había perseguido Jenna Cross en Los Ángeles. Pero, a pesar de todo, él lo sabía. Conocía las respuestas, incluso aunque nunca pudiera contárselo a nadie.

Y Kapaneus, después de todo, tenía razón. Una esperanza vana era mejor que ninguna.

Como la alegría de un niño asombrado, la risa de Beckett reverberó en aquel parque diminuto, en los árboles y en el tobogán destartalado. Sintió por última vez el poder de la sangre mientras invocaba su fuerza, lo sintió latir como si, durante un instante, su corazón pudiera palpitar de nuevo.

Cuando el sol salió en la última noche para los Vástagos, Beckett invocó el poder que le había proporcionado un granjero demasiado orgulloso, se hundió despacio en la tierra y durmió.

Sobre el autor

Ari Marmell ha estado escribiendo continuamente durante diez años, aunque solo ha cobrado por hacerlo los últimos tres. Es solo cuestión de perspectiva el creerlo decidido o testarudo. Ha sido el autor de varios suplementos de juegos de rol, tanto para el Mundo de Tinieblas como para el sistema de juego de fantasía preferido por todos. Le gustan mucho ambos juegos y no le importa que a vosotros no. Vampiro: Gehena, La Noche Final es su primera novela. Ari vive en Austin, Texas, con su mujer, George, dos gatos y siete neurosis diferentes (si quisierais adoptar una de ellas, les están buscando un buen hogar).

Agradecimientos

¿Qué dices y a quién se lo agradeces cuando publicas tu primera novela? Aunque Philippe me diera un capítulo entero para hacerlo, creo que no terminaría de decir lo que quiero. Así que, con toda la brevedad de la que soy capaz, gracias de corazón a: Ryan, Ron, Gary, los dos Jason, Jamie y Jerel que estuvieron un año jugando conmigo y me animaron a escribir si era lo que quería hacer. A mi madre, Carole, por todas las razones «maternales». A mi hermana, Naomi, por su brutal (y bastante útil) honestidad. A mi mujer, George, por su paciencia infinita. A Philippe Boulle por animarme en lo que estaba bien y ayudarme a corregir lo que estaba, bueno, no tan bien. Al profesor Robisson (que nunca leerá esto y que, de todos modos, tampoco se acordaría de mí. Pero lo estoy haciendo porque le dije que lo haría) por ser honesto y equivocarse.

Todos ellos, y muchos más, significan para mí más de lo que puedo expresar. Pero, como esta es mi primera novela publicada, hay alguien que necesita una mención especial.

A mi padre, Howard, que me enseñó desde la infancia que los cuentos nacen en algún lugar. Que no tienen por qué terminar cuando aparecen los créditos o se cierra la tapa. Sin él, y sin las lecciones que me enseñó (creo que) sin saber que lo estaba haciendo, solo Dios sabe lo que estaría haciendo ahora mismo, pero no sería escribir.